LUCÍA
BERNARD
MINIER

black
salamandra

La teniente Lucía Guerrero se lanza tras un misterioso asesino en serie que escenifica composiciones inspiradas en las *Metamorfosis* de Ovidio con los cuerpos de las víctimas, a las que encola por completo. Mientras tanto, el criminólogo Salomón Borges y un grupo de estudiantes de la Universidad de Salamanca han desarrollado un programa informático con el que hallan otros homicidios imputables al «asesino de la cola» en el Alto Aragón, Segovia y la Costa del Sol.

Con Salamanca y la España de hoy como telón de fondo, Bernard Minier nos ofrece un *thriller* donde todos los personajes se enfrentarán a su propio destino, sus terrores más profundos y una verdad mucho más turbadora que la de cualquier relato mitológico.

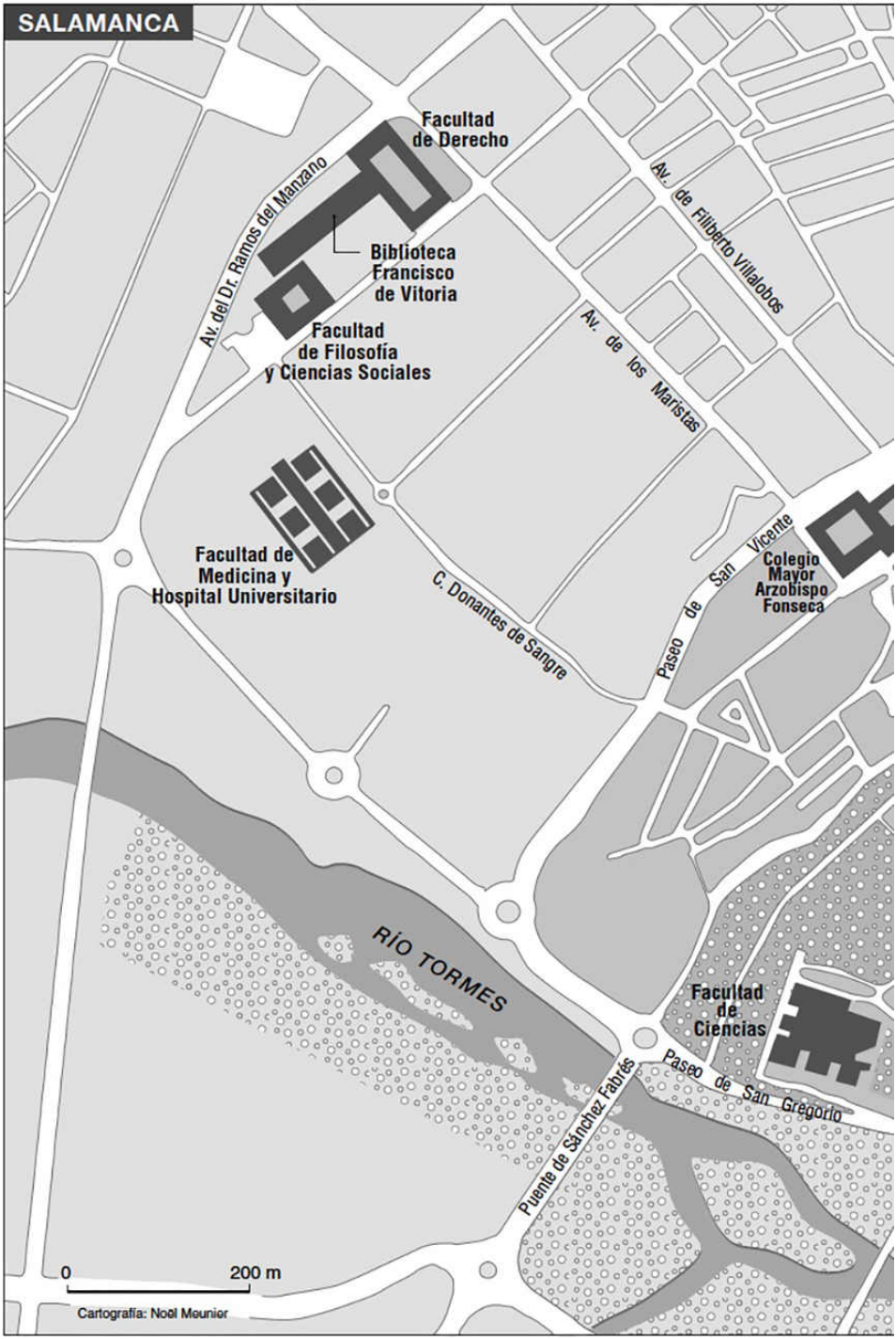
Bernard Minier

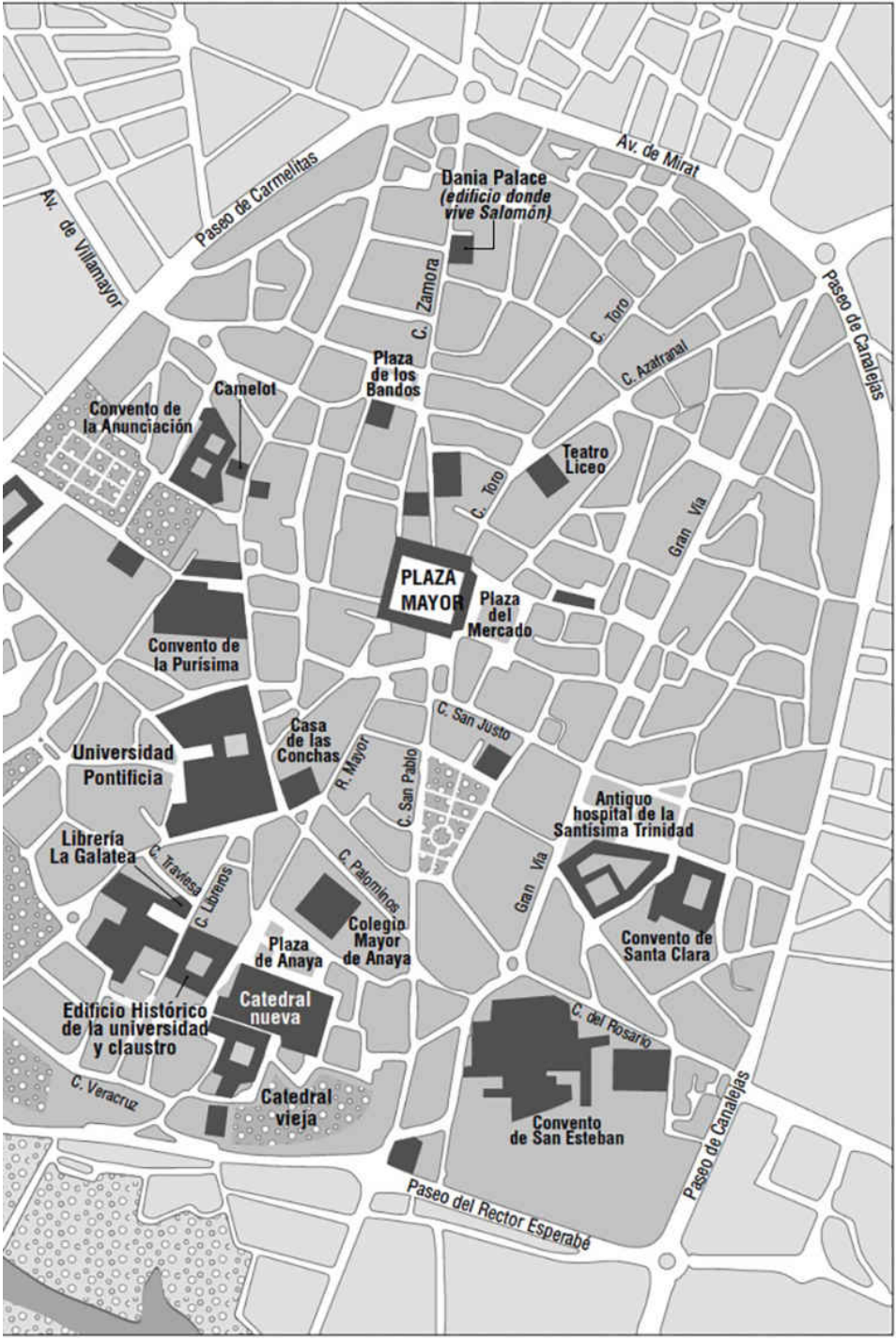
LUCÍA

Traducción del francés de
Dolors Gallart

black salamandra

Título original: *Lucia*
2023, Penguin Random House
2023, Dolors Gallart Iglesias, por la traducción
Mapas de Noël Meunier


SALAMANCA
Facultad de Derecho
Biblioteca Francisco de Vitoria
Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales
Facultad de Medicina y Hospital Universitario
Av. del Dr. Ramos del Manzano
Av. de Filiberto Villalobos
Av. de los Maristas
C. Donantes de Sangre
Paseo de San Vicente
Colegio Mayor Arzobispo Fonseca
RÍO TORMES
Facultad de Ciencias
Paseo de San Gregorio
Puente de Sánchez Fabrés
0
200 m
Cartografía: Noel Mounier


Av. de Villamayor
Paseo de Carmelitas
Av. de Mirat
Dania Palace
(edificio donde vive Salomón)
C. Zamora
C. Toro
C. Azafranal
Paseo de Canalejas
Plaza de los Bandos
Camelot
Convento de la Anunciación
Teatro Liceo
C. Toro
Gran Vía
PLAZA MAYOR
Plaza del Mercado
Convento de la Purísima
C. San Justo
Casa de las Conchas
R. Mayor
C. San Pablo
Universidad Pontificia
Antiguo hospital de la Santísima Trinidad
Librería La Galatea
C. Traviesa
C. Libreros
C. Palomines
Gran Vía
Colegio Mayor de Anaya
Plaza de Anaya
Convento de Santa Clara
Catedral nueva
Edificio Histórico de la universidad y claustro
C. del Rosario
C. Veracruz
Catedral vieja
Convento de San Esteban
Paseo del Rector Esperabé
Paseo de Canalejas

La noche, sabueso negro,
persigue al cervatillo blanco del día.

SWINBURNE

Era más de media noche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio
lóbrego envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aúllan los perros
amedrentados al verlas.

JOSÉ DE ESPRONCEDA,
El estudiante de Salamanca

Yo no creo en nada:
ni en el día ni en las tinieblas.

THIRTY SECONDS TO MARS,
100 Suns

Prólogo

Relámpagos.

Trueno.

Tormenta.

Aparcó al pie de la colina. Bajó del coche. Fuera llovía a mares, como si un técnico de efectos especiales le estuviera echando cubos de agua en la cabeza. Sin subirse la capucha se dirigió hacia las luces azules que atravesaban la cortina de lluvia. Varios Toyota RAV4 de la Policía Nacional habían irrumpido en la escena con sus sirenas ululantes. Con las prisas no había cogido paraguas ni impermeable, y en los pocos segundos que tardó en llegar hasta ellos se quedó totalmente calada. El agua se le escurría por el cuello y le chorreaba por el chaleco táctico negro con las siglas UCO.

La UCO, la Unidad Central Operativa, era el cuerpo de élite del servicio de Policía Judicial de la Guardia Civil.

La joven miró al cielo, negro como el carbón. No era ni media tarde, aunque parecía de noche, y todos los coches aparcados tenían los faros encendidos.

Las gotas le golpeaban los ojos y tuvo que parpadear. Y entonces las vio, en lo alto de la colina. Tres grandes cruces negras: un Cristo y dos ladrones, uno a cada lado.

—La de la derecha —le dijo el sargento por encima del ruido de la lluvia sobre las carrocerías. Su cara reflejaba el horror que aguardaba a Lucía allí arriba. Un calvario. Apenas a treinta kilómetros al noroeste de Madrid, en pleno campo, sin ninguna población a la vista.

Ella miró en la dirección que le indicaba el sargento.

La cruz de la derecha…

No hacía falta ser un lince para adivinar que ésa tenía algo distinto, pero no alcanzaba a verlo con aquella lluvia torrencial. Desde allí sólo veía la estatua del Cristo y la del ladrón de la izquierda, renegridas por el paso del tiempo, mientras que la de la derecha era mucho más clara: casi del color de un cirio.

Lucía respiró hondo.

Empezó a subir por la cuesta empinada. El suelo estaba blando, esponjoso, y pronto se vio andando con pesados terrones de barro pegados a la suela. El agua le lavaba la cara, le mojaba el pelo, le corría por las cervicales y la columna como un arroyo rebotando de piedra en piedra…

El corazón le retumbaba con golpes sordos en el pecho a medida que

las inmensas cruces parecían abalanzarse sobre ella. Bajo el cielo tintado de la tarde, cientos de destellos rasgaban la oscuridad de la tormenta. Multitud de sombras blancas se movían delante de ella: eran los técnicos forenses, enfundados en sus monos integrales, tomando muestras y buscando las huellas que no hubiera borrado el aguacero.

En medio de la penumbra Lucía seguía la cinta blanca que marcaba el recorrido, esquivando los regueros de agua que se precipitaban colina abajo. Pero llovía demasiado y tuvo que acercarse más y atravesar aquellas cortinas líquidas para ver mejor la estatua. La que era más clara.

La miró.

Por un instante creyó reconocer a alguien y se estremeció.

Un grito mudo se encalló en su garganta cuando no pudo seguir negando la realidad.

No, no era posible, no podía ser verdad, no podía ser él…

• • •

La lluvia no amainaba. Caía oblicua, copiosa, pertinaz. Lucía tiritaba. Le costaba respirar. Debería sentirse acalorada después de la subida, pero estaba congelada. El frío le calaba los huesos, le helaba la sangre.

Lo que había colgado a varios metros del suelo no era una estatua sino un hombre. Alguien a quien ella conocía. Su colega, su amigo, su compañero de equipo: el sargento Sergio Castillo Moreira. Treinta y cinco años. Casado, padre de dos niñas. Un buen policía. Un buen padre. Al menos por lo que ella sabía…

La lluvia aporreaba el cuerpo desnudo y chorreante, la carne lívida, el contorno sinuoso de sus músculos… Se fijó en un detalle absurdo: el agua le caía del pene como si se tratara de un grifo.

Suspendido entre el cielo y la tierra, el cuerpo parecía levitar por encima de la colina. Sabía que resultaba físicamente imposible, pero eso era lo que veía: un cuerpo desnudo que se sostenía en el aire.

Alguien había retirado la estatua, que yacía de bruces en el barro, y la había sustituido por el cuerpo martirizado de Sergio. La escalera que había utilizado aún estaba allí. Con los brazos en cruz y la cara vuelta hacia el cielo, Sergio parecía implorar la absolución que no había obtenido.

Alguien —¿hombre?, ¿mujer?— le había clavado un destornillador en el corazón, varias veces, con una violencia extrema, como si hubiera querido reventárselo. A simple vista se observaban heridas profundas entre el esternón y el pezón izquierdo, y de una sobresalía el mango del destornillador.

«Misterios del universo…», pensó Lucía.

Rafael, su hermano pequeño, le había explicado algunos. El sol representa el noventa y nueve por ciento de la masa del sistema solar;

no hay sonido en el espacio; por cada habitante de la tierra hay cerca de 1,6 millones de hormigas; *La epopeya de Gilgamesh*, la obra épica más antigua de la humanidad, está escrita en tablillas de arcilla y su protagonista ya estaba obsesionado con la muerte… Para ella, sin embargo, había un misterio aún mayor, totalmente incomprensible: la crueldad, la maldad absoluta.

Apenas podía contener las náuseas, pero se obligó a seguir examinando aquella atrocidad que desafiaba el entendimiento.

No había ningún clavo, nada que mantuviera el cadáver sujeto a la cruz. Imposible… Parecía sostenerse en el aire por su propia voluntad, aunque obviamente estaba muerto y carecía de voluntad. ¿Qué clase de milagro era aquél?

Los técnicos estaban ensamblando un andamio para descolgar el cuerpo: los brillantes tubos y las planchas metálicas tintineaban cada vez que chocaban entre ellos. El aguacero estallaba en vapor blanquecino en el halo de los proyectores. Lucía se volvió hacia el técnico que tenía al lado.

—¿Cómo se aguanta?

—Es raro, ¿verdad? —susurró el hombrecillo mientras la lluvia repiqueteaba sobre su mono blanco de astronauta—. No hay cuerdas ni fijaciones, y aun así se mantiene ahí, suspendido… Esto es obra de una mente diabólica.

—Todas lo son —replicó ella, irritada por la observación—. ¿Entonces…?

—Cola…

—¿Cómo?

—Le han embadurnado la espalda, las nalgas, las pantorrillas, la parte de atrás de los brazos, las manos y la cabeza con una cola extrafuerte o algo parecido. Sí… Mientras esperaban a que el cuerpo se pegara, han debido de atarlo a la cruz con cuerdas o con un cable, vaya usted a saber. Se observan marcas bastante profundas en los brazos, las muñecas, el torso, la frente y los tobillos. Tiene que haber sido antes de que empezara a llover. Habrán tardado sólo unos minutos, pero se necesita una fuerza enorme… Por otra parte, ya sea obra de Dios o de los millones de años de evolución desde el primer microorganismo unicelular, la piel es una maravilla de ingeniería biológica: estética, elástica y lo bastante resistente como para mantener el cuerpo en la posición en que lo han pegado.

—Dios santo… —susurró ella.

Se dobló por la cintura. Con las manos en los muslos, respiró hondo para contener las náuseas. Luego se irguió.

Le vino una imagen a la cabeza: el sargento Castillo y ella besándose en el vestuario durante la última fiesta de Nochevieja. Lucía lo empuja con suavidad: «Sergio, no…» Trabajaban juntos, ella conocía a su mujer, a sus hijas… La música resuena y se oyen risas y gritos de alegría en la

sala de al lado. Él huele bien, a jabón y a colonia, y su boca tiene un agradable sabor a tabaco, chicle y dentífrico. Ambos se desean, pero ella le dice «no».

Lucía se estremeció, preguntándose si no lo habría soñado, y volvió a fijar la mirada en el cuerpo macilento. El agua que le corría por el pecho brillaba con el reflejo de los proyectores. Se produjo una especie de efecto óptico.

Una vez, dos… No: ¡el pecho se movía!

¡Dios santo! Por lo visto el destornillador no había cumplido su cometido.

Se volvió hacia los hombres y mujeres esparcidos por la colina.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡Está vivo!

Un médico y dos enfermeros habían sustituido a los técnicos forenses de mono blanco. Los tres estaban inclinados sobre el cuerpo, elevados a su altura gracias al andamio de tres metros. La lluvia parecía tocar un xilofón al percutir sobre el aluminio, sumando su ruido al de los gritos, las llamadas y las carreras.

—¡¿Cómo lo hacemos para despegarlo sin arrancarle la piel, joder?! —rugió uno de los hombres subidos al andamio.

—Hay un testigo —le dijo a Lucía el capitán Peña, su superior en la UCO.

Se había acercado a ella, con el bigote chorreando. Lucía se volvió.

—¿Un testigo?

—Un sospechoso más bien —reconoció el capitán encogiéndose de hombros.

Ella frunció el ceño.

—¿Un testigo o un sospechoso?

—Un tipo que había salido de paseo, o al menos eso dice. Estaba ahí cuando ha llegado la patrulla. Es él quien ha llamado a la policía. Dice que ha visto lo que pasó y al que ha hecho esto. Que lo ha visto todo, pero que le ha dado miedo intervenir… Creemos que es el culpable…

Lucía se tensó y lo miró con aspereza.

—¿Y qué os hace pensar tal cosa?

—Ya lo entenderás cuando lo veas.

Ella titubeó. Observaba al médico y los enfermeros que manipulaban a Sergio subidos al andamio. No podía hacer nada más por el momento.

—Quiero verlo ahora mismo, capitán —declaró.

Bajaron hacia los coches, procurando no resbalar con el barro y los regueros de agua. Lucía se notaba los vaqueros pegados a las pantorrillas y las Converse All Star cada vez más pesadas por los mazacotes de tierra adheridos a las suelas.

El sujeto estaba apoyado en la carrocería de uno de los coches, de pie entre dos guardiaciviles de uniforme. Piel pálida, cara delgada, barbilla

puntiaguda y cejas rubias, casi blancas, igual que su cabello. De unos treinta años. A Lucía le dolieron en el alma las manchas de sangre de su mono naranja.

El tipo levantó la mirada cuando ella se acercó. Ojos grandes, infantiles, iris muy claro y párpados enrojecidos. Lucía tuvo el impulso de agarrarlo por el cuello.

—¿Has hecho tú esto?

Sus pestañas rubias perladas de lluvia aletearon. Una sonrisa morbosa asomó a su cara, y Lucía contuvo las ganas de estamparle la cabeza contra el capó.

Acto seguido el tipo negó con la cabeza.

—No, ha sido él. Lo he visto…

—¿Él? ¿Quién es él?

—Pues él, por supuesto…

De pronto se oyó un grito en lo alto de la colina.

—¡Lo estamos perdiendo!

Lucía miró hacia arriba. «¡Mierda, no!» Echó a correr, subiendo la pendiente lo más deprisa que pudo. Resbaló, recuperó el equilibrio y retomó la carrera.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Joder, no!

Trepó por el andamio, agarrándose a los tubos de aluminio.

—¡Eh! ¿Qué cree que está haciendo? ¡Baje ahora mismo! ¡Esto no está hecho para tanta gente! —le gritó uno de los enfermeros.

Sin hacerle caso, Lucía reptó hasta la temblorosa plataforma. El médico había iniciado una vigorosa maniobra de reanimación, una técnica bastante difícil en un cuerpo mojado y colocado en vertical. Sergio ya tenía los electrodos puestos en el pecho, pero Lucía sabía que un exceso de humedad podía alterar la frecuencia cardiaca.

Los enfermeros le lanzaron miradas coléricas. Uno de ellos toqueteaba los botones de un desfibrilador.

—¿A qué esperan? ¡Vamos! ¡Denle una descarga! —les dijo ella con impaciencia.

—¡No podemos! —gritó el médico sin interrumpir el masaje, con los brazos tensos y las manos crispadas sobre el pecho de Sergio—. ¡Con la lluvia y este metal podríamos electrocutarnos todos! Y a él no le serviría de nada…

—¡Denme ese trasto! ¡No vamos a dejarlo morir sin hacer nada!

Intentó coger el aparato con la mano izquierda —era zurda—, pero el que tenía el desfibrilador lo agarraba con firmeza.

—¡Eh, pare! ¡Está loca! ¡No servirá de nada!

—¡Escuche, por favor! ¡Estamos haciendo lo que podemos! —gritó el otro enfermero.

—Dile que se baje del andamio o dejaré de hacer el masaje —amenazó el médico dirigiéndose a su colega—. ¡Dile que se baje ahora mismo!

Lucía vaciló.

El médico tenía razón. Era inútil, ella no podía hacer nada, así que obedeció. Durante los treinta minutos que siguieron, los tres hombres alternaron masaje cardiaco y boca a boca sin parar.

La lluvia no daba tregua. Lucía era incapaz de despegar la mirada del pálido cuerpo de su amigo mientras el médico, infatigable, trataba de reanimarlo bajo el aguacero.

—Está muerto. Se acabó.

Bajaron uno tras otro, cabizbajos. Casi a continuación los astronautas de mono blanco tomaron el relevo.

Le empezaron a temblar convulsivamente las manos y las piernas. Le temblaba todo el cuerpo. Esta vez las náuseas llegaron tan rápido que apenas le dio tiempo a inclinarse cuando notó el ardor ácido subiéndole por la garganta. Vomitó todo el almuerzo con un montón de bilis.

PRIMERA PARTE

Lucía

1

Lunes por la tarde

La teniente Lucía Guerrero examinó el DNI. Gabriel Agustín Schwartz. Treinta y dos años. Nacido el 18 de marzo de 1987 en Málaga. Con domicilio en la carrera de San Jerónimo de Madrid.

Lo miró. Pelo rubio casi blanco, cara pálida y enjuta, pestañas transparentes…

Tenía unos ojos claros, muy abiertos, que miraban con inquietud a uno y otro lado, y unos labios demasiado rojos, demasiado… húmedos.

—Gabriel Schwartz —dijo Lucía dando inicio al interrogatorio.

El rubio la miró.

—Ah, no, no soy yo… Yo no soy Gabriel.

Lucía levantó una ceja.

—Entonces, ¿cómo te llamas?

—Iván.

—¿Iván? ¿Iván qué más?

—Iván.

—Y entonces, ¿quién es Gabriel?

—Otro…

Lucía lo miró fijamente mientras su pierna izquierda se movía sin parar debajo de la mesa.

No había dejado de moverla desde que se había sentado delante de él. Padecía síndrome de piernas inquietas.

—Bueno, eh… Iván. Se te acusa del asesinato del sargento Castillo —anunció, y sintió un nudo en el estómago al pronunciar su nombre—. ¿Lo entiendes?

—No he sido yo —repuso Gabriel mordiéndose el labio—. Yo no he hecho nada.

—Le recuerdo que, mientras no se demuestre lo contrario, mi cliente es un simple testigo en este asunto —intervino el abogado engominado sentado al lado de Schwartz.

Lucía observó al tipo rubio y luego al abogado, y acto seguido volvió a examinar el rostro del rubio. Sus ojos, exorbitados, como los de un niño, saltaban de un extremo a otro de la sala.

—Tus huellas dactilares están por todas partes, en el cadáver, en la cruz, en la escalera… En el arma del crimen. Y tienes la sangre de la

víctima en tu ropa… —dijo Lucía.

—No he sido yo.

Parecía muy tímido. No tenía aspecto de asesino.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Ha sido Ricardo.

—¿Quién es Ricardo?

—Alguien muy malo…

—¿Ah, sí?

—Sí…

Lucía intentó obviar las manchas de sangre seca del mono naranja chillón y ahuyentar de su cabeza la imagen de Sergio desnudo y crucificado bajo la lluvia.

—¿Cómo sabes que ha sido él?

—Porque me lo ha dicho.

—¿Ricardo te ha dicho que él lo había matado?

—Teniente —intervino el abogado de oficio—, teniendo en cuenta el… estado de mi cliente, le pediría que no tome en consideración esta última observación.

—Eso me corresponde a mí decidirlo —replicó Lucía con contundencia—. Escucha, Gabriel…

—No me llamo Gabriel. Soy Iván.

Se llamaba Gabriel Schwartz. No debía de conseguir muchos «me gusta» en Tinder, pero sí aparecía muy a menudo en los archivos de la Guardia Civil: varias condenas por robos en tiendas, reventa de estupefacientes… Nunca había sido encarcelado, pero sí hospitalizado en varios centros psiquiátricos.

Siempre había vivido en casa de su madre. Tras la muerte de su progenitora en febrero de ese mismo año, ingresó en un psiquiátrico, aunque por poco tiempo.

Habían contactado con el psiquiatra que lo había tratado, que ya estaba en camino.

Lucía se levantó y fue a la sala de al lado, donde Arias, su colega, y Peña, su jefe, seguían el interrogatorio por un monitor. Le hizo una señal al primero.

—Te toca a ti.

—¿Tú te has tragado eso de la personalidad múltiple? —preguntó con escepticismo Arias—. Parece loco de remate, pero quizá está haciendo teatro.

El sargento Arias padecía estrabismo divergente. Con un ojo miraba de frente, pero el otro se le desviaba hacia fuera. Como la luz se le reflejaba de forma distinta en ambos ojos, su mirada adquiría un aura extraña que solía incomodar a los sospechosos. Arias lo sabía y se aprovechaba de ello. Lucía había observado que los resultados de sus interrogatorios eran sensiblemente superiores a la media.

El sargento negó con la cabeza, salió de la estancia y luego entró en la

sala de paredes grises, alumbrada por un fluorescente excesivamente luminoso.

Lucía y Peña, el oficial al mando del equipo de Homicidios, Secuestros y Extorsiones de la UCO, lo observaban por el monitor.

Peña era un hombre de cincuenta y tres años, apariencia cuidada, pinta de buen padre de familia y un bonito bigote que trataba con esmero. Lucía lo tenía por uno de los mejores agentes en activo. Y conocía a unos cuantos… La Guardia Civil contaba con unos ochenta y cuatro mil agentes, y la UCO, que era en cierto modo su servicio central de policía judicial, tenía alrededor de cuatrocientos.

—Buenos días, Gabriel.

La voz sonó en los altavoces mientras en el monitor aparecía Arias sentándose delante del joven rubio.

—Vamos, señor agente —contestó una voz femenina, burlona y zalamera—. ¡Por favor! Se ve a la legua que no soy Gabriel.

En el monitor Gabriel Schwartz sonreía colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego cruzó las piernas y puso las manos en las rodillas, con la espalda bien tiesa.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Arias, un tanto desconcertado.

—Soy Marta. Me gustan sus ojos, señor agente. Son… bonitos.

Lucía se quedó estupefacta ante el brutal cambio de fisionomía.

Era casi como estar viendo a una mujer.

—Pero ¿qué es este cachondeo? —exclamó Peña con irritación.

—Eh… Marta… ¿sabes por qué estás aquí? —se oyó decir a Arias.

—Ya ve que mi cliente no está en condiciones de responder a sus preguntas —protestó el joven letrado—. ¡Exijo que lo examine sin dilación un psiquiatra!

—Pues la verdad es que no tengo ni la menor idea de por qué estoy aquí —aseguró Gabriel, en su versión de Marta, haciendo caso omiso a su abogado—. Pero imagino que usted me lo dirá, señor agente.

—¡Joder! —murmuró Lucía con los nervios a flor de piel.

Apretaba tanto los dientes mirando el monitor que le dolía la mandíbula. Tampoco iban a pasarse horas con aquella comedia. Ella le habría hecho confesar sin contemplaciones.

—Estoy segura de que es un farsante —dijo en un susurro.

—Es posible —respondió Peña—, pero hasta que no hayamos hablado con su psiquiatra, debemos seguirle el juego, o si no cualquier picapleitos podrá machacarnos. ¿Alguien ha llamado ya al psiquiatra?

—Sí, está en camino. No tardará en llegar.

—¿Cuántos años tienes, Marta? —se oyó preguntar a Arias en los altavoces.

—¿Cuántos me echa usted? —contestó, coqueta, la pseudo-Marta.

—Marta, ¿sabes quién ha matado al sargento Castillo? —prosiguió Arias.

—Sí, ha sido Ricardo…

—¿Y conoces a Ricardo?

—Pues sí, por supuesto que lo conozco, todos lo conocemos… No es buena persona. Es malo. No me gusta. Me da miedo.

Lucía tuvo que reconocer que la convicción con la que «Marta» trazaba el retrato del supuesto Ricardo era bastante perturbadora.

—¿Puedes decirme algo más sobre él? —indicó Arias.

—No, no quiero…

—¿Por qué no?

—Me da miedo.

—¿Por qué te da miedo?

—Todos le tienen miedo.

—¿Tan malo es?

La expresión de angustia de Schwartz impresionó a Lucía.

—Este tipo me pone los pelos de punta… —comentó el capitán Peña a media voz.

La pilló por sorpresa ese comentario: su jefe no era de los que se asustan fácilmente. Era un tipo duro, de la vieja escuela, y había enfrentado a algunos de los delincuentes más peligrosos del país. Pero, por lo visto, los cambios de personalidad de Schwartz podían desestabilizar al más pintado.

—¿Sabes dónde está? —prosiguió Arias con suavidad en la otra sala.

Schwartz se retorció con desasosiego en la silla, con las facciones alteradas por tics nerviosos.

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Nunca te ha dicho dónde vivía?

El rubio se encogió de hombros.

—Pfff… Pues vive aquí, como todos los demás… —respondió Schwartz con la voz de Marta, dándose unos golpecitos en la sien con el índice—. ¿Dónde quiere que viva?

Lucía vio que Schwartz negaba enérgicamente con la cabeza, se mordía el labio y cerraba los ojos apretando con fuerza los párpados. Hasta que los abrió.

—Por favor, no nos haga daño…

—¿Cómo? —contestó, perplejo, el sargento Arias.

—No le diga nada a Ricardo, por favor, señor agente. Nos hará daño. Por favor… por favor… por favor…

«Mierda, ahora la voz de un niño… Hasta su cara parece más infantil. Esto es el colmo», pensó Lucía.

—Voy a tomar el relevo —le dijo a Peña.

Su jefe la miró a los ojos.

—¿Estás segura? No deberías implicarte tanto, Lucía… Ni siquiera debería dejarte participar en este interrogatorio, ya lo sabes. Estás demasiado afectada. Era tu compañero…

—Precisamente por eso.

Salió al pasillo, abrió la puerta de al lado y entró.

—Ya es suficiente —le dijo a Arias.

—¿Estás segura?

—¡Que te vayas, joder!

—Teniente… —intervino el abogado.

—Y usted cierre el pico.

Había hablado demasiado alto. Arias se levantó y se fue a toda prisa.

—Quedará constancia de esto, no le quepa duda —advirtió el abogado, rojo de indignación.

El niño en el que se había transformado Gabriel Schwartz la observaba con cara de sorpresa, como si la viera por primera vez.

—Quiero hablar con Marta —le dijo Lucía.

El rubio se irguió. La sonrisa empalagosa volvió a su cara. Miró a su alrededor, examinando el suelo, el techo y las paredes.

—¿Acaso ves a alguien más aquí, cariño? —dijo con voz meliflua.

Lucía volvió a ver el cuerpo desnudo y empapado de Sergio en la cruz. Los labios se le pusieron lívidos de rabia. Respiró hondo.

—Yo también conozco a Ricardo —declaró con tono desafiante—. Tú no eres la única que lo conoce, Marta…

La pseudo-Marta le asestó una mirada de desprecio.

—Pfff. Estás mintiendo. Tú no conoces a Ricardo.

—Claro que sí.

—¡No te creo! Tengo dolor de cabeza… ¿Tienen algo para el dolor de cabeza?

—No estás obligada a creerme. Pero lo conozco, te lo aseguro, y no es tan peligroso como dices.

Schwartz volvió a encogerse de hombros.

—Pfff. ¡Bobadas! Se nota que no lo conoces. Si no, no dirías eso…

—Ricardo se hace el duro, pero es un gallina.

Schwartz pestañeó con nerviosismo y miró con inquietud a su alrededor.

—¡Cállate! ¿Estás loca o qué? ¡Si te oye, vendrá!

—Pues que venga. Se lo diré a la cara. Pero no vendrá. ¿Y sabes por qué, Marta? Porque sólo se hace el fuerte con débiles como tú. Ese Ricardo es un cobarde.

—¡Cállate! Me duele la cabeza —gimió Marta—. Denme algo. Tengo un dolor de cabeza terrible…

A Lucía se le puso la piel de gallina. Schwartz parpadeaba sin parar, temblaba de pies a cabeza y movía los labios como si hablara consigo mismo, aunque no emitía sonido alguno. Lucía se irguió en el asiento.

—¿Marta? —dijo.

No obtuvo respuesta.

Echó un vistazo a la cámara. Si ese chalado intentaba algo, le daría un buen puñetazo, y la caballería acudiría en cuestión de segundos.

Schwartz había cerrado los ojos. Lucía lo escrutó. Su cara era una máscara de cera que no dejaba entrever la menor emoción. Era como si

durmiera. De repente abrió los ojos y Lucía se sobresaltó. El destello de furor, seguido de un brillo durísimo, visceral, que advirtió en la orilla incandescente de su mirada, la obligó a erguirse un poco más en la silla.

—¿Sabes quién soy? —dijo una voz más grave y más profunda, cargada de desdén y arrogancia.

Lucía dudó un instante.

—¿Ricardo?

2

Lunes por la tarde

—¿Y tú quién eres? —preguntó la voz.

Lucía se había quedado estupefacta ante aquella transformación. No había cambiado sólo la voz y la mirada sino toda su persona. Parecía más alto y más fuerte. Y daba la impresión de ocupar más espacio.

—Por lo visto me estás llamando «cobarde»…

Lucía sintió, a su pesar, que el pulso de su carótida se aceleraba. El individuo con el que ahora se encaraba parecía capaz de cometer cualquier acto de violencia.

—Era para hacerte salir a la luz —respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… ya sabes, ese asunto de las personalidades…

Estaba pisando terreno pantanoso. El rubio, sacando pecho y con los músculos tensos bajo el mono, la miró con desprecio.

Lucía rezó para que el capitán no ordenara el fin prematuro del interrogatorio. Schwartz esbozó una sonrisa socarrona.

—Me tomas por un chalado, ¿no?

—No, lo que…

—Mi cliente debe ver a un psiquiatra de inmediato —insistió el abogado.

—Tú cierra el pico —lo cortó el pseudo-Ricardo—. Tú no sabes nada de nada, así que cierra el pico. ¿Me tomas por un chalado? —le repitió a Lucía.

—Aquí soy yo la que hace las preguntas —dijo ella mirándolo fijamente.

Schwartz entornó los ojos. Lucía podía percibir la densidad de su mirada. Luego siguió un silencio insoportable.

Y entonces, también de golpe, el rubio sonrió y se relajó, apoyando la espalda en el respaldo.

«Espera a que yo mueva ficha», se dijo Lucía.

—¿Has matado al sargento Castillo?

—¿Al tipo de la cruz? Sí, sí… Lo he matado yo… Menuda tormenta, ¿eh? Eso sí que ha sido un Lunes de Aguas… Bueno, lo he matado… sí y no.

Hablaba con total indiferencia. Lucía se contenía para no saltarle

encima y descargarle un codazo.

—¿Sí o no?

—Es más complicado que eso —dijo el pseudo-Ricardo.

—A ver, explícate.

—No sé si quiero…

—No saldrás de aquí si no lo haces.

La rabia invadía los ojos de Schwartz. Hasta su cara parecía más ruda, menos delicada.

—Yo ni siquiera conocía a tu compañero. No lo había visto hasta hoy. Fue el otro quien me dijo que lo hiciera.

«Otro más», pensó ella reprimiendo un suspiro.

—El otro. Ya. ¿Otra de tus personalidades?

—No, no, el otro. Del exterior… No uno del interior. Alguien de fuera.

Lucía notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Y quién es ese «alguien de fuera»? —preguntó apoyándose en la mesa e inclinándose hacia él.

Silencio. De pronto «Ricardo» se inclinó hacia ella con tanto ímpetu que Lucía no saltó hacia atrás de puro milagro.

El abogado dio un respingo. Estaban separados por menos de cuarenta centímetros. «Demasiado cerca», se dijo Lucía. El capitán no tardaría en dar por concluido el interrogatorio. Y si no, lo haría el abogado, o el psiquiatra, si es que había llegado.

Debía darse prisa.

Veía los juegos de luz del fluorescente en los ojos del rubio. La oscuridad le invadía el iris como un vertido de petróleo en el mar. Lucía se sumergía en las tinieblas mientras los latidos de su corazón le retumbaban en el tímpano. Era como lanzarse al océano desde lo alto de un acantilado.

—¿Quién está «fuera»?

De nuevo, la sonrisa socarrona, afilada como la hoja de una navaja.

Con los ojos clavados en ella.

Lucía sabía lo que él veía porque su propia silueta se reflejaba en el espejo de sus pupilas: una mujer de treinta y pico años, delgada y vestida de negro de pies a cabeza. Vaqueros negros, camiseta negra, cazadora de cuero negro… Una cara bonita, resultado de la mezcla de genes de su ADN, rusos por parte de madre y españoles por parte de padre… Ojos castaño oscuro moteados de oro, pestañas largas y una melena negra y reluciente con un flequillo recto hasta las cejas, como si llevara una cortina en la frente.

Aun así, lo que el otro debería haber visto para comprender quién era ella realmente estaba oculto bajo la ropa. En su cuerpo. En su piel. Trece tatuajes: cráneos, rosas, alambradas, frases en cursiva, números romanos…

«Ricardo» se la comía con los ojos. Le hizo pensar en un camaleón acercándose a un insecto para engullirlo con su inmensa lengua. Justo

entonces Schwartz se pasó la punta de la suya por los labios húmedos.

—¿Quién es ese «de fuera», Ricardo?

Schwartz le clavó otra mirada furibunda. El abogado había enmudecido, y Lucía percibía su inquietud.

—¿Cómo?

—¿Sabes cómo se llama?

Schwartz soltó una estruendosa carcajada y volvió a ponerse serio enseguida.

—Joder, ¿por quién me tomas? ¿Y quién te has creído que eres, señora policía? Yo no soy un chivato.

Se volvió hacia la cámara:

—¡Esta conversación se ha terminado! ¡Quiero otro abogado! ¡Y sáquenme a esta puta de delante antes de que la mate!

3

Lunes por la tarde

—¿Crees que se refería a alguna otra de sus personalidades? —preguntó Peña.

Lucía advirtió un brillo de sudor por encima de su bigote.

—No lo creo. Yo apostaría a que había otra persona con él.

—En la colina sólo hemos encontrado sus huellas… No había otras.

—Seguramente las habrá borrado la lluvia. De haber estado solo, habría hecho falta una fuerza descomunal para levantar a… Para levantar a Sergio hasta allá arriba.

—Yo diría que la… En fin, que la personalidad llamada Ricardo sería capaz —apuntó su jefe.

Lucía nunca lo había visto tan dubitativo.

—Según el pseudo-Ricardo —intervino Arias—, sería ese otro el que le habría dicho que lo hiciera. ¿Os lo creéis?

—Vamos, hombre —contestó Peña—. Sabéis tan bien como yo que los acusados siempre le cargan la culpa a otro. ¿En qué estaba trabajando Sergio últimamente?

¡Cómo si no lo supiera! Se ocupaban de veinte casos a la vez, pero el más importante era un ajuste de cuentas en Villaverde. Dos meses atrás un hombre había sido abatido dentro de su coche en un aparcamiento. Se sospechaba que detrás del crimen estaba uno de los hermanos Lozano, que controlaban gran parte del tráfico de drogas en Madrid.

—Los Lozano. Francamente, ¿creéis que tiene algún parecido con los sicarios de Lozano? —añadió Lucía señalando al rubio en el monitor.

—Quizá sólo pasó por allí en el momento más inoportuno. Igual simplemente está loco y se atribuye un crimen que no ha cometido —sugirió Arias.

—¿Y las manchas de sangre en la ropa?

—Habrá tocado el cuerpo… Se habrá subido a la escalera y habrá intentado descolgarlo… ¿Qué sé yo? No tenemos ninguna prueba contra él.

—Aparte de su confesión…

—La de «Ricardo» —puntualizó Peña—. No la de Gabriel Schwartz. Sus abogados van a disfrutar de lo lindo.

Lucía los miró a los dos.

—¿En serio? ¿De verdad os parece que esa puesta en escena tiene algo que ver con un ajuste de cuentas entre traficantes?

—No, no, claro que no… Pero es lo único que tenemos —reconoció Peña.

—La autopsia empieza dentro de una hora —dijo ella mirando el reloj.

—Arias, encárgate tú de eso —zanjó Peña—. Lucía, tú no puedes estar presente de ninguna manera, ¿me oyes?

Ella bajó la cabeza y recordó su primera autopsia. Era casi una niña por aquel entonces. Salió con flojera en las piernas y el corazón en la boca. Los miembros más veteranos del Departamento de Homicidios la llevaron al bar de enfrente del instituto forense… Pero no a tomar un café sino a comer un guiso de sangre encebollada. Era una tradición que afortunadamente había caído en el olvido. Echó un vistazo al rubio en la pantalla del monitor. Volvía a ser Gabriel Schwartz, o tal vez «Iván», un chico tímido y apocado. En todo caso, «Ricardo» se había esfumado. De nuevo tenía el aspecto de un niño desvalido.

Lucía pensó en otro niño desvalido. Una silueta alargada, encorvada, que le decía en voz baja: «No te preocupes, hermanita, todo saldrá bien.»

Se fue al lavabo. Olía a lejía. Como siempre, antes de bajarse los pantalones y la funda de la pesada Beretta 92 hasta los tobillos, examinó el suelo. Eso no se veía nunca en las películas: ¿qué hacía una mujer con su arma en el lavabo? ¿Y un hombre?

A veces pensaba que la H&K USP Compact habría sido más práctica que la Beretta, al menos por su peso, aunque tenía más metal que polímero. Después de limpiarse se subió las bragas, el pantalón y la funda con el arma. Tiró de la cadena. Se lavó las manos y salió. En la máquina del pasillo se compró una Coca-Cola Zero.

Se había secado el pelo con una toalla, pero aún lo tenía húmedo. Nada más llegar se había cambiado la camiseta y los vaqueros —siempre tenía una muda de reserva en su despacho—, y también había lavado sus Converse llenas de barro.

—He llamado a la plaza de Castilla —dijo Peña cuando Lucía regresó —. Un equipo va a registrar el domicilio de Schwartz.

—¿Quién era el juez de turno?

—Álamo… Hemos tenido suerte. De todas formas, con lo que tenemos tampoco habrían podido negarnos la orden.

Lucía se limitó a asentir. La plaza de Castilla, con sus dos torres con forma de paralelepípedo inclinadas la una hacia la otra como dos luchadores de sumo listos para el combate, y sus juzgados… Si bien las relaciones entre la policía y el Ministerio Fiscal eran por lo general fluidas en la periferia, la situación era muy distinta en Madrid, donde los magistrados solían tener una actitud de desconfianza, incluso de hostilidad, hacia las fuerzas del orden. Lucía había perdido la cuenta de

la cantidad de veces que un tipo con corbata o una jueza con traje de marca la habían mirado por encima del hombro y tratado con desdén por el simple hecho de ser una mujer menuda —que además no aparentaba la edad que tenía— con placa y pistola en la cadera.

Le habría gustado ponerlos en su sitio y explicarles que su oficio ya era bastante complicado como para ser enemigos; que deberían ser aliados y luchar juntos contra los desalmados que campaban a sus anchas por la ciudad. Sin embargo, no podía hacerlo, claro, y pese a que en la UCO tenía fama de mal carácter, siempre se había contenido, como todos los que acudían a solicitar una orden judicial. No tenían más remedio que agachar la cabeza ante un poder superior.

Oyeron pasos fuera y salieron al pasillo. Por el largo corredor de paredes amarillas con aspecto de hospital se acercaba un hombrecillo con abrigo y sombrero de fieltro. Estaba empapado. Les tendió la mano y se presentó: Dámaso Ferrater, psiquiatra.

—Buenas noches, doctor —lo saludó Peña—. Gracias por haber venido tan deprisa.

El abrigo le goteaba.

—¿Está ahí? —preguntó Ferrater con inquietud.

El capitán le mostró por el monitor el cuarto sin ventanas donde Schwartz seguía postrado mientras su abogado le hablaba. El psiquiatra lo miró como un padre a su hijo, y Lucía pensó que a veces ella miraba igual a su hermano Rafael.

—Este tipo es increíble —comentó el capitán, como si hablara de un artista—. Nunca había visto nada igual.

Con el sombrero en una mano, el psiquiatra se tiró de la perilla con la otra. Se notaba que se teñía la barba y el pelo. Todo en él irradiaba suavidad, delicadeza y humanidad. Lucía captó un atisbo de preocupación en sus ojos.

—¿Se ha manifestado «Ricardo»?

4

Lunes por la tarde

Se detuvieron y aguzaron el oído.

Estaban sumidos en la oscuridad casi completa que reinaba en lo alto de las escaleras. No se oía ni un ruido, aparte del rumor de coches que subía de la carrera de San Jerónimo. El hueco de la escalera estaba oscuro. En el exterior el aire nocturno era como una burbuja de luz sobre las fachadas, que reflejaban el desfile incesante de los faros en las calles del centro. Allí, en cambio, estaban a oscuras: alguien había desenroscado la última bombilla, o bien se había fundido… El único punto de luz provenía de una claraboya piramidal en lo alto de la escalera, a través de la que se vislumbraba el resplandor sangriento de la ciudad.

Era un edificio de seis plantas de finales del siglo XIX. Escalera helicoidal de mármol, moqueta raída, pesadas puertas en los rellanos. Sin duda, detrás de esas puertas se escondían interiores de techos altos, llenos de muebles aparatosos, cortinas gruesas, silencio y aburrimiento. Desde algún lugar llegaba el eco de un televisor.

—Jesús, podrían haber puesto un ascensor… —gimió el cerrajero al llegar al rellano.

—Cierre la boca y abra esa puerta —le ordenó Arias.

El tipo, extremadamente gordo, le lanzó una mirada sombría. Luego se inclinó sobre su caja metálica y la revolvió con estrépito antes de sacar varias herramientas.

—Maldita sea, ¿no podría armar menos jaleo? —murmuró Arias.

—Joder —gruñó el cerrajero.

—Calmémonos un poco —terció el hombre de traje gris y corbata que los acompañaba.

Era el abogado de la Administración de Justicia, un funcionario del ministerio cuya presencia era obligatoria para cualquier registro y que tenía tantas ganas de estar allí como ellos de aguantarlo.

En cuanto oyeron el clic de la cerradura, los agentes levantaron el cañón de las armas: por teléfono les habían informado de la posibilidad de que hubiera un cómplice. Esperaron a que el cerrajero guardara las herramientas y se marchara refunfuñando —otro más que a partir de ahora tendría ojeriza a la Guardia Civil—, y en cuanto franquearon el

umbral todos dieron un respingo: les llegó un olor repugnante del interior.

Un olor a moho, carne podrida, fregadero atascado y comida caducada, y también a tierra, talco, cera, sudor… Arias, que había sido el primero en entrar, se subió el cuello del jersey hasta la nariz para combatir el nauseabundo olor con su propia huella olfativa.

—Rubén, ¿no tendrás tu frasco de colonia por ahí, verdad? —preguntó el sargento.

El comentario provocó unas cuantas risitas nerviosas, ya que el tal Rubén era famoso por perfumarse con excesiva generosidad antes de ir al trabajo. Entraron uno detrás de otro y buscaron el interruptor. El pasillo se iluminó levemente con una luz azulada, vacilante, casi mortecina…

Todos pegaron un brinco al notar que algo les rozaba los tobillos y un grito agudo les perforaba los tímpanos.

—¡Hostia! —gritó uno de ellos.

Eran gatos. Al instante se formó un concierto de maullidos y bufidos, orquestado por una docena de gatos de todas las razas y colores —negros, atigrados, siameses, de Angora— que salían disparados hacia la escalera o se escondían en el piso, tropezando en precipitado desorden con las piernas de los agentes.

Al mirar a su alrededor los policías no se encontraron con un piso, sino con una verdadera jungla. Ante ellos se abría un pasillo acondicionado como un invernadero, apenas iluminado por un fluorescente azulado. Las plantas estaban por todas partes, habían colonizado hasta el más mínimo rincón.

Algunas tenían hojas grandes, anchas como una mano, otras trepaban como lianas o colgaban de macetas suspendidas, desplegando su tupido follaje a la altura de sus cabezas. Un ventilador removía aire caliente, que agitaba las hojas y les acariciaba la cara. Arias se coló entre aquella densa vegetación y descubrió una serie de etiquetas: *Strelitzia reginae*, *Monstera deliciosa*, *Syngonium podophyllum*, *Senecio rowleyanus*…

—¡Por Dios, menudo sitio! —exclamó el guardiacivil que iba justo detrás.

—¡Bueno! ¡A registrarlo todo! —ordenó Arias mientras se colocaba los guantes de látex y las fundas para los zapatos—. ¡Haced subir a Schwartz!

La ley exigía que el propietario de la vivienda estuviera presente. El rubio, que aguardaba en la planta baja custodiado por dos agentes, aseguraba haber perdido las llaves.

—¡Cómo apesta! —exclamó un agente.

—Casi tanto como tus pedos —replicó un compañero.

—¿Es verdad que tus detenidos confiesan lo que sea para no tener que soportar semejante tufo? —terció otro.

Más carcajadas.

—Concentrémonos, señores —dijo con acritud el funcionario de justicia.

—Tiene razón —les recriminó Arias—. Ya sabéis a qué habéis venido, ¿no? O más bien, por quién.

La pregunta arruinó la diversión. Algunos bajaron la vista. Se les quitaron las ganas de bromear. Todos conocían a Sergio. Todos sabían que lo habían encontrado pegado a una cruz al noroeste de Madrid.

Arias avanzaba despacio por el pasillo. Al cabo de unos segundos se detuvo en el umbral de una espaciosa cocina.

—Pero… ¿qué es esto, joder?

• • •

—Trastorno de identidad disociativo, anteriormente conocido como trastorno de personalidad múltiple. Figura en el DSM-5, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* —dijo Dámaso Ferrater.

El psiquiatra se limpió las gafas con el extremo de la corbata y se las volvió a colocar sobre la granulosa nariz.

—El trastorno de identidad disociativo se da por lo general en personas que padecieron un importante grado de estrés o un trauma durante la infancia, como es el caso de Gabriel… Su padre le daba palizas y su madre lo despreciaba. Sufrió un maltrato terrible. Un ochenta por ciento de los pacientes con TID tienen un diagnóstico secundario de estrés postraumático, y entre el ochenta y cinco y el noventa por ciento padecieron abusos sexuales de niños. La disociación es su manera de defenderse, de evadirse del trauma. Con el tiempo se convierte en la única forma que tienen de gestionar el estrés.

Lucía lo miró con más frialdad que un cielo invernal. Los psiquiatras siempre acababan remontándose a la infancia. Fueran cuales fuesen los actos de aquellos monstruos, el niño siempre servía como excusa.

—El trastorno suele caracterizarse por amnesias y breves lapsos de memoria. Por eso podemos tener pruebas de que el paciente ha hecho algo, ilícito o no, pero él ha olvidado que lo ha hecho. O bien uno de sus *alter ego* se acuerda pero los otros no, como ocurre en este caso.

—¿Algo ilícito? ¿Ilícito? Ha asesinado a mi compañero, doctor. ¡Le ha clavado un destornillador en el corazón, joder! ¡Y lo ha pegado a una cruz de mierda! ¡No me venga con el cuento de los lapsos de memoria! ¡No pienso permitir que ese tipo acabe atiborrándose de pastillas en un manicomio mientras espera que un psiquiatra irresponsable lo ponga en libertad!

Su cara estaba a dos palmos de la del médico. La ira irradiaba de ella como el calor lo hace de una bombilla. El capitán la obligó a echarse atrás. Mientras se apartaba, el doctor Ferrater la escrutó entornando los ojos, sin emoción alguna, como si analizara una serie de datos: voz, actitud, lenguaje corporal, reacciones…

—Reconozco que el TID es uno de los trastornos disociativos más controvertidos —admitió—. Algunos colegas llegan incluso a cuestionar su existencia. De hecho, está mucho más reconocido en Estados Unidos que en Europa. El ejemplo más famoso es el de Billy Milligan, la primera persona que fue declarada no responsable de sus actos a causa de un trastorno disociativo. Un total de veinticuatro personalidades competían por el control de la mente de Milligan. De todas formas, también aquí existe una jurisprudencia. Podría citarle al menos un caso en el que un tribunal español reconoció que esta patología habría podido «anular o incidir en la capacidad del sujeto para valorar la gravedad de sus actos».

—¡Por Dios! —exclamó Lucía, furiosa.

—Conozco bien a Gabriel —continuó el doctor Ferrater sin inmutarse —. Lo trato desde hace años. No finge. ¿Se ha quejado de que le dolía la cabeza?

El capitán Peña asintió.

—Es algo frecuente en las personas aquejadas de TID cuando se encuentran bajo presión —explicó el psiquiatra.

Lucía resopló con fuerza.

—¿Y lo de la crucifixión? ¿Tiene algún sentido para usted? —preguntó.

—¿En relación con Gabriel, quiere decir? Ninguno en absoluto. Nunca le he oído hablar de religión ni de nada por el estilo. Ninguna de sus personalidades presenta un delirio místico, que yo sepa. Claro que la cruz es el símbolo de la Pasión, del martirio del Crucificado. Evoca el sufrimiento, un sufrimiento inhumano, y Gabriel es un ser que sufre…

Una vez más Lucía tuvo que contener la rabia al oír aquella explicación.

—Deben mantenerlo bien vigilado —añadió el psiquiatra—. Asegúrense de que no pueda hacerse daño. Más del setenta por ciento de las personas aquejadas de TID llevan a cabo tentativas de suicidio, y la enorme presión que Gabriel soporta ahora mismo podría incitarlo a intentar terminar con su vida.

—¿Es posible que haya actuado influido por otra persona? —preguntó de repente el capitán Peña.

El psiquiatra se quedó pensativo, y luego asintió con firmeza.

—Algunos terapeutas consideran que los pacientes aquejados de TID no son más que personas especialmente vulnerables a la sugestión o que reaccionan con más facilidad a la hipnosis. Para otros, serían incluso los terapeutas quienes inducirían los síntomas. Si alguien ha intentado manipularlo para hacerle cometer un crimen, es plausible que lo haya logrado.

—Gracias, doctor —dijo Peña.

—¿Lo ha examinado un médico? —quiso saber el psiquiatra.

—Todavía no. No lo ha pedido.

—Que lo examinen. Gabriel es hemofílico. Una enfermera acude tres

veces por semana a administrarle una inyección intravenosa de factor ocho, un factor de coagulación.

—Hemofílico y loco de remate —dijo Lucía con un suspiro—. Y aun así, no han considerado que necesitara internamiento permanente…

Arias permanecía inmóvil en la entrada de la cocina. El fluorescente del techo despedía destellos pálidos y vacilantes. Bajo aquella luz la estancia tenía un aspecto siniestro. El fluorescente iluminaba de forma intermitente una mesa larga. Ocho sillas, dos de ellas en los extremos. Ocho sillas, ocho cubiertos, ocho servilleteros…

Aún había comida en dos de los platos, restos de vino en una copa y migas desperdigadas por la mesa. Los demás cubiertos estaban intactos.

Había también una gran cantidad de comederos para gatos en el suelo y plantas por doquier: en las encimeras, en lo alto de los armarios, en el alféizar de las ventanas… En el ambiente flotaba un olor a rancio y a tierra removida.

Arias notó que se le aceleraba el pulso. Tenía buena vista —algo indispensable en su oficio—, o en todo caso bastante buena, y pudo leer los nombres escritos en los servilleteros: GABRIEL, IVÁN, MARTA, FERNANDO, KARL, VINZENT, RICARDO…

En las paredes había hojas de papel clavadas con chinchetas… Eran toscos retratos de hombres y mujeres, hechos con bolígrafo y rotulador. En algunas zonas el bolígrafo había atravesado el papel, fruto de la rabia y la precipitación con que se habían trazado las líneas. Parecían dibujos de niño. En ellos aparecían también los mismos nombres: Iván, Marta, Karl, Ricardo…

—Madre mía.

Arias se aproximó a la mesa. Cerca de uno de los platos había una taza con un resto de líquido marrón oscuro. Se inclinó. No era té ni café, tampoco mate. Parecía una decocción, una infusión. La olió.

—¡Puaj!

Tenía un aroma amargo, penetrante y desagradable.

—Traigan a Schwartz —dijo.

Esperó.

—¿Qué es esto? —preguntó al rubio cuando lo tuvo delante.

Schwartz no contestó. El sargento sacó el teléfono, hizo varias fotos y las envió.

Lucía examinó las fotos y, acto seguido, llamó a Arias.

—Este sitio me pone los pelos de punta —le dijo el sargento.

Ella recordó que Peña había empleado la misma expresión hablando de Schwartz.

—Quiero que me describas la mesa con precisión. Dame hasta el más

mínimo detalle…

Arias se puso manos a la obra mientras rodeaba lentamente la mesa.

—Comieron espaguetis a la boloñesa. Todavía hay sobras en los platos. Y tomaron vino. También hay un líquido en el fondo de una taza…

—¿Qué líquido?

—Parece una infusión. Es muy espeso, marrón y tiene un olor desagradable.

—Mándalo a toxicología. ¿Cuántos comieron?

—Sólo dos… Los otros cubiertos están intactos.

—Sus nombres. Dame sus nombres.

—Espera. El primero es… Ricardo.

—¿Y el otro?

Un lapso de silencio.

—Ése no tiene nombre. Qué raro. Es el único servilletero en el que no hay nada escrito…

—¿Dónde está situado?

—En la cabecera de la mesa. Igual que Ricardo. Se sentaron el uno frente al otro. Los otros cubiertos están en los lados.

—Y la taza de la infusión, ¿dónde está?

—Al lado del plato de Ricardo.

—Gracias.

Lucía se volvió hacia Peña.

—No estaba solo.

SEGUNDA PARTE

Salomón

5

Lunes por la mañana

Apretó el paso. Hacía frío, un frío tremendo. Un manto de niebla y nieve fundida cubría la ciudad con un abrazo húmedo y glacial. El profesor avanzaba casi al trote por los adoquines brumosos de la estrecha calle Libreros para huir de sus dentelladas gélidas.

Y también porque llegaba tarde.

Las trompetas de la ceremonia se oyeron desde el centro del casco antiguo. El acto en el edificio histórico de la universidad acababa de empezar… Salomón Borges, de sesenta y dos años, achaparrado y barrigudo, profesor de Criminología y de Criminalística en la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, aceleró hasta donde pudo con sus cortas piernas. Tras sortear los escasos turistas expuestos a aquella fría mañana de otoño, cruzó el portal de la recargada fachada plateresca.

El vestíbulo daba a un claustro rodeado de arcos presidido por una secuoya de treinta metros cuya copa se perdía en la blancura opaca de la bruma. Salomón pasó frente a las aulas Dorado Montero, Unamuno y Fray Luis de León y llegó ante la gran puerta del paraninfo justo cuando los últimos integrantes del cortejo desaparecían en el interior.

Todos vestían traje académico.

Salomón no se había puesto aquella vestimenta solemne desde sus primeros tiempos como profesor. En invierno llevaba cada día el mismo abrigo raído y una camisa blanca remetida de cualquier manera en el pantalón. Con su mata de pelo canoso invariablemente despeinada, se paseaba por la vida como recién salido de la cama.

Que a los vejestorios de la universidad todavía les gustara disfrazarse le parecía una incongruencia y un flagrante síntoma de esnobismo. O de senilidad. Ya sabía su respuesta: «Es la tradición, querido.» «La tradición», una palabra clave en aquella universidad fundada en 1218 y cuya importancia había quedado refrendada en la bula papal *licentia ubique docendi* de 1255; una licencia para enseñar válida en toda la cristiandad. Y a causa de su fama, muchos miembros de aquella universidad seguían considerándose la sal de la tierra.

Se sentó en un banco para presenciar la solemne inauguración del año académico 2019-2020 entre estudiantes y profesores. Aquel año la

ceremonia se celebraba con retraso, pues ya habían empezado las clases del 801º curso universitario. Trató de concentrarse en el discurso del rector, que había tomado la palabra y estaba dando las gracias a una interminable letanía de personalidades presentes en la sala: los rectores de las universidades de Valladolid, León y Burgos, el consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, el director general de Universidades e Investigación, el alcalde, el secretario general de la Universidad Pontificia de Salamanca, el teniente coronel de la comandancia de la Guardia Civil…

Salomón reprimió un bostezo. El rector destacó a continuación el significativo avance de la universidad en los puestos de clasificación nacionales e internacionales y recalcó que el Consejo Europeo de Investigación les había concedido cerca de dos millones y medio de euros de los veinte millones adjudicados en total a las universidades españolas.

Se le cerraron los ojos. Cuando los abrió el rector había cedido la palabra a un profesor de Ingeniería Química, encargado de impartir la lección inaugural de ese año. Dado el nulo sentido del humor del profesor en cuestión, Salomón se temió lo peor y soltó un sonoro bostezo. Su vecina le lanzó una mirada de reprobación.

Todas aquellas anticuadas ceremonias servían para recordarle a uno de dónde venía, pensó Salomón, como si dijeran: «¿Usted se creía alguien importante? Pues si se compara con la historia de esta ciudad y de esta universidad, usted no es nada. No es nadie. Sólo es un nombre en medio de cientos de miles de nombres…»

Volvió a quedarse amodorrado. Lo despertó un murmullo a su alrededor. Uf, ¿cuánto rato había dormido? Todos se estaban poniendo en pie; por lo visto había acabado el acto. Perfecto. Se levantó y se acercó a quien había ido a ver.

Héctor Delgado, consejero de Educación de la Junta de Castilla y León. Flaco, de aspecto pulcro, bien afeitado… Mirada penetrante detrás de unas gafas rectangulares, sonrisa lobuna, finas patas de gallo. Tenía un cuerpo fibroso, diametralmente opuesto a la constitución achaparrada de Salomón. Se habían conocido en la escuela, pero Delgado aparentaba tener quince años menos que él.

—Héctor —dijo Salomón.

El consejero lo miró. Tras intercambiar unas palabras con un reducido grupo de asistentes, se acercó y lo agarró por el codo.

—Salomón… ¿Qué haces tú aquí? ¿Desde cuándo te interesan este tipo de ceremonias?

—Desde que tú asistes a ellas —respondió el criminólogo.

La radiante sonrisa desapareció.

—Entiendo… Vienes a recordarme que te prometí financiar tu proyecto, ¿es eso?

—Eso es.

—Sabes tan bien como yo que son tiempos difíciles…

—No para todo el mundo. En la Consejería tenéis una generosidad selectiva.

Delgado soltó un gruñido.

—¿Sabes cuál es tu problema, Salomón? Tu falta de humildad. No te costaría nada hacer una reverencia de vez en cuando, o hacerles la pelota cuando toca, pero prefieres quedarte en tu torre de marfil, como si estuvieras por encima de nosotros. Y encima luego vienes a sacarme dinero a mí.

Salomón hizo una mueca de disgusto.

—¿Sacarte dinero a ti? Que yo sepa, ese dinero no es tuyo, Héctor. Es del contribuyente, de la región, de esta universidad.

—Precisamente por eso tiene que gastarse con moderación, sin que interfieran la amistad o el afecto que pueda haber entre nosotros.

—Nuestra amistad no tiene nada que ver con todo esto, además de que no me tienes ningún afecto… —dijo Salomón sonriendo—. DIMAS es un proyecto revolucionario. Mis alumnos son brillantes; han hecho un trabajo extraordinario. Estamos a punto de culminarlo, pero necesitamos financiación. Y tanto la Guardia Civil como el resto de los cuerpos policiales siguen de cerca el desarrollo del proyecto.

Sonaron las campanas de una de las dos catedrales y un grupo de palomas alzó el vuelo. Los dos hombres avanzaban hacia el claustro mientras la niebla desdibujaba los perfiles de las piedras centenarias.

—En la Consejería hay gente que no cree en tu proyecto, Salomón. ¿Dónde está esa «herramienta informática revolucionaria»? Todavía no hemos visto nada. Tráeme algo concreto y veré qué puedo hacer.

—¿Algo concreto? ¿A qué te refieres?

—Qué sé yo. Resultados. Un caso resuelto. DIMAS debe de servir para cosas así, ¿no?

—Un caso resuelto, ni más ni menos. Precisamente para eso necesitaríamos una financiación suplementaria.

El profesor de Criminología sabía que, tal como estaban las cosas, Delgado pedía lo imposible, y el consejero, que lo miraba con cara de aburrimiento, lo sabía también.

—Ponte en el lugar de la Consejería, Salomón. No pueden financiar algo que no ven. —Consultó el aparatoso reloj que llevaba en la muñeca —. Perdona, tengo que irme. ¿Comemos juntos un día de éstos?

Era una pregunta retórica: hacía años que no quedaban para comer. Delgado se alejaba deslizando sus zapatos caros por las centenarias losas del patio. Salomón suspiró y miró hacia arriba. La copa de la inmensa secuoya plantada en 1870 atravesaba la niebla entre las ventanas con arabescos moriscos de la primera planta.

Se disponía a consolarse comprando alguna reliquia en La Galatea —compraventa de libros, manuscritos y grabados— cuando le vibró el teléfono en el fondo del bolsillo de su abrigo.

Ulysses…

Ulysses Joyce nunca lo llamaba al móvil. ¿Qué podía ser tan urgente como para que aquel estudiante de informática inglés lo telefoneara? Hacía ya dos años que Ulysses y el resto del grupo trabajaban con él en ese proyecto, y desde luego la palabra «urgencia» no formaba parte de su vocabulario.

En cualquier caso, cuando contestó a la llamada, en la voz de Ulysses Joyce no había el menor atisbo de abatimiento:

—¡Profesor, DIMAS ha encontrado algo!

6

Lunes a mediodía

Salomón salió a la plazoleta. Dos jóvenes turistas ateridos de frío se entretenían buscando la famosa rana escondida entre las esculturas de la fachada. Respiró la bruma húmeda. El corazón le palpitaba como un pajarillo.

«DIMAS ha encontrado algo…»

Fue cortando camino por las callejuelas del casco antiguo hasta la avenida de los Maristas. La humedad le escocía en las mejillas, se le colaba por el cuello del abrigo y bajo la camisa de algodón. La niebla calaba las paredes y mojaba las aceras, los coches aparcados y la ropa de los transeúntes.

Remontó la avenida con el cuerpo encorvado, un poco como Leonardo DiCaprio en *El Renacido*.

La Facultad de Derecho apareció entre la bruma. Un gran edificio moderno —medio atrio, medio búnker—, lleno de ángulos y aristas, de vidrio y estructuras de acero, revestido en parte con piedra dorada de Villamayor, la misma con la que se levantaron la mayoría de los monumentos de la ciudad. Tras subir a la carrera las escaleras de la entrada reservada a los profesores, pasó su tarjeta de identificación de color rojo sangre por el lector óptico y cruzó el vestíbulo acristalado.

«DIMAS ha encontrado algo…»

El patio, también acristalado, estaba dividido por una pasarela suspendida. Dos secuoyas, descendientes de la que habían plantado en el claustro del edificio histórico, proyectaban sus copas verdes hacia la densa niebla. En los rincones umbríos la nieve precoz se resistía a fundirse.

Esquivando a los estudiantes que charlaban animadamente con libros y portátiles bajo el brazo, el criminólogo no tardó en llegar al ala oeste. Desde allí bajó a la planta inferior, donde se encontraban las estancias asignadas a su grupo, inundadas de luz natural gracias a la gran pared acristalada que daba al patio inferior y les confería ese aspecto de acuario.

Al pasar junto a la pared de cristal, saludó a Assa y a Cordelia, y luego a Verónica y a Haruki, en la sala contigua, y continuó hasta una puerta con el cartel de «LABORATORIO DE CRIMINOLOGÍA». Dos años atrás aquel

lugar no se utilizaba prácticamente para nada y la mayoría de los alumnos de Criminología nunca habían puesto los pies allí. Pero eso cambió cuando el grupo lo convirtió en su cuartel general y en el centro neurálgico del proyecto DIMAS.

Salomón empujó la puerta.

Entró en una sala de techo bajo y unos siete metros de ancho por once de largo iluminada con fluorescentes. La única ventana de la estancia, a su izquierda, tenía la persiana permanentemente bajada. Los retratos colgados por las paredes revelaban la influencia del FBI en el imaginario criminal de Occidente: Charles Manson, Ted Bundy, entre otros asesinos en serie. También había ampliaciones de huellas dactilares y un maniquí de plástico tumbado sobre una mesa de laboratorio…

Sin embargo, el elemento más extraño estaba en medio de la sala: una tienda de campaña de lona azul de tamaño familiar.

Salomón dio dos pasos bajo el toldo, levantó la cortina y entró en la tienda.

Se detuvo en el umbral. En el interior, varios monitores atravesaban la densa oscuridad con su débil luz. Había dos siluetas de espaldas, inclinadas sobre las pantallas. No parecían haberse percatado de su presencia: los monitores acaparaban toda su atención. Todo el espacio estaba invadido por ordenadores, cables, material informático, lámparas y tazas.

Salomón carraspeó y las dos siluetas se volvieron. Ulysses Joyce, alto y espigado como un gato flaco, con orejas prominentes y granos de acné algo tardíos, tenía veintiséis años y era estudiante de doctorado, como los otros miembros del grupo. Junto a él estaba Alejandro Lorca, de Linares, un joven de veinticinco años de mirada ardiente y una abundante mata de pelo azabache.

Ambos sonreían bajo el resplandor de los monitores. Con el pulso acelerado, Salomón los miraba fijamente.

—Muy bien, ¿qué ha encontrado DIMAS?

—Tres incidencias —dijo Ulysses.

—Tres —repitió Alejandro.

Salomón advirtió la excitación que latía en la voz y la mirada de los estudiantes. Pero había algo más en sus ojos: un brillo triunfal. Los jóvenes le contagiaron su nerviosismo.

«Incidencias…» Aquella palabra no era propia de la jerga que empleaban habitualmente. Entre ellos hablaban más bien de «selección, tareas, grafos, bucles, árboles, variables, objetos…» También pronunciaban palabras raras, como «Pitón» o «Anaconda».

Salomón sabía que hoy en día los algoritmos están presentes en prácticamente todo lo que nos rodea. En las ciencias, las finanzas, los coches y los teléfonos, en las propuestas de series de Netflix, Apple TV o

Amazon Prime, en las aplicaciones de citas, en las bolsas de todo el mundo… Sabía que sin ellos el planeta dejaría de funcionar. Ulysses y Alejandro le habían explicado que los algoritmos existían desde la antigüedad más remota, que incluso un acto tan banal como preparar una tostada podía representarse con una secuencia algorítmica, pero él, no sabía si por estúpido o demasiado inteligente, aún no había entendido cómo eso era posible.

Lo único que tenía claro era que por fin habían encontrado algo. «Incidencia» significaba «resultado». Hasta él era capaz de comprenderlo, y eso era lo único que le importaba ahora.

—Explicádmelo.

DIMAS, también conocido como Dismas, Desmas o Dumachus, del griego *dysme*, «crepúsculo», patrón de los ladrones, era el nombre que habían elegido para su programa «ladrón de datos».

La base de datos de DIMAS algún día sería capaz de cruzar la información de los diferentes archivos de la policía y la Guardia Civil relativa a asesinatos, secuestros, actos de tortura y de barbarie y agresiones sexuales, y trazar vínculos que hasta entonces habían pasado inadvertidos entre casos criminales considerados independientes unos de otros. Una herramienta con la que soñaban todas las fuerzas del orden. Desde hacía dos años, y desde los cuatro puntos cardinales del país, tanto la Guardia Civil como la policía alimentaban de forma voluntaria la base de datos a partir de los expedientes guardados en sus propios archivos. El programa y el cuestionario que debía cumplimentarse para alimentar a DIMAS habían sido creados por Salomón y su reducido grupo de estudiantes de doctorado, que trabajaban en él siempre que sus obligaciones se lo permitían. Los únicos que le dedicaban prácticamente todo su tiempo eran Ulysses y Alejandro, los dos informáticos de la cuadrilla. DIMAS era también el primer programa de este tipo que utilizaba de forma masiva la inteligencia artificial y los algoritmos. Eso era lo que hacía tan revolucionario su enfoque. Aun así, se encontraban todavía en una fase artesanal. Pero si DIMAS había obtenido resultados, la financiación llegaría por fin y la base de datos se ampliaría rápidamente para abarcar todas las jefaturas de la Policía Judicial española.

—Hemos cambiado la rutina de selección —explicó Ulysses—. Hemos vuelto a aplicar la selección por inserción para las listas de menos de quince elementos, y nos hemos dado cuenta de que la mayoría de las disfunciones de DIMAS no provenían de nosotros.

¿Cuántos casos no resueltos debía de haber, sólo porque los servicios nacionales y locales no disponían de una herramienta común capaz de comunicarlos entre sí, un tipo de herramienta como las que existían ya en otros países?

—Las últimas disfunciones provenían del CPD —prosiguió Ulysses—, de sus malditos cortafuegos. Ahora lo han corregido.

El CPD era el Centro de Proceso de Datos, el corazón informático de la universidad, que tenía su sede en el otro extremo del patio, en el ala norte. Unas cuarenta personas utilizaban allí una treintena de servidores Sun Microsystems. Salomón no tenía la menor idea de cómo funcionaba todo aquello; era completamente impermeable a la informática. Lo único que sabía era que DIMAS trabajaba con uno de esos servidores, y que eso significaba que disponían de un pedazo virtual de uno de los grandes armarios metálicos que le habían enseñado un día. También sabía que los cortafuegos —una especie de barreras de seguridad invisibles— separaban y aislaban entre sí los diferentes programas desarrollados por la universidad, a fin de evitar que no se extendiera entre ellos un virus capaz de contaminar la totalidad del sistema.

—Dejaos de jerga informática y decidme qué ha encontrado DIMAS —atajó Salomón, con una leve sensación de embriaguez.

7

Lunes por la tarde

—Tres casos —contestó Ulysses Joyce.

—Relacionados entre sí por varios elementos —especificó Alejandro Lorca.

—Tres casos de asesinato —precisó el joven inglés—. Y nadie ha establecido una relación entre ellos… Hasta ahora.

En sus voces había una especie de vibración de frecuencia baja, una frecuencia emocional. Salomón notó un ligero hormigueo en la nuca.

—Soy todo oídos.

Tenía la impresión de que el corazón le latía con el ímpetu de un reloj antiguo. Ulysses le lanzó una mirada a Alejandro, que asintió con firmeza. A continuación posó la vista en el profesor.

—El primer doble asesinato se produjo hace tres décadas, en 1989. Las víctimas eran una pareja de unos treinta años.

«Un doble asesinato…», pensó Salomón, que apenas podía tragar saliva. La luz de las pantallas iluminaba el rostro de los dos doctorandos.

—El 10 de junio de 1989, hacia las siete de la mañana, salieron de su domicilio de Barbastro. —Ulysses no estaba tan familiarizado con la geografía española como Salomón y Alejandro, así que prefería ser preciso—. El hombre conducía una camioneta y su mujer iba sentada a su lado. Iban a hacer el reparto de fruta y verdura en las tiendas de Graus, un pueblo de unos tres mil habitantes, a una media hora de carretera en dirección norte, en las estribaciones de los Pirineos. Se pararon para desayunar en una estación de servicio, en el llano, y después continuaron hacia el norte. El camarero fue la última persona que los vio con vida… Aparte del asesino, claro…

A Ulysses le temblaba un poco la voz. El aire de la tienda parecía vibrar como las alas de un insecto, o quizá se trataba de una mariposa instalada en el corazón del criminólogo.

—Antes de llegar a Graus —continuó Alejandro—, la carretera, llena de curvas y en aquella época en bastante mal estado, pasa por un desfiladero con once túneles. Luego bordea un lago durante unos siete kilómetros. El pueblo queda un poco más lejos, a la orilla del río Ésera.

Por lo visto, sus dos colaboradores se habían pasado la noche memorizando todos los detalles del dosier elaborado por DIMAS… O tal

vez habían completado sus conocimientos navegando por la red. Hoy en día se encontraba prácticamente todo en internet, se dijo Salomón.

—Según la caja negra de la camioneta, el vehículo se detuvo por primera vez entre los túneles cinco y seis… Nunca se supo por qué… Y volvió a ponerse en marcha al cabo de un minuto, para detenerse de nuevo, esta vez de forma definitiva, entre los túneles siete y ocho. Fue allí donde los mataron. Al hombre y la mujer les dispararon en la cabeza una sola vez a través del parabrisas. Eso ocurrió más o menos un cuarto hora después de que hubieran salido del bar donde habían desayunado.

—Continuad.

Los ojos de Ulysses y Alejandro, abiertos como platos, chispeaban de emoción.

—Hacia las ocho y media de la mañana —prosiguió Alejandro—, cuarenta minutos después de que la camioneta se parase de forma definitiva… y de que hubieran abatido a la pareja… un hombre que circulaba por la misma carretera se encontró con el vehículo parado en una curva. Se detuvo y bajó del coche para saber si los ocupantes necesitaban ayuda. Fue él quien descubrió los cadáveres. Estaban entre la camioneta y el borde del precipicio. Por eso no se veían desde la calzada. El hombre llamó a la Guardia Civil y en diez minutos llegó una patrulla desde Graus. Enseguida identificaron a la pareja. Vendían fruta y verdura por los pueblos de la zona y todo el mundo los conocía. Avisaron al puesto de mando de Barbastro, y desde allí se llamó al padre del joven. El anciano, que vivía con su hijo y su nuera, les preguntó de inmediato por su nieto. «¿Cómo? ¿Qué nieto?», le contestaron los guardiaciviles. El abuelo les explicó que esa mañana habían salido de casa su hijo, su nuera y su nieto de nueve años, porque aquel sábado tenían previsto ir a bañarse al lago después de los repartos. Sin embargo, sólo había dos cadáveres junto a la camioneta. El niño no estaba allí. Enseguida empezaron a buscarlo por el barranco y los alrededores. Buscaron día y noche, pero fue en vano. Nunca encontraron al niño. Desapareció sin dejar rastro. Tres décadas después sigue sin saberse nada: ni de él ni de la persona (o personas) que cometió el crimen. Es un misterio sin resolver desde hace treinta años. ¿Quién mató a la pareja aquella mañana? ¿Qué ocurrió con el niño? El abuelo murió en 2008 sin haber obtenido ninguna respuesta.

Los tres callaron. Se impuso un silencio sepulcral. Incluso el rock *made in England* que salía de los pequeños altavoces no era más que un murmullo lejano para Salomón.

—Y eso no es todo. Tenemos que hablarte de la puesta en escena… —añadió Alejandro.

El criminólogo se humedeció los labios.

—Adelante…

—Es la guinda del pastel —prosiguió Ulysses, incapaz de disimular su excitación—. Después de matar a la pareja de un disparo en la cabeza,

los sacaron a ambos de la camioneta, los desnudaron y los dejaron en el arcén, entre la camioneta y el precipicio. Lo más raro era su postura: la mujer sentada en la calzada, con la cabeza apoyada en un bolardo de cemento que servía de barrera, los pechos al aire y las piernas abiertas; el hombre arrodillado entre sus muslos, de espaldas a la carretera y a la camioneta, inclinado sobre su mujer, con un brazo alrededor de su torso, mientras ella lo cogía por el hombro, como si bailaran. El hombre también estaba desnudo; sólo llevaba un velo rojo ceñido alrededor de los glúteos y los muslos. La mujer tenía una tela verde sobre las rodillas.

Salomón los imaginó y respiró hondo, con aire pensativo y la mirada perdida.

—Ya verás cuando te contemos los casos siguientes —dijo Ulysses.

8

Lunes por la tarde

—La prensa bautizó el primer caso como «El doble crimen de los túneles». Y a las víctimas del segundo doble asesinato, las llamaron «El matrimonio del Alcázar».

El alumno hizo una pausa. «Parece que al jovencito inglés le gusta mantener en vilo a su público», se dijo Salomón, convencido de que si llevara un pulsómetro pasaría de cien.

—También se trata de una pareja, de Segovia en este caso. Casados, sin hijos… Un hombre que paseaba por allí los encontró una mañana de marzo de 2015 en las colinas que hay justo delante del Alcázar. Entre los dos habían recibido más de cuarenta puñaladas en el torso, el cuello, la cara y los genitales.

El alcázar de Segovia, asentado sobre una mole rocosa, es un castillo barroco que recuerda tanto a los delirios arquitectónicos de Luis II, el rey loco de Baviera, como a los del castillo de Walt Disney, cuya reproducción, según dicen, se basó precisamente en el Alcázar.

—A la pareja de Segovia la encontraron también en una postura muy extraña —explicó Alejandro—: el hombre estaba de cuclillas, apoyado en el tronco de un árbol, y la mujer, sentada entre las rodillas de su marido, con la espalda contra su torso, un brazo sobre su muslo izquierdo y las piernas encogidas y escoradas hacia un lado. Los habían desnudado, igual que a la pareja de los túneles. El hombre tenía un velo rojo sobre los hombros, y la mujer, uno verde sobre los muslos. Había más detalles curiosos: los dos llevaban unas sandalias que no eran de su talla; y había un ramo de flores blancas entre el pie del hombre y el de la mujer, que estaba sentada encima de una… raqueta de tenis.

—Parecen escenografías —comentó el profesor.

—Y en esta ocasión también aparecen los colores rojo y verde —añadió Alejandro, con voz de ardiente devoto.

—¿Por qué «El matrimonio del Alcázar»? ¿Simplemente porque estaban casados y los encontraron en ese sitio? —preguntó Salomón.

—No sólo por eso —intervino Ulysses—. Al revisar sus teléfonos y sus redes sociales, la policía descubrió que cada año, en el aniversario de su boda, se sacaban una foto en el mismo lugar donde se besaron por primera vez, y que además fue donde los encontraron. La gran cantidad

de sangre en el escenario del crimen indica que, con toda probabilidad, los habían asesinado allí mismo. Nunca se halló el arma homicida y la policía aún no ha descubierto quién los mató, igual que en el primer doble asesinato. De todas formas, viendo el ensañamiento del asesino, se cree que podría tratarse de un caso de celos o de un crimen pasional…

—Habéis mencionado tres incidencias —señaló Salomón.

Tenía la boca seca. En algún lugar del pasillo, fuera de la tienda y la habitación, resonó la risa cristalina de una mujer.

—El tercer caso ocurrió en Benalmádena, en la Costa del Sol, el verano pasado —respondió Ulysses con entusiasmo—. Una pareja de turistas fue asesinada en la cama, en la casa que había alquilado junto al mar. Ambos eran británicos, también casados, sin hijos. El caso ocupó todos los titulares del verano. La pareja pasaba la mayor parte del tiempo en la piscina, que daba a la playa situada un poco más abajo. Se baraja la hipótesis de que el asesino podría haber reparado en ellos desde allí. Aquello fue una auténtica carnicería: sesenta puñaladas repartidas entre el torso, el cuello, la cara y los genitales. El hombre, tumbado de espaldas, llevaba una camisa abierta, el brazo izquierdo pegado al cuerpo, la mano derecha sobre el torso y unas sandalias que tampoco correspondían a su talla. La camisa era verde. Le habían juntado las pantorrillas con una cuerda gruesa, pero no era una atadura porque estaba bastante suelta. Y una manta roja le tapaba la cadera y parte del tronco. La mujer estaba acostada de lado, desnuda hasta la cintura, con una gran daga antigua clavada entre los pechos, un brazo extendido por encima de la cabeza en pose lánguida y una sábana verde sobre las piernas.

A medida que Ulysses avanzaba en su relato, Salomón sentía aumentar su curiosidad de forma exponencial.

—1989, 2015 y 2018 —dijo—. ¿Por qué transcurrió tanto tiempo entre las dos primeras fechas?

Los jóvenes se miraron y Ulysses se encogió de hombros.

—Quizá el asesino estaba en la cárcel.

—O en el extranjero, donde tal vez siguió matando —sugirió Alejandro.

Salomón negó con la cabeza.

—A la primera pareja la mataron a tiros y a las otras las cosieron a puñaladas. Además, la primera pareja tenía un hijo y las otras no. Eso no encaja… ¿Lo único que tienen en común es la postura, los colores y los cadáveres desnudos?

—No exactamente —puntualizó Ulysses, muy ufano.

Salomón se volvió hacia él. Al joven le centelleaban los ojos.

—¿Qué más tenemos?

—En todos los casos, para mantener los cadáveres en una determinada posición, el asesino usó cola.

—¿Cola?

—Sí… En gran cantidad… Cola o pegamento extrafuerte, en la espalda, en las extremidades o en las manos de las víctimas, según la postura que necesitara forzar.

—¿Y nadie ha establecido una relación entre esos asesinatos antes de que lo hiciera DIMAS?

Ulysses sonrió de oreja a oreja.

—Todos estos casos fueron investigados por diferentes cuerpos policiales que no tenían contacto entre ellos, dada la lejanía geográfica de los escenarios del crimen: uno en el extremo norte del país, otro en el centro y el tercero en el sur. Si se trata del mismo asesino, se ha ido desplazando por el territorio a lo largo de los años. Y como has señalado, pasaron casi treinta años entre el primer caso y los otros dos.

Salomón volvió a negar con la cabeza. Los ficheros policiales no escaseaban precisamente, si se sumaban los de la Policía Nacional y la Guardia Civil: la intranet SIDENPOL, un fichero policial para las denuncias, con datos sobre millones de ciudadanos; el PERPOL, el fichero con los datos de los ciudadanos con antecedentes; el VIOGEN, fichero específico para la violencia de género, y, sobre todo, el SIGO, el sistema integrado de gestión operativa, la base de datos más completa sin lugar a dudas («Lo que no está en el SIGO no existe», le había dicho un general). Sin embargo, la Policía Judicial carecía de un programa informático y una base de datos capaces de establecer una relación entre los *modus operandi* y la firma de cada criminal para investigar los homicidios más violentos y detectar a los asesinos en serie.

«Al menos hasta hoy… Porque, a partir de ahora, tendrían a DIMAS», pensó Salomón, y además su programa superaría a todos los sistemas existentes.

—En resumen, si partimos de la hipótesis de que se trata del mismo asesino —continuó Ulysses—, tanto los disparos como las puñaladas serían su *modus operandi*, el cual, como es sabido, puede evolucionar con el tiempo, en función de las necesidades materiales, mientras que los colores rojo y verde, la elección de parejas como víctimas y las puestas en escena serían su firma, algo que no cambia nunca, como nos has enseñado tú.

—¿Y la cola?

—La cola es ambas cosas a la vez —contestó Alejandro—. Forma parte del *modus operandi*, ya que permite que los cadáveres queden fijados en una postura determinada, pero, al mismo tiempo, al igual que las propias puestas en escena, forma parte de la firma.

Habían aprendido bien la lección. El criminólogo sopesó con cuidado las palabras antes de hablar.

—Lo que me estáis diciendo es que DIMAS ha descubierto a un asesino que actúa desde hace la friolera de treinta años; un individuo extraordinariamente retorcido que escenifica sus crímenes de una manera única y al que nadie ha detectado en tres décadas, ¿es eso? Y

que además ese individuo ha vuelto a las andadas hace apenas un año, ¿cierto?

Los dos estudiantes se miraron mientras Salomón, a su vez, los miraba a ellos fijamente.

—Bravo —exclamó con un deje de emoción en la voz—. ¡Es increíble! Por fin lo hemos conseguido… ¿Habéis hablado de todo esto con los demás?

—Todavía no —contestó Ulysses.

—Id a buscarlos. Hay que ponerlos al corriente. Y esta noche celebradlo como es debido, habéis hecho un trabajo excelente.

9

Lunes por la noche

La niebla se había vuelto aún más densa al caer la noche y la luz de las farolas se había convertido en una aureola vaporosa y distante, como si una sucesión de lunas amarillas alumbrara el casco antiguo. La noche de Salamanca era una noche con varios siglos de antigüedad. Las farolas que iluminaban como joyas de otro tiempo el escaparate de un anticuario apenas diferían de las que alumbraron el paso del rey Alfonso IX de León en 1218. Salomón, arrebujándose en el abrigo, pensó en todos los profesores que lo habían precedido por aquellas calles y que ahora poblaban los cementerios. «Y*esterday, all my troubles seemed so far away, now it looks as though they're here to stay*…», iba tarareando.

Había gente en las calles…

Casi todos eran jóvenes. Casi todos, estudiantes. Casi todos, estudiantes borrachos. El diploma de juerguista era sin duda el que más se entregaba en Salamanca. Los estudios y la fiesta habían convivido siempre en armonía en la ciudad. El mismo Salomón había cogido algunas borracheras memorables en otros tiempos.

Aquella época ya le quedaba lejos. «Dentro de cada joven hay un viejo amodorrado… Aunque también podía ser a la inversa», se dijo.

Llegó a su domicilio, en el 62-64 de la calle Zamora. Un edificio antiguo de tres plantas, cubierto de cornisas esculpidas, ventanas mirador y balcones de forja, casi tan recargado como los monumentos barrocos de la ciudad. En planta baja había una zapatería y una peluquería. Las letras doradas del DANIA PALACE seguían presidiendo la fachada, aunque Salomón desconocía la historia de ese rótulo. Y al lado estaba EL COLONIAL, un bar de cafés, tapas y licores al que le gustaba bajar de buena mañana, justo cuando abrían, y del que también ignoraba el origen de su nombre.

El profesor vivía en la última planta, en un piso de trescientos metros cuadrados que había adquirido años antes del demencial aumento de precios del sector inmobiliario. El antiguo propietario se había colgado de una lámpara dos noches después de que su esposa falleciera de cáncer a la canónica edad de ciento tres años. En su día el criminólogo lo interpretó como un buen augurio: el anciano, a sus también flamantes noventa y siete años, había considerado, y no sin razón, que ya había

vivido lo suficiente. Como lector de los filósofos latinos y griegos, Salomón había contemplado ese gesto como lo que se ha convenido en llamar un «suicidio filosófico».

Abrió uno de los batientes de la doble puerta y entró en su piso.

Dentro, los libros imponían su presencia. Cubrían las paredes del pasillo, las de las tres salas y las de su dormitorio, desde el suelo hasta el techo, incluso por encima de las puertas. Encuadernaciones de cuero oscuro con letras doradas que despedían un brillo sordo en la penumbra, lomos más claros pero amarillentos por el paso del tiempo… Obras de poesía, filosofía, teatro, arte… Entre ellas, las ciento noventa y tres novelas y los ciento cincuenta y ocho relatos cortos de Simenon, las sesenta y seis novelas de Agatha Christie y las diecisiete aventuras de Pepe Carvalho, el detective gastrónomo de Manuel Vázquez Montalbán, así como los diez volúmenes de su *Carvalho gastronómico* y sus *Recetas inmorales*.

Encendió la lámpara del velador, se quitó el sombrero, la bufanda y los guantes y los colgó en el perchero. Se sacó los zapatos, se enfundó las zapatillas y se dirigió —o más bien, se deslizó— hacia la primera sala, la más grande, dejando el dormitorio de invitados a la derecha.

Las casas de hoy en día ya no tienen techos artesonados tan altos como el suyo. Las lámparas, dispuestas de tal forma que dejaban una parte de la habitación en penumbra, creaban diferentes burbujas de luz: cerca del sillón orejero donde leía, al lado del pequeño sofá donde veía la televisión, junto al aparador donde se acumulaban un montón de botellas y vasos. Le gustaban las sombras. No le daba miedo la oscuridad. No temía la embestida de los terrores nocturnos. Había visto morir al amor de su vida y conocía la incontestable fealdad del rostro de la muerte, pero sabía que llegado el momento la afrontaría con el mismo estoicismo que Begoña.

Se acercó al aparador, presidido por un marco de plata.

—Hoy he tenido un día francamente interesante, Begoña —le dijo a la foto—. No te imaginas de lo que son capaces esos chicos. Desde luego fui muy hábil al seleccionar a los miembros de mi grupo. Son unos jóvenes brillantes.

Destapó la pesada botella de cristal tallado situada junto a la foto y se sirvió una copa de coñac.

—Y DIMAS ha dado por fin resultados. Estarías orgullosa de mí, Begoña.

Dio un trago y notó el calor del coñac bajando por su garganta. Volvió a mirar la foto.

«*Why she had to go I don't know she wouldn't say, I said something wrong, now I long for yesterday*…»

Yesterday. La canción preferida de Begoña. Ella no era una intelectual. Era una mujer sencilla. ¿Por qué había tenido que abandonarlo en el umbral de la vejez? ¿Por qué no se había ensañado con otro aquella

maldita enfermedad?

Cogió un disco de su colección de vinilos, dispuesta a ras de suelo, a lo largo del zócalo, lo desenfundó y lo puso en el tocadiscos.

La música inundó la estancia. Un quinteto de cuerdas de Boccherini. Los violines primero, ligeros como un batir de alas de mariposa. Después el sonido más grave, más profundo, más agreste del violoncelo. Salomón se acercó a una de las ventanas. La claridad rojiza que subía de la ciudad se colaba entre las gruesas cortinas atenuada por la niebla. Contempló el caos de los tejados, las antenas torcidas como clips que atrapasen reflejos húmedos, las ventanas enmarcando la luz de hogares felices… De pronto lo atravesó un escalofrío, una onda en la superficie del agua.

DIMAS.

Había encontrado algo. Había descubierto a un asesino surgido del pasado, a un asesino invisible, al autor de unos crímenes insólitos, y él iba a poner a sus alumnos tras su pista, como una jauría de perros.

Empezaba la cacería.

TERCERA PARTE
Salomón y Lucía

10

Lunes por la noche

Eran las doce, la hora de su ronda. La noche era tranquila y silenciosa, al menos por ahora.

Había noches infernales. Noches en las que se oían ruidos y gritos por todas partes, en las que las celdas parecían volcanes en erupción y la tensión del ambiente te mantenía en un estado de alerta permanente.

Aquella noche, sin embargo, tendría que esforzarse para no dormirse. Les habían dicho que no perdieran de vista al recién llegado, ese rubito que se parecía tanto a su hijo. Se acordó de la cachimba y el cannabis que días atrás había encontrado en el armario de su habitación, escondidos debajo de la ropa, y de la áspera discusión que había tenido con él. Le había pegado. Había reaccionado de forma impulsiva. No debería haberlo hecho, desde luego. «¡Te odio! ¡Me das asco! ¡No eres más que un matón de mierda! ¡Un asqueroso fascista al servicio del poder!», le había gritado su hijo.

No había día en que no pensara en aquella discusión y en las palabras de su hijo. No podía evitarlo. El recuerdo lo reconcomía. Pasó por delante de la celda del rubio y oyó una voz al otro lado de la puerta metálica:

—No lo mates, Ricardo.

Era una voz de mujer… Sabía que no había ninguna mujer dentro, pero la imitación era perfecta. Aguzó el oído.

—Tengo que castigarlo, Marta —respondió una voz mucho más grave, que le produjo un escalofrío—. No puedo permitir que siga hablando.

Enseguida sonó una tercera voz, una voz de hombre, implorante, una especie de falsete ronco:

—¡No me mates, te lo suplico, Ricardo!

El guardia se estremeció. ¡Joder, menudo lío tenía en la cabeza ese rubiales! Aunque, eso sí, poco iba a aburrirse con tanta compañía…

De todos modos, se dijo, le convenía seguir las instrucciones y no perderlo de vista. En cada celda había una cámara conectada con los monitores del puesto de control. La ficha de detención no podía ser más clara: «Extremar la vigilancia, riesgo de tentativa de suicidio.» Pero, por el amor de Dios, ¿con qué podría suicidarse? Se lo habían quitado todo, como siempre: los cordones, el cinturón, el reloj, el mechero… Y lo

habían sometido a un cacheo integral.

El guardia siguió adelante.

—Tengo que matarlo, Marta —insistió la voz grave y viril a su espalda, a través de la puerta.

«Eso es, chaval, tú sigue con tu delirio…», pensó.

No pudo evitar otro estremecimiento.

11

Lunes por la noche

Adrián recorría con el índice los tatuajes de Lucía. La calavera de doce centímetros que se había hecho tatuar en el bíceps izquierdo durante unas vacaciones en México, la rosa con espinas ensangrentadas cerca del pubis, los bailarines de tango en la pantorrilla, la brújula con la aguja apuntando al corazón bajo el pecho izquierdo… Y también las frases, cifras, estrellas, símbolos…

—Un libro abierto —dijo acostado desnudo a su lado.

—Ésa es la idea.

—El libro de tu vida…

Siempre le hacía el mismo comentario. Cada vez que hacían el amor. Adrián Sanz era un tipo cerebral, le gustaba analizarlo todo. Y sabía que cada uno de esos tatuajes estaba relacionado con un acontecimiento, alegre o triste, y con un lugar.

—Ajá —murmuró ella pasando la mano por el torso de Adrián.

Estaba un poco sudado. Lucía, en cambio, nunca sudaba, ni siquiera cuando levantaba la barra de cuarenta kilos en el banco de musculación del gimnasio de la UCO. Era por las glándulas, «hipohidrosis» lo llamaban.

Cuando el doctor le dijo que la falta de sudoración podía ser peligrosa, ella le planteó la siguiente pregunta: en una escala del 1 al 5, donde el 1 representa a alguien que nunca sale de casa y el 5 a un miembro de la Guardia Civil que se ha encarado ya tres veces con el cañón de un arma de fuego, ¿qué nivel de peligro suponía? El médico no había sido capaz de responder.

—Tienes tatuajes en los tobillos y en los pies, pero no en las manos ni en la nuca —destacó Adrián.

—No está permitido.

—¿Y ése? —dijo él instándola a ponerse boca abajo para acariciarle la espalda—. Háblame de ése.

En la espalda tenía un tatuaje inmenso que iba desde los omoplatos hasta la zona de los riñones. Se trataba del perfil de una silueta con los brazos abiertos. Pero no era un Cristo. O, mejor dicho, se trataba de su Cristo particular, Rafael, grabado para siempre en su piel. Lo tendría pegado a ella de por vida. Se lo había hecho tatuar a los dieciocho años.

Fue su primer tatuaje. Tan sólo unas semanas después de que…

Se puso rígida. No le gustaba hablar de eso. Se levantó.

—¿Y cuándo me vas a presentar a tu pequeño? —preguntó él.

—Dame un poco de tiempo.

—¿Un poco de tiempo? —Adrián se sentó y se cruzó de brazos, apoyándose en las almohadas—. De verdad, Lucía, ¿cuántos meses hace que salimos juntos? ¿Doce? ¿Trece? ¿Adónde vas?

—A ducharme.

—¿Te vas ya?

Lucía no respondió. Entró en el cuarto de baño contiguo al dormitorio y se metió en la lujosa ducha de color negro. La cabina contaba con un disco luminoso que cambiaba de color los chorros del techo y con una pantalla LCD «inteligente». Además, tenía integrados un jacuzzi, una bañera, una sauna y un baño de vapor. Era una auténtica cabina espacial. ¿Para qué necesitaba Adrián ese artilugio si siempre se duchaba a toda prisa?

—Eres un verdadero coñazo, ¿sabes? —le espetó él desde la cama.

Lucía sonrió. Adrián sólo decía palabrotas cuando se cabreaba. Estaba segura de que se había puesto las gafas antes de vestirse. A veces tenía la sensación de que sólo las usaba como un escudo protector, como si se escondiera tras ellas. Su cara se veía desagradablemente desnuda cuando se las quitaba.

Se habían conocido en el trabajo, como tanta otra gente. Había acabado mal un robo en una vivienda: dos muertos y varios cuadros valiosos desaparecidos. Y Lucía se había puesto en contacto con el Departamento de Patrimonio Histórico, al que pertenecía Adrián, que la había invitado a visitarlos en sus oficinas. En la puerta de su despacho había una Gioconda que guiñaba un ojo. Mientras examinaba los documentos relacionados con los objetos robados que ella había encontrado en el piso, Adrián le había hablado de trapicheos, reventas, circuitos y galerías. Era bastante atractivo, y todo un experto en la materia. A Lucía le entraron ganas de quitarle las gafas y besarlo sin más preámbulos, pero prefirió esperar hasta la noche para llamarlo y proponerle salir a tomar algo.

Bajo la ducha la asaltó otra imagen.

Sergio y ella haciendo el amor en la parte trasera del coche que utilizaban para vigilar a unos sospechosos, en el fondo de un callejón sin salida de la zona industrial de San Blas-Canillejas, al noroeste de Madrid, detrás del almacén que supuestamente estaban vigilando. Ella, sentada a horcajadas sobre él, arañaba los musculosos hombros de Sergio, ya sin su camisa Silbon. Los dedos de Sergio en sus pechos, en sus pezones erguidos, su enorme sexo hundiéndose dentro de ella con cada flexión de rodillas. La excitación de estar haciendo algo reprobable, prohibido, no sólo porque estaban de vigilancia sino también porque ella conocía a Lisa, la mujer de Sergio, y la apreciaba. Pero el furor de su

deseo les hacía olvidar todos los principios. La moral y las reglas perdían todo su valor, tan sólo existía aquel fuego voraz.

Lucía se quedó un rato apoyada en la manecilla de la ducha, consumida por la culpa.

Quince minutos más tarde, al volante de su Hyundai Tucson, pasó por el Carrefour de la calle de Alberto Aguilera, abierto las veinticuatro horas. Temblaba de frío. Sólo llevaba una sudadera con capucha y una cazadora de cuero demasiado ligera. Eran las 23.47 h, el termómetro marcaba tres grados y le quedaban sólo cuatro horas y media para dormir un poco, antes de la sesión informativa previa al asalto del día siguiente. Su jefe, el capitán Peña, tras concluir que los hermanos Lozano eran sospechosos del asesinato de Sergio, o que al menos había motivos suficientes para considerarlos como tales, había solicitado la participación de la Unidad Especial de Intervención, la UEI.

El asalto se efectuaría antes del amanecer, justo cuando las fieras bajan la guardia. Eso no ocurre con los lobos o los tigres, sólo con los chacales, las hienas y los perros callejeros. A ella esas fieras no le inspiraban compasión. Eran el enemigo, y aquello era una guerra. Y Lucía, que se llamaba Guerrero de apellido, parecía predestinada a luchar en ella.

Veinte minutos más tarde, con los brazos cargados de bolsas de la compra, metió la llave en la puerta del piso contiguo al suyo tratando de hacer el menor ruido posible.

—¿Éstas son horas de llegar?

Lucía entró en el pequeño comedor y se volvió hacia la mujer de cara marchita y pelo gris alborotado que la observaba desde el sofá, delante del televisor encendido, con su bata de boatiné abrochada por encima de un jersey grueso y unos vaqueros informes con pinta de cómodos. Enterrada bajo una montaña de cojines y mantas de la que sólo se separaba para ir al baño. Cómo había envejecido… No obstante, en sus facciones aún quedaba algo de la mujer autoritaria, tajante y rígida que había sido, la misma que le había hecho la vida imposible a su padre, quien había preferido abandonar prematuramente el escenario a los cincuenta y nueve años con un ataque al corazón.

—Estamos trabajando en un caso importante, mamá —se justificó.

—No te habrás olvidado de que el sábado tienes a Álvaro, ¿no?

—No, mamá, no me he olvidado.

Tenía asignada la custodia de su hijo dos fines de semana al mes. Así lo había decidido la jueza, una mujer de treinta y pico años que, según había averiguado Lucía, no tenía hijos.

Desde que había enviudado, la vida de su madre giraba en torno a sus nietos. Cada vez se olvidaba de más cosas, pero jamás de nada relacionado con Álvaro.

—Samuel ha llamado —añadió la madre—. Quería contarte algo. No ha conseguido ponerse en contacto contigo. Me parece que ha habido un incidente en la escuela…

¿Un incidente? ¿Qué quería decir con eso? Samuel era su ex marido. Dirigía una sucursal de una compañía de seguros… Un trabajo que, por lo visto, al menos según el criterio de la jueza, lo convertía en alguien más apto para ejercer como padre que una oficial de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Miró el teléfono. Tenía dos llamadas perdidas de su ex.

—Lo llamaré mañana —respondió entrando en la cocina para guardar en la nevera la fruta, la verdura, los yogures, el queso y el pescado.

—Samuel me ha dicho que te ha llamado dos veces al móvil —insistió su madre desde el comedor.

El calendario del año pasado continuaba en la puerta de la nevera con un par de imanes, mientras que el del año en curso parecía haberse esfumado. No pudo contener la rabia: ¿por qué demonios Samuel llamaba a su madre cuando no lograba ponerse en contacto con ella?

—Es posible, mamá, no respondo a las llamadas privadas cuando estoy en…

Había estado a punto de decir «en un juicio».

—En el trabajo.

—Sí. Todos sabemos que tu trabajo pasa por delante de todo lo demás —comentó su madre desde la habitación contigua.

Al salir de la cocina miró la foto de Rafael colgada en la pared. Su hermano tenía entonces quince o dieciséis años. Era ya muy alto para su edad… Muy alto y muy delgado… Aunque medía un metro ochenta y ocho, sólo pesaba setenta y cuatro kilos.

Lucía se dirigió hacia la puerta. Ya había terminado de guardar la compra.

—Buenas noches, mamá.

Su madre no respondió.

¿La habría oído siquiera? Cada vez estaba más sorda. Y cada vez descuidaba más su higiene personal. En el piso flotaba un olor desagradable. Su hermana Mónica decía que su madre estaba perdiendo la cabeza y que debería estar en una residencia. Según ella, era una carga demasiado pesada para las dos, y eso que Lucía se ocupaba de todo y Mónica —que vivía en una casa de cuatrocientos metros cuadrados y tenía un marido, piloto de avión en Air Europa, que se ganaba muy bien la vida— se pasaba el día sin pegar golpe. Siempre que hablaban del tema, la conversación acababa con reproches y recriminaciones. Mónica —que se había casado muy joven con su piloto de avión, que por entonces era piloto de combate en el Ejército del Aire — por lo visto tenía escasas nociones de lo que era el mundo real, donde la gente se desloma trabajando por unos sueldos ridículos, apenas consigue llegar a fin de mes y no puede matricular a sus hijos en los

mejores colegios. Lucía recordó que a sus sobrinos de pequeños quien los llevaba al colegio era Consuelo, la mujer de la limpieza.

¿Samuel había tratado de ponerse en contacto con ella dos veces? De repente se preocupó. Entró en su piso, encendió la luz, puso los tres cerrojos de la puerta y, sin quitarse las Converse, fue directa a la nevera. Estaba casi vacía. Tomó un sorbo de bebida isotónica, repleta de calcio, magnesio, vitamina B1 y un montón de azúcar, y marcó el número.

—¡Por Dios, ¿sabes qué hora es?! —exclamó su ex marido.

—Lo siento. Ha sido un día largo. ¿Qué ha pasado con Álvaro?

—Ya hablaremos de eso mañana —respondió él con voz cansada y condescendiente—. Estaba durmiendo…

—¿Nada grave? —preguntó ella.

—¿En una escala del 1 al 5? —ironizó él, imitándola, antes de colgar.

«¡Será imbécil!»

Volvió a la nevera, metió un recipiente en el microondas y engulló el contenido a toda prisa. No estaba tan mal. Puso el recipiente en el lavavajillas, se lavó las manos y se fue hacia el dormitorio. De camino abrió la puerta de la habitación de Álvaro.

Pósteres de personajes desconocidos para ella, una colcha con motivos de la serie *The Mandalorian*, de la saga de *La guerra de las galaxias*, y todos los libros de Harry Potter, desde *La piedra filosofal* hasta *Las reliquias de la muerte*, así como la trilogía *La materia oscura*, de Philip Pullman, en el estante de encima del escritorio. En el techo, un cielo estrellado que había pintado ella misma.

Apagó la luz.

Según sus cálculos Álvaro debía de haber pasado menos de veinte noches en aquella habitación. Debería tenerlo dos fines de semana al mes, pero ella misma había anulado varios fines de semana por trabajo.

En el cuarto de baño abrió el botiquín y tomó un comprimido de Buscapina para el dolor de estómago; después se cepilló los dientes y se pasó el hilo dental.

Una vez en su dormitorio, se quitó a oscuras las Converse y la cazadora. La única luz era la que llegaba del cuarto de baño. Se dejó caer vestida en la cama frotándose los párpados, bostezó y se quedó boca arriba. Mientras fijaba la vista en el techo, su pierna izquierda empezó a agitarse como si fuera un apéndice independiente de su cuerpo sobre el que no tuviera ningún control.

En treinta segundos se quedó dormida.

12

Martes por la mañana

Eran las 6.21 h. El voluminoso insecto de metal sobrevoló los rascacielos de cemento y los bloques de edificios, batiendo con sus gigantescas aspas el denso ámbar amarillo suspendido bajo la masa de nubes.

Madrid. Barrio de Villaverde. El sol tardaría como mínimo una hora en salir.

Los doce hombres de la Unidad Especial de Intervención estaban concentrados comprobando por última vez el material. Uno se fijaba las rodilleras; otro se recolocaba el pesado chaleco antibalas, especialmente diseñado para operaciones urbanas, con la antena del emisor asomando por la espalda y las granadas paralizantes delante, sujetas al peto; un tercero se introducía el auricular bajo el pasamontañas antes de colocarse el casco integral con visera… Con los uniformes y ese equipo lleno de protuberancias y antenas, parecían unos enormes escarabajos negros.

—¡Eh, Alberto! ¿Eres tú quien me ha de salvar el culo?

—Sí, aunque preferiría salvar otra cosa —dijo el tal Alberto.

El humor era la mejor estrategia para reducir la tensión. No obstante, les encantaba aquel trabajo, por la adrenalina y el riesgo que conllevaba. A pesar de ello, ganaban unos sueldos modestos, teniendo en cuenta sus aptitudes y los peligros a los que se enfrentaban. Algunos no podían evitar pensar en eso cada vez que veían un partido del Atlético o del Real Madrid y a aquellos tipos forrándose por dar patadas a un balón. O cuando se enteraban de que un espabilado se había vuelto millonario de la noche a la mañana con sus inversiones en bitcoins.

En todo caso, sabían que al menos tenían algo en común con aquellos afortunados: tanto unos como otros eran la élite en su campo. Y, ciertamente, ellos eran los mejores en su oficio.

Sus armas destellaban bajo la tenue luz de la mañana. H&K USP y Glock 17, fusiles de asalto H&K G36K, fusiles de precisión de 7,62 mm… Disponían de un material de última generación, comparado con la mayoría de las unidades.

—En marcha, chicos.

Se oyó el ruido seco de los fusiles. En dos grupos de seis, los agentes se precipitaron en fila india hacia el edificio de siete plantas. El bloque

los engulló. Luego subieron a toda prisa por la escalera de emergencia, en absoluto silencio.

Irrumpieron en la última planta.

«¡Ahora!»

En los pasillos imperaba aquel silencio que en otro tiempo reinaba en los extrarradios de clase obrera aplastados por la fatiga: antes de que los jóvenes que no conocían la fatiga ni la ley los transformaran en su terreno de juego. En esa planta, sin embargo, no había obreros. Todos los pisos tenían los mismos propietarios: los hermanos Lozano y su clan.

En ellos alojaban a sus esbirros, a sus guardaespaldas y a sus hijos.

La última puerta del extremo del pasillo era la del domicilio de los dos hermanos. Casi nunca se separaban; siempre había uno cubriéndole la espalda al otro.

Durante la sesión informativa les habían mostrado varias fotos de los hermanos Lozano. En realidad no hacía falta: todos los agentes conocían de sobra sus rostros embrutecidos, esa expresión fría y mezquina… El afán de someter e intimidar a sus rivales con actos de una crueldad inimaginable.

Aquella misión era una auténtica trampa. Detrás de esas puertas teóricamente había gente dormida, pero todas podían abrirse en cualquier momento. Los agentes temían no disponer del tiempo suficiente para llegar a la última, que algo o alguien los abatiera como conejos antes de alcanzar el objetivo.

Una vez que recobraron el aliento, los dos grupos se comunicaron con señales. Luego se adentraron sigilosamente y a toda velocidad por el último pasillo.

Todos rodearon la última puerta: el primero se arrodilló a la izquierda, detrás del escudo antibalas; el que cargaba el ariete neumático se colocó a la derecha y otros apuntaron con sus armas hacia la puerta mientras los de atrás les guardaban la espalda.

El jefe de la unidad dio una señal y la puerta estalló.

—¡Guardia Civil! ¡Guardia Civil! —gritaron irrumpiendo en el interior y despertando a todo el mundo.

De las habitaciones salieron hombres desnudos o en calzoncillos, mujeres medio dormidas que enseguida mostraron su enfado e incluso algunos niños.

Que hubiera niños era una buena noticia: así no habría tiroteo.

Sacaron a los Lozano de sus camas con sábanas de seda al tiempo que les caía la lluvia de insultos de sus esposas.

En una cabecera de la cama había un cuadro de tres metros por dos de un tigre de Bengala en la jungla. Su espléndido pelaje estaba pintado con precisión fotográfica, al igual que el follaje de alrededor. El animal tenía un aspecto sereno, potente y noble, al contrario que los Lozano y su camarilla. Los espejos de marcos dorados reflejaban el caos generalizado, en medio de un atronador concierto de chillidos.

—¡¿Qué estáis buscando, joder?! —gritó Nano Lozano, tras dejarse detener dócilmente para evitar que uno de esos *cowboys* le torciera la muñeca.

—Hola, Nano —lo saludó Lucía cuando lo sacaron del piso.

—¡Vaya! ¡La guerrera en persona! ¿A qué debo el honor de esta visita mañanera? —exclamó él, como si se alegrara de verla.

No parecía preocupado. Los hermanos tenían un ejército de abogados a su servicio y ya se habían librado varias veces del brazo, bastante corto, de la ley.

Lucía iba a responder cuando algo vibró cerca de su piel. Examinó su ropa, sus vaqueros gastados. A diferencia de los hombres de la unidad especial, que llevaban los pesados chalecos antibalas por encima del mono de asalto verde oscuro, ella se había puesto su chaleco antibalas, más delgado, debajo del jersey.

Primero creyó que era el *walkie-talkie*, pero luego se dio cuenta de que se trataba de su móvil, que había puesto en modo vibración.

—Guerrero —contestó.

—Teniente, tiene que venir de inmediato.

13

Martes por la mañana

Aunque hacía frío, el sol brillaba cuando Lucía aparcó delante del edificio de la Guardia Civil en Tres Cantos, ese barrio de la zona noroeste de Madrid surgido de la nada cincuenta años atrás. Con aquella viva luz otoñal la lúgubre sucesión de edificios resultaba casi agradable a la vista.

Una vez dentro tardó unos segundos en orientarse. El de Tres Cantos era uno de los cuarteles de las inmediaciones de Madrid con más celdas de detención. Había unas cincuenta, provistas de puertas metálicas con mirilla y cámaras de vigilancia.

Fue hasta la pecera acristalada de los guardias.

—Gabriel Schwartz —dijo sacando la insignia.

Los dos vigilantes la miraban con expresión hermética.

—Acompáñeme —le dijo uno.

Lucía lo siguió. Otro guardia los esperaba: éste tenía el aire contrito de un niño sorprendido in fraganti, pero sus manos lo delataban. Con los brazos inertes, las abría y cerraba sin parar, como cuando Lucía ejercitaba los músculos con los *handgrips*. Se percató de las manchas de sangre en el uniforme del guardia.

—Soy yo quien la ha llamado. Tenía turno esta noche. Ha llegado usted a tiempo. Lo están evacuando justo ahora. Su colega ya está aquí… —dijo el guardia.

Lucía lo siguió por el pasillo. Reinaba una gran animación. La puerta metálica de la última celda estaba abierta y la luz encendida. El guardia se apartó para dejarla pasar. Lucía franqueó el umbral con paso militar. La celda no disponía de taza de váter, sólo había una cama y un lavabo.

En el interior Arias y un médico flanqueaban el cuerpo del rubio, que estaba tumbado en una camilla, entre la cama y la pared.

Al oír los pasos de la teniente, Arias alzó sus ojos bizcos hacia ella. Al ver su expresión lúgubre, Lucía notó que se le tensaban todos los músculos. Tuvo la sensación de que el tiempo se deformaba, de que discurría al ralentí. Gabriel Schwartz estaba inconsciente, con los ojos cerrados, el semblante sereno y una máscara de oxígeno en la cara. Lucía avanzó, incapaz de despegar la vista de aquel rostro amoratado. Detrás de la máscara le vio hilillos de sangre reseca que le salían de la

nariz y la boca.

Tenía la camisa abierta, empapada de sangre, y el torso lleno de electrodos. También se le veían unos hematomas tremendos en la zona de las costillas. Había un gotero sujeto a las barandillas de la camilla. El médico hizo una señal y los dos enfermeros que acababan de entrar sacaron la camilla de la celda.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Lucía, con el pulso acelerado.

—Se lo ha hecho solo —respondió el médico, sin despegar la vista de Gabriel Schwartz mientras se lo llevaban.

Lucía lo agarró del brazo antes de que saliera de la celda.

—¿Cómo?

El doctor la miró con gesto huraño y ella lo soltó.

—Sangrados espontáneos. Hemorragias masivas. El tiempo de Quick está muy alterado —le contestó el médico.

—¿El qué?

El médico se la quedó mirando.

—El tiempo de Quick, una prueba que mide la tasa de protrombina, es decir, la coagulación sanguínea, en la que están implicados los distintos factores de coagulación, VII, X, V, II… Padece un déficit de vitamina K, lo que le ha ocasionado una caída masiva de los factores de coagulación. Sospecho que ha ingerido un anticoagulante, probablemente un raticida.

—¿Un raticida? —repitió ella, confusa.

El médico asintió.

—Sí. El servicio de información toxicológica de Madrid recibe cada año decenas de llamadas relacionadas con rodenticidas. Son venenos para matar ratas. La mayoría de los accidentes los sufren los niños, pero a veces también los adultos. Y en este último caso, en un veinte por ciento de los casos se trata de ingestiones voluntarias.

—Quiere decir… suicidios. Pero ¡si lo han registrado y ha estado sometido a vigilancia constante! Es imposible que haya ingerido eso en el transcurso de las últimas horas, doctor.

El médico negó con la cabeza.

—La perturbación máxima del tiempo de Quick, como la que observamos aquí, se sitúa entre treinta y seis y setenta y cinco horas después de la ingestión. Por lo demás, los efectos clínicos no se manifiestan hasta al cabo de dos o tres días. Evidentemente, su hemofilia ha debido de acelerar el proceso, pero, en cualquier caso, ingirió la sustancia antes de su detención.

«¡La taza, Dios santo! Quizá ingirió el veneno de forma voluntaria… Pero también pudo hacerlo obligado…», pensó Lucía.

—¿Cómo está?

—Soy muy pesimista —contestó el médico con una mueca—. Está en coma y las constantes vitales no son buenas. Probablemente sufre una hemorragia intracraneal subaracnoidea, es decir, entre el cerebro y la

cavidad craneal, y también hemorragias gastrointestinales y pulmonares que le han provocado hipoxia: falta de oxígeno e insuficiencia respiratoria… Vamos a hacer todo lo posible, pero no creo que llegue vivo al hospital…

—Gracias, doctor.

Lo miró mientras se alejaba. Arias, a su lado, estaba lívido.

• • •

Les pasaron el vídeo. Al principio el envenenamiento se le manifestó como un simple sangrado de nariz. Después, Schwartz se puso a toser y le salió sangre por la boca. Finalmente empezó a escupir una gran cantidad de sangre, que le bajaba a borbotones por la barbilla y la ropa, como si vomitara.

Entonces se vio cómo la puerta se abría de golpe y dos guardias irrumpían en la celda.

—Hemos entrado a toda prisa en cuanto hemos visto que sangraba —explicó el que estaba sentado delante de la pantalla.

En el monitor se veía a los guardias inclinados sobre Gabriel Schwartz, que se agitaba en la cama, presa de las convulsiones. Uno de ellos cogió la radio para pedir ayuda.

Al final el cuerpo de Gabriel Schwartz se tensó como un arco, como si estuviera recibiendo descargas eléctricas, mientras los guardias lo contemplaban impotentes. La sangre le chorreaba por la nariz y la boca, e incluso le sangraban los ojos y los oídos. Luego, todos los músculos se le relajaron de golpe y se quedó tendido, inerte, sobre la cama.

—Quiero ver qué ha pasado antes —dijo Lucía.

El guardia hizo retroceder la grabación.

—Parece como si hablara solo —observó Arias.

No había sonido, sólo imágenes. El guardia carraspeó, invitándolos a volverse hacia él.

—Cuando he pasado por delante de su celda… hablaba… con una voz de mujer. Después, con una voz de hombre… Y después con otra voz más…

—¿Qué decía?

—Que había que matar a alguien. La voz de mujer suplicaba a un tal Ricardo que no lo hiciera… Que no lo matara, quiero decir.

—¡Dios Santo! —musitó Arias.

—Mirad —dijo el capitán Peña.

En la pantalla Gabriel se había acercado a la cámara. Miraba fijamente al objetivo y hablaba. Les estaba hablando a ellos. Los movimientos de sus labios eran muy claros y marcados.

—Parece como si pronunciara letras…

Volvieron a pasar la secuencia.

—¡Sí, está deletreando! Una L —interpretó Arias—. O una N…

—Y eso es una U o una O —dijo Peña.
—Una C —añadió Arias.
—Una I —prosiguió su jefe.
—Una A…

Lucía permanecía callada. Desde que se había sentado su pierna izquierda se movía sin parar, de forma compulsiva, bajo la mesa sobre la que se encontraba la pantalla. Los demás se volvieron hacia ella.

L
U
C
Í
A

LUCÍA… La teniente se estremeció. Ésa era la última palabra que había pronunciado Gabriel Schwartz antes de abandonar seguramente este mundo: el médico se había mostrado muy pesimista con respecto a sus posibilidades de sobrevivir.

Y Lucía comprendió que el ser invisible que manejaba los hilos de la marioneta Schwartz en la sombra le estaba hablando desde la muerte. Le enviaba un mensaje mudo.

Un mensaje venido del más allá.

14

Martes por la mañana

La rueda de prensa empezó a las once con una sala llena a rebosar. Que los medios de comunicación pudieran hincarle el diente a un asesino aquejado de personalidad múltiple no sucedía todos los días. Y por si fuera poco, la víctima era un miembro de la Guardia Civil…

Ya desde la noche anterior, durante la que se habían filtrado algunos datos, los informativos habían empezado a convocar en sus platós de televisión a una caterva de psiquiatras que habían intervenido en algún momento de su carrera como expertos en los tribunales. Sus opiniones, enunciadas con la simplicidad condescendiente del especialista que se dirige a los profanos, habían resultado francamente contradictorias. En cualquier caso, todo el mundo sabe que la psiquiatría no es como la física… y que permite cierta disparidad de puntos de vista.

Aquella mañana estaban presentes, por un lado, una treintena de periodistas, los que frecuentaban las comisarías y los tribunales, respaldados por una cantidad inusual de cámaras de la Televisión Española, y por el otro, es decir, detrás de la larga mesa y el ramillete de micrófonos, el capitán Peña y la directora de la Unidad Central Operativa, la coronel Pilar Molina Marcos, una mujer alta y angulosa, desprovista de humor y de carisma, que tenía fama, no obstante, de poseer grandes dotes organizativas y de trabajar con fanática devoción para el cuerpo de la Guardia Civil.

Lucía se mantenía en segundo plano.

No le habían pedido que hablara en público. No porque fuera tímida, sino porque no se le daba bien fingir que estaban avanzando cuando, en realidad, la investigación se hallaba en un punto muerto. Tampoco era proclive a transformar lo negativo en positivo, tal como dicen los *coach* de comunicación.

La teniente habría hablado con demasiada franqueza. Habría sido demasiado directa, demasiado… agresiva.

Como por ejemplo con aquella periodista rubia de ojos verdes que acababa de preguntar cómo era posible que un sospechoso se hubiera sustraído a la vigilancia de la UCO y hubiera conseguido acabar con su vida.

«Porque se ha tragado un raticida antes de que lo detuviéramos y se

ha ahogado en su propia sangre», le habría respondido Lucía, sólo para ver cómo aquella cara bonita adquiría la tonalidad de la leche cuajada.

Pero en las conferencias de prensa no se dicen este tipo de cosas. O, por lo menos, no de ese modo.

Le llamó la atención otro detalle: el extremo interés de los periodistas.

Sin duda les había llegado el olor a sangre. Su olfato les decía que tenían delante el tipo de suceso que mantendría en vilo a lectores y espectadores durante semanas o incluso meses.

—¿Se conocen las causas exactas de la muerte del sargento Castillo? —preguntó otro periodista.

—La autopsia ha revelado que primero lo dejaron inconsciente de un golpe. Su cráneo presentaba la marca de lo que los forenses denominan «anestesia previa de Brouardel», una depresión occipital en la parte posterior del parietal, consecuencia de un golpe violento infligido para aturdirlo o para matarlo y que provoca un traumatismo craneal seguido de una hemorragia. Eso confirma lo que pensábamos: que el sargento Castillo fue sin duda atacado por sorpresa. Después lo apuñalaron en la zona del corazón.

—Y lo crucificaron —añadió una voz.

—Desde un punto de vista técnico, no se trata de una crucifixión —precisó la coronel Molina—. Aunque, efectivamente, lo pegaron a una cruz…

La rubia repipi volvió a la carga:

—Así pues, han asesinado a uno de sus sargentos, luego lo han pegado a una cruz, y después, al cabo de unas horas, el principal sospechoso se suicida en su celda; ¿no es eso?

Esta vez no obtuvo respuesta.

—Dicen que a primera hora de esta mañana ha habido una intervención de la UEI en Villaverde —dijo el reportero de *El País*—. ¿Tiene algo que ver con la muerte del sargento Castillo?

—Es lo que estamos tratando de averiguar —respondió Peña.

—¿Quiere eso decir que la persona que se ha suicidado esta noche en la cárcel era inocente?

«La misma periodista, otra vez…» Era nueva, pero había comprendido rápidamente que sólo se hablaría de ella si alborotaba el gallinero. Lucía la caló al instante: joven, ambiciosa, cínica, vanidosa y egocéntrica. La carrera por encima de la deontología. La imagen y la autoestima por encima de la integridad.

Lucía se imaginaba ya los titulares: «Un inocente se suicida por la presión de la UCO».

—No, en absoluto —contestó Peña, visiblemente irritado—. A ese hombre lo encontraron cerca del cadáver, toda su ropa tenía manchas de sangre de la víctima y él mismo se declaró culpable.

—Pero ¿no disponen de una prueba formal? —preguntó otro.

—¿Y cómo puede tomarse en serio la confesión de una persona que

padece un trastorno de identidad disociativo? —volvió a la carga la joven periodista—. ¿Lo examinó un psiquiatra? ¿Es ésta la manera de proceder de la UCO?

—¿Qué insinúa usted? —replicó, indignada, la coronel Molina, fulminando con la mirada a la insolente periodista.

Lucía se levantó. Ya había oído suficiente. Fue al servicio y se lavó la cara. Aferrada con ambas manos al borde del lavabo, pensó en Sergio. Unas semanas antes él le había dicho que quería abandonar el cuerpo antes de que el trabajo pervirtiera para siempre su visión del mundo. Todo policía tiene sus límites. Sergio se había enfrentado a maridos que habían matado a golpes a sus mujeres; a una esposa y su amante que habían planeado durante meses la falsa muerte accidental de su marido; a violadores y a traficantes de todo cuanto pudiera tener algún valor comercial; a terroristas aficionados cuyo único propósito era matar al mayor número de personas posible, convencidos de cumplir órdenes directas de su dios; a proxenetas que abusaban de adolescentes inocentes a cambio de droga o dinero; a las sabandijas más depravadas, a los especímenes más lamentables y degradantes que albergaba la humanidad. Por eso había decidido tirar la toalla.

No quería que sus hijos crecieran con ese imaginario en la cabeza. Iba a buscarse un puesto tranquilo como vigilante o a pedir el traslado a una ciudad pequeña, donde se dedicaría a mimar a sus hijos a la espera de que llegara el momento de la jubilación.

No le había dado tiempo…

15

Martes por la mañana

—Estamos aquí para conocer las diferentes teorías criminológicas. Os voy a dar una buena noticia: todas las teorías que descubriréis aquí son falsas —declaró Salomón a doscientos kilómetros de allí.

Levantó la mirada recorriendo el aula, que, sin ser un anfiteatro, descendía en suave pendiente hacia la tarima donde se encontraba él. Al igual que la sala de Madrid en la que en ese mismo momento se estaba dando una rueda de prensa, el aula 001 de la Facultad de Derecho de Salamanca estaba abarrotada. Los alumnos nunca faltaban a aquella clase. Todas las miradas recaían en Salomón, y todas expresaban lo mismo: «Vamos, profesor, deslúmbrenos, demuéstrenos que es tan genial como aseguran.»

—Hay una gran cantidad de teorías criminológicas —prosiguió—, en particular un nutrido número de teorías sociológicas. Muchos de mis colegas parecen fascinados por las teorías sociológicas… tal vez porque son demasiado perezosos para buscar otras.

Las risas resonaron en el aula.

—Hay teorías que afirman que no son las desviaciones de la norma las que provocan el control social, sino que es el control social el que provoca las desviaciones. Hay teorías que propugnan una respuesta centrada en reforzar la seguridad. Hay teorías dominantes o *mainstream* y un montón de teorías secundarias. En realidad hay un número excesivo de teorías… Y repito: todas esas teorías son erróneas. ¿Por qué? Uno: son demasiado generales para reflejar todas las criminalidades específicas. Dos: la mayoría, por no decir todas, son sesgadas, a causa de los prejuicios y los postulados ideológicos en que se asientan, y, sobre todo, no están lo suficientemente fundamentadas en observaciones científicas.

Paseó la mirada por el aula.

—Aquí vamos a centrarnos en la realidad —insistió—, en crímenes reales, en situaciones reales y en personas reales. Si en esta aula hay alguien que cree que la tierra es plana o que el hombre no ha pisado nunca la luna, le ruego que la abandone.

—¡Mateo cree en esos hombrecillos verdes! —exclamó una voz.

Nuevo coro de risas. Salomón observó con una sonrisa indulgente al

gracioso de turno.

—¿Y qué? Yo también: a partir de cierta hora suelo cruzarme con estudiantes verdes por las calles de esta ciudad —contestó.

Hubo una explosión de carcajadas. Salomón aguardó a que volviera la calma.

—Os voy a pedir que actuéis con rigor y, sobre todo, con humildad. Los enfoques rigurosos siempre dan un resultado complejo, lleno de matices, a menudo insatisfactorio en el plano intelectual. Si estáis repletos de certidumbres y ávidos de respuestas simples, os habéis equivocado al venir a este sitio. Aquí dejamos las certidumbres en el guardarropa. ¡Muchas gracias!

Sonaron unos cuantos aplausos, y poco a poco los alumnos se fueron levantando. Salomón guardó sus cosas en la cartera, se puso la bufanda y el abrigo, y antes de salir respondió a algunas preguntas. Ya en la calle se adentró en la bruma helada de aquel día de mediados de noviembre.

• • •

Se tomó un café en el Pícaro, enfrente de la universidad. Le gustaba más que el del bar de la facultad: vender ese brebaje tan horrendo debería considerarse un delito.

En la mesa de al lado había un periódico. Lo cogió y lo hojeó con rapidez hasta llegar a las páginas de sucesos. Le llamó la atención un titular especialmente destacado:

EL ASESINO QUE CRUCIFICA
A SU VÍCTIMA
Por Candace Boix

Se llamaba Sergio Castillo Moreira. Era sargento de la UCO, la Unidad Central Operativa. Se dice que «Si se ocupa la UCO, el caso está resuelto». Esta vez, sin embargo, el sargento no ha interpretado el papel de investigador sino el de víctima: este lunes 11 de noviembre ha aparecido crucificado en un calvario a varios kilómetros al noroeste de Madrid, cerca de El Escorial.

El agente de la UCO estaba desnudo y, lo más sorprendente, pegado a la cruz con cola extrafuerte. Esta circunstancia ha sido confirmada por una fuente del cuerpo de la Guardia Civil que ha preferido mantener el anonimato.

¿Quién ha podido cometer un crimen tan violento, tan monstruoso y tan macabro? Según la información disponible, se detuvo a un sospechoso en el mismo lugar del crimen. Al parecer se trata de un hombre con un grave trastorno psicológico, pero la Guardia Civil todavía no se ha pronunciado de forma oficial al respecto. Hoy tendrá lugar una rueda de prensa convocada por el capitán Peña, responsable del grupo de Homicidios, Secuestros y Extorsiones de la UCO, y la coronel Pilar Molina Marcos, directora de la unidad. Seguiremos

informando a nuestros lectores sobre la evolución de este caso…

Salomón cerró el periódico sintiendo un ligero vértigo. Miró su cara en el cristal y vio un reflejo pálido superpuesto a las gotas de lluvia que lo azotaban. No creía en la suerte ni en el azar.

Volvió a ver a los dos esposos pegados el uno al otro en el borde de aquella carretera, entre dos túneles, treinta años atrás… A los de Segovia, asesinados y pegados entre sí en lo alto de una colina frente al Alcázar… Y a la pareja de ingleses de la Costa del Sol, asesinados y también pegados a la cama.

Respiró hondo y sacó el teléfono. Unos segundos después respondió una voz ronca, velada y gutural, fruto de muchos años de tabaquismo desmedido.

—¿Salomón? ¿Qué pasa?

—Es por lo de ese caso, ese agente vuestro al que… En fin, al que pegaron a una cruz.

—¿Sí?

—Yo sé quién mató al sargento Castillo.

16

Martes a mediodía

—En resumen, ¿me estás diciendo que gracias a un programa creado por tus alumnos bajo tu dirección que se nutre con los datos de la Guardia Civil y de la policía has descubierto que el tipo que pegó a nuestro sargento a esa maldita cruz es el mismo que mató a una pareja hace treinta años en Aragón, y más recientemente a otras dos parejas, una en Segovia y la otra en la Costa del Sol? ¿Es eso, Salomón?

El teniente coronel Hierro ocupaba un puesto destacado en la Dirección General de la Guardia Civil. Salomón lo había conocido unos diez años atrás: había dado un seminario de Criminología en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil, que Hierro dirigía por aquel entonces. Habían hecho buenas migas y habían mantenido el contacto, aunque de forma esporádica; un gesto propio de dos personas que saben que algún día podrían necesitar un favor de la otra.

—Ya sé que, presentado de esa forma, puede parecer delirante, pero estoy convencido de que es así.

—En ese caso, la cosa cambia —contestó, con un asomo de ironía, el teniente coronel Hierro.

—Comprendo tu escepticismo.

—Bueno, es como si me estuvieras diciendo que has llegado a esa conclusión tras una sesión de espiritismo —replicó Hierro—. De todas formas, esto no es de mi competencia. Sólo soy un funcionario de la dirección general, Salomón.

—Un funcionario con el grado de teniente coronel… ¿No podrías decirme quién está al frente de la investigación?

—Pues sí, y voy a tener que desearte suerte.

Salomón aguardó a que su interlocutor continuara.

—Si hubieran pedido mi opinión, habría dicho que era la persona menos cualificada para ocuparse de ese caso. En primer lugar, porque está demasiado implicada, y en segundo lugar, porque tiene un carácter… eh… un pelín incontrolable. Es la teniente Lucía Guerrero de la UCO, la compañera de la víctima. Supongo que habrás oído hablar de ella. Es muy raro que no le hayan pasado la investigación a otro.

—¿Es la que atrapó al Asesino del Martillo?

Ese caso había acaparado los titulares de la prensa durante semanas el

año anterior.

—La misma.

—El tipo estuvo a punto de liquidarla, si no me falla la memoria…

—Le fue de un pelo, quieres decir. Se acercó demasiado a las llamas y habría podido quemarse las alas.

—Aun así, consiguió detenerlo —dijo Salomón.

—Sí… pero… pese a su impresionante hoja de servicio no es apta para estar en la UCO. Digamos que nunca ha sabido trabajar en equipo y que tiende a saltarse las reglas. Sin llegar a calificarla de «rebelde», diría que es «fastidiosa», y me quedo corto. Tarde o temprano nos va a traer complicaciones.

—¿Podrías hacerme un favor, Víctor?

—Te escucho.

—Dile a la teniente Guerrero que quiero hablar con ella. Que tengo información que podría interesarle… ¿Harás eso por mí?

Salomón había colaborado en más de una ocasión con la Policía Nacional y, en menor medida, con la Guardia Civil. Pero normalmente este tipo de colaboraciones se llevaban a cabo a título personal.

—De acuerdo. Le transmitiré el mensaje.

—Gracias, Víctor.

En cuanto colgó, lo invadió un turbio sentimiento de fascinación. Francisco Manuel Meléndez, apodado el Asesino del Martillo, el Carnicero de la Autopista, F2M y también Frida la Loba, el ridículo seudónimo que el propio Meléndez empleaba para firmar los mensajes que enviaba a los medios de comunicación y que seguramente había sacado de las películas de *nazisploitation* de los años setenta (como *Ilsa, la loba de las SS*) o de las obras de Jesús Franco. Meléndez agredía a las mujeres en plena noche en los lavabos de restaurantes y estaciones de servicio de autopista. Les ponía una bolsa de basura en la cabeza para asfixiarlas y luego, una vez que estaban inconscientes, les machacaba el cráneo a martillazos. No las violaba ni las tocaba siquiera. El perfil establecido por los especialistas apuntaba a un hombre de entre treinta y cuarenta y cinco años, soltero o divorciado, con pocos amigos, con un nivel de estudios medio o bajo, que, viendo el arma utilizada, sin duda ejercía un trabajo manual. Se sospechaba que seguía a mujeres que de noche iban solas en coche. Se había alertado a los directores de las concesionarias de autopistas y a los encargados de las tiendas de las áreas de servicio, quienes a su vez habían avisado a todo su personal, de modo que se acabó generando un clima de psicosis. Los empleados se convirtieron en una suerte de agentes de policía que espiaban a los clientes varones, mientras que las mujeres del personal ya no se atrevían a ir solas a los servicios cuando se hacía de noche. Y a pesar de todo, el Asesino del Martillo volvió a actuar dos veces. A todo ello había que sumar la reacción de la prensa, que se había apoderado del caso, y de las cadenas de informativos, que exageraban hasta el paroxismo

cualquier rumor…

Los organismos de seguridad del Estado y el Ministerio del Interior estaban frenéticos y presionaban al equipo de investigación, el grupo del capitán Peña, a quien amenazaban con retirarlo del caso si no se producían avances.

Fue entonces cuando entró en escena la teniente Guerrero. Salomón se acordaba de lo que había leído sobre ella en los periódicos tras la captura de Francisco Manuel Meléndez. Sin informar a sus colegas —y tampoco a sus superiores—, Lucía Guerrero había empezado a recorrer las autopistas de los alrededores de Madrid, cubriendo un radio de unos doscientos kilómetros: el territorio del asesino. De día se ocupaba de la investigación con su equipo, y de noche subía a su coche y circulaba durante horas por las cintas de asfalto. Sólo dormía unas pocas horas antes del amanecer, porque el Asesino del Martillo atacaba siempre entre las diez de la noche y las dos de la madrugada (eso había hecho suponer a los investigadores que debía de trabajar durante el día). Nadie sabía con qué clase de individuos se había topado Lucía Guerrero durante sus periplos nocturnos, porque, pese a la insistencia de los periodistas, se había negado a hablar con la prensa. Sólo se barajaban conjeturas y una sola certeza: la teniente de la UCO había acabado por cruzarse con el asesino y la historia había estado a punto de tener un desenlace fatal.

Aquello había ocurrido en el norte del país, no lejos de Soria, en un área de servicio con una decena de surtidores de gasolina y una tienda enorme. Eran las 00.57 h de la noche cuando Lucía se detuvo para ir al lavabo. Había estado conduciendo casi tres horas seguidas por debajo de la velocidad autorizada, dejándose adelantar por numerosos coches, y con la luz interior encendida. Debía de estar agotada, al límite de sus fuerzas, con la cabeza embotada, pensó Salomón. Debía de estar pensando en el trayecto de regreso a Madrid, que le exigiría un par de horas más, con lo que no podría acostarse hasta pasadas las tres de la madrugada… Y a la mañana siguiente le esperaba otro extenuante día de trabajo… «¿Cuánto tiempo debió de haberse pasado haciendo esto, tensando la cuerda?», se preguntó. Podía imaginársela perfectamente: cruzando con paso cansino el vestíbulo, de camino a los aseos del fondo, con la caja registradora y el vendedor a la derecha y unas cuantas mesas a la izquierda; luego el pasillo —flanqueado por máquinas tragaperras, máquinas expendedoras y una sala de calderas— que llevaba a los lavabos de señoras… Habían publicado una foto del lugar.

Una parte de su declaración ante sus superiores se había filtrado a la prensa. Al salir del cubículo del váter, se encontró con una mujer lavándose las manos. Una mujer rubia, con un vestido rojo, inclinada delante de uno de los lavamanos, de espaldas a ella. No podía ver su cara en el espejo porque un mechón se la tapaba. Lucía la saludó, pero la mujer no contestó. Cuando se inclinó para mojarse la cara —sin duda

necesitaba despejarse un poco—, Francisco Manuel Meléndez se abalanzó sobre ella, le puso una bolsa de basura en la cabeza e intentó asfixiarla. Lucía se resistió, pero Meléndez era fuerte: trabajaba como instalador de techos y además entrenaba en un gimnasio levantando pesas tres veces por semana. Sin embargo, cometió un error de cálculo, se dijo Salomón: ignoraba que la mujer a la que agredía era una agente de la UCO y, por tanto, estaba mejor entrenada que él.

Lo que ocurrió a continuación nunca ha quedado muy claro. Sólo se sabe que Lucía salió del baño con las manos ensangrentadas, la ropa rasgada y un martillo en la mano, y que había pedido a un aterrorizado vendedor que llamara al servicio de emergencias mientras ella misma contactaba con su unidad. Cuando llegó la Guardia Civil, se encontró a Meléndez sentado en el suelo de uno de los cubículos del aseo, esposado a un tubo, con la peluca rubia flotando en el agua de la taza del váter como una medusa muerta y con la cara desfigurada, reducida a una informe masa sanguinolenta. Había perdido también dos incisivos y recibido un último martillazo en la sien que debía de haberlo dejado K.O. Lucía Guerrero había declarado que no se acordaba bien de lo que había ocurrido, pero que había fingido caer desmayada y que entonces había derribado a Menéndez haciéndole una llave en el poplíteo derecho, es decir, en la parte posterior de la rodilla, lo que le permitió estamparlo contra uno de los cubículos. Luego… Luego ya no recordaba nada más…

Francisco Manuel Meléndez había pasado dos semanas en el hospital, donde lo habían interrogado dos agentes de la UCO antes de hacerlo comparecer ante el juez.

Guerrero había recibido al mismo tiempo la amonestación de sus superiores y la felicitación de un ministro ávido de popularidad, y se había convertido de la noche a la mañana en una leyenda en el seno de la Guardia Civil.

Algunos agentes, que no eran de su grupo pero que fingían conocerla bien, habían explicado, al amparo del anonimato, jugosas anécdotas que realzaban sus virtudes y, sobre todo, sus defectos. De esas historias se deducía que era una persona irascible, terriblemente testaruda, reacia a trabajar en equipo, incapaz de hacerle la pelota a nadie y poco dada a limar asperezas… Una cabezota insoportable, en suma. De forma implícita, ese mismo retrato dibujado por los fariseos de turno daba la imagen de una persona independiente, tenaz y sumamente competente.

Luego la prensa se había volcado en otros asuntos y todos se habían olvidado de la teniente Guerrero. Salomón estaba convencido de que ella se había alegrado: a juzgar por las escasas fotos que circularon por aquel entonces en los periódicos, tenía la impresión de que era una persona celosa de su privacidad, que huía de las cámaras.

Salomón se dijo que la teniente debía de cargar con un peso enorme. ¿Cómo dormía Lucía Guerrero? ¿Tendría pesadillas? Habría apostado que sí. ¿Volvería a repasar una y otra vez su lucha a muerte en los

lavabos de la autopista? ¿Tendría migrañas, úlcera de estómago, dolores torácicos, angustia o depresión? ¿Se había puesto en la piel del asesino para acorralarlo, o se había limitado a actuar como cebo, como señuelo? En cualquier caso, lo cierto era que en esa ocasión se había cumplido el cliché del cazador cazado.

Claro que el cazador todavía esperaba su hora agazapado en el Centro Penitenciario La Moraleja —había sido incluido en el FIES1 el Fichero de Internos de Especial Seguimiento—, donde preparaba con su abogado, una auténtica eminencia, su juicio de primera instancia en la Audiencia Provincial de Madrid. De hecho, a pocas semanas de su celebración, el abogado de Meléndez pregonaba a los cuatro vientos que «había sido la teniente Guerrero quien había agredido a su cliente y no a la inversa».

Salomón cogió el teléfono, abrió el WhatsApp, se conectó al grupo creado por sus alumnos, que también se llamaba DIMAS, y escribió: «Reunión esta noche en el laboratorio después de las clases.»

Comprobó que los estudiantes abrían el mensaje pese a que estaban en clase, o dando ellos mismos clase a los alumnos de primer ciclo, o realizando alguna de las actividades impuestas por la comisión académica de su programa de doctorado.

Assa, Haruki, Cordelia, Alejandro, Ulysses, Verónica. Salomón salió de la aplicación.

17

Martes por la tarde

Eran las seis de la tarde cuando se reunieron en el laboratorio de Criminología, en el sótano de la Facultad de Derecho, no en la gran tienda de campaña, sino al lado, en torno a una larga mesa de luz que por el momento era la única luminaria de la sala.

Salomón ignoraba de dónde habían sacado esa mesa, similar a las que usaban algunos pedagogos para estimular el desarrollo sensorial y cinestésico del niño. En todo caso, tenía la sensación de estar en una de esas películas hábilmente iluminadas para generar una atmósfera opresiva, películas protagonizadas por jóvenes que acaban siendo asesinados de distintas formas, a cuál más imaginativa y grotesca. Había oído emplear a sus alumnos la palabra «*slashers*» para referirse a ellas. Seguro que habían elegido aquella mesa a propósito.

Salomón se plantó de pie en un extremo y ellos se colocaron a su alrededor. Se percató de que el ambiente era menos distendido que en reuniones anteriores.

—Tal como vimos la última vez, DIMAS acaba de dar un paso de gigante —dijo.

Hizo una pausa para permitir que la frase calara en sus jóvenes cerebros, tan tendentes a la emotividad. Desde la sombra, los asesinos en serie colgados de las paredes observaban la escena.

—¿Tenéis todos bien presentes los tres casos que DIMAS acaba de relacionar? ¿O creéis necesario que los repasemos?

Assa respondió la primera, como siempre.

—No vale la pena, profesor. Nos hemos pasado toda la noche informándonos. Hemos hecho incluso un vaciado en internet. La verdad es que apenas hemos dormido.

En torno a aquella mesa de luz sonaron algunas risitas ahogadas.

—No esperaba menos de vosotros —dijo él con una sonrisa.

Miró a los componentes de su grupo. Eran sus favoritos. Los había seleccionado con cuidado. Era un grupo reducido. Se sabía desde hacía tiempo que los deportistas rinden más cuando compiten con otros deportistas, pero que, si se pide a varias personas que remolquen una carga con una cuerda, el esfuerzo que aporte cada una de ellas será menor cuanto más numerosas sean. En el primer caso se hablaba de

«facilitación social» y en el segundo, de «pereza social». En ambos casos, se trataba de experimentos fundacionales de la psicología social experimental. En resumidas cuentas, varios individuos valen más que uno, pero demasiados individuos son nocivos para la calidad del trabajo producido por cada uno de ellos. Por lo demás, la mayoría de los profesores de la universidad trabajaba con grupos reducidos, de no más de media docena de alumnos.

Los seis jóvenes allí reunidos constituían el mejor grupo de estudiantes que había tenido nunca a su disposición. Dos eran españoles y los cuatro restantes extranjeros. Éstos habían acudido gracias a programas de intercambio europeos o al programa de relaciones internacionales establecido entre la Universidad de Salamanca, la USAL, y veinticinco universidades japonesas.

Haruki Tanizaki, de veintiséis años, bajito y regordete, con cara de luna llena, un mechón de pelo negro sobre la frente y grandes gafas de empollón con cristales ahumados, era de Osaka.

Cordelia Blixen, de veintisiete años, alta, de hombros musculosos gracias a la natación, pelo rubio y ojos grises como un fiordo en invierno, era de Copenhague. Estudiaba Filología y se estaba especializando en una disciplina poco conocida denominada Lingüística Forense.

Assa Diop, de veinticuatro años, francesa, bajita, de rostro ovalado, piel oscurísima y grandes ojos negros muy expresivos, con el pelo cortado al cero, provenía de la Sorbona. Era sin duda su mejor alumna. A Assa le gustaba llevar la contraria, tanto en clase como en el seno del grupo. A Salomón le encantaba que los alumnos lo contradijeran y también que se contradijesen entre sí, porque la discusión siempre era fructífera.

Había reclutado a Ulysses Joyce y a Alejandro Lorca en la Facultad de Ciencias, donde ambos habían destacado por desarrollar un robot de cuatro patas que se paseaba por los pasillos y cargaba en la espalda las bebidas de los estudiantes… Y también por haber pirateado el ordenador de uno de sus profesores con el fin de mejorar sus notas en una asignatura que no se les daba demasiado bien. El claustro se planteó expulsarlos, pero eran demasiado brillantes, y además descubrieron que el profesor en cuestión era un gran consumidor de cierta pornografía. Por eso, cuando dicho profesor pidió a sus superiores que se mostraran indulgentes con Ulysses y Alejandro, no lo hizo sólo movido por la clemencia. La historia —salvo el detalle de la pornografía— se propagó como un reguero de pólvora y llegó a oídos de Salomón.

Ulysses era de la ciudad inglesa de Bath, ciudad lluviosa y cargada de historia. Aparte de que aparentaba tener dieciséis años y no veintiséis, Ulysses era de una timidez enfermiza —excepto con el resto del grupo— y sufría agorafobia: lo de poner la tienda de campaña había sido idea suya. El apuesto y moreno Alejandro, por su parte, era de Linares y

estaba rendidamente enamorado de Assa Diop.

Y por último, Verónica Gaite, de veintiocho años, nacida en Salamanca y tal vez su mejor alumna después de Assa. Pelo castaño y ojos de azul claro, discreta, extraordinariamente madura y equilibrada. Sólo exhibía un detalle un poco extravagante: un tatuaje en el antebrazo derecho que representaba el baile de los protagonistas de *Pulp Fiction*, su película favorita.

—Muy bien —prosiguió Salomón—, DIMAS ha establecido un vínculo entre diversos escenarios de crímenes ocurridos en un lapso de casi treinta años. Recapitulando: un doble asesinato en 1989 en el Alto Aragón, otro en Segovia en 2015 y un tercero en Benalmádena el año pasado. Los puntos en común identificados por DIMAS son: parejas jóvenes halladas desnudas, los colores rojo y verde, las posturas de las víctimas y, sobre todo, la cola…

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no se trata de un error del programa? —planteó Assa, dubitativa, observando a Ulysses y a Alejandro—. Primero tenemos la desaparición de un niño y un doble asesinato con arma de fuego, y luego a dos parejas situadas a más de seiscientos kilómetros la una de la otra y asesinadas con arma blanca al cabo de veintiséis y veintinueve años respectivamente. ¿Y si DIMAS se equivoca?

—Es una hipótesis interesante —concedió Salomón sonriendo—. Assa tiene razón. Tenemos dos crímenes muy parecidos, bastante próximos en el tiempo aunque no geográficamente, y otro más antiguo con el que la relación parece menos evidente. Así las cosas, ¿qué nos permite deducir que se trata del mismo asesino en los tres casos? —preguntó, volviéndose hacia los dos jóvenes informáticos.

—La firma —respondió Alejandro Lorca, tal como había hecho la tarde anterior.

—Exacto, la firma. —Salomón hizo una pausa—. El *modus operandi* ha ido cambiando, como suele suceder, en función de las necesidades del momento: los disparos en el primer escenario del crimen, las puñaladas en los otros dos. Sin embargo, la firma no varía: se trata de una escenificación, con parejas cubiertas con los colores rojo y verde. Como sabéis, la firma se caracteriza por su inutilidad desde un punto de vista material. Sin embargo, suele estar revestida de una intensa connotación simbólica o psicosexual que refleja las fantasías del asesino. En este caso, la firma es lo que nos permite deducir que se trata de un mismo y único individuo. Además, no sólo hay una firma, sino también lo que los expertos en perfiles denominan una «pose»: cadáveres intencionadamente colocados en determinadas posturas, muy elaboradas. Entre el millar de escenarios de crímenes que he tenido que estudiar a lo largo de mi carrera, no he encontrado más de diez «poses», y ninguna que alcanzara un grado tan alto de sofisticación. DIMAS no se ha equivocado. La probabilidad de que se trate de un solo individuo es

extremadamente elevada.

—En tal caso, ¿cómo se explica que el asesino no haya actuado durante casi treinta años y que de repente se haya puesto a matar otra vez? —preguntó Assa, poco convencida.

—Deja ya de hacer de trol, Assa —intervino Ulysses con irritación.

—Alejandro y Ulysses han formulado dos hipótesis plausibles —contestó Salomón—. Quizá el asesino estaba en la cárcel, o en el extranjero, donde a lo mejor ha seguido matando. Hay una tercera: DIMAS no es infalible y podría no haber detectado sus otros crímenes. Sea como sea, no podemos saber con certeza a cuántas personas ha matado.

Salomón miró a su alrededor y vio el efecto producido por sus palabras: el interés de su auditorio se había incrementado de manera prodigiosa. Bajo el halo de luz que ascendía de la mesa, todos tenían las pupilas dilatadas. Adivinó la fascinación que se apoderaba de ellos: ahora ya no se movían en el plano teórico. Esta vez se trataba de algo real.

—Así que, si admitimos que nos enfrentamos a un mismo y único individuo, ¿por dónde tenemos que empezar? —continuó Salomón.

—Por el primer escenario del crimen —contestó Assa.

—¿Por qué?

—El primer crimen suele ser el más significativo. También es cuando el asesino suele cometer errores. Después perfecciona su técnica.

—De acuerdo. Pero no olvidemos que es su primer crimen conocido, que pudo haber cometido otros antes… En el supuesto de que hubiera pasado a la acción por primera vez entre esos túneles, ¿qué nos sugiere ese primer escenario del crimen? Sed concretos. La principal cualidad de un experto en perfiles criminales es saber analizar los datos concretos que tiene a su disposición, es decir, limitarse a los hechos sin dejarse llevar por la imaginación.

—Se trata de un hombre blanco que, cuando cometió los primeros asesinatos, tendría entre veinticinco y treinta y cinco años —volvió a intervenir Assa—. Vive en la misma zona en la que cometió los asesinatos. Es inteligente, sofisticado y audaz.

—¿Y cómo justificas eso?

Todos observaban a Assa.

—Según las estadísticas, los asesinos en serie cometen por lo general su primer asesinato a la edad promedio de veintiocho años y suelen elegir víctimas de su propio grupo étnico. Conoce bien el lugar, puesto que, para matar a esa pareja en aquella carretera a pleno día, tenía que conocer bien la zona y saber si era muy frecuentada. Es audaz porque sus víctimas no pertenecían a un grupo de riesgo, como las prostitutas o los drogadictos. Está, además, la puesta en escena, que, como tú mismo has dicho, presenta un alto grado de sofisticación y planificación. Yo diría que tiene un coeficiente intelectual elevado y que debió de

fantasear mucho tiempo con su crimen antes de cometerlo. Eligió el sitio, la hora, las víctimas… y demostró tener mucha sangre fría.

—La edad de un criminal en serie es un parámetro difícil de determinar —objetó Verónica—. Se sabe que la edad psicológica no siempre se corresponde con la edad real.

—Pero eso ocurre sobre todo en los casos en que el individuo es inmaduro con respecto a su edad real, y no a la inversa —destacó Salomón—. Y Assa tiene razón: probablemente pasaron varios años para que su fantasía inicial alcanzara ese nivel de sofisticación. No obstante, ese tipo de fantasías empiezan a desarrollarse muy temprano.

—Treinta y cinco años son muchos —intervino Ulysses—. De ser así, ahora tendría más de sesenta y cinco años. ¿Te imaginas a alguien de esa edad liquidando a una pareja a puñaladas?

—¿Y por qué no? —replicó Verónica.

—Uno de vosotros ha recurrido al término «asesino en serie». ¿Por qué? —preguntó Salomón.

—El FBI considera que a partir de tres crímenes se trata de un asesino en serie —respondió Alejandro.

—¿Por qué tres? ¿Por qué no dos o cuatro? Si os gustan los números, dedicaos a la contabilidad —contestó con impaciencia el criminólogo—. Yo diría que el asesino de los túneles todavía no era consciente de ser un asesino en serie cuando mató a esa pareja, pero que la potencia de sus fantasías indicaba que volvería a la carga.

—¿Y el niño? ¿No volvió a aparecer? —planteó Assa.

—Nunca —confirmó Salomón.

—Sería interesante saber qué hipótesis formularon los investigadores sobre eso —dijo Cordelia, que hasta entonces no había intervenido.

—Probablemente se habló de tráfico de órganos, o se concluyó que el asesino lo había secuestrado para abusar de él… y después se había deshecho del cadáver —sugirió Salomón vacilante, bajando la voz.

Se hizo el silencio. Algo acababa de entrar en la sala, algo todavía más siniestro y sombrío que la evocación de la pareja asesinada. Todos experimentaron una sensación de incomodidad.

—En fin, que lo hemos conseguido —intervino Ulysses con un leve temblor de voz, como si quisiera disipar el malestar—. DIMAS ha empezado a dar resultados…

—Estoy convencido de que sí —corroboró el profesor.

Sonreían, pero estaba claro que todos estaban tensos.

—Hay algo más. Es posible que haya que añadir un cuarto caso a nuestra lista —prosiguió el profesor—. La cosa está por ver… Ayer se produjo un asesinato en las proximidades de Madrid. Encontraron a un agente de la Guardia Civil desnudo y… eh… pegado a una cruz.

Hizo un rápido resumen de lo que ponía en el periódico. Todos los alumnos reaccionaron con exclamaciones ahogadas.

—Es posible que no exista ninguna relación —matizó—. No se trata

de una pareja… Aunque es posible que se trate del mismo asesino. En tal caso podríamos deducir que nuestro Asesino del Pegamento actúa cada vez con más frecuencia. Sin embargo, sería prematuro incluir ese crimen en nuestra lista. No hay suficientes elementos concordantes. De todas formas, vale la pena que lo tengáis en mente.

Vio cómo se ponían rígidos. «Ayer…» «En las proximidades de Madrid…» El asesino estaba cada vez más cerca, no sólo en el tiempo, sino también en el espacio.

Salomón carraspeó.

—Bien, vamos a dedicarnos a un ejercicio completamente novedoso que jamás se ha puesto en práctica en esta universidad ni en ninguna otra, al menos que yo sepa —anunció con un tono solemne que sorprendió a su auditorio—. Vamos a llevar a cabo una auténtica investigación, nuestra investigación, a partir de los datos reunidos por DIMAS. Sé que ya tenéis una agenda muy apretada, pero en vista de lo insólito de la situación, os voy a pedir que consagréis algunas horas a la semana a esta labor. Así podréis poner en práctica lo que habéis aprendido.

Vio cómo se contraían las pupilas de sus alumnos: habían mordido el anzuelo. Era una oportunidad única de ejercitar sus talentos.

—De acuerdo. ¿Cuál debe ser el siguiente paso? ¿Qué debemos hacer a continuación? —prosiguió.

—Pedir los expedientes completos a la Guardia Civil —sugirió Assa con entusiasmo.

—¿Y una vez que los tengamos?

—Trazar el perfil a partir del análisis detallado de los escenarios del crimen —respondió a su vez Haruki, también emocionado.

—Y a partir del estudio de la personalidad de las víctimas —agregó Verónica.

—Obtener los informes forenses —dijo Alejandro.

—Y los de la policía —añadió Ulysses.

—¿Y las declaraciones de los testigos? —preguntó Salomón.

—Como último recurso —contestó Assa negando con la cabeza—. Sabemos que las versiones de los testigos nunca coinciden. Podrían orientarnos en una dirección equivocada.

Salomón sonrió. Eran sus alumnos favoritos, sus soldados, sus samuráis. Tenían talento, y le encantaba percibir esa tensión que los motivaba, ese afán, esa necesidad.

—No será fácil identificarlo si ha podido eludir a la policía todo este tiempo —advirtió—. Apostaría a que es un experto en mimetismo, un maestro del disfraz. Seguro que tiene un aspecto normal y que es incluso simpático con la gente de su entorno. Se desenvuelve bien en sociedad. Pasa desapercibido. Hasta es posible que tenga hijos.

De repente algo pareció preocuparle.

—Algo más: no olvidéis que hasta ahora hemos trabajado en casos

cerrados, resueltos. Es decir, en el plano teórico. Esta vez es distinto. Vamos a investigar a alguien que no ha sido detenido todavía, que está ahí afuera, que se mueve libremente…

Miró a sus alumnos y tuvo la impresión de que el ambiente se enrarecía. Parecían una banda de conspiradores.

—Él ni siquiera sabe que existimos, que le seguimos la pista, y no hay ninguna razón para que eso cambie. Por otra parte, esta información es estrictamente confidencial. Por consiguiente, no debe salir nada de aquí. No habléis del asunto con nadie al margen del grupo, ¿entendido?

18

Martes por la noche

Era una noche de noviembre glacial, tachonada de multitud de pálidas estrellas. La ruidosa penumbra que cortaban los láseres del Camelot, sumada a la cerveza, el alcohol y la música a todo volumen, servía de cálido abrigo para los miembros del grupo de Criminología, que en cierto modo continuaban allí la reunión.

—¡¿Y si no hubiera sólo un asesino sino dos?! —gritó Assa, para hacerse oír a pesar de la música.

—¿Y por qué dos? —dijo Haruki, con un chupito de tequila en la mano y los ojos relucientes detrás de sus aparatosas gafas.

Se tambaleaba con la gracia de un oso ebrio de miel.

—¡Porque el de ahora sería más joven! —gritó Assa—. Podría haber descubierto el doble asesinato de 1989 y habría decidido imitarlo…

—¡¿Te refieres a un *copycat*?! —gritó Alejandro—. ¿De verdad existe eso en la vida real? ¿Y qué me decís de esas puestas en escena? ¿No creéis que podrían ser cuadros reales?

—¿Como pinturas, quieres decir? —preguntó Cordelia.

Alejandro asintió, volviendo a elevar la voz sobre la estruendosa música del Camelot:

—¡Quizá se inspira en pinturas que le gustan, quizá le obsesionan o le fascinan! ¡Es posible que sea aficionado al arte!

—¡Con eso tampoco adelantamos mucho! —observó la danesa—. Hay millones de obras de arte…

—¡Yo optaría por El Bosco! —bromeó Haruki.

—¡No gritéis así! ¡Podrían oíros! —les advirtió Verónica—. Acordaos de lo que ha dicho Salomón…

El único que no estaba allí era Ulysses, que no soportaba los sitios como el Camelot, con su enorme sala de techo alto de estilo medieval, abarrotada de estudiantes y con la música a tope.

—Verónica tiene miedo —señaló Assa sonriendo.

—Bueno, el profesor tiene razón —repuso el joven estudiante japonés —. Ese tipo está ahí afuera…

—¿Y qué? —contestó Alejandro—. No tiene forma de saber que existimos. ¡Tampoco hay que ser tan paranoicos!

Siguieron unos segundos de indecisión que cada uno de ellos invirtió

en meditar sobre lo dicho.

—Supongamos que descubrimos quién es —aventuró Haruki por fin—. ¿Qué haremos entonces?

—¡Informaremos a la policía y nos iremos a celebrarlo! —zanjó Alejandro.

—Aún falta mucho para eso, mi pequeño Sherlock —dijo Assa, antes de agarrarlo por el cuello y besarlo en los labios—. ¿Y si nos vamos a dormir?

Era casi media noche cuando salieron del Camelot. El cielo estaba despejado, lleno de estrellas, y la temperatura rozaba los cero grados. Se levantaron el cuello de los abrigos y se adentraron en las callejuelas oscuras, sobre las que flotaba un rescoldo de luz. Assa se pegó a Alejandro —sus sombras se alargaron desmesuradamente sobre las fachadas—, se despidieron de los demás y se alejaron. Cordelia se fue con Haruki, que a su lado parecía un hobbit.

Verónica se anudó la bufanda y apretó el paso. Sólo tenía unos centenares de metros que recorrer, pero no le gustaba hacer sola ese camino entre la calle Bordadores —donde se encontraban el Camelot y el Gatsby— y su piso, al final de la calle de la Compañía.

Siempre que andaba a esas horas por las callejas oscuras y vacías del casco antiguo, inalteradas desde hacía siglos, con sus adoquines, fachadas de piedra y balcones de hierro forjado, tenía la impresión de estar en una escena de *Hostel* en lugar de en una de las ciudades más bonitas de España.

«No tengo ganas de ser la presa del Elite Hunting Club», pensó. Se hacía esas bromas para rebajar la tensión.

Las películas de terror eran la debilidad de Verónica. Cuanto más sangrientas y más gore, mejor. También le encantaban las escenas de sexo… Aunque tendrían que torturarla para que lo admitiera.

Si lo analizaba de un modo más profundo, su fascinación por aquellas películas se debía a que la conectaban con sus propios miedos: miedo a lo desconocido, miedo al otro, miedo a la noche, miedo a la sangre, miedo a la violencia, miedo a los hombres… Miedo, al fin y al cabo. Sin embargo, verlas era reconfortante para ella. La clave era que esos miedos se mantenían en el dominio de la ficción. Esos miedos no eran… reales.

¿Serían imaginaciones suyas o estaba oyendo pasos a su espalda?

Pasos reales, en este caso.

No se atrevió a volverse para comprobarlo. Si alguien la seguía, al volverse corría el riesgo de incitar a su perseguidor a acelerar el paso. «Eso suele ocurrir en las películas», se dijo.

Dejó atrás la solitaria plazuela de las Agustinas para adentrarse en la estrecha y siniestra calle de la Compañía, flanqueada de paredes ciegas,

y notó un escalofrío en la nuca al oír de nuevo los pasos.

«Amortiguados, discretos…» Como si la persona que iba detrás de ella no quisiera asustarla…

«Pues no lo ha conseguido…» Porque empezaba a estar realmente asustada. «Seguro que no es más que un estudiante. Alguien que ha salido del Camelot o el Gatsby y vuelve a casa, como yo…», se dijo.

Debería haber elegido otro camino, quizá dando un rodeo por las grandes avenidas, más transitadas. Pero ahora ya era demasiado tarde…

Barajó la posibilidad de echar a correr. Aunque eso sería una tontería: si esa persona realmente la estaba siguiendo, no le costaría mucho darle alcance.

«Te estás dejando llevar por la imaginación, amiga mía…»

Torció bruscamente por la calle Doctrinos, pese a que ésa no era la dirección que debía tomar. Su habitación estaba en la última planta de un viejo y vetusto edificio situado en el tramo en que se ensancha la calle de la Compañía, justo delante de las dependencias de la universidad pontificia. Quería cerciorarse de que no la seguían sin tener que mirar atrás.

La calle Doctrinos era casi tan estrecha como la anterior, y en los escaparates, protegidos por rejas de hierro forjado, no había luces encendidas. Aguzó el oído. Ni un ruido, aparte su respiración alterada y el latir de la sangre en las sienes. Bueno, el tipo había pasado de largo…

Se disponía a desandar el camino cuando volvió a oír los pasos. El que la seguía se había desviado también por esa calle.

«¡Mierda!»

Le entró miedo de verdad. No una simple aprensión, sino un miedo cerval. Aceleró un poco y tuvo la impresión de que el otro hacía lo mismo. Entonces, obedeciendo a un impulso repentino, se dio la vuelta…

Y lo que vio no la tranquilizó demasiado. Una delgada silueta negra, alta y amenazadora, con sudadera y capucha en la cabeza.

«¿De verdad es amenazadora? ¿O sólo es un tipo caminando por el casco antiguo igual que tú? ¡Déjate de idioteces!»

Salió a la calle Prado, más ancha, menos intimidante. Giró a la derecha y volvió a acelerar, pero sin llegar a correr. Había un grupo de tres estudiantes que caminaba hacia ella. Continuó con paso decidido en su dirección.

Estuvo tentada de decirles que el tipo de detrás la estaba importunando, pero eso no era cierto y ella detestaba las mentiras. Los estudiantes, borrachos, le dijeron algo al pasar, y Verónica prefirió ignorarlos.

Estaba a unos cien metros de su casa.

Había vuelto prácticamente sobre sus pasos y entrado en la calle de la Compañía, que había dejado atrás minutos antes. Se volvió una vez más…

«¡No es posible, ese tipo sigue ahí!»

Ahora ya no tenía ninguna duda. Nadie habría dado tantos rodeos… si no era para seguirla. Con el estómago encogido inhaló el aire helado. Unos cuantos copos de nieve le acariciaron las mejillas encendidas. Su corazón era como una batería de rock. Tenía ganas de ir al lavabo.

Se apresuró a marcar el código de la entrada, consciente de que ese tipo todavía estaba bastante lejos, y cerró la puerta carcomida. Al oír el clic respiró hondo. Acto seguido se precipitó por el estrecho pasillo de la planta baja, situado por debajo del nivel de la calle, y subió a la carrera los escalones de baldosas desgastadas. El edificio olía a yeso húmedo, a polvo y a salitre. Era antiguo e insalubre, y casi todas las plantas estaban ocupadas por estudiantes, a menudo dos por piso…

Y los estudiantes —a diferencia de la gente mayor que vive sola— prestan poca atención a los ruidos de la noche.

«Sin duda el tipo se ha rendido y ha seguido calle abajo», se dijo. Necesitaba el código para entrar. Se habría dado cuenta del ruido de la puerta al cerrarse. «Te lo has pasado bien metiéndome miedo, ¿eh, gilipollas? ¡Menudo imbécil!» Llegó sudada y jadeando al último piso, que contaba sólo con una puerta, la suya.

¡Qué miedo había pasado, por Dios! El bombeo de su sangre y el resollar de su respiración le colapsaban los sentidos. No era capaz de percibir otros ruidos en toda la escalera. Tampoco parecía que los hubiera. Todo el edificio estaba en silencio. Las chicas de abajo, que siempre tenían la música a tope, debían de haber salido.

Aguzó el oído, pero tampoco se oía nada al otro lado de la puerta, así que dio por hecho que su compañera de piso, Amalia, estaba durmiendo, o que no había vuelto todavía.

Se desanudó la bufanda, impregnada de su perfume. Vainilla, jazmín y lavanda… Lancôme, *La vie est belle*, un regalo de su madre. Necesitaba respirar. Le faltaba el aire. Unas enormes gotas de sudor le caían por las sienes…

Con la frente perlada Verónica metió la llave en la cerradura. En unos segundos estaría a salvo y calentita en su cama. Esperaría a que volviera Amalia y le contaría el miedo que había pasado. Se reirían, inventarían historias, se imaginarían la alargada sombra de aquel tipo errando por las calles y apagarían la luz. Con el edredón subido hasta la barbilla se desearían las buenas noches, reconfortadas por su mutua presencia y sintiendo un delicioso escalofrío, porque, una vez más, era fruto de su imaginación.

«Aquello no era real…»

De pronto notó un movimiento a su espalda. Abrió la boca para gritar, pero era demasiado tarde… Él le había puesto algo en la boca, la había amordazado. Llevaba un guante de cuero. El cuero olía a vaca, a animal muerto. Forcejeó hasta quedarse sin fuerzas, con una sensación de vértigo incontrolado. Él se pegó a ella, presionándole la mejilla con la

suya.

—Silencio. Deja de moverte y no intentes gritar o te mato, ¿lo has entendido? —susurró.

No lo había entendido. No quería entenderlo. Tampoco oírlo. No quería aceptar lo que eso significaba, lo que implicaba. Estaba demasiado asustada. Tenía el cerebro en una especie de estado de congelación, estaba paralizada.

A pesar de todo, se dio cuenta de que no debía moverse. No debía gritar, no debía intentar nada. Se quedó petrificada. El hombre la abrazó por la cintura.

—Todo saldrá bien, ya verás…

Esa voz. Era extraña, gangosa, atiplada… En otras circunstancias la habría encontrado incluso cómica. Estaba claro que acababa de ingerir helio. Por un instante se preguntó si no sería una broma de mal gusto, pero… ¿quién sería capaz de gastarle semejante broma?

Entonces él empezó a desabrocharle el abrigo, y Verónica comprendió que iba en serio.

La cara del hombre estaba ardiendo, como si tuviera la mejilla pegada a un radiador. La mano enguantada, en cambio, estaba muy fría, demasiado fría, cuando la deslizó bajo su falda, bajo las bragas, entre los muslos. Al notar el tacto helado del guante de cuero en su sexo, empezaron a temblarle las piernas… Incluso temió que fueran a ceder.

Pero se mantuvo en pie. Se le habían pasado las ganas de ir al lavabo.

Le hizo daño. Curiosamente, Verónica se acordó de aquella ocasión en que el idiota de su dentista calculó mal la dosis de anestesia y le tocó el nervio de la muela.

Ahora, sin embargo, además de dolor sentía miedo, horror, repulsión… Tuvo la sensación de caer, de flotar, de iniciar un interminable descenso a las tinieblas.

El hombre ya no decía nada… «¿Creerá que puedo reconocer su voz, ahora que ya no está bajo los efectos del helio?», se preguntó Verónica con un destello de lucidez.

De pronto, al otro lado de la puerta se oyó una voz.

—Verónica, ¿eres tú?

«¡Amalia! ¡Amalia, socorro!», chilló su cerebro. Iba a forcejear cuando el individuo le golpeó la frente con violencia contra la puerta. Segundos después, mientras aún veía las estrellas, oyó el giro de una llave en la cerradura, y luego vio aparecer la cara aturdida, con rastros de sueño, de su amiga Amalia.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo te has hecho eso…? ¿Qué era ese ruido? ¿Te has dado un golpe? ¿Estás borracha?

Notó que sangraba y se tocó la frente. Se precipitó hacia el pasamanos de cobre, se inclinó sobre el hueco de la escalera… Y oyó cómo se cerraba la puerta de la calle.

19

Miércoles por la mañana

—Tómese su tiempo —le aconsejó al día siguiente la joven que tenía sentada enfrente—. ¿Quiere otro vaso de agua?

Verónica negó con la cabeza. Amalia estaba sentada junto a ella. Las dos estudiantes no habían pegado ojo en toda la noche. Verónica miró el retrato del rey que colgaba de la pared, detrás de la mujer uniformada, que tecleaba con torpeza tras el monitor.

—O sea que… le introdujo los… eh… los dedos, aunque llevaba un guante, ¿es eso?

Verónica temblaba. ¿No había calefacción? Quizá la Guardia Civil participaba en un plan de ahorro energético…

—Sí.

—¿Y no le dio tiempo a realizar otros actos… digamos… delictivos?

Su amiga Amalia dio un respingo.

—¿Delictivos? —preguntó.

—Quiero decir si no hubo… en fin… violación.

—¡Eso es una violación! —replicó Amalia indignada, irguiéndose en la silla—. ¿Qué más necesita?

La mujer se ruborizó intensamente.

—Sí, sí, claro… desde luego. Disculpen.

Se quedó pensativa. El sistema informático exigía un lenguaje formal, rígido, con enunciados cortos y precisos. Escribió: «Violación manual a nivel de la vagina.»

—Y dice que había inhalado helio, ¿no?

Verónica asintió, y la agente tecleó: «Posible uso de helio por parte del agresor.»

—Para que no pudiera reconocer su voz… —añadió Verónica.

La joven uniformada despegó la vista del monitor.

—Entonces, ¿es posible que usted lo conociera?

—No lo sé. Es una posibilidad.

—¿Recuerda algún otro detalle?

—Olía bien.

De pronto cayó en la cuenta de que ya había olido ese perfume antes. Eso no quería decir gran cosa, claro… De todas formas…

—¿Era más alto, más bajo que usted, o de la misma estatura?

—Era alto.

—¿Y dice que le golpeó la cabeza contra la puerta antes de huir? —preguntó la agente, observando la venda que le cubría la frente.

—Sí. Muy fuerte.

«Agresión sexual violenta, individuo extremadamente peligroso», introdujo la mujer en el sistema.

—Prométeme que no hablarás con nadie de esto —le pidió Verónica a su amiga a la salida del cuartel.

—¿No deberíamos avisar a las otras chicas del edificio? —sugirió Amalia.

—¡No! ¡No quiero que la gente me vea como una víctima! ¡No quiero ser la chica que ha sufrido una agresión!

—De acuerdo, de acuerdo…

—Júramelo.

—Te lo juro.

• • •

Al atardecer Verónica tenía que reunirse con el resto del grupo después de las clases. Había pasado todo el día en un estado de aturdimiento total. Era como si no fuera ella misma, como si hubiera abandonado su cuerpo y se viera respondiendo o actuando desde fuera. Como si hubiera dos Verónicas: la que seguía viviendo como si no hubiera pasado nada y la que observaba a la primera.

Le había dado por pensar que ese tipo no se habría atrevido a atacar a Assa. Había elegido a la más débil del grupo. Las había estado espiando como haría un león en la sabana, que observa la manada de antílopes y escoge al más vulnerable entre cientos de ejemplares. Al acecho de la fragilidad, de la debilidad, se fija en el animal que cojea, que corre menos deprisa, que se aísla o sufre el rechazo de los otros…

¿En qué momento las habría espiado? ¿En el Camelot? ¿En la facultad? ¿Durante las clases? ¿Había pasado ese día analizando las expresiones de sus compañeros… de sus compañeros varones…?

Llegó con retraso a la reunión. Ya se encontraban todos allí.

—Si dejamos a un lado el asesinato de ese guardiacivil, sólo tenemos parejas —decía Salomón.

—Parejas felices —precisó Assa.

El capitán de la Guardia Civil que dirigía el cuartel de Salamanca pestañeó y se acarició el mentón con cara inexpresiva.

—De modo que «el Sobón» ha vuelto a la carga —musitó.

—Sí —confirmó la sargento que había recibido la denuncia de

Verónica esa misma mañana—. Es la tercera denuncia en un mes. La cosa se está acelerando. Pronto no se conformará con sobarlas —añadió en tono sombrío—. De hecho, esta vez lo ha interrumpido otra persona… Si no llega a aparecer, sabe Dios qué habría pasado.

—Quizá es tímido —especuló el capitán—. O quizá le cuesta empalmarse.

Uno de sus colegas soltó una risotada.

—Se trata de una agresión sexual —gruñó la sargento fulminándolo con la mirada.

—Sí, sí, claro… perdona.

—La próxima vez irá más lejos —insistió—. Le gusta el desafío, el riesgo. Se excita con eso. No tenemos ni idea de lo que es capaz…

—Ah, claro, y tú sí lo sabes, ¿verdad? —lo interrumpió con aspereza el mismo compañero—. ¿Desde cuándo estás titulada en psicología, Rosa?

La sargento lanzó una mirada de reprobación a su obtuso colega.

—Lo sé porque soy mujer —replicó—. Capitán, creo que deberíamos hacer un comunicado… O por lo menos colgar carteles de advertencia en las facultades. Hay que avisar a las estudiantes de esta ciudad de que hay un maniaco sexual merodeando por las calles.

El oficial se irguió y se quedó callado unos segundos, como quien de pronto detecta un mal olor.

—De eso ni hablar. ¡Si hiciéramos algo así el asunto llegaría a la prensa y la ciudad entraría en pánico! ¡No quiero ni pensar en lo que dirían el alcalde y el consejero de Educación!

—Parejas felices… ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó el profesor.

—Bueno, si tenemos en cuenta los mensajes y las fotos que colgaron en las redes sociales —respondió Assa—, es evidente que las dos últimas parejas eran felices…

Había dedicado buena parte de la noche a revisarlas. Tenía los ojos enrojecidos de tanto mirar la pantalla, y además apenas había dormido.

—Se hacían fotos continuamente, en todos los sitios que visitaban —añadió la joven estudiante francesa—. Y en todas se los ve sonrientes o besándose.

Salomón apagó el fluorescente y encendió el pequeño proyector. Se oyó el zumbido del ventilador y en la pared blanca aparecieron fotos de Instagram y Facebook de las dos parejas.

Parecían relajados, felices. El haz luminoso del proyector capturaba el polvo de la sala así como sus caras sonrientes.

—Es una hipótesis interesante —concedió Salomón—. Continúa.

—Él tiene dificultades para mantener una relación con una mujer —prosiguió la joven—. Todas sus relaciones han fracasado. Vive solo.

Probablemente está divorciado o es un solterón. Lo han dejado varias veces. Está resentido y le dan rabia las parejas felices, está celoso de ellas. La felicidad de los otros desencadena sus pulsiones homicidas…

—Sí, las puñaladas en las partes íntimas apuntan en esa dirección —admitió Salomón—, como si quisiera incapacitarlos para tener una vida sexual más allá de la muerte. Es posible, incluso probable, que él mismo tenga problemas en ese sentido.

—También podría ser que sólo sonrieran para las fotos —repuso Ulysses—. Tal vez sea una idiotez, pero en las redes sociales todo el mundo sonríe. Así que eso no demuestra nada…

Salomón asintió con un asomo de sonrisa. Le gustaba la controversia, en el sentido estricto del término. Su método consistía en suscitar el debate. Siempre daba frutos interesantes.

—¿Qué os evocan esas puestas en escena? —prosiguió.

—¡Cuadros! —contestó Alejandro al instante.

Salomón se volvió hacia el estudiante.

—Exactamente, cuadros… Los desnudos y los colores rojo y verde eran frecuentes en la pintura del Renacimiento, y también en la de los siglos posteriores…

—¿Cree que se inspiró en obras concretas? —preguntó Assa.

—No lo descarto…

Sonó el móvil del profesor. Lo rescató del bolsillo. Era un número desconocido.

—Salomón Borges, dígame.

—¿Profesor? Soy la teniente Lucía Guerrero.

20

Miércoles por la noche

Lucía observaba la araña.

Había tejido la tela entre el tubo de la calefacción y el techo. Una mosca hacía vibrar los hilos adherentes. La negra y velluda depredadora se acercaba sin prisa a su presa. Le iba a inyectar su veneno para inmovilizarla y predigerirla con sus jugos gástricos. La mosca no tenía escapatoria.

—Entonces, sí, quedamos así para mañana, profesor —dijo Lucía por teléfono, sin despegar la vista de la araña.

—Puede llamarme Salomón. Hasta mañana, teniente.

Iba a marcar otro número cuando sonó su teléfono. Era Arias.

—¿Sí?

—Conferencia a tres bandas con los de toxicología.

—De acuerdo.

—Hola, Lucía —la saludó otra voz por el teléfono—. Siento mucho lo de Sergio. Todos estamos muy afectados. Esperamos que esa sabandija no la palme y vaya a juicio…

Lucía tuvo un leve y repentino estremecimiento; prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—Cambiando de tema: tengo el resultado del análisis del líquido marrón que encontrasteis en su casa. No os lo vais a creer…

Se habían dado prisa. Era lógico: el asesinato de un colega tenía prioridad absoluta, pasaba por delante de todo, incluso de un hipotético asesinato del rey de España o de un atentado terrorista.

—Había oído hablar de ello —añadió el toxicólogo—, pero es la primera vez que lo veo.

—¿Que ves qué? —lo apremió ella con impaciencia.

—Se trata efectivamente de una decocción, o de una infusión, como queráis llamarlo. Es ayahuasca.

—¿Qué?

—Ayahuasca. También conocida como la «soga de los espíritus», la «liana amarga» o la «liana del alma». Las tribus de la Amazonia la llaman «*yagé*», «*natem*», «*caapi*», «*pindé*», «*daime*»… Es una decocción que se prepara con una mezcla de plantas, entre las que está la liana en cuestión, y que utilizan desde hace siglos los chamanes de la selva

amazónica. En infusión esas plantas liberan dos potentes moléculas psicoactivas, dimetiltriptamina y betacarbolina. En resumen, la ayahuasca provoca alucinaciones y altera la percepción de la realidad, aunque, a diferencia de la heroína o la cocaína, no incide en los circuitos de recompensa. Por eso no conlleva riesgos de sobredosis ni de dependencia.

El cerebro de Lucía trabajaba asimilando la información y recopilando los datos que le interesaban.

—Es una droga muy potente que durante mucho tiempo sólo han utilizado las tribus de la Amazonia —añadió el toxicólogo—. La usaban desde tiempos inmemoriales en ceremonias iniciáticas, como una manera de conectarse a su yo profundo y a la naturaleza. Ese tipo de cosas, ya sabéis. Pero con la llegada de nuevas religiones y de la medicina alternativa, su consumo se ha extendido a otros círculos. Incluso se ha convertido en una droga de moda en Silicon Valley y en el mundillo artístico neoyorquino. Uno de los primeros occidentales que la probaron fue William Burroughs. Está prohibida en muchos países de Europa. En España es legal para consumo propio, pero está prohibida la venta, como ocurre con otras sustancias. Estos últimos años se han celebrado varios simposios sobre el tema, el más importante lo organizó el International Center for Ethnobotanical Education Research and Service, con sede en Barcelona. Hubo mil doscientos participantes, yo entre ellos. Sesenta especialistas venidos del mundo entero y ciento veinte intervenciones consagradas únicamente a la ayahuasca, para que te hagas una idea.

Lucía empezaba a impacientarse.

—¿Y los efectos podrían facilitar la… eh… manipulación de una persona especialmente vulnerable? ¿Crees que podrían incitarla a hacer cosas que no haría en una situación normal? —preguntó.

El hombre tardó un poco en contestar.

—Yo no soy psicólogo, pero diría que sí… La ayahuasca se utiliza desde hace siglos para inducir estados alterados de conciencia. Ciertas sectas y supuestas iglesias brasileñas la utilizan hoy en día con dicho objetivo. Provoca una percepción alterada de la realidad, una sensible disminución de la ansiedad, a menudo una regresión y una mayor… cómo decirlo… flexibilidad psicológica. Por tanto, representa un peligro evidente para las personas vulnerables. Además, según algunos investigadores, los estados modificados de conciencia provocados por esta droga contribuyen a construir un «yo múltiple».

A Lucía le vino un nombre a la cabeza. El de alguien que también tenía una percepción alterada de la realidad… O más bien su mundo particular, regido por sus propias leyes. Ahuyentó aquellos pensamientos para centrarse en el presente.

—No le des esta información a nadie si no te la pide, ¿entendido?

—¿Como por ejemplo a un psiquiatra contratado por la defensa?

Entendido, no te preocupes por eso… Ah, Lucía, también debes tener en cuenta que la ayahuasca puede provocar visiones terroríficas, alucinaciones realmente angustiosas. Sólo le faltaba eso al tal Gabriel Schwartz…

Lucía le dio las gracias. «En el piso de Schwartz había una sola taza, cerca del plato de "Ricardo"…», recordó.

La sombra que movía todos los hilos había preparado aquella decocción con sumo cuidado y había observado cómo Gabriel la bebía… Y después había aguardado a que la droga hiciera efecto.

¿Cómo se habrían conocido? ¿Cómo y en qué momento el verdadero asesino de Sergio Castillo había elegido la mano que lo iba a matar?

—Llama a Ferrater —le pidió a Arias—. Necesitamos la lista de todas las personas… empleados o visitas… que estuvieron en contacto con Gabriel Schwartz a lo largo de sus hospitalizaciones psiquiátricas.

21

Miércoles por la noche

Marcó otro número.

—¿Qué quieres, Lucía? —le contestó la voz al otro lado de la línea.

—¿Qué pasó el otro día con Álvaro?

—Nada grave.

—Samuel, por favor.

Lapso de silencio.

—Otros alumnos lo estuvieron incordiando durante el recreo. Un maestro paró la cosa.

—¿Incordiando?

—Lo empujaron, digamos.

—¿Lo empujaron cómo?

—¡Uf, Lucía! ¿Podrías dejar de actuar como una guardiacivil?

—¿Cayó al suelo?

—Sí, ya que insistes en saberlo.

—¡Madre mía!

—Tampoco es para tanto. El director llamó a los alumnos implicados a su despacho. No volverá a pasar. Asunto concluido. Tiene sólo un rasguño en la rodilla. Está bien.

—¿Puedo hablar con él?

Oyó el sonido del televisor y después a dos adultos —hombre y mujer— que hablaban en voz baja. Una punzada de rabia le encogió el estómago. Alicia… la nueva compañera de su ex marido. La que vestía a Álvaro con corbata y americana, como si fuera un escolar inglés. Cómo no iban a incordiarlo… A ella también le gustaría incordiar a Alicia para recordarle que sólo era una «invitada» en sus vidas, que no tenía derecho a decidir por su hijo y que ella, Lucía Guerrero, le partiría la cara si se interponía entre Álvaro y ella.

—¿Mamá?

Respiró hondo y miró a la pantalla. Se dio cuenta de que tenía la vista borrosa.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Estamos viendo un episodio de *Jurassic World*.

Cerró los ojos un segundo y sintió cierto alivio. La voz de Álvaro sonaba alegre. Pero de inmediato la invadió un sentimiento de

frustración al notar sus prisas por volver a la serie, y también de celos, porque querría estar ahí con él, sentada a su lado delante de la tele, con una manta en el regazo.

¿Cómo habían llegado a esa situación? Recordó que antes de que su trabajo empezara a separarlos, y antes de que naciera Álvaro, les encantaba sentarse delante de la tele con un par de bandejas llenas de manjares prohibidos por la dietética contemporánea: un par de Big Mac, litros de Coca-Cola, *nuggets*, patatas fritas, kétchup, tarrinas de helado… Normalmente se quedaban dormidos en el sofá, pegados el uno al otro, y se despertaban dos horas después para irse directos a la cama. Cuando Álvaro era pequeño hacían lo mismo mientras veían dibujos animados. Con el tiempo Lucía empezó a volver cada vez más tarde, se endureció —o más bien había sido su trabajo el que la había endurecido— y su relación con Samuel se volvió cada vez más tensa.

También recordó que Samuel y sus amigos hablaban de la policía con desprecio cuando eran estudiantes. Para ellos todos los polis eran idiotas, cómplices del Estado y fascistas en potencia. Por eso, cuando le anunció que iba a presentarse a las oposiciones de la Guardia Civil, Samuel no fue capaz de comprenderlo. Ni ella misma estaba segura de sus motivaciones. Los periódicos que leían, las canciones que escuchaban, las películas que veían, todo apuntaba en la misma dirección: la Guardia Civil era un nido de fascistas, la misma idea del orden era fascista, y la ley existía para mantener el *statu quo* y proteger a los burgueses. Era un razonamiento simplista, y por eso mismo resultaba tan seductor, al menos para la mayoría de sus compañeros. Sin embargo, a Lucía nunca le había gustado hacer leña del árbol caído. De pequeña siempre se ponía de parte del niño al que se la tenían jurada los demás, y lo defendía cuando lo acosaban en el patio, aun a riesgo de recibir algún que otro golpe. En su familia era la mosca cojonera, la que disfrutaba desmontando las certezas de los demás y aguando la fiesta con su espíritu de contradicción. En la Facultad de Derecho había seguido en la misma línea, y cada vez que había una huelga o una manifestación se planteaba qué había detrás y acababa detectando las motivaciones secretas y las segundas intenciones, tanto las que se ocultaban bajo los seductores sermones de los políticos de izquierdas, que gozaban del favor de sus correligionarios, como las que subyacían en los discursos de la derecha sobre la responsabilidad individual y el espíritu de empresa, que contaban con el favor de su propia familia. En definitiva, había entrado en la Guardia Civil por espíritu de contradicción. ¿Era eso? ¿Así de sencillo? ¿Había elegido esa vía simplemente para demostrar a los otros que estaban equivocados? Había algo más, por supuesto, pero esa noche no tenía ganas de pensar en ello. Nadie, ni siquiera Samuel, conocía la verdadera historia, la del niño más inteligente, curioso y sensible hasta niveles enfermizos que había conocido nunca. Su hermano Rafael, destruido por la droga. Rafael… su

Syd Barrett particular. *Wish you were here*…

—Nos vemos pronto, cariño. Iremos al zoo, ¿de acuerdo? —le dijo a Álvaro.

—¿Y también podré ver series, mamá?

—Claro, tesoro. Venga, vete con tu padre.

—¿Seguro que estás bien, mamá?

—¿Por qué no iba a estar bien, cariño?

—Porque tienes una voz rara…

—¡Qué va! Anda, vete.

—¡Hasta pronto, mamá!

Arias la volvió a llamar al cabo de media hora.

—Gabriel Schwartz acaba de morir —anunció.

La invadió el nerviosismo.

—Y el análisis de sangre confirma la presencia de brodifacoum, un matarratas —prosiguió su colega—. Los resultados acaban de llegar.

De pronto se adueñó de ella un profundo malestar. Todo aquello había sido planificado por otra persona, el titiritero que movía los hilos en la sombra.

—Gracias, Arias. Deberías irte a casa…

—Eso iba a hacer. Buenas noches, Lucía.

El asesino de Sergio también había muerto… ¿Por qué la había conmocionado tanto esa noticia? ¿Porque asociaba la muerte de Sergio a la de su asesino? O mejor dicho, ¿porque cada vez que pensaba en la muerte pensaba en Rafael?

Esa noche, al acostarse, rompió a llorar. Hacia las tres de la madrugada se despertó con el rumor de la lluvia en los cristales. El ruido, apaciguador, también era sinónimo de soledad, de calles desiertas, de tristeza.

Se levantó, se puso la bata y salió al balcón. Miró el balcón de al lado, el de su madre. Las luces estaban apagadas.

Desde hacía unos meses Lucía pensaba a menudo en su madre. Casi tanto como en Álvaro y en Rafael… Su madre estaba envejeciendo, pronto dejaría este mundo… ¿Por qué no lograban tener una comunicación normal? ¿Por qué no podían mantener una conversación que no acabara con acritud y reproches? El reloj corría, inexorable. Ya no les quedaba mucho tiempo.

Fue en ese momento cuando pensó en él.

En Francisco Manuel Meléndez, el Asesino del Martillo.

El reloj también corría para él. ¿Pensaría en ella, encerrado en su celda? Seguro que sí… Al cabo de unos días se celebraría el juicio, y su abogado había prometido que habría revelaciones.

Volvió al interior, se quitó la parte superior del pijama, entró en el cuarto de baño y, torciendo el cuello, observó su espalda reflejada en el

espejo, el gran Cristo tatuado que proyectaba su bendición sobre ella…

Era lo único que le aportaba paz.

CUARTA PARTE
Un baile con el diablo

22

Jueves por la mañana

Eran las diez menos cuarto de la mañana del día siguiente cuando Lucía aparcó el Hyundai Tucson delante de la Facultad de Derecho de la USAL. Un hombrecillo de unos sesenta y pico años, canoso y con perilla, la esperaba en lo alto de las escaleras. Enseguida supo que era él.

Salomón Borges.

Catedrático.

Estaba exento, sin embargo, de la vanidad y la suficiencia propias de los académicos. Al menos ésa era la impresión que había tenido por teléfono. Le había parecido una persona sensata, pese a que le había contado una historia descabellada.

Entonces, ¿por qué demonios había acudido al encuentro?

No podía ignorar un detalle: la cola. Era uno de los elementos que supuestamente había detectado el programa informático desarrollado por el profesor y su grupo de alumnos.

«Bueno… vamos a ver qué me cuentan.»

Una hora antes había recibido otra llamada del laboratorio de toxicología: en la sangre de Gabriel Schwartz se habían encontrado también trazas de Zolpidem, uno de los somníferos más recetados, que también habría podido usarse para otra cosa: como instrumento de sumisión química. Zolpidem y ayahuasca. Ya no tenía la menor duda: Gabriel Schwartz había sido drogado y manipulado.

Cerró el coche y se puso la capucha de la sudadera mientras subía las escaleras, estremecida por las ráfagas de viento que barrían las instalaciones de la facultad. El catedrático bajó la vista hacia ella y sonrió. Luego miró el arma que llevaba enfundada a la altura de la cadera.

Lucía lo observó.

Le gustó lo que veía. Corpulencia de luchador, pero con una barriga prominente, la perilla mal recortada y un aspecto algo desaliñado. Se había manchado de café la camisa blanca, que le sobresalía un poco de los pantalones. Tenía una expresión franca, llena de curiosidad. Era sólo un poco más alto que ella, que apenas medía un metro sesenta y dos.

«Muy bien», pensó Lucía.

Si tuviera que elegir entre dos cirujanos para operarla, no escogería el

que tuviera aspecto de cirujano —gafas, reloj de marca, manos finas y elegantes, porte respetable— sino al otro: el que no se preocupara de su apariencia, hablase con un acento marcado, fuera un poco descuidado y ni de lejos pareciera un cirujano. Elegiría al segundo porque éste sólo habría podido contar con su habilidad profesional para llegar adonde estaba. El primero, en cambio, el que tenía una presencia acorde con su profesión, que venía de buena familia y había estudiado en un buen colegio, habría tenido una vida más fácil que el otro, que se habría visto obligado a demostrar una y otra vez su talento y a superar más obstáculos para alcanzar el mismo objetivo. Era evidente que Salomón Borges no había conseguido su puesto de catedrático gracias a sus habilidades como relaciones públicas ni a su cuidada imagen.

Perfecto, era la persona adecuada.

—Sígame. Imagino que, con este caso entre manos, no tiene tiempo que perder. ¿Quiere un café? —le dijo él.

—No, gracias.

—Mejor, porque el de la cafetería es espantoso.

Lucía lo siguió por el vestíbulo y luego por la pasarela del patio. Al llegar al otro lado del edificio, bajaron una planta. Allí Salomón la precedió hacia una puerta en la que se leía: LABORATORIO DE CRIMINOLOGÍA. Al entrar Lucía se encontró con la mirada de media docena de jóvenes. Para su sorpresa, había una gran tienda de campaña a la izquierda de la estancia.

—Os presento a la teniente Lucía Guerrero, de la UCO —indicó Salomón a los alumnos, antes de volverse hacia ella—: Lucía, éste es el grupo que ha desarrollado el proyecto DIMAS.

—¿DIMAS ha encontrado todas esas coincidencias? —preguntó Lucía, con asombro, una hora después.

Se trataba más bien de una pregunta retórica. Le costaba creer que un programa concebido por un puñado de estudiantes y un profesor pudiera ser la herramienta informática y la base de datos que esperaban todos los investigadores criminales del país. «¿Y por qué no, a fin de cuentas?» Pero ¿por qué le parecía tan raro? Estaba claro que el mundo había entrado en una nueva era: unos jóvenes que habían empezado haciendo bricolaje en un garaje ahora estaban lanzando naves tripuladas al espacio, creaban aplicaciones que utilizaban miles de millones de personas y fabricaban criptomonedas que no tardarían en sustituir a las monedas oficiales. Había visto la película sobre cómo cuatro estudiantes de Harvard habían creado Facebook. Sabía que Steve Jobs y Steve Wozniak, dos jóvenes sin ningún capital, habían concebido el Apple I tras asistir a unas jornadas del Homegroup Computer Club y que Jobs había vendido su furgoneta Volkswagen para reunir los fondos necesarios. Y también que Jeff Bezos había desarrollado el *software* de

Amazon en un rincón del garaje de sus padres, a quienes había pedido que invirtieran en su proyecto, y al final se había convertido en el hombre más rico del mundo. Entonces, ¿por qué no podían crear algo extraordinario unos estudiantes de la USAL?

—Bravo —les dijo simplemente.

Vio las sonrisas que iluminaron sus caras juveniles.

—¿Y decís que la Guardia Civil y la Policía Nacional están al corriente del proyecto? —preguntó.

—Y también la Consejería de Educación de la Junta de Castilla-León y, por supuesto, nuestra universidad —añadió Salomón Borges—. Pero obtener financiación, eso es otro cantar…

Lucía sonrió. Volvió a pensar en Bezos, que había pedido dinero a sus padres, en Steve Jobs y su furgoneta Volkswagen, en Zuckerberg, que vivía en un cuartito de Harvard. Un hormigueo le recorrió la nuca.

—Así pues, ¿este programa ha sido el primero en detectar la posible relación entre esos tres dobles asesinatos? ¿El que se produjo hace treinta años en el Alto Aragón, el de 2015 en Segovia y el del año pasado en la Costa del Sol?

—En efecto.

—¿Y habéis establecido un posible vínculo con lo que le ocurrió a mi colega únicamente por el uso de la cola?

—Un vínculo un poco débil, lo reconozco —señaló Salomón.

—Pero no trivial —rectificó ella—. Hasta ahora nunca había oído hablar de escenas de crimen donde los cuerpos estuvieran pegados entre sí…

Recordaba que el brutal homicidio de la pareja de veraneantes ingleses había ocupado los titulares de todos los periódicos. No obstante, en ningún momento se había mencionado el detalle de la cola y tampoco la puesta en escena. Además, no había sido la UCO la encargada de la investigación.

Todos la miraban fijamente, como si le dijeran: «¿Qué hacemos ahora?»

—¿Qué teníais previsto hacer a continuación? —preguntó, tratando de disimular su nerviosismo.

—Hemos pedido ya los expedientes completos de esos tres casos —respondió una guapa estudiante negra de pelo muy corto a quien, según recordaba, Borges había llamado Assa—. Vamos a trazar un perfil a partir del análisis de las escenas del crimen…

—Y del estudio de la personalidad de las víctimas —agregó el moreno y atractivo joven que se llamaba Alejandro.

—Y también de los informes de los investigadores —añadió el japonés bajito y regordete de gafas enormes que respondía al nombre de Haruki —. Si es que conseguimos que nos los den.

—Pero nos ponen pegas —explicó Salomón.

«No es de extrañar», se dijo Lucía. Al fin y al cabo, no eran

profesionales.

—¿Ha matado usted a alguien? —preguntó, con grandes ojos escrutadores, el inglés con la cara llena de acné que respondía al nombre de Ulysses.

La única que no hablaba era esa tal Verónica.

—Yo también solicitaré los informes —dijo Lucía—. Diré que los necesito con urgencia. Los analizaré y os mantendré al corriente. Y vosotros, si se os ocurre algo, lo que sea, no dudéis en comunicármelo. ¡Habéis conseguido algo extraordinario!

23

Jueves por la noche

Lucía tardó unas dos horas en hacer el viaje de Salamanca a Madrid. Y aprovechó los atascos de la entrada a la ciudad para llamar a Arias.

—¿Qué sabemos de la autopsia de Schwartz? —le preguntó.

Una vez más, como en la de Sergio, Arias se había visto obligado a personarse en el instituto de medicina legal.

—Han confirmado que Schwartz se ahogó en su propia sangre y que murió como consecuencia de hemorragias masivas —contestó el sargento—. Te iba a llamar. También tenemos novedades sobre lo que hizo Sergio durante las horas que precedieron a su muerte.

Lucía se puso tensa.

—Según Carmen —prosiguió Arias, aludiendo a una compañera de la UCO—, Sergio recibió una llamada en su despacho y se fue. Hemos podido revisar las últimas llamadas que recibió. La última de todas proviene de un número desconocido. Carmen sólo le oyó decir un par de frases: «¿Quién es usted?», y después, «Deme su dirección». Antes de irse, Sergio le explicó que alguien tenía información sobre un doble asesinato cometido el año anterior. Por lo visto, esa persona le dio detalles concluyentes y le pareció oportuno desplazarse.

—¿De qué doble asesinato estamos hablando? —preguntó ella, con todas las luces de alarma encendidas, todavía bloqueada frente a un semáforo en verde y rodeada de conductores que tocaban el claxon con furia.

—Del de una pareja de ingleses que fue asesinada cuando veraneaba en la Costa del Sol —explicó Arias—. Tienes que acordarte, salió en todos los periódicos…

«¡Dios santo!»

—¿Qué más te ha dicho Carmen?

—Que ese individuo lo citó en las colinas de Santa María de la Alameda. En el sitio donde lo encontramos, vaya.

La invadió una intensa sensación de frío. Todo apuntaba a que Sergio había caído en una trampa… Y que su muerte estaba relacionada con los dobles asesinatos. Maldijo por lo bajo. Tenía que hablar del tema con el profesor Borges, pero antes debía examinar los expedientes.

Pensó en el rubio, en cómo miró fijamente a la cámara de la celda y

pronunció las letras de su nombre: L-U-C-Í-A. ¿De qué la conocía? ¿Quién le había hablado de ella?

Y, sobre todo, ¿por qué había necesitado dirigirse a ella antes de morir?

—Nos vemos mañana en el funeral —dijo.

Eran las 19.58 h y las terrazas de la plaza Mayor de Salamanca estaban abarrotadas de corros de estudiantes y turistas a pesar del frío. Sentado en medio de ellos, envuelto en su abrigo de invierno, Salomón Borges se calentaba con ayuda de un carajillo de coñac aromatizado con azúcar y canela mientras admiraba la plaza iluminada, un auténtico decorado de teatro, una de las plazas más bonitas de España, con sus soportales, columnas e hileras de balcones y los medallones con los bustos del Cid, los Reyes Católicos y Carlos V, y también de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro.

Salomón apuró el carajillo y se levantó pensando en esos nombres, en ese grupo evocador de conquistas, asesinatos y colonialismo… Como todas las civilizaciones que han existido desde la noche de los tiempos, se dijo. Todas tienen cadáveres por ladrillos, todas están cimentadas en sangre. ¿Acaso los árabes y otomanos no habían abastecido los mercados de esclavos durante siglos? ¿Acaso no se habían dedicado a masacrar sin escrúpulos a sus vecinos? ¿Acaso los japoneses que saquearon Nankín, o los grupos armados de la segunda guerra del Congo habían sido menos crueles que los invasores occidentales al recurrir a la tortura y a las violaciones colectivas? ¿Acaso no se habían producido matanzas entre occidentales en múltiples ocasiones? La estrategia que consistía en achacar todas las culpas al enemigo para justificar los crímenes propios se aplicaba desde que el mundo era mundo, concluyó Salomón.

Tras abandonar la plaza por una de las dos puertas que dan a la calle Zamora, echó a andar despacio, saboreando el ruido de sus pasos en la noche. Una vez en su piso, en la última planta del Dania Palace, se quitó el abrigo y la bufanda, se sacó con alivio los zapatos y se puso las zapatillas. Ya en el salón, puso el *Rinaldo* de Friedrich Händel en el tocadiscos. Con la maravillosa aria *Cara sposa* de fondo, se acercó a la foto enmarcada del aparador. Primero sonaron las cuerdas y luego la voz de un castrato. De *pianissimo* a *fortissimo*. ¿Acaso existía una música más «civilizada» que aquélla? ¿Más compleja y más sutil?

—Hoy he conocido a alguien, Begoña —dijo—. Es una mujer. Se llama Lucía. Seguro que te caería bien. Es competente, seria, nada frívola. Como las que te gustan a ti. ¡Ah! No te preocupes: es demasiado joven para mí. Además, dudo que yo sea su tipo…

Soltó una risita gutural.

—Despierta en mí un sentimiento más bien paternal, ya me conoces. Podría ser nuestra hija… Además, esconde un secreto: no es tan fuerte

como parece. Vamos a trabajar juntos. Será interesante…

Con las manos entrelazadas en la espalda, salió del salón para adentrarse en el largo pasillo oscuro, donde otros retratos de Begoña lo vieron pasar, como si aquello fuera un mausoleo y no un hogar. Se dejó engullir por las tenebrosas sombras de la casa. Hacía mucho que ya no le inspiraban ningún temor.

• • •

Al día siguiente despertó sobresaltado con el sonido del teléfono. Miró la pantalla. Las seis y media. Descolgó.

—Buenos días, Salomón —lo saludó la teniente Guerrero—. ¿Qué tiene previsto hacer mañana?

—¿Mañana? Mañana es sábado… Voy a ir a caminar por la sierra de Francia…

—¿Le importaría anular el paseo?

—¿Anularlo? —repitió, un tanto confuso, consciente de que parecía un viejo lento y adormilado.

—He recibido los expedientes y me he pasado toda la noche examinándolos. Le propongo que empecemos visitando los lugares donde se cometieron los dobles asesinatos —sugirió Lucía.

Salomón se enderezó y se sentó en la cama, de golpe completamente espabilado. Había percibido un atisbo de tensión en la voz de su interlocutora.

—¿Nosotros?

—Sí, usted y yo.

—No es un procedimiento habitual tratándose de la Guardia Civil…

—No estamos obligados a contárselo a mis colegas…

Se quedó pensativo y sonriendo por su tono conspirador.

—Pero, respecto al asesinato de… mi compañero, no haga nada —prosiguió Lucía—. No se ocupen de eso, ni usted ni su grupo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Salomón.

—Le voy a enviar mi dirección. Espéreme delante de mi casa mañana a las diez y media. Que tenga un buen día, profesor.

24

Sábado por la mañana

Salieron de Madrid sobre las once en dirección noreste, rumbo a los confines pirenaicos de Aragón.

El día anterior Lucía había asistido en Madrid al funeral de Sergio en la Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas, también conocida como iglesia del Sacramento, en el número 11 de la calle del mismo nombre, en Madrid. Dentro del templo hacía un frío glacial. Era un lúgubre día de noviembre, con el cielo nublado y la moral igual de gris. Habían asistido el ministro de Interior, el director general de la Guardia Civil, la coronel Pilar Molina Marcos, varios generales, tenientes generales, oficiales, soldados, amigos, familiares y colegas. Lucía se había preparado, se había blindado. Había escuchado, indiferente, la homilía del obispo, después a los oficiales y finalmente a la viuda. Todos habían evocado a Sergio usando términos propios del duelo. Le habían concedido, a título póstumo, una maldita baratija: la Cruz de la Orden del Mérito de la Guardia Civil. Todo iba bien, Lucía había conseguido mantener el tipo. Le tenía sin cuidado toda esa representación llena de hipocresía. Además, se había hecho el firme propósito de no llorar.

Hasta que le llegó el turno al capitán Peña…

Peña había dicho: «Buen padre, buen esposo, buen compañero, servidor del Estado y amigo ejemplar, así era Sergio Castillo Moreira. ¡Te vamos a echar de menos, colega!»

Eso fue todo, no dijo nada más. Peña, que era un tipo duro, rompió a llorar. Por mímesis, Lucía notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Incapaz de contenerlas, salió a tomar el aire.

Se secó las lágrimas, con la certeza de que el fantasma de Sergio la perseguiría hasta el fin de sus días. Nunca olvidaría su sonrisa, sus carcajadas, sus besos, su cuerpo, las noches de confidencias mientras espiaban juntos en un coche camuflado, y tampoco su imagen en la cruz, eso que a la vez era y no era Sergio Castillo.

Sabía que todo volvería a aflorar en los peores momentos para recordarle que no hay tiempo que perder, que por más que hagamos planes de futuro sólo existe el presente.

Peña se había reunido con ella y había encendido un cigarrillo.

—¿Sabías que en las montañas de la isla de Célebes le inyectan

regularmente formol al difunto, le hablan todos los días y, cada tres años, lo sacan de la tumba, le ponen un cigarro en la boca, bailan y se corren una juerga con él? Maldita sea, sólo me faltaría que los mismos que me han estado dando la lata en vida lo sigan haciendo una vez muerto…

—Joder, Peña —había protestado ella, aunque sin poder reprimir una sonrisa.

También había visto a los hijos de Sergio y había intercambiado una mirada con su viuda cuando salía de la iglesia. Una mirada que decía: sé lo que había entre mi marido y tú.

«¡A la mierda con eso…!»

—Capitán, voy a cogerme unos días libres —anunció acto seguido—. Necesito tomarme un respiro.

Su jefe asintió con firmeza.

—De acuerdo. Tenemos dos equipos enteros investigando el asesinato de Sergio. Arias y yo te mantendremos informada. Haces bien, estás demasiado implicada emocionalmente…

El sábado por la mañana Lucía conducía por la autopista que los llevaba al norte con la mirada fija en el horizonte de cielo ceniza y en la monótona cinta de asfalto. Tenía el presentimiento de que algo enorme los aguardaba allá en las montañas, al final del trayecto.

—¿Cómo llevas la muerte de tu compañero?

Lucía despegó un instante la vista de la carretera, advirtiendo que el profesor había pasado al tuteo, para fulminarlo con la mirada.

—¿Tú qué crees? ¿Cómo lo llevarías tú?

—Mal. Sueles implicarte mucho en tu trabajo, ¿verdad? Creo que la UCO te absorbe las veinticuatro horas del día.

Ella prefirió no contestar. Llegaron a Zaragoza hacia las dos de la tarde y a Huesca menos de una hora después, dirigiéndose siempre hacia el norte.

Un poco más adelante empezaron a ver placas de nieve en los campos.

Al cabo de unos cuarenta minutos llegaron a Barbastro, población que Lucía quiso evitar dando un rodeo por el sur, pero Salomón le señaló el cartel que anunciaba BARBASTRO / ALQUÉZAR / SIERRA DE GUARA justo después de un hotel de carretera, al lado de una cafetería y de una estación de servicio Repsol que a Lucía le recordaron, inevitablemente, a Francisco Manuel Meléndez.

—Coge este desvío —le dijo el profesor.

Lucía obedeció, dejándose guiar por el entramado de callejuelas del centro. Al salir por la avenida de los Pirineos, pasaron delante de un edificio de ladrillo con el tejado erizado de antenas: el cuartel de la Guardia Civil.

—Seguramente fue aquí donde se llevó a cabo la investigación del caso por aquel entonces —comentó Salomón.

Lucía pensó en el expediente que llevaba en el maletero, dentro de su

mochila.

La N-123 era ancha, bien pavimentada, con rectas largas y curvas amplias. Lucía conducía un poco por encima del límite de velocidad. A su alrededor se desplegaba, bajo el cielo gris y monocorde, un paisaje igualmente monótono, de colinas bajas y campos de cultivo donde predominaban los viñedos. Las cimas blancas de los Pirineos se perfilaban ya en el horizonte. Al verlas, Lucía experimentó una contradictoria mezcla de impaciencia y aprensión.

Sentía como si las montañas los estuvieran desafiando desde la lejanía. Habían guardado su secreto durante tanto tiempo… Era como si les dijeran: «¿Creéis que vais a conseguir arrancárnoslo cuando tantos otros han fracasado en el intento?»

Bajo la densa capa de nubes las primeras nieves cubrían de blanco las cimas. Su reverberación deslumbraba y encendía la mirada. El paisaje montaraz, adusto y pelado, evocaba un decorado de *western* invernal.

En la radio —que Lucía había encendido cuando había dado por agotados todos los temas de conversación—, el locutor anunció que ese noviembre de 2019 prometía ser el mes de noviembre más húmedo y frío de los últimos treinta y cinco años en la zona de Jaca: «La abundante nevada del 8 de noviembre… ha alcanzado dieciocho centímetros de espesor en ciertas zonas… y ha cuajado bien, ya que la temperatura sigue bajando día tras día, con una mínima de cuatro grados bajo cero la noche pasada. Parece que el invierno se ha adelantado este año.»

Unos kilómetros más adelante la carretera comenzó a elevarse suavemente, bordeando el amplio cauce de un río casi seco, lleno de grandes guijarros de color claro.

—Ya estamos cerca —dijo Salomón, consultando Google Maps en el teléfono.

La carretera trazó una S y luego apareció el primer túnel, en el punto en el que la N-123 se adentraba en una garganta excavada por el río, entre altas paredes de piedra, árboles deshojados por el invierno y coníferas emblanquecidas por la nieve. Los túneles se fueron sucediendo. Lucía conducía cada vez con más prudencia. El desfiladero se volvió más angosto, más profundo, y las paredes calcáreas se cerraban sobre ellos. El cielo quedó reducido a una estrecha franja gris.

—Allí —indicó Salomón cuando pasaron bajo dos sombrías bóvedas excavadas en la roca, con flecos de estalactitas.

Lucía frenó, haciendo chirriar los neumáticos, en la pequeña área de descanso que había a la izquierda, en la curva, justo después del túnel. Cuando paró el motor el silencio los rodeó de inmediato. Protegidos del frío —el profesor con su abrigo de lana y la bufanda gris anudada bajo la barbilla, y ella con una parka blanca con capucha forrada de pelo, semejante a un traje de camuflaje invernal—, bajaron del vehículo.

Lucía notó enseguida el aire glacial atravesándole la tela de los

vaqueros. Contuvo la respiración y contempló el desfiladero que se alzaba ante ella. Con los detalles del expediente aún frescos en la cabeza, casi podía ver a la pareja semidesnuda en el borde de la calzada, entre la camioneta y el despeñadero. Como si la imagen hubiera emergido del pasado, igual que en la serie *Hannibal*, donde un personaje cierra los ojos y visualiza todo lo que ha ocurrido en el escenario de un crimen. Le habría gustado tener ese don.

—Hay que imaginar este sitio en verano —dijo quedamente Salomón, a su lado, con una nube de vapor suspendida delante de la boca—. A primera hora de la mañana. Una buena parte de la carretera debía de estar todavía en la sombra, pero el sol brillaba ya en lo alto y la temperatura era mucho más agradable. Ya empezaba a hacer calor. Era sábado y pasaba poca gente, y aun así era muy arriesgado…

Hablaba en voz baja, como si estuvieran en una iglesia o en un entierro. Como si temiera despertar a los muertos.

—Por lo que he visto en las fotos, en aquella época la carretera estaba en muy mal estado, llena de baches —comentó ella—. No la mantenían como hoy en día. Tampoco había barreras metálicas, sólo bolardos de cemento para separar la calzada del precipicio.

Trató de imaginar la escena, concentrándose en los detalles.

—La camioneta estaba allí donde está nuestro coche —explicó señalando el lugar con el dedo.

El viento que soplaba en la garganta del río cambió bruscamente de dirección y los azotó en plena cara, mordiéndoles las mejillas. Hacía mucho más frío que en Madrid. Lucía tiritaba; dio un par de pasos hacia delante.

—Y el tirador estaba sin duda allí, a unos cuatro metros de la parte delantera de la camioneta. Debió de hacerles una señal para que pararan. Después sacó el arma y disparó por el parabrisas. Dos disparos en la cabeza. Un buen tirador, aunque la distancia era corta.

—¿El tirador, en masculino?

—Según las estadísticas, las mujeres capaces de disparar a matar con tanta precisión son una auténtica rareza.

—¿De dónde salió el asesino, según tú? —le preguntó el profesor—. Debió de llegar en coche. Y conocía bien la carretera.

—Sí… Sería alguien de la zona.

—Es posible, o alguien que circulaba a menudo por aquí. ¿Alguna huella?

—Ninguna. Incluso recogió los casquillos. Se evaporó, se esfumó. Es como si no hubiera existido nunca. Y lo mismo pasó con el niño —contestó Lucía.

Había tenido tiempo de examinar las fotos que la Policía Judicial de Barbastro había tomado en su día. Evocó la escena: la camioneta vacía, la pareja desnuda y colocada en el arcén, entre la camioneta y el precipicio; la mujer, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un

bolardo de cemento, de cara a la camioneta, con los pechos al aire y las piernas abiertas; y el hombre, arrodillado entre sus muslos, de espaldas a la carretera, inclinado sobre ella, rodeando con un brazo el torso de la mujer.

—Un cuadro —dijo recordando lo que le había dicho Salomón durante el trayecto—. Pero ¿cuál?

Unos gruesos y vaporosos copos de nieve cayeron del oscuro cielo y empezaron a girar en torbellino a su alrededor. El frío era tan intenso que no se fundían al entrar en contacto con su ropa. A Lucía le castañeteaban los dientes y se abrochó la parka hasta arriba. Volvieron a quedarse en un silencio meditativo.

Sólo se oían los silbidos del viento entre las paredes del desfiladero.

—Vayamos hasta el pueblo. Volveremos más tarde —dijo ella por fin.

—Sí. Aquí hace un frío del demonio —accedió él, caminando hacia el coche en medio de un silencio sepulcral, exhalando nubecillas con los labios violáceos.

Lucía se calló que la palabra «demonio» resultaba de lo más adecuada.

25

Sábado por la tarde

A la salida del último túnel la carretera proseguía bordeando un embalse lleno hasta una tercera parte de su capacidad. Inmensas extensiones de tierra fangosa separaban sus orillas erizadas de alerces y árboles pelados. En el centro de las grisáceas aguas estancadas se reflejaban las nubes.

—Este embalse debe de estar lleno en verano. Seguro que las orillas se cubren de verde y el ambiente es mucho más agradable. Según el informe de la época, cuando hacía calor los fines de semana venía mucha gente a bañarse y hacer esquí náutico o navegar en kayak. Las víctimas tenían previsto pasar el día en la ribera del embalse después de hacer el reparto. Quizá fue aquí donde el asesino los vio por primera vez, donde se fijó en ellos —dijo ella.

—Una familia feliz… —comentó Salomón.

—Sí, igual que la pareja de Segovia, igual que la de Benalmádena…

—¿A quién vamos a ver?

—A uno de los dos primeros guardiaciviles que llegaron al lugar y aislaron el escenario del crimen. Ya está jubilado.

—¿Y el otro? —preguntó Salomón.

—Se suicidó.

—¿Se suicidó?

—Lo encontraron ahorcado en su casa, unos meses después del crimen.

—¿Y crees que tiene algo que ver?

—Hemos venido precisamente para averiguarlo —contestó Lucía sin despegar la vista de la carretera.

Ocho kilómetros más adelante, mientras remontaban el curso de un río que serpenteaba entre los árboles, avanzando entre paredes rocosas que formaban una especie de puerta natural, apareció Graus. Era un pueblo de unos tres mil trescientos habitantes.

Ante ellos se abría una larga y amplia avenida. La sal vertida en la calzada y las ruedas de los coches habían transformado la nieve en una masa grisácea. A su derecha un paseo bordeaba el río, y a la izquierda, por encima de los tejados blancos, había un alto y sombrío risco desde el cual se veían todas las calles del pueblo.

A sus pies se alzaba una basílica monumental. Una gran estatua coronaba la pared de la pétrea montaña y se recortaba contra el cielo gris. Era un Cristo crucificado. Al ver la imagen, igual que le había ocurrido días atrás en la colina, Lucía se acordó de otra mucho más significativa para ella.

Allí reinaba una atmósfera opresiva… Aunque también era cierto que ella sólo se sentía a gusto en la ciudad.

Se adentraron en las calles. Las aceras estaban cubiertas de sucios montones de nieve que la máquina quitanieves había dejado en los laterales. Siguiendo las indicaciones del GPS, circularon entre una sucesión de balcones y escaparates hasta una rotonda, donde giraron a la derecha delante de un hotel que sorprendía al visitante con su contemporánea fachada de vidrio y cemento pintado de rojo. Después cruzaron las agitadas aguas del río y continuaron unos ochocientos metros hasta el cuartel de la Guardia Civil.

El edificio —de cuatro plantas, moderno, de ladrillo— se alzaba en las afueras de la población. Observándolo, Lucía dedujo que las oficinas debían de estar en la planta baja y las viviendas de los funcionarios y sus familias, arriba.

Se preguntó qué tipo de agentes habría destacados allí… Probablemente jóvenes recién salidos de la escuela con ínfulas de *cowboy* y gente de la zona que había vuelto para poder jubilarse allí. En cuanto franquearon la puerta apareció un guardiacivil con uniforme verde y negro. Lucía le mostró su insignia.

—Vengo a ver al capitán Bustamante. El profesor Borges es criminólogo en la Universidad de Salamanca y viene conmigo.

—Yo soy Bustamante —dijo con una sonrisa el oficial, tendiéndole la mano—. No es habitual que la UCO nos visite.

Lucía había hablado con él por teléfono. Se había mostrado sorprendido de que en Madrid hubieran decidido reabrir «el caso de los túneles» después de tantos años. Ella no quiso decirle que por el momento se trataba de una iniciativa personal.

Bustamante pertenecía a la segunda categoría de agentes: la de los prejubilados de vuelta en su tierra. Lucía calculó que tendría unos cuarenta y cinco años, a pesar de que aparentaba diez más, por las patas de gallo y las profundas arrugas de la frente. La barba cubría sus mejillas de una manera no muy reglamentaria.

El brillo apagado de su mirada delataba que había sido destinado a lugares más difíciles en el pasado, lugares de esos que dejan huella.

—Vengan conmigo.

Los acompañó hasta un pequeño vestíbulo donde se cruzaron con un individuo alto y delgado, mal afeitado, con esposas en las muñecas, que examinó a Lucía con ojos de rata famélica antes de que se lo llevaran otros dos agentes.

Al pasar, la llamó «perra».

—Lo llevan a Boltaña —explicó Bustamante—. Aquí no tenemos celdas de detención desde que las altas esferas decidieron que no cumplían con la normativa. En todos los cuarteles de la zona pasa lo mismo. O sea que ahora hay que trasladar a todos los detenidos a Boltaña. Pasará la noche allí y mañana lo llevarán al juzgado de Barbastro.

—¿A cuánto queda Boltaña de aquí? —preguntó Lucía.

—A cuarenta y cinco minutos en coche. Es una pérdida de tiempo monumental.

Lucía reparó en un rótulo que había a la derecha: INTERVENCIÓN DE ARMAS. Era el despacho donde se verificaban los permisos de caza y tenencia de armas. Bustamante los condujo por un pasillo en sentido opuesto. Los hizo entrar en un cuarto decorado con los habituales diplomas, fotos del rey, medallas y trofeos que se encuentran en todos los cuarteles de las zonas rurales. El capitán se sentó en el borde de su escritorio, animándolos con un gesto a sentarse en las dos sillas de delante.

—Tengo a varios agentes jóvenes aquí que sueñan con ingresar en la UCO —comentó mirando a Lucía.

—Más les valdría pensárselo dos veces —respondió ella—. En la UCO no hay horarios ni vida privada. La selección es muy dura, y muchos no lo resisten. Por eso hay mucha rotación de personal. ¿Qué clase de delitos se producen en esta zona?

—Algunos robos, aunque ninguno con violencia. Algunos delitos leves, como vandalismo, neumáticos rajados y un poco de tráfico de cocaína. El hachís ha desaparecido; hoy en día se consume más marihuana. La mayoría son casos de violencia de género: de las veinte intervenciones que hemos efectuado este año, diecisiete tenían que ver con eso.

Lucía se acordó del hombre que acababa de insultarla.

—Pero supongo que no han venido hasta aquí para rellenar un cuestionario sobre nuestra actividad —añadió el capitán—. Lo que les interesa es el caso de los túneles, ¿no? En aquella época yo todavía no estaba destinado aquí, pero todo el mundo ha oído hablar del tema.

El capitán rodeó el escritorio y se sentó en su butaca, como si quisiera mantener las distancias con los visitantes y, por consiguiente, con el caso.

Lucía dejó vagar un momento la mirada sobre los gruesos copos de nieve que caían tras los cristales. Cuando volvió a mirar al capitán Bustamante, comprendió por su aire de desconcierto que había estado absorta demasiado tiempo.

—César Bolcán —dijo entonces—, uno de los dos guardiaciviles integrantes de la patrulla que descubrió los cadáveres. Hemos venido a verlo a él. ¿Todavía vive por aquí?

El capitán asintió.

—Sí, les daré su dirección. Su compañero…

—Se ahorcó, estoy enterada. ¿Dónde fue?

Bustamante los miró a los dos.

—En su domicilio. Su mujer había salido con los niños poco antes.

—Eso fue unos meses después del doble asesinato de los túneles, ¿verdad?

—Sí —confirmó el capitán con mirada acerada—. Pero yo no soy la persona más indicada para hablarles de ello. Como ya les he dicho, eso ocurrió mucho antes de que me destinaran aquí.

A Lucía le pareció captar cierta reticencia en su voz, como si quisiera dar a entender que el asunto no era de su incumbencia. El capitán se calló y anotó algo en un Post-it. Lucía oía el ruido del bolígrafo al rozar el papel, como el crepitar de un insecto.

—De todas maneras, debió de oír rumores… —insistió.

El guardiacivil levantó la vista hacia ella, tendiéndole el Post-it.

—Ésta es una zona muy poco poblada. Todo el mundo se conoce, tanto en Graus como en el resto de los pueblos de la comarca. Imagínese las sospechas, los rumores, la paranoia y las fracturas que produjo un caso como ése por aquel entonces. Ha dejado marcada la memoria colectiva para siempre. Nadie se ha olvidado del caso y menos aún del chaval… Un niño de nueve años, figúrese.

Lucía notó que le faltaba el aire y empezó a sentir que las paredes del despacho se estrechaban. Consciente de que sufría un ataque de pánico, se levantó y se apresuró a darle las gracias. Luego salió al pasillo.

Una vez fuera, en los escalones de la entrada, inhaló a fondo el aire frío y húmedo, abriendo la boca y llenándose los pulmones de oxígeno.

—¿Estás bien? —preguntó Borges, que a duras penas había podido seguirla.

—Sí, sí… estoy bien…

Volvió a respirar.

—«Y luego, una vez más, una zambullida en la nada» —declamó el criminólogo, mirando el cielo nublado, con el pelo agitado por el viento.

—¿Cómo?

—Nada. Es una cita de las *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe.

—Vámonos —contestó ella con aspereza, bajando los escalones.

26

Sábado por la tarde

Aparcaron en la calle Barranco, una arteria larga y curvada, flanqueada de terrazas, plazas de aparcamiento y tiendas, el eje principal del pueblo, que subía en suave pendiente hacia el risco.

Pasaron por debajo de un porche y siguieron por una calleja oscura, estrecha y profunda como un desfiladero hasta desembocar en un decorado de otros tiempos, un enclave renacentista en pleno siglo XXI: una plaza rodeada de soportales, fachadas repletas de frescos religiosos y aleros de madera esculpidos.

—¡Magnífico! ¡Cualquiera diría que estamos en Italia, en una *piazza* de la Toscana o de Emilia Romaña! —exclamó Salomón.

—Es un poco más arriba, en la calle Prior —dijo Lucía consultando el móvil.

Cruzaron la plaza. El pavimento de adoquines estaba levemente inclinado. Las escasas sombras con las que se cruzaban por las callejas oscuras apuraban el paso, ansiosas por regresar al ambiente caldeado de sus casas. Eran casi las cinco y el anochecer precoz de noviembre caía como una mortaja.

El guardiacivil jubilado vivía en un edificio alto y estrecho de aspecto lúgubre, a unos metros de la plaza.

Lucía llamó al interfono y advirtió la cámara que había encima. La puerta se abrió inmediatamente con un chasquido, dándoles acceso a un pequeño vestíbulo, una escalera angosta y un ascensor minúsculo. Lo habían avisado de su llegada… Optaron por subir por la escalera.

—¡Por aquí! —les indicó alguien cuando llegaron al rellano de la primera planta.

El pasillo, congelado, era todavía más estrecho que las escaleras. Era curioso que en un edificio como aquél, donde no había ni un centímetro cuadrado de más, hubieran encontrado la forma de poner un ascensor, pensó Lucía. Entraron en una sala de estar que, según calculó Salomón, contenía casi tantos libros como la suya, pese a ser tres veces más pequeña. Había centenares, millares de libros dispersos por todas partes, en las estanterías, apilados en el suelo, encima de los sillones y de las mesitas… El parquet encerado crujió bajo sus pies. Todo estaba en penumbra, como cubierto por un velo gris.

—César Bolcán —dijo el propietario de la vivienda—. Soy la persona que buscan.

La voz, grave y profunda, parecía triturar las sílabas como un cascanueces. La mano, en cambio, larga y pálida, con los dedos deformados por la artrosis, era tan suave y ligera que a Lucía su apretón de manos de rigor le pareció una caricia. Al bajar la vista comprendió el motivo del ascensor.

—Un atropello con fuga —explicó el hombre desde su silla de ruedas —. Me arrolló el vehículo de los fugitivos. Consecuencia: jubilación anticipada. Aunque ya hace tanto tiempo de eso que siento como si siempre hubiera vivido en esta silla.

Lucía se estremeció.

Pero su reacción no se debía a la silla de ruedas sino a la cara de aquel hombre. Era prácticamente calvo, con el cráneo cubierto de manchas seniles, y le caían algunos mechones blancos y alborotados por la nuca. Tenía la piel surcada de profundas arrugas y las facciones, huesudas y pálidas; el cuello, flácido, le asomaba por el grueso jersey de lana que llevaba bajo un batín de seda a rayas. Sin embargo, lo que había provocado el escalofrío de Lucía era otra cosa: la mitad izquierda de su cara estaba totalmente cubierta por una gran mancha negra de nacimiento, de la frente hasta la barbilla… Y en medio brillaba, con fulgor diamantino, un ojo azul tan acerado como el de un águila. La mitad derecha de aquel extraño rostro tenía una palidez normal para esa época del año. La línea que separaba las dos mitades seguía aproximadamente el ala izquierda de la nariz y el pliegue de la boca situado justo debajo.

Desde la penumbra, la extraña máscara bicolor les lanzó una mirada atenta y escrutadora.

César Bolcán hizo girar la silla y las ruedas chirriaron sobre el parquet.

—Pasen, pasen. Quiten los libros. Pónganlos en el suelo y siéntense.

Lucía reparó en una de las cubiertas. Las *Metamorfosis* de Ovidio. El libro, provisto de un marcapáginas, estaba encima del montón que había retirado para sentarse.

Se oyeron unos pasos fuertes detrás de la puerta. Cuando Lucía volvió la cabeza, vio entrar a un hombre mucho más joven, de unos treinta y cinco años, aficionado sin duda al culturismo. A pesar de que ahí dentro la temperatura no debía de superar los diecinueve grados, llevaba una camiseta de tirantes de la que salían unos brazos como los de Arnold Schwarzenegger. Aunque ya no era adolescente, tenía un montón de granos en la cara y la piel de los brazos erizada como un pollo. «Un fanático del culturismo, atiborrado de esteroides…», se dijo Lucía. Esos tipos tienen un solo objetivo en la vida: levantar pesos descomunales para esculpir un cuerpo afín a su prototipo de belleza masculina. Lucía conocía los efectos secundarios asociados a la inyección de esteroides

anabolizantes: infertilidad, reducción del volumen de los testículos, hipertensión… Y también irritabilidad, agresividad, dependencia…

—¿Necesita algo, César? —preguntó Míster Universo lanzándoles una mirada desabrida.

—No, gracias, Ángel.

—Entonces me voy a dar una vuelta —dijo el tal Ángel.

Los miró con insistencia antes de marcharse. «Qué mirada tan extraña», pensó Lucía. Ni siquiera se había tomado la molestia de saludarlos. Lucía se preguntó adónde iría ese tipo a dar una vuelta. Por su experiencia, su conocimiento de la psique humana superaba al de muchos psiquiatras y tuvo una certeza inmediata: Ángel entraba en la categoría de «chicos malos».

—A Ángel le cuadra el nombre. Es un ángel. Me ayuda con las tareas domésticas —les dijo Bolcán.

Lucía asintió sin mucha convicción. Su concepto de los ángeles era muy distinto.

—Yo salgo poco de aquí, pero viajo a través de los libros. —El anciano abarcó con un gesto los estantes de la biblioteca—. Todo me despierta curiosidad: las ciencias, la historia, la filosofía, la poesía, la sociología, la mitología, las religiones, la Antigüedad…

—Un hombre como los que a mí me gustan —comentó Salomón.

—¿Usted también es de la Guardia Civil? —preguntó con escepticismo Bolcán.

—No, soy criminólogo. Trabajo en la USAL.

—¿Y también está interesado en este viejo caso?

—Es una historia muy larga. Digamos que en la universidad lo hemos desenterrado… —respondió Salomón.

—¿Usted y quién más?

—Dirijo un pequeño grupo de estudiantes que se centra en los casos sin resolver —explicó el criminólogo—. Y este asunto ha llegado a nuestro conocimiento hace muy poco…

César Bolcán inclinó la cabeza, acariciando a Borges con su acuoso iris azul, y luego centró toda su atención en Lucía.

—No le extrañe que esté al corriente. El capitán Bustamante me ha llamado para decirme que querían hacerme unas preguntas sobre un caso de hace treinta años.

—¿Le molesta?

—En absoluto. La verdad es que los días se me hacen muy largos, así que me viene bien cualquier distracción. Y puedes tutearme. Al fin y al cabo, somos colegas.

Sus delgados labios esbozaron una sonrisa que no se reflejó en el resto de la cara.

—¿Eras tú quien estaba de servicio cuando llamaron a la Guardia Civil? —preguntó Lucía.

—Yo y mi compañero…

—¿El que se suicidó?

—El mismo. Supongo que querréis que os lo cuente. —Hizo una pausa, como si hurgara en los recuerdos de aquellos días—. Siempre hay cosas que no constan en el informe…

—En mi época no había horarios. Cuando te tropezabas con una cosa así al final de tu turno de servicio, hacías veinticuatro horas más y ya está. Y si no habías dormido, daba igual, te tenías que conformar. Hoy en día, cuando ocurre algo así, los agentes llaman a la patrulla siguiente y vuelven a casa como si nada: consideran que han terminado su jornada, sean cuales sean las circunstancias. Como ya sabes, no tenemos sindicato, pero las asociaciones profesionales de la Guardia Civil son muy potentes. Ya nadie quiere oír hablar de hacer horas extra. Pero el personal es el mismo que antes, así que el resultado de todo esto es que se realizan menos actuaciones y de manera menos eficaz. Y eso sin contar los vehículos, que tienen una media de trescientos mil kilómetros. No hay día en que no se averíe alguno. Me alegro de estar jubilado, porque ese tipo de cosas me habrían vuelto loco.

—Pero veo que te mantienes al corriente —constató Lucía.

—En mi época era distinto —continuó él, haciendo caso omiso del comentario—. Teníamos más libertad de movimientos. No había un montón de tipos filmándonos con sus teléfonos móviles cuando hacíamos nuestro trabajo. Dentro de poco tú y los tuyos vais a llevar una cámara pegada al pecho. Tendréis tanto miedo de cometer alguna tontería que pueda destrozar vuestra carrera que nadie tomará ninguna iniciativa. Os conformaréis con cumplir con lo mínimo, con evitar las complicaciones y con volver tan panchos al cuartel sin llamar mucho la atención. Y actuando así dejaréis que el mundo se vaya al garete y que la gente se las arregle como pueda.

Lucía, que había oído ese tipo de razonamiento cientos de veces en boca de otros miembros de las fuerzas del orden, estaba deseando que aquel tipo fuera al grano, pero dejó que siguiera desahogándose.

Entonces el ojo de la mitad negra de la cara despidió un destello feroz.

—Pero bueno, aquella mañana, por suerte, Miguel y yo no estábamos al final del turno de servicio. Acabábamos de empezar el nuestro. Cuando llegamos al lugar enseguida supimos que nunca se nos iba a borrar esa imagen de la cabeza…

Bolcán hizo una pausa. Lucía se miró con Salomón y vio que éste contenía la respiración, como ella.

—Supongo que ya saben cómo estaban los cadáveres, ¿no? De todas formas, una cosa es ver las fotos y otra encontrarte de buena mañana con esas estatuas de carne casi desnudas al borde de la carretera. Ella, con los pechos al aire; él, de espaldas a nosotros; ambos con un agujero en la frente, en esa postura extraña, absurda… Yo ya tenía casi

cincuenta años entonces y no era ningún pardillo, pero lo peor que uno había llegado a ver por esta zona era un accidente de trafico… Me quedé noqueado, se lo juro. Y Miguel, ni les cuento… Él tenía apenas treinta años y era más impresionable.

Se mojó levemente los labios con su lengua menuda y rosa.

—Además, estaba esa luz oblicua que les caía encima, esos bonitos rayos de sol matinales… No deben olvidar que era verano. Los pájaros cantaban en los árboles del fondo del barranco. De verdad, tuve la sensación de que el asesino pretendía reproducir un cuadro que había visto en alguna parte, una pintura, ya me entienden…

Lucía y Salomón volvieron a mirarse.

—Se llamaban Isabel Almunia Rueda y Josep Pastor Cister. Eran una pareja trabajadora, apreciada por todos, y su hijo se llamaba Óscar. Según el abuelo, era un chiquillo encantador…

Los miró a la cara y Lucía tuvo un escalofrío.

—Cultivaban verduras y hortalizas en la huerta de Barbastro y luego las vendían a los horticultores de la zona: el tomate rosa, que es la especialidad de aquí, la borraja, los espárragos morados de Somontano, que quedan deliciosos cocinados a la plancha con sal gruesa… Era fácil cruzarse con ellos por el pueblo. Todos los que los conocían dijeron lo mismo: se querían, eran felices y ahorradores, y esperaban las vacaciones para irse a acampar a la Costa Brava.

Respiró hondo y negó con la cabeza con pesar.

—Interrogamos a todos los que conducían habitualmente por esa carretera, por si habían visto algo sospechoso los días anteriores. Nada de nada. Indagamos en la vida de los asesinados, en la de sus familiares, interrogamos a sus clientes, a sus vecinos, a sus acreedores. Logramos identificar a casi todas las personas que habían ido a la playa del embalse ese verano… más de un centenar en total… y las interrogamos una por una. Hicimos un llamamiento por si aparecía algún testigo. Hicimos venir un helicóptero y perros para inspeccionar la zona. Hasta vinieron espeleólogos… Recurrimos incluso a videntes que afirmaban saber dónde estaba el niño. Pero nada, claro. Ni el menor rastro del chiquillo, ni móvil para el crimen, ni explicación alguna ni nada de nada…

Lucía inclinó la cabeza.

—Has aludido a detalles que no constan en el informe. ¿Sabes algo más?

—No, pero tengo motivos para pensar que esa mañana no hubo un único asesino, como mínimo eran dos. Según mi modesta opinión, había otra persona vigilando la carretera un poco más lejos.

Lucía se irguió en el asiento.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Ninguna. Es sólo un presentimiento, la impresión de la primera persona que llegó al lugar de los hechos, y ya sabes que eso cuenta.

«Es cierto, a menudo la primera impresión es la que más se acerca a la verdad…», pensó Lucía.

—Aparte de eso, está esa primera parada de un minuto, según la caja negra de la camioneta, a unos cientos de metros de allí. ¿Por qué se paran la primera vez? Después se ponen en marcha de nuevo y acaban parándose definitivamente trescientos metros más allá, en el sitio donde los mataron.

Bolcán se encontraba en un extraño estado de excitación. Mientras hablaba miraba a uno y a otro, como al acecho de la más mínima reacción.

—Y tu colega… ¿se suicidó por culpa de ese caso? —preguntó con delicadeza Lucía.

La cara bicolor se volvió hacia ella.

—No se suicidó. Lo encontraron colgado, que no es lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—La noche anterior me llamó y me dijo que sabía quién había sido.

Lucía tenía la sensación de que la penumbra se había vuelto aún más densa en el exiguo salón-biblioteca. En la calle una campana dio las siete de la tarde en medio de una oscuridad cada vez más densa. Era un sonido frágil y ronco pero reconfortante. Un sonido que había acompañado durante siglos a los habitantes del pueblo en esa lucha incesante contra los demonios que supuestamente acechaban por todas partes, cuando en realidad los demonios estaban en su interior.

—¿Te dio un nombre?

—No, se lo llevó a la tumba. Quería hablarme de ello cara a cara, pero antes necesitaba pruebas.

Lucía se quedó pensativa.

—Entonces… estaríamos hablando de otro asesinato…

—Sí, exactamente —confirmó el guardiacivil—. No hace falta que os diga que he pensado muchísimo en esta historia durante todos estos años. Casi estuve a punto de volverme loco. Hasta que acabé cansándome de pensar siempre en lo mismo… Y aparte, claro, estaba el niño…

A Lucía se le encogió el corazón al oír aquella última palabra.

—Sí… ¿Qué fue del niño, según tú? ¿Tienes alguna hipótesis?

El hombre se quedó dubitativo, observándola con una tristeza infinita.

—No sé qué es más duro, si buscar a un niño muerto o a un niño que quizá está vivo, o que ha estado vivo durante un tiempo, antes de que dejaran de buscarlo…

Esa reflexión dejó conmocionada a Lucía.

—¿Tienes hijos? —preguntó él de pronto.

—Tengo un hijo —contestó, tras una leve vacilación.

—¿De qué edad?

—Nueve años…

Se notó la boca seca.

—Exactamente la misma edad que tenía Óscar —comentó él, con su penetrante mirada concentrada en ella—. A esa edad son maravillosos.

Lucía se estremeció. Le dieron ganas de poner fin a aquella conversación. Tal vez el hombre advirtió su malestar, porque hizo girar la silla de ruedas para desplazarse hasta la biblioteca, donde cogió un cuaderno con cubiertas de cuero. Luego volvió y se inclinó para ofrecérselo a Lucía.

—Si la clave de todo este misterio está escondida en algún sitio, tiene que ser aquí dentro —dijo—. Yo, en todo caso, he sido incapaz de encontrarla. Y no será porque no lo haya leído infinidad de veces: es el diario que escribía Miguel, mi compañero, antes de su muerte. Lo hallamos entre sus cosas cuando registramos su domicilio. Me quedé con él. Tal como os he dicho, estuve obsesionado con este caso mucho tiempo…

27

Sábado por la noche

Eran las once cuando Lucía despegó la vista del cuaderno. Hacía dos horas que leía el diario de Miguel Ferran. Casi se había olvidado de dónde estaba.

Había estado leyendo aquel diario totalmente absorta. Poseída por las palabras de un hombre atormentado por la muerte de una pareja joven y, sobre todo, por la suerte de un niño que había sido borrado literalmente de la faz de la tierra. Un hombre que había invertido todas sus fuerzas en la búsqueda de la verdad y que había acabado destrozado por ese combate, tanto física como mentalmente. A todo investigador criminal le llega un día ese caso extraordinario que no le deja ni un momento de respiro. La mayoría logra mantenerlo a distancia y relativizarlo, pero algunos acaban víctimas de una obsesión que los lleva a perder el sueño y el apetito, a olvidarse de su propia familia, a aislarse y rozar los límites de la locura. Lucía sabía que eso le iba a ocurrir también a ella si no conseguía descubrir al asesino de su compañero.

Por desgracia, el cuaderno se centraba más en los pensamientos cada vez más sombríos de su autor que en los progresos de sus pesquisas. A medida que avanzaban las páginas, se evidenciaba un empeoramiento de su estado psicológico, una caída en picado en la depresión y, más adelante, en la demencia. Tal vez lo que había enloquecido a Miguel Ferran era que en aquel terrible suceso se viera implicada la inocencia de un niño. Al principio el joven guardiacivil se había planteado la posibilidad de que hubiera participado una red de pedofilia en su secuestro. Pero, si eso fuera así, ¿a qué venía aquella puesta en escena? No tenía sentido. Y si la puesta en escena fuera, por el contrario, el objetivo del asesino, ¿qué había pasado con el niño? Las mismas preguntas, una y otra vez, siempre sin respuesta. Estaba claro que le faltaba una pieza fundamental del rompecabezas… Sin embargo, Miguel Ferran había llamado a su compañero para decirle que «conocía al culpable». Y luego se había ahorcado.

O quizá lo habían ahorcado…

«Otra vez he tenido pesadillas», escribía. Y unas páginas más adelante: «Con el paso de los días es como si mi mente fuera perdiendo su sustancia y se dejara invadir por el terror. Ya no duermo, casi no como,

mi consumo de alcohol empieza a ser preocupante, mis compañeros me miran de una forma rara…» Y también: «Aunque no sean más que puras especulaciones por mi parte, me pregunto si la hipótesis B es la acertada…»

Lucía dio un respingo. «¿La hipótesis B? ¿Qué hipótesis B?»

Aunque volvió atrás y buscó por todas partes, no encontró ni rastro de una hipótesis A o una hipótesis B. También había subrayado algunas palabras: «¿Pintura? ¿cuadro?», «infancia: profesión del padre», «las fechas coinciden».

¿Qué fechas? ¿Qué padre? ¿De quién hablaba? No cabía duda de que tenía a alguien en el punto de mira.

Sola en ese pueblo y en aquella habitación de hotel desconocida, oyendo de vez en cuando el ruido de una puerta que se cerraba en alguna parte, al final de un pasillo, Lucía sentía que las obsesiones y los miedos de Miguel Ferran se apoderaban de ella poco a poco. La habitación, no obstante, era acogedora y confortable. Tenía una pared de piedra natural en la cabecera de la cama, lámparas con pantallas de fantasía y gruesas cortinas de cuadros que la protegían del frío exterior.

El teléfono vibró encima del edredón. Echó un vistazo a la pantalla. Su hermana Mónica. Se quedó dudando. Quizá era una urgencia… ¿Y si le había ocurrido algo a su madre?

—¿Mónica?

—Estoy de vuelta de casa de mamá —la informó su hermana mayor, sin siquiera saludarla ni preguntarle cómo estaba—. No sabía a qué día estábamos y olía fatal… ¡Un horror! Creo que lleva varios días sin lavarse. Y casi no ha tocado la comida que hay en la nevera y en los armarios. Ni siquiera sé si ha comido algo…

Con el estómago encogido Lucía cerró los ojos. Sabía perfectamente lo que iba a decir a continuación.

—Lucía, tenemos que ponerla en un centro. No puede seguir viviendo sola. Hay que buscar una residencia… No podemos esperar más.

—Ni hablar.

Su hermana guardó silencio unos segundos.

—¡Por el amor de Dios, Lucía! ¡Mamá está perdiendo la chaveta! ¡Se olvida de lavarse durante días y luego, de pronto, se lava varias veces el mismo día porque no se acuerda de que ya lo había hecho!

—¿Cómo puedes saber eso, si no vas a verla nunca? —replicó.

—¡Claro que voy a verla! Menos que tú, es verdad… Pero te recuerdo que vivo en la otra punta de Madrid, no como tú, que estás en el piso de al lado… ¡Además, tengo dos hijos que criar!

«¡Sí, ya!, de quince y diecisiete años, totalmente autónomos…»

Dos chavales inteligentes a los que su madre seguía tratando como si fueran niños. Lucía les tenía mucho cariño y ellos a ella.

—¡Tú te habías comprometido a ocuparte de ella! —añadió Mónica, furiosa—. ¡Pero nunca estás ahí! ¡Está desamparada! ¡No podemos

confiar en ti!

Lucía suspiró. No quería enzarzarse en aquella enésima pelea con su hermana. En ese momento tenía cosas mejores que hacer.

—Está bien, lo pensaré —mintió, antes de colgar.

Se acercó a la ventana y contempló el cielo nocturno, donde una gran luna redonda se deslizaba entre las nubes, por encima de los tejados. ¿Por qué eran tan distintas Mónica y ella, tan incapaces de comprenderse? Durante años había procurado agradar a su hermana mayor. Se había aferrado a la idea enfermiza de que un día su hermana y su madre la perdonarían y le demostrarían su amor… Pero sus esperanzas habían sido en vano. Había acabado por entender que, tanto a ojos de Mónica como de su madre, siempre sería el patito feo, la adolescente que prefería la compañía de los chicos y volvía borracha a casa, la chica con tatuajes, el elemento discordante… La que tenía siempre una opinión distinta en las comidas de familia. Y, sobre todo, la que fue la causante de…

Sí, por supuesto: conocía el origen de aquella hostilidad. «Maldita sea, hace diecinueve años de eso… ¿No podríamos dejarlo definitivamente atrás?»

Rafael… Su hermano Rafael…

Lucía tenía dos años más que su hermano. De adolescentes eran inseparables. Junto a la silueta alta y encorvada de Rafael siempre se veía a la «hermanita» que lo defendía con uñas y dientes contra el mundo entero. Compartían gustos musicales y vestían igual, de negro de pies a cabeza, escuchaban las mismas canciones deprimentes, veían las mismas películas de adolescentes incomprendidos… Rafael era un genio. Destacaba en todo lo que hacía, ya fuera tocar a Chopin al piano, dominar los rudimentos de la botánica, estudiar geografía o dibujar. Le apasionaban las estrellas, la filosofía, las ciencias, la composición musical, la poesía, el cine… Le explicaba conceptos abstractos con tal claridad que ella los comprendía de inmediato… También podía encerrarse en su silencio, pasarse horas sin hablar con nadie, alejándose de todos y de todo. Durante mucho tiempo sus padres depositaron todas sus esperanzas en él, hasta que se dieron cuenta de que Rafael era… diferente. Era un niño dulce, dotado de una inteligencia excepcional, de una curiosidad ilimitada, de una sensibilidad enfermiza… Pero también era esquizofrénico. Tendía a evitar el trato con la gente para refugiarse en su propio mundo; un mundo donde él establecía las leyes, las reglas y marcaba los objetivos. A Rafael le daba igual lo que pensaran los demás —con la notable excepción de Lucía—, pero siempre tenía miedo de que anularan su identidad. Por eso pasaba casi todo su tiempo libre bebiendo cerveza y escuchando música en su cuarto. Cuando descubrió que se drogaba, Lucía intentó disuadirlo, pero sin decirles nada a su hermana mayor ni a sus padres. Cuando Rafael empezó a escribir melancólicos poemas cargados de inquietantes y siniestras imágenes en

las que expresaba su atracción por la muerte, ella se había preocupado, pero también había reconocido su talento.

Luego llegó el verano en que fueron a los Pirineos con sus padres. Mónica, por su parte, quiso irse con unas amigas a la Costa Brava. Lucía tenía dieciocho años y Rafael, dieciséis. En su fuero interno Lucía pensaba que aquél sería el último verano en compañía de sus padres y que, al año siguiente, se llevaría a Rafael con ella de vacaciones.

Sus padres habían alquilado una casita al borde de un torrente y al pie de una pared rocosa. Una casa con un bonito balcón y un huerto donde su madre tendía la ropa. Por la mañana Lucía despertaba a su hermano y se iban caminando hasta el pueblo, donde compraban cigarrillos y se sentaban al sol en alguna terraza para tomar una Coca-Cola, mirar a los transeúntes, reír y holgazanear. No había ninguna compañía que Lucía apreciara más que la de Rafael, ni siquiera entre los chicos de su pandilla, cuya conversación apenas soportaba.

Una mañana la habitación y la cama de Rafael estaban vacías y la ventana abierta. Su cuarto daba a la pared rocosa que se alzaba al lado de la casa. Lucía se inclinó hacia el exterior y levantó instintivamente la vista. Enseguida vio la sombra allá arriba, recortada por el cielo matinal, con los brazos en cruz.

Comprendió en el acto que Rafael había estado esperando ese momento para arrojarse al vacío. Que había esperado a que Lucía lo viera… Que había querido compartir también con ella ese último instante…

Después de aquello estuvieron atiborrándola de tranquilizantes durante meses. Luego habían empezado los reproches. Nunca venían formulados de una manera clara, pero, de la noche a la mañana, su madre y su hermana se habían convertido en dos bloques de hostilidad contra los que chocaba continuamente.

Se vio rechazada por su círculo familiar. «No podemos confiar en ti», acababa de decir su hermana por teléfono…

Y había días en que la propia Lucía estaba de acuerdo con ella.

Otra persona que nunca superó la muerte de Rafael, y que también fue el blanco de la cólera de las mujeres de la casa, fue su padre.

Su padre, casi igual de bajito y menudo que Lucía, era un hombre encantador, fascinante y divertido, que iluminaba el día a día con sus bromas y sus gestos de ternura. La muerte de Rafael, sin embargo, lo cambió por completo. Se volvió taciturno, triste e indiferente. Su esposa volcaba su rabia contra él cada vez más a menudo, y él nunca era capaz de reaccionar. Hasta el día en que se lo llevó un ataque al corazón.

Y entonces Lucía se sumió en una especie de aletargamiento. Era una forma de bloquear sus sentimientos, no quería volver a pensar en todo aquello. Aun así no pasaba un solo día de su vida en el que no pensara en eso. Hacía una eternidad que no lloraba al evocar a su hermano. Ahora su recuerdo le arrancaba incluso alguna que otra sonrisa. La

culpabilidad, en cambio, persistía. Nunca dejaba de acosarla, porque ella habría podido salvarlo, habría podido impedirle…

Oyó voces en la calle y se dio cuenta de que llevaban ya un buen rato sonando en los límites de su conciencia. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no les había prestado atención hasta ese momento.

Abrió la ventana.

En la plaza de abajo se había formado un corro de jóvenes. Seguramente habían salido del bar de al lado y seguían bebiendo en plan botellón. Eran una docena y se habían congregado alrededor de un individuo sentado en un banco, al que ella sólo veía de espaldas. Parecían apasionados por lo que les contaba. Lucía se concentró en el hombre con abrigo marrón que reinaba en el círculo…

Y sonrió. Era Salomón.

Se olvidó de inmediato de las palabras escritas por Miguel Ferran en su diario y de los reproches de su hermana. ¿Qué demonios les estaría contando el criminólogo? ¿Historias de escenarios de crímenes y de asesinos en serie?

Tenía que salir de dudas. Cerró la ventana, se puso el suéter, la parka blanca y las botas, cerró la puerta y bajó. Al salir a la plaza le llegó la voz clara de Salomón:

—Ya lo veis, el ser humano es un animal social y un animal violento por excelencia. No se puede remediar: es así. Y al igual que ocurre con los animales más evolucionados, la violencia más brutal no se da entre individuos, sino entre grupos. Pongamos, por ejemplo, los gorilas de las montañas de África Central. No tienen nada que ver con King Kong. Dian Fossey, que los estudió durante dos décadas, los describió como los animales más pacíficos de la tierra, aunque se vuelven feroces cuando dos grupos se encuentran cara a cara. El setenta y cuatro por ciento de los machos observados tienen marcas provocadas por las profundas heridas infligidas durante los enfrentamientos entre los distintos grupos de la zona.

—¡Siempre son los machos! —comentó una joven.

—¡Cuéntenos otra historia! —pidió un chico.

Lucía sonrió. Ignoraba en qué momento el profesor había bajado y había entablado conversación con esos chicos. Pero resultaba evidente que no les había ocultado a qué se dedicaba.

—Katherine Knight —se lanzó él—, una señora australiana con gafas y pelo rizado, de aspecto inofensivo. La noche del 29 de febrero del año 2000, después de haber mantenido relaciones sexuales con su marido, le asestó treinta y siete puñaladas. El hombre reptó como pudo hasta la entrada e incluso consiguió abrir la puerta de la calle, pero ella lo arrastró hacia el interior por los pies y lo remató. Advertida por el jefe del marido, que encontraba extraño que no fuera al trabajo, la policía descubrió en la casa salpicaduras de sangre arterial por todas partes. La piel del marido colgada de un gancho en el comedor, la cabeza se asaba

en el horno con un poco de verdura, y por lo visto había servido parte de su carne a los niños en forma de filete con patatas. Kathy Knight había intentado estrangular a su primer marido en su noche de bodas, matar a su hija de dos meses abandonándola en una vía férrea… Por supuesto, había pasado alguna temporadita en más de un hospital psiquiátrico. Ah… y adoraba su trabajo: desollaba animales en un matadero.

«Madre mía, Salomón», pensó Lucía, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué horror! —gimió una chica.

—¡No es posible! ¡Ésta se la ha inventado! —exclamó un muchacho.

—No, no.

El grupito estalló en risas y exclamaciones. Lucía tuvo un presentimiento y miró hacia la izquierda, hacia la parte de arriba de la plaza, donde desembocaba un oscuro callejón.

Allí había alguien observando al grupo. Era una silueta alta y parecía estar escuchando las palabras de Salomón apoyado en la pared de la bocacalle. A esa distancia Lucía era incapaz de distinguir sus facciones porque se mantenía lejos de la luz. Parecía un tipo alto y corpulento.

Salomón no se había dado cuenta, porque estaba de espaldas, y los jóvenes estaban demasiado pendientes de sus palabras como para preocuparse de si alguien los observaba.

Lucía levantó la vista y se fijó en los rectángulos de luz amarillenta de detrás de los balcones, en el resplandor palpitante de algún que otro televisor. Había, como mínimo, diez fachadas que daban a la plaza, pero con aquel frío todo el mundo se quedaba en casa. Salvo los jóvenes, que habían salido a beber y a fumar.

«Y salvo esa sombra solitaria…»

Sin saber muy bien por qué, aquel tipo le daba mala espina. Tal vez por su forma de permanecer allí, inmóvil, observando al grupo… Por su estatura, era evidente que se trataba de un hombre.

Sintió una especie de descarga eléctrica. Salió y se puso a caminar tranquilamente en dirección a él. Un paso tras otro, como si nada.

El hombre volvió la cabeza hacia ella y, un segundo después, se esfumó por el callejón.

Lucía apretó el paso. Al llegar a la bocacalle, lo vio subiendo por unas escaleras que había al fondo, entre dos fachadas.

«Parece que de repente te ha entrado prisa, y eso que hace un minuto tenías tiempo de sobra…»

Corrió hacia las escaleras y las subió de dos en dos, bajo la densa penumbra propiciada por las casas. Salió a una larga rampa de cemento que por un lado bajaba en suave pendiente hacia el pueblo y por el otro ascendía por la colina en dirección a la basílica de la Virgen de la Peña y el risco, iluminado por unas farolas aureoladas de luz amarillenta. Más allá, al pie de la alta pared de piedra, se perfilaban unos pinos negros, entre cuyos troncos distinguió grandes placas de nieve azulada.

Lucía giró hacia la izquierda. En lugar de volver a bajar hacia el pueblo, la silueta trepaba ya hacia la basílica. El conjunto se componía de tres partes. Dos largas galerías superpuestas conformaban la fachada de la sección de la izquierda, más adelantada, que daba a un bosquecillo y constituía un perfecto mirador del tupido entramado de tejados del pueblo. Otro edificio, más alto y macizo, que sin duda albergaba la iglesia, constituía la parte central, con una enorme torre hexagonal a su derecha que se erguía hacia el cielo, como si quisiera horadar la capa de nubes y sostener a un tiempo el risco que se alzaba detrás.

El hombre sin rostro se había ido en esa dirección. Lucía emprendió el ascenso de la cuesta para seguirlo. Justo en ese momento el tipo se volvió, se dio cuenta de que ella lo seguía y echó a correr.

«¡Mierda!»

—¡Eh! ¡Espere! —gritó Lucía.

El desconocido aceleró. La rampa que conducía a la basílica discurría en zigzag entre los pinos, con un pavimento de cantos rodados que dibujaba caprichosas formas en el suelo. El individuo recorrió la rampa a la carrera y continuó por el último tramo, el que desembocaba en el atrio de la galería inferior.

—¡Deténgase!

Lucía, que había acortado distancias, llegó a su vez a la entrada de la galería y levantó un instante la mirada. La inmensa mole arquitectónica parecía querer aplastarla. Recobrando el aliento, se preguntó si el tipo no la estaría conduciendo a una trampa. Había dejado el arma en la caja fuerte de la habitación del hotel…

Finalmente franqueó el atrio y se precipitó por la galería —dispuesta en leve pendiente—, entreviendo a la izquierda, entre las columnas, un paisaje azul, blanco y negro, pues la luna acababa de asomar entre el manto de nubes. Montes escarpados y depresiones, reflejos plateados en el río, callejuelas estrechas y oscuras como grietas que descendían colina abajo, entre los blancos techos.

Oyó el ruido precipitado de pasos sobre las losas, pero el hombre había desaparecido por el extremo de la galería arriba a la derecha. A pesar de las corrientes de aire, Lucía ya no sentía el frío. Giró a la derecha a su vez y, tras subir unas cuantas escaleras, irrumpió en un patio encajonado entre la roca y las arcadas de la galería superior, en cuyo centro se alzaba, entre la nieve, un inmenso árbol. El cuerpo principal de la basílica se elevaba detrás del árbol, comunicando con la galería porticada casi en ángulo recto.

Lucía vio que la silueta subía corriendo un último tramo de escaleras para desaparecer en el interior de la iglesia.

Aspiró el aire helado, con las manos apoyadas en los muslos. En cuanto los latidos de su corazón se desaceleraron un poco, reemprendió la carrera y, tras el ascenso por la resbaladiza escalinata, empujó la pesada puerta y se precipitó al interior. Las profundidades oscuras,

pobladas de hileras de bancos a su derecha y del coro a la izquierda, despedían un olor a incienso, a piedra fría y a cera. La única luz que había allí provenía de los escasos vitrales, y era débil y plomiza. ¿Dónde se había metido? En la nave reinaba un silencio denso, opresivo. Había muchos rincones en los que esconderse. Advirtió un leve ruido a la derecha. El desconocido debía de haber tropezado con algo. Lucía bordeó las hileras de bancos y se dirigió al fondo de la nave, coronada por un gran balcón, en el lado opuesto del coro. Allí vio una pequeña puerta abierta, a la sombra del balcón.

Lucía sacó su teléfono móvil y activó la función de linterna. Luego se introdujo en la abertura. Daba a una escalera de caracol.

«Un ruido de pasos… Está subiendo…»

Esforzándose por aplacar la inquietud, Lucía lo imitó. Apelando a su sentido del deber, trepó escalón a escalón por aquel tubo estrecho, pese a la sensación de claustrofobia que le provocaba. Con cada giro rozaba el muro cilíndrico. La sangre le latía con tal ímpetu en las sienes que a duras penas alcanzó a oír el tintineo de unos pasos sobre una superficie metálica. «¿Adónde demonios va?» Al salir de la escalera de caracol lo comprendió enseguida: se encontraban por encima del techo curvo de la nave, pero por debajo de la armadura del tejado, en el reducido espacio de la entrecubierta, donde se vio obligada a agacharse.

El techo que pisaba quizá se había debilitado con los años o tal vez estaba en obras, el caso era que, para recorrer aquel espacio, había que seguir un camino de mallas metálicas dispuesto a modo de pasarela bajo el entramado de vigas. Lucía se deslizó por ellas encorvada, guiándose con la luz del teléfono. El sendero de metal se estremeció bajo sus pies, produciendo unas vibraciones que le subieron por las pantorrillas. En aquel lugar apenas entraba un poco de luz por las pequeñas aberturas de los lados.

Lucía pensó que aquello pintaba mal. O bien aquel tipo acabaría por despistarla y entonces tendría que localizar la salida prácticamente a oscuras, o bien iba a toparse cara a cara con él al final de aquel laberinto.

Se dio un buen golpe en la cabeza contra un elemento de la armadura y lanzó una maldición. Se quedó unos segundos inmóvil viendo las estrellas y, tras comprobar que no sangraba, se puso en marcha otra vez. Al llegar al otro extremo dudó unos segundos antes de adentrarse por la siguiente puerta.

Otra escalera. Probablemente estaban encima del coro y aquella escalera era la de la torre hexagonal. Subió por ella y, un par de minutos después, desembocó en una plataforma, a la altura de las campanas. Con el pelo agitado por las fuertes rachas de viento que entraban por las grandes aberturas, Lucía distinguió los tejados blancos de la villa, apelotonados como un rebaño de ovejas. Contó tres campanas grandes y dos pequeñas, una por abertura…

Había únicamente una salida. Una puerta más… y otras escaleras… las últimas esta vez…

Se detuvo para calibrar la situación y entonces se dio cuenta: el hombre ya no trataba de huir. La estaba esperando allí arriba, en el tejado, entre el cielo y la tierra. Tragó saliva, con las piernas temblorosas. Siempre había padecido vértigo. Estaba sin aliento y no llevaba arma.

¿Sería ese tipo el individuo que buscaban?

¿Tenía la intención de empujarla al vacío?

Siempre podía renunciar y bajar. No obstante, en su fuero interno sabía que no iba hacerlo: Lucía Guerrero no se echaba atrás ante la adversidad. Dando la espalda a las grandes campanas silenciosas, se encaminó hacia la última escalera.

El corazón le golpeaba el pecho como un címbalo cuando subió los últimos escalones y su cabeza se asomó por el tejado. En realidad no era plano, sino piramidal, bordeado por una estrecha plataforma hexagonal. Cuando constató que el único obstáculo que la separaba de una caída de varias decenas de metros era un reborde de piedra que le llegaba justo por encima del tobillo, se le secó la boca. El espacio entre la pirámide y el borde era además bastante exiguo.

El vértigo le agarrotó las piernas; la visión del vacío fue como una inyección de adrenalina.

Dio un paso más. Las piernas le temblaban. El viento le azotaba la cara. Al límite de sus fuerzas, Lucía cerró los ojos.

Los volvió a abrir y apoyó la mano izquierda en el flanco de piedra de la pirámide.

—¿Tiene vértigo o qué?

Él seguro que no tenía, porque estaba muy cerca del borde, de espaldas a ella, inmóvil en medio de las ráfagas de viento y mirando al vacío. Su silueta alta se erguía recortada en el cielo nocturno.

—¡Date la vuelta! ¡Y pon las manos en alto! —gritó ella, casi sin aliento.

—¿Y si me niego?

La voz sonaba calmada. La había reconocido.

—¡No hagas el imbécil! ¿Sabes quién soy?

—Sí, ¿y qué? Eso no le da derecho a todo, que yo sepa… —contestó Ángel, el asistente domiciliario musculado a base de esteroides, que levantó despacio las manos justo cuando la luna volvía a asomar entre las nubes.

Se dio la vuelta y la observó fijamente con una mueca sarcástica. En sus ojos había un brillo de crueldad que acentuó aún más la tensión del momento.

—Pon las manos sobre la pirámide —le ordenó Lucía.

Él inclinó la cabeza, de modo que media cara le quedó iluminada por la luna y la otra mitad en sombra. Por un instante Lucía tuvo la

impresión de estar viendo una réplica más joven del viejo guardiacivil en silla de ruedas.

—¿Ha subido hasta aquí sin un arma?

—¡Pon las manos sobre esa pirámide, joder!

—¿Sobre qué?

De todas formas, Ángel obedeció y posó las manos desganadamente en la pendiente de piedra, inclinándose hacia delante. Lucía avanzó recelosa, sin quitarle la vista de encima, resollando.

—No irá a aprovechar para meterme mano, ¿no? —dijo con una risita.

Volvió la cabeza hacia ella y la observó mientras se acercaba. En su rostro se adivinaba una sonrisa malvada.

—Por cierto, nunca me he tirado a una guardiacivil… —susurró, con una lentitud empalagosa.

De nuevo se echó a reír.

Lucía notó que la invadía la rabia, lo que de algún modo contrarrestaba el vértigo y el miedo. Notó una presión en los glúteos… Las esposas… Todavía las llevaba en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Sonriendo para sus adentros, las sacó.

—Pon las manos en la espalda —ordenó elevando la voz, con el silbido del viento en los oídos.

—¿Qué?

—¡Las manos en la espalda!

Él obedeció. Lucía lo esposó, lo tiró hacia atrás, lo obligó a darse la vuelta y lo empujó con brusquedad hacia el borde.

—¡Eh! —chilló él.

Le dio otro pequeño empujón, y el tal Ángel se puso rígido de pies a cabeza al intentar resistirse a la presión.

—¿Por qué huías así? —preguntó Lucía, sosteniendo con firmeza las esposas.

—¿No quiere que retrocedamos un poco? Me gustan las sensaciones fuertes, pero no tanto.

Una última tentativa de fanfarronear… Pero se le habían bajado los humos.

—¿Por qué has echado a correr? ¿Qué te traes entre manos?

Lo empujó un poco más, sólo un poco… Ahora tenía la cara asomada al vacío. Lucía intentó no mirar hacia abajo. Sabía cómo era la vista desde ahí: la vertiginosa caída a plomo desde la torre, la rampa que descendía hacia el pueblo, los pinos negros circundantes y los techos arracimados… muy lejos. Demasiado lejos. Aquel era el reino del vacío, de la piedra y del viento.

—No haga tonterías, joder…

Lo empujó un poco más. Su alta silueta se recortaba sobre las nubes que cruzaban el cielo a toda velocidad, levemente más pálidas que la noche.

—Contesta.

—¡Está loca o qué! ¡Soy camello! Un poco de maría, un poco de farlopa… ¡Nada del otro mundo! ¡No tiene derecho a hacer esto! ¡La voy a denunciar!

Le temblaba la voz de rabia, pero sobre todo de miedo.

—¿Qué más?

—¡Nada más, eso es todo!

Por un segundo pensó que le habría bastado con un último y ligerísimo empujón para verlo alzar el vuelo como un pájaro.

—¿Qué has tomado esta noche?

—Una raya de coca…

—Sólo una, ¿estás seguro?

No respondió, y ella se relajó. Era demasiado joven —y no lo bastante listo— para ser la persona que buscaban. Le quitó las esposas y se las guardó en el bolsillo.

—Menudo canguelo me ha hecho pasar, joder —se quejó él frotándose las muñecas.

Cuando finalmente se volvió, Lucía había desaparecido.

28

Sábado por la noche

Es noche cerrada. De pie, en medio de la carretera, ella mira el doble destello de los faros que se acercan. A su lado Rafael levanta la mano, hace una señal a la camioneta para que pare. Un chirrido de frenos. Un suspiro hidráulico neumático. Oye los resoplidos de la camioneta que acaba deteniéndose con un suspiro.

El conductor enciende las luces de posición para no deslumbrarlos y entonces Lucía distingue tres siluetas detrás del parabrisas. Dos adultos y un niño en los tres asientos de delante.

Ella los observa un instante y advierte sus miradas extrañadas, perplejas. Luego, un asomo de cólera en los ojos del conductor, el padre. Debe de preguntarse qué hacen en plena noche en medio de la carretera y por qué lo han obligado a parar.

Se vuelve hacia su hermano. Ve cómo saca el arma y los apunta. Mira de nuevo hacia la camioneta y se fija en el niño, sentado entre sus padres, que tiene los ojos abiertos como platos, igual que ellos.

«¡No! ¡Debe de haber un error, nos hemos equivocado de personas!», chilla la mente de Lucía.

Porque el niño de la camioneta es Álvaro y los que van sentados a su lado son Samuel, su ex marido, y Alicia, su compañera.

—¡No! ¡Para! ¡Es un error, no son esas personas! —le grita a Rafael.

La detonación del disparo la despierta.

Es la una de la madrugada y enciende la luz para inspeccionar la habitación desconocida.

Alejandro miró su reloj.

—Yo me largo, chaval.

Ulysses no despegó la vista de la pantalla.

—Assa me está esperando.

El inglés inclinó la cabeza.

—Pues vete, no sea que llegues tarde. La señora no estaría contenta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada. Hoy en día son las mujeres las que mandan, ¿no?

—Mira que a veces llegas a ser gilipollas.

En la voz de Alejandro no había animosidad. Sabía que, en el fondo, a Ulysses le habría gustado estar en su lugar.

Desordenó la espesa mata de pelo de su amigo.

—A ti también te quiero, ceporro inglés —añadió—. Deberías salir más a menudo. Es sábado, hombre, ve a tomar un poco el aire. Con unos cuantos chupitos se te quitará la agorafobia. ¡Sexo, alcohol y Unamuno! —exclamó alegremente antes de salir de la tienda de campaña.

Ulysses sonrió sin apartar la vista de la pantalla. Oyó que su compañero salía del laboratorio, cerraba la puerta y se alejaba a paso rápido hacia la escalera.

—¡Te quiero, *english bastard*! —repitió Alejandro desde los primeros escalones.

Ulysses se echó a reír y, cuando todo quedó en silencio, se concentró en su labor: una lista «doblemente enlazada». Había que adaptar el tratamiento, actualizando dos punteros en lugar de uno. Y, claro, como de costumbre, le tocaba hacerlo a él. A pesar de todo, DIMAS crecía a marchas forzadas. Evolucionaba como una entidad autónoma, como la inteligencia artificial que era…

Se irguió en su asiento y luego se volvió. ¿Qué había sido eso?

Le había parecido oír un ruido. A esas horas de la noche se había acostumbrado a tener aquella parte del edificio sólo para él. El sonido provenía del exterior de la sala. Aguzó el oído. Nada. El silencio volvió a instalarse a su alrededor. ¿Alejandro? No. Alejandro acababa de irse. ¿Cordelia, Haruki, Verónica? No. Se habían despedido de él hacía horas. Probablemente estarían bebiendo y divirtiéndose en alguna parte. Era sábado por la noche… Aunque hacían lo mismo los jueves o los viernes… La oferta de alcohol y droga era ilimitada en Salamanca.

Con el sexo la cosa era más problemática. Tenía que poner mucho de su parte. Entraba dentro de lo que llamaban «relaciones humanas», un campo que a él se le daba bastante mal. Había demasiadas variables, demasiada imprecisión lógica. Con sólo levantar la caja de un ordenador, él era capaz de reconocer todos y cada uno de sus componentes. Sí, eso se le daba bien. Le resultaba reconfortante que un ordenador jugara sólo con dos variables: el 0 y el 1. Lo mismo ocurría con la programación: sólo había que aplicar un método, una determinada lógica. Y por más que programar fuese un arte, sin duda era un arte racional. En cambio, no conseguía entender el lenguaje de la seducción; había tenido que rendirse a la evidencia y reconocer que era un idioma extraño para él. No dominaba la sintaxis, ni el vocabulario, ni el más mínimo rudimento. A diferencia de Alejandro, que parecía totalmente bilingüe… Y despertaba su envidia, para qué negarlo…

Porque él, Ulysses Joyce, no era el tipo de persona que le da la espalda a la verdad.

Se amonestó por aquel rato de distracción y se enfrascó de nuevo en la tarea. Entonces lo volvió a oír.

Un ruido. El mismo ruido.

Probablemente no era nada. Claro que un nada podía adquirir proporciones más que inquietantes cuando uno se encontraba solo a la una de la madrugada en el sótano de un edificio desierto y al mismo tiempo de fácil acceso para todo aquel que dispusiera de un pase magnético, es decir, para varios cientos de personas. Más aún cuando las paredes de la habitación donde se encontraba estaban recubiertas de retratos de asesinos en serie, y cuando uno mismo pasaba buena parte de las veladas estudiando las escenas de los crímenes más truculentos de la historia.

Bueno, sí, había una solución: ir a comprobar qué demonios pasaba.

Se planteó improvisar un arma con uno de los tubos de acero inoxidable de la percha, por ejemplo, pero le iba a costar un poco desatornillarlo, y además pensó que quedaría de lo más ridículo si se topaba con Cordelia, que quizá se había olvidado algo en el laboratorio.

Bad buzz… Eso les daría tema de conversación hasta fin de curso.

Salió de la tienda de campaña y abrió la puerta que daba al pasillo. Nada.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Igual sonaba un poco miedica… Por suerte, ninguno de sus compañeros estaba allí para oírlo. Sin embargo, al otro lado del pasillo, en el despacho de Assa y de Cordelia, había una luz encendida…

El rectángulo de luz traspasaba la pared de vidrio y se proyectaba hasta la escalera.

Y la puerta estaba abierta…

Como si alguien hubiese huido justo a tiempo…

Ulysses se estremeció al sentir una tenue corriente de aire en la nuca.

Caminó hasta la sala iluminada.

Vacía.

Entró.

En aquel espacio minúsculo todo era blanco: el suelo, el techo, las tres paredes, el mobiliario y las estanterías… Las únicas manchas de color las ponían los libros y los ordenadores.

Había una carpeta de cartón abierta y unas hojas tiradas encima de uno de los escritorios. El de Assa… Aquello no era normal, para nada. Assa era una maniática del orden… Una *control freak*, en su modesta opinión. Algo que se había guardado mucho de compartir con Alejandro.

Se mantuvo inmóvil, a pesar de que cada vez estaba más nervioso.

—¿Hay alguien ahí? —repitió, esta vez sin el menor asomo de vergüenza.

Miró el pasillo oscuro a través de la pared de vidrio. Si había habido alguien, se había esfumado. Pero ¿quién podía tener interés en hurgar en los papeles de Assa en plena noche?

«De Assa o del grupo en general. ¿Tendrá algo que ver con DIMAS?», se dijo.

Volvió a meter los papeles en la carpeta, la cerró, apagó la luz y se apresuró a regresar al laboratorio de Criminología. Esta vez cerró la puerta con llave.

Hacía un frío de mil demonios. Habría tenido que abrigarse más. Su cazadora era demasiado fina para la temporada de invierno. Alejandro sufría las dentelladas de las desagradables ráfagas de viento mientras subía por la larga avenida de los Maristas. Esa noche en realidad le estaba resultando demasiado larga, le encantaría haber llegado ya.

Pasaba frente a la fachada del colegio de los maristas, rematada con una cruz en lo alto, cuando oyó los pasos.

Eran ligeros, pero perceptibles.

Se volvió. Un hombre caminaba a unos veinte metros de distancia, en la misma dirección que él. Aparte de ellos dos, no había nadie más en la avenida. Alejandro continuó hasta el paseo de San Vicente, donde torció a la izquierda.

Se aventuró a mirar hacia atrás una vez más. La silueta seguía allí, a menos de treinta metros. Se había desviado en el mismo sitio que él, acompasando los pasos con los suyos.

Tampoco era tan raro… Ése era el itinerario obligado para cualquiera que se trasladara de las facultades al centro.

Un centenar de metros más allá, el joven estudiante atravesó el bulevar y después la acera de enfrente, para luego bajar por unas cortas escaleras que desembocaban en un parquecillo cuyo nombre había olvidado pero que servía de atajo para llegar a la calle Úrsulas y, por consiguiente, al Gatsby y al Camelot.

Los árboles del parque, despojados de sus hojas, arañaban la noche nublada, en la que vagaba una luna lejana e irreal. Sólo turbaba el silencio el leve murmullo de las ramas agitadas por el viento.

Se paró a escuchar. Ya no se oían los pasos. Tanto mejor, aunque tampoco había razón para alarmarse…

Ya, pero, con ese frío, las calles estaban solitarias, con excepción del centro, y él no era tan valiente como quería aparentar. Además, todas esas historias de crímenes acababan por ponerle a uno los nervios de punta…

Iba a ponerse en marcha otra vez cuando volvió a oírlos.

Igual que antes.

Ligeros.

Pausados y tranquilos.

A su espalda…

Se dio la vuelta y vio una silueta entre los árboles que avanzaba sin prisa en dirección a él. El corazón se le aceleró.

Se negaba a echar a correr por mucho que alguien lo estuviera siguiendo. No estaba en una de esas películas de terror en las que se van

cargando a estudiantes, como *Navidades negras* o *Leyenda urbana*.

Aun así apuró el paso, sobre todo cuando salió del parque para adentrarse en la calle Úrsulas, desierta, flanqueada de farolas y edificios antiguos deshabitados —entre los que destacaba la alta y lúgubre fachada del convento de la Anunciación—, en la que habría sido inútil buscar algún tipo de amparo.

En cuanto dobló la esquina lo acogió el bullicio de la calle Bordadores, llena de grupos de estudiantes que bebían y fumaban a la entrada de los bares. Se le alegró el corazón al verlos, pese a que parecían estar todos borrachos. Al llegar a la plazoleta, entre el Gatsby y el Camelot, que estaba abarrotada, sintió tanto alivio que le dio vergüenza.

«Menudo miedica estás hecho…»

Le dieron ganas de echarse a reír. Se volvió una vez más. Si el tipo lo había seguido hasta allí, aparecería de un momento a otro, y entonces estaría lo bastante cerca como para verle la cara.

Pero no apareció nadie, así que Alejandro se encogió de hombros y se adentró en el calor del bar.

29

Domingo por la mañana

Un pálido rayo de sol reavivaba los frescos de la plaza Mayor de Graus cuando Lucía se reunió con Salomón a la mañana siguiente. El profesor estaba sentado en una terraza a pesar del frío. Acurrucado en el abrigo, se estaba tomando un humeante café mientras admiraba los sutiles colores de las fachadas y la apaciguadora armonía de las arcadas.

—¿Has dormido bien? —le preguntó a Lucía.

—Ha sido una noche un poco agitada. Un gracioso reunió a todos los jóvenes del pueblo debajo de mi ventana.

—Esos chicos son muy divertidos —aseguró, sonriendo, Salomón—. Me contaron que sus padres tienen un local donde se reúnen para arreglar el mundo y beber y fumar algunos canutos, como cuando tenían veinte años. Me propusieron ir con ellos, pero decliné la invitación.

—No es lo único que pasó anoche —dijo ella.

Cuando le contó lo ocurrido en la basílica, Salomón frunció el ceño y se puso serio.

—Fue un poco imprudente lanzarte a perseguirlo tú sola, ¿no te parece? Aunque seas una oficial de la UCO… ¿Asumes a menudo ese tipo de riesgos?

Lucía optó por no contestar.

—¿Has encontrado algo en el diario íntimo del otro guardiacivil? —preguntó a continuación el profesor.

—Poca cosa. Pero sí hay algo concreto: Miguel Ferran habla de una «hipótesis B» y de fechas que coinciden. También subrayó las palabras «infancia» y «profesión del padre».

—Me gustaría leerlo, si me lo permites.

Lucía asintió y luego se puso a contemplar los frescos de la plaza. César Bolcán había utilizado la misma palabra que Salomón para describir esas puestas en escena: «cuadros»… Lamentaba no saber nada de arte. No obstante, había viajado, visitado museos… y, con su ojo de policía, había constatado la profusión de detalles violentos en las escenas bíblicas o mitológicas. ¿Deberían investigar en esa dirección? Aun sin ser psicoanalista pensó que tal vez el asesino quería enviarles, de forma consciente o inconsciente, un mensaje a través de sus composiciones, y que éstas podían ser los primeros peldaños hacia las

profundidades de su psique…

De repente se acordó de algo: Adrián, claro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Miró a Salomón.

—En la UCO hay un grupo especializado en obras de arte y delitos contra el patrimonio —le explicó—. Robos, tráfico, ese tipo de cosas… Disponen de archivos informáticos en los que constan las obras de arte robadas y las personas condenadas. Están en contacto con instituciones artísticas, como los museos. Tengo un… amigo que trabaja en ese departamento.

Comprobó que había logrado despertar el interés de Salomón, quien de inmediato depositó la taza de café en la mesa.

—Me parece una idea excelente.

Lucía se levantó y se alejó hacia los soportales para marcar el número.

—¿Lucía? —contestó Adrián con un tono de extrañeza—. ¿Qué pasa? Nunca me llamas tan temprano…

—Necesito que me hagas un favor —dijo ella sin más preámbulos.

En el teléfono sonó un suspiro.

—Claro, qué tonto soy… Sólo me llamas cuando me necesitas. Fíjate si soy estúpido que, por un instante, he creído que simplemente te apetecía oír mi voz…

Pese a percibir su carga de animosidad, Lucía no tenía ganas de enzarzarse en una pelea en ese momento.

—Adrián, es que… —empezó, adoptando un tono contrito.

—Está bien, ¿qué quieres?

Se lo explicó. Cuando Adrián habló, supo que había despertado su interés.

—¿Las escenas de esos crímenes están inspiradas en cuadros de maestros de la pintura? ¡Caramba, parece superinteresante! Si de verdad son como me las describes, apuntan más bien al Renacimiento o al Barroco. Mándame lo que tienes por WhatsApp y veré qué puedo hacer.

—Gracias, Adrián.

—¿En qué estás trabajando exactamente? ¿Un asesino aficionado al arte que reproduce cuadros con sus víctimas? Jamás había oído algo tan divertido…

Lucía percibía la excitación en su voz.

—Te lo explicaré la próxima vez que cenemos juntos.

—Sí, esto se merece al menos una cena.

—Y Adrián, es urgente.

—Bueno, de acuerdo… En cuanto me envíes el material, me pongo a trabajar.

Salomón la observaba de lejos.

—¿Qué? —preguntó cuando Lucía regresó a su lado.

—Se va a ocupar del asunto. ¿Cuánto se tarda en llegar a Segovia?

Salomón dejó un billete debajo del plato del café y se levantó.

—¿Ya nos vamos? Antes de marcharnos me gustaría subir allí.

Señaló la estatua del Cristo que había en lo alto del risco. Lucía se estremeció. No podía decirle en quién le hacía pensar aquel crucifijo.

—«Descendimos de la perspectiva del águila a la de la rana» —añadió él—. Es de Spengler.

• • •

El paisaje a sus pies tenía la precisión de un mapa: un territorio blanqueado por la nieve, compuesto de relieves bajos y erosionados, de carreteras, de colinas agrestes y hondonadas áridas en invierno, cerca del lecho de los ríos y los riachuelos.

El lejano perfil de los Pirineos cerraba el horizonte y el pueblo se extendía por debajo de ellos, entre el curso de agua y el risco. Lucía vio también algunos edificios al otro lado del río y en los flancos de la negra y recta carretera que se alejaba a través del llano hacia las montañas. A lo lejos había aldeas minúsculas y chimeneas humeantes. ¿Cuántos habitantes habría en total?

—Este sitio me recuerda a *El desierto de los tártaros* —comentó Salomón.

—¿Cómo?

—No lees mucho, ¿verdad?

—¿Y eso supone un problema?

—No, pero el tipo al que buscamos es sin duda un hombre culto, una persona cultivada, ya sabes, erudita incluso…

—¿Quieres decir que no soy lo bastante inteligente para capturarlo?

—En absoluto —respondió él ruborizándose—. En realidad, eres más inteligente y refinada que muchos de los universitarios que conozco.

—¿Es un cumplido? —preguntó ella sonriendo.

—Podríamos decir que sí —reconoció él sonriendo a su vez.

A Lucía, sin embargo, se le ensombreció bruscamente la expresión. Le había venido a la cabeza el niño de los túneles, el pequeño Óscar. ¿Y si había sobrevivido? ¿Y si todavía vivía? ¿No sería él la clave de todo aquello?

Pese a que se mantenía lejos del borde, experimentaba un ligero vértigo. Se volvió y miró hacia la estatua de diez metros de altura que con los brazos abiertos proyectaba su bendición sobre los pueblos de las montañas. La asaltó una convicción.

—Estoy segura de que fue aquí donde empezó todo —anunció.

—He reflexionado largo y tendido sobre la relación entre el asesinato de tu compañero y los demás asesinatos —dijo el profesor por su parte.

—¿Y bien?

—Gabriel Schwartz… Me dijiste que había deletreado tu nombre mirando fijamente a la cámara de su celda, ¿no? En mi opinión, lo hizo porque la sombra que está detrás de todo esto le dijo que lo hiciera. Eso

significa que esa persona quería que tú te implicaras de una forma u otra, que te conocía, o al menos conocía tu reputación. No estás aquí por casualidad, Lucía. Al matar a tu compañero, al hacer que Schwartz deletreara tu nombre, quiso hacerte participar en la danza. Es él quien mueve los hilos, no nosotros.

—Una danza bien extraña —comentó ella.

—Una danza con el diablo —consideró Salomón.

Lucía se dijo que era una expresión adecuada, aunque un poco grandilocuente.

30

Domingo por la noche

El crepúsculo brillaba sobre las murallas y los campanarios de Segovia cuando llegaron a la ciudad después de seis horas de carretera. Habían cruzado las llanuras de Aragón y la meseta castellana, además de hacer una parada para comer.

Al volante de su Hyundai, Lucía se dirigía a la parte alta de la ciudad por la antigua vía romana, asfaltada en su primer tramo y adoquinada después, cuando el inmenso acueducto apareció ante ellos como una línea de enlace entre dos colinas. Aquel gigantesco monumento, recortado ahora por las luces del crepúsculo, cuya vertiginosa silueta se elevaba en medio de los edificios, era una de las cosas más impresionantes que había visto en su vida.

—Veinte mil bloques de piedra y ni un solo gramo de mortero —comentó Salomón—. Fue construido en tiempos del emperador Trajano, a principios del siglo II después de Cristo. Y se mantiene intacto, como si lo hubieran construido ayer.

Lucía se sintió culpable por no haberle mostrado aquella maravilla a Álvaro pese a que vivían a tan sólo una hora de carretera de allí. Se preguntó si Samuel y su engreída furcia ya lo habrían llevado. Mientras seguía las instrucciones del GPS, que la orientó por unas calles tan estrechas y tortuosas que si se hubiera topado con un vehículo en dirección contraria las habría pasado canutas, se hizo el propósito de ir a Segovia con su hijo.

—¿Un cinco estrellas? —preguntó Lucía, aparcando delante del hotel Convento Capuchinos.

—Te invito yo. Tengo debilidad por los hoteles de lujo. Tu habitación está pagada.

Una vez en el vestíbulo acristalado Lucía comprobó que se trataba de un sitio magnífico. Era un antiguo convento, de recias murallas, puertas con arcos de medio punto y capiteles de piedra, al que habían dado un toque de modernidad con la iluminación, los suelos y el mobiliario.

Su habitación, que combinaba lo ascético con el lujo, era más espaciosa que su comedor de Madrid. Tras dejar la bolsa de viaje encima de la cama, abrió las cortinas. Construido sobre las murallas, el hotel ofrecía una amplia panorámica de los campos nevados, que adquirían

tintes rosados y anaranjados bajo los últimos rayos de luz. Llamaron a la puerta.

—Buenas noches —la saludó la teniente Beatriz Manrique, de la Guardia Civil de Segovia.

La teniente Manrique era una mujer de pelo castaño, nariz aguileña y ojos verdes de mirada acerada y franca. Con su aspecto y su firme apretón de manos, confirmó la buena impresión que le había causado por teléfono. En cuanto Salomón se reunió con ellas, las invitó a subir a su Toyota RAV4 de servicio y, después de atravesar el laberinto de callejuelas del casco antiguo, llegó a la altura de la puerta de Santiago. Luego circuló entre los bosques al pie de las murallas, por el paseo Santo Domingo de Guzmán. Diez minutos después de haber salido del hotel, aparcó cerca de un bosque de chopos que se extendía entre una hondonada rocosa —en la que abundaban las cuevas— y un meandro del río, en el linde norte de la ciudad.

—Vamos a ir a pie hasta el viejo puente de piedra que se ve allí abajo, a la izquierda —dijo la teniente Manrique—. Lo cruzaremos y seguiremos el camino que sube por la colina hasta llegar al Alcázar. Allí ocurrieron los hechos. Seguramente habrá un ramo de flores, incluso después de tanto tiempo.

No había una sola vivienda por los alrededores, a excepción de un monasterio oculto tras los árboles. Sin embargo, sobre la carretera, entre el río y el risco, había un arco de piedra adornado con estatuas barrocas, probable vestigio de los antiguos límites de la ciudad. El puente, situado justo antes del arco, a la izquierda, parecía incluso más antiguo. Lo cruzaron, acompañados del murmullo del agua que discurría abajo, en la oscuridad, y luego emprendieron el ascenso al peñasco entre alerces y abetos.

La luz bajaba rápidamente y tanto el cielo como la nieve adquirieron una tonalidad azulada. Estaban a mil metros de altura y los azotaba un viento glacial. Bajo la capucha Lucía llevaba un gorro de lana que había comprado durante el trayecto.

Avanzaban envueltos en un silencio que ninguno quería romper, hollando la nieve y el suelo helado, mientras su aliento lanzaba pequeñas bocanadas al aire.

Se adentraron entre los árboles moteados de blanco y, un poco más adelante, apareció ante ellos la gran fortaleza, asentada en su espolón rocoso como la proa de un navío, a unos cien metros de distancia. El edificio parecía directamente salido de un cuento de hadas, con su torreón, sus murallas almenadas y sus torres con tejados cónicos. A Lucía le recordó el castillo de *La bella durmiente*, que tantas veces había visto en la televisión, de niña, como cortinilla de los programas de Disney.

Por encima de las torres flotaba una gran luna redonda y diáfana, apenas visible en el cielo todavía claro.

Era un decorado increíble, imbuido de un aura fantástica y siniestra.

—Allí —dijo tras ellos Beatriz Manrique.

Se dieron la vuelta.

Al pie de un tronco había un ramo de flores salpicado de nieve helada. Hacía mucho frío y a Lucía le escocían las mejillas por el cierzo. Sin embargo, sus escalofríos se debían a otra cosa. Sacó de la mochila el informe de la Guardia Civil y, tras buscar entre las páginas, lo alumbró con el móvil y leyó en voz alta:

—Juan Ignacio Roldán, treinta años, y Teresa Isabel Ortiz, treinta y dos. Casados y sin hijos. Él era guía del Alcázar —añadió, señalando el castillo de cuento de hadas que, bajo la luna, presentaba una apariencia a la vez sublime e inquietante—. Ella trabajaba en una librería de la ciudad. Se conocían desde la adolescencia. Gozaban del aprecio general, según las personas interrogadas.

—Lo cual no quiere decir gran cosa —puntualizó Salomón.

Lucía asintió. Luego sacó las fotos y las iluminó con el halo de luz blanca del móvil.

—Los encontró un paseante una mañana de marzo de 2015 —prosiguió—. Habían recibido más de cuarenta puñaladas en el torso, la cara y los genitales.

En las fotos las profundas heridas dibujaban unas oscuras hendiduras con los bordes abiertos y realizadas en todas direcciones, como si el asesino hubiera golpeado a ciegas con una violencia tremenda. Después de echar un vistazo al informe de la autopsia, Lucía se concentró en los resultados del examen traumatológico:

De acuerdo con la inspección, el cadáver presenta las lesiones siguientes:

1. Herida penetrante realizada con un objeto cortante de 3 cm de largo por 0,7 cm de ancho con el borde inferior romo, localizada en la región posterolateral izquierda del cuello, situada a 4 cm de la línea mediana posterior del cuello y 3 cm por debajo de la protuberancia occipital externa. Compatible con las otras heridas causadas por un objeto punzante provisto de al menos un filo, como un cuchillo o utensilio similar (HERIDA N.º 1).
2. Herida penetrante realizada con un objeto cortante de 2 cm de largo por 0,8 cm de ancho con el borde inferior romo a la derecha, localizada en la región periescapular izquierda, situada a 0,7 cm a la izquierda de la línea mediana posterior del cuerpo y 11 cm por debajo de la protuberancia occipital externa. Compatible con las otras heridas causadas por un objeto punzante provisto de al menos un filo, como un cuchillo o utensilio similar (HERIDA N.º 2).
3. Herida penetrante realizada con un objeto cortante con la forma

de una «cola de golondrina» de 4 cm de largo por 1 cm de ancho, localizada en la región dorsal del brazo derecho, situada 8 cm por encima del codo derecho. Compatible con las otras heridas causadas por un objeto punzante provisto de al menos un filo, como un cuchillo o utensilio similar (HERIDA N.º 3).

Quince en total, en el caso de la mujer. Siguió pasando las páginas:

CABEZA: Aponeurosis epicraneal: sin lesiones. Huesos del cráneo: sin lesiones. Meninges: sin lesiones.

CARA: Mucosas de los labios: sin lesiones.

CUELLO: HERIDA N.º 1, penetra por la cara posterolateral del cuello, lacera la ARTERIA CARÓTIDA INTERNA Y VERTEBRAL IZQUIERDA, lacera el esófago y deja una marca en el cuerpo de la 4.ª vértebra cervical. Tiroides, faringe, laringe, tráquea: sin lesiones.

TÓRAX: Caja torácica: infiltrado hemático a la altura del tejido celular subcutáneo correspondiente a la HERIDA N.º 5, que entra en la cavidad torácica por el tercer espacio intercostal lateral izquierdo, y HERIDA N.º 9, que entra en la cavidad torácica por el segundo espacio intercostal lateral izquierdo y lacera en su trayecto la ARTERIA TORÁCICA SUPERIOR Y AXILAR IZQUIERDA. Mediastino: normal. Pulmón derecho: sin lesiones. Colapso pulmonar a la izquierda, lacerado a la altura del lóbulo inferior, compatible con trayecto de arma blanca (HERIDA N.º 5), peso 180 g.

Lucía echó una rápida ojeada a la descripción de las heridas de la cara y los genitales, y luego pasó a las conclusiones:

La muerte de Teresa Isabel Ortiz se debió a una abrupta parada cardiorrespiratoria traumática, causada por un CHOQUE HIPOVOLÉMICO PROVOCADO POR LAS HERIDAS OCASIONADAS POR TRAYECTO DE ARMA BLANCA.

Cerró un instante los ojos y vio a la mujer apuñalada una y otra vez con furor demencial por una sombra surgida de la nada y armada con un cuchillo.

—Estaban en una postura muy rara —completó la teniente Manrique —. El hombre en cuclillas, con la espalda apoyada en el tronco, y la mujer, sentada entre sus rodillas, tenía un brazo encima de su muslo izquierdo. Los dos estaban desnudos. En los pies llevaban unas sandalias que no correspondían a su talla. El hombre tenía sólo un velo rojo sobre los hombros, y la mujer, un velo verde sobre los muslos.

—Un cuadro… —comentó, ensimismado, Salomón, observando el ramillete marchito y helado.

—Y siempre los colores rojo y verde —destacó Lucía.

—Aunque, en esta ocasión, el asesino añadió algunos detalles — puntualizó él, inclinándose hacia el informe que iluminaba Lucía—. Las

sandalias, un ramo de flores blancas parecido a éste y una raqueta de tenis…

—Otra pareja…

—Aparentemente feliz —añadió, pensativo, el criminólogo.

—Sí —corroboró la teniente Manrique, con el ceño fruncido—. Venían aquí todos los años para celebrar su aniversario de boda. ¿Están diciendo que han visto otras escenas de crimen parecidas?

—Otras dos —confirmó Lucía—. No iguales, pero con puntos en común.

—¿Dónde se produjeron los crímenes? —preguntó la teniente Manrique.

—En el Alto Aragón, hace casi treinta años: una pareja asesinada y una puesta en escena extraordinariamente parecida; y en la Costa del Sol, el año pasado: otra pareja apuñalada en una casa de alquiler. Por desgracia, en la prensa se publicaron pocos detalles, o, en todo caso, no del tipo que podrían haber permitido establecer una relación entre los dos crímenes.

Lucía se sentía incómoda al evocar aquellos asesinatos, aquella violencia. Sin embargo, no eran los primeros que veía. Seguramente su incomodidad se debía a aquella imagen de felicidad profanada…

—¿Crees que se trata de alguien que no es feliz con su vida? —le preguntó a Salomón.

El profesor la miró fijamente.

—Eso podría aplicarse a una buena parte de la humanidad, ¿no?

Lucía hizo un esfuerzo para no ruborizarse.

—En su diario, Miguel Ferran habla de la infancia, del padre…

—Sí. Un niño maltratado por su padre, solitario, infeliz, que tiene a su madre en un altar… podría tratarse de eso… Es todo un clásico…

—Pero ¿por qué el ramo de flores y la raqueta de tenis?

Lucía miró a la teniente Manrique, que se encogió de hombros.

—Investigamos todas las pistas —respondió la teniente—. Ninguno de los dos jugaba al tenis. Nos planteamos si entre la gente de su entorno había alguien que jugara al tenis, como un posible o una posible amante, pero tampoco encontramos nada en ese sentido. Y lo del ramo y las sandalias es igual de misterioso…

—Este sitio me pone los pelos de punta —les dijo Salomón.

—Está bien, vámonos —dijo Lucía.

• • •

Aparcaron cerca de la catedral, en la parte alta de la ciudad.

—¿Puede recomendarnos algún sitio para cenar? —le preguntó Salomón a la teniente Manrique.

—Síganme —indicó ella atravesando la plaza bordeada de terrazas en dirección a una calle adoquinada.

Tras recorrer doscientos metros cuesta abajo, les señaló la puerta de un restaurante llamado Casa Duque.

—¿Han probado ya la especialidad local? —preguntó.

—¿El cochinillo asado? Claro. Segovia no queda lejos de Salamanca, y confieso que a veces caigo en el pecado de la gula… —dijo Salomón.

—No sé si tengo suficiente hambre para… —se dispuso a objetar Lucía.

—Silencio —la atajó el criminólogo—. Ni una palabra más. «La cocina es la más antigua de las artes, pues Adán nació con hambre…» Es de Brillat-Savarin, un noble francés que escribió obras fundacionales de la gastronomía.

—Yo me marcho, tengo cosas que hacer… —se despidió Beatriz Manrique—. Espero que pasen una buena noche.

El interior del restaurante, de techo bajo y oscuridad cavernosa, contenía un increíble batiburrillo de platos de porcelana, utensilios y libros de cocina, ristras de cebolla, mazorcas, chimeneas ennegrecidas y quinqués. En cuanto entraron en la sala del fondo, Lucía sintió que el rumor de las conversaciones y el agradable calor del lugar la envolvían como una manta. Sin embargo, cuando les llevaron el cochinillo —con su cabeza, hocico, orejas y patas— y la señora de la casa trinchó con el filo del plato la piel, crujiente y dorada, y su carne tierna, Lucía palideció. No podía apartar de su mente las fotos del informe de la autopsia.

—Ah, no, ni hablar, no voy a poder…

—¿En serio? —dijo con extrañeza Salomón, devorando ya con los ojos la cena.

Al cabo de unos minutos y sin haber tocado el plato, Lucía planteó una nueva cuestión.

—He estado pensando en lo que has dicho esta mañana, eso de que no era casualidad que yo esté implicada en este asunto.

Salomón levantó la cabeza y dejó de masticar. Había percibido una inflexión en la voz de la teniente.

—Tú tampoco estás metido en esto por casualidad —señaló ella—. Si el individuo que mató a mi compañero y que le hizo decir «Lucía» a Gabriel Schwartz es el mismo que cometió los dobles crímenes, es posible que el asesinato de Sergio, ocurrido justo cuando DIMAS establece la relación entre ambos asesinatos, no sea producto del azar…

—¿Quieres decir que ese individuo podría estar al corriente de mis investigaciones y de lo relativo a… DIMAS?

—Quiero decir que quiso involucrarnos a los dos, Salomón. Al matar a mi compañero y al utilizar la cola, nos conectó de alguna forma. Tienes razón: es él quien mueve los hilos… y quien escoge a los participantes del baile.

—¿Por qué iba a involucrarnos a nosotros? —preguntó el profesor, mirándola tan fijamente que Lucía notó su preocupación—. ¿Por qué nos

habría elegido precisamente a nosotros? ¿Crees que está… escondido en alguna parte de nuestro pasado?

Lucía lo miró, pero no contestó.

31

Domingo por la noche

La oscuridad se había adueñado de las calles cuando salieron del local. La temperatura descendía rápidamente y las tiendas habían bajado las persianas. Se encaminaron al hotel sin prisa, bajo un cielo despejado en el que brillaban algunas estrellas.

—Y sobre el niño, ¿tienes alguna hipótesis? —preguntó Lucía.

—¿Te refieres al doble asesinato de los túneles? En mi opinión, el chiquillo no formaba parte del plan inicial. Quizá estaba durmiendo detrás de los asientos de los padres y no era visible desde la carretera… Puede que lo despertaran los disparos y que su presencia pillara por sorpresa al asesino… o a los asesinos. O bien lo mataron enseguida, o bien lo secuestraron y se deshicieron más tarde de él. En todo caso, lo hicieron desaparecer, y seguro que está muerto desde hace mucho. No podían dejar con vida a un testigo.

Lucía se estremeció. El niño desaparecido era el misterio más inquietante en medio de toda aquella oscuridad.

Al llegar al hotel pasaron por delante de la recepción de camino a sus habitaciones, y la joven que atendía el mostrador les hizo un gesto.

—Hay un sobre para usted —le dijo a Lucía.

—¿Para mí?

Como si pensara que la pregunta no merecía respuesta, la recepcionista se limitó a posar en el mostrador un sobre de manila. Lucía lo examinó. Llevaba escritos su nombre y apellido en mayúsculas, con bolígrafo azul. No había sello.

—¿Quién más lo ha tocado? —preguntó.

La joven la miró con extrañeza.

—¿Cómo dice?

—Aparte de usted, ¿quién ha tocado este sobre?

—Nadie.

Lucía sacó unos guantes del bolsillo, se los puso para coger el sobre y lo abrió. Dentro había una hoja doblada por la mitad. La desplegó. Era una carta escrita con un procesador de texto. La leyó.

Lucía:

Tiene que concentrarse. No es tan difícil, teniendo en cuenta que le

he dejado varias pistas: la taza de ayahuasca, la cola, los cuadros…

Aquí lo importante no es lo que usted pueda ver, Lucía, sino su propia mirada. ¿Qué es lo que está mirando? ¿Seguro que mira en la dirección correcta? Por cierto, le doy mi más sentido pésame por lo de su compañero, pero era necesario hacerlo. No sufrió en absoluto, por si le sirve de consuelo.

En cuanto al pobre Gabriel, cuando lo conocí tenía tal embrollo mental que daba lástima, pero Ricardo puso orden en ese caos. Aunque habían sometido a Gabriel a un sinfín de pruebas psiquiátricas, yo encontré varias personalidades no detectadas en él, gracias a la ayahuasca. Y, claro, hice nacer la de Ricardo…

Ricardo no existía antes de que yo apareciera, ¿entiende? Fue ingenioso, ¿verdad?

Es usted una mujer extraordinaria, Lucía. Tenemos mucho más en común de lo que se imagina. Cuando haya descubierto lo que tenemos en común, le faltará poco para descubrirme a mí.

También sé lo que siente en este momento: odio y rabia. No espero que me comprenda. A sus ojos soy un ser abyecto. Disfruté matándolos, derramando la sangre de los corderos, es cierto. Sentí un inmenso placer. Sepa que no tengo el más mínimo remordimiento o sentimiento de culpa. Yo soy un depredador, un carnívoro, no soy un herbívoro; los herbívoros tan sólo me inspiran desprecio. Sé cuál es la pregunta que más la atormenta: ¿qué fue del niño? Respecto a esto, Lucía, me temo que va a tener que encontrar sola la respuesta. No cuente conmigo para eso.

Mientras tanto, voy a darle una nueva pista:

«Tú eres mi dolor y mi crimen: mi diestra debe llevar inscrita tu muerte. Yo soy el responsable de tu destrucción. Y sin embargo, ¿cuál es mi culpa, a menos que jugar pueda llamarse una culpa, a menos que también amar pueda llamarse una culpa?»

—¡Joder! —exclamó Lucía.

La recepcionista le lanzó una mirada de reprobación.

—¿Quién se la ha entregado? —le preguntó.

La joven se encogió de hombros.

—Ni idea. Estaba en el buzón —dijo con afectación.

—No tendrá una bolsa de plástico, ¿verdad? O cualquier tipo de bolsa.

—No, lo siento —contestó la recepcionista, con un tono que indicaba claramente que no lo lamentaba en absoluto—. No tenemos bolsas.

La joven volvió a concentrarse en sus papeles, que quedaban escondidos tras el mostrador, negando con la cabeza para dar a entender que su comportamiento estaba fuera de lugar. Con un suspiro Lucía se inclinó por encima del mostrador y puso su placa bajo la cara de la recepcionista.

—Arrégleselas para buscarme una bolsa. Tiene que haber una en algún sitio, ¿no? ¡Y espabile, que tengo prisa! —le soltó a la empleada,

harta de sus aires de grandeza de recepcionista de hotel de cinco estrellas…

Por otra parte, su actitud también podía deberse a que los turistas españoles eran menos generosos que los norteamericanos y los chinos. En todo caso, la joven dejó a un lado su arrogancia y se fue sin rechistar.

—Es muy interesante —comentó Salomón, que había leído la carta por encima del hombro de Lucía—. Parece como si quisiera guiarnos, ayudarnos con nuestra investigación…

—O ponernos sobre una pista falsa —matizó Lucía, notando que el nerviosismo se adueñaba de ella.

El criminólogo releyó la parte final de la carta.

—Parece una cita. Está escrita en un estilo anticuado, pasado de moda… —constató—. Tal vez la ha extraído de una obra clásica o bien se la ha inventado. Sea como sea, nos da algo con lo que entretenernos… Sabe que vamos a tratar de encontrar el origen de esa cita y que vamos a intentar interpretar su sentido…

—¿De verdad crees que esta cita tiene algún sentido?

—Estoy pensando en esa otra frase: «Cuando haya descubierto lo que tenemos en común, le faltará poco para descubrirme a mí…» Es posible que con eso aluda también al pasado… Sea como sea, ha venido a este hotel. Y sabía que tú estarías aquí… que estaríamos los dos…

Lanzó una mirada de inquietud al vestíbulo que quedaba a sus espaldas, y luego hacia la gran sala desierta que había a la derecha del mostrador.

—Esto no me gusta nada —dijo Lucía mirando también a su alrededor —. ¿Hay algún cliente que haya llegado poco después de nosotros? —le preguntó a la recepcionista, que acababa de aparecer.

La joven consultó la pantalla de su ordenador con aire contrito.

—No, nadie… Ustedes son los últimos clientes de hoy…

Lucía volvió a escudriñar el vestíbulo y la sala, con un repentino sentimiento de vulnerabilidad.

—Nadie está al corriente de que estoy aquí. Es posible que ese individuo nos haya seguido desde Graus, o incluso desde antes. Voy a tener que revisar mi teléfono y mi coche, y tú también; quizá nos ha puesto un localizador.

—Se siente fuerte. Nos propone un reto. Tiene una necesidad casi obsesiva de poder y de control —observó Salomón—. Se cree omnipotente y más astuto que nadie. Eso es algo positivo. Acabará cometiendo un error.

A pesar de aquellas palabras, su tono no reflejaba el mismo aplomo, y su expresión dejaba traslucir su inquietud.

Lucía salió a la calle y Salomón la siguió. Echaron un vistazo a los alrededores. Eran casi las doce de la noche; todo estaba solitario y en calma.

—Mañana reflexionaremos sobre todo esto —zanjó ella volviendo a

entrar en el hotel—. Esta noche tenemos que encerrarnos en nuestras habitaciones e intentar dormir. Si oyes algo sospechoso frente a tu puerta, me llamas, a la hora que sea. Sobre todo no te lo pienses dos veces. Tú mismo lo has dicho: ha venido hasta aquí. Y es posible que aún no se haya ido.

—Gracias por tranquilizarme —ironizó él—. Buenas noches, Lucía.

«Cuando haya descubierto lo que tenemos en común, le faltará poco para descubrirme a mí…»

Bajo la lámpara de la mesita de noche, aquella frase se abalanzaba sobre Lucía cada vez que leía la carta. Apoyada en la cabecera de la cama, arrellanada entre esas grandes almohadas blancas que olían a limpio, miraba la bolsa transparente que contenía la hoja de papel.

¿Qué se proponía ese individuo? ¿A qué puntos en común se refería? ¿Pretendía tan sólo engatusarla, despistarla, o hablaba en serio?

«Aquí lo importante no es lo que usted pueda ver, Lucía, sino su propia mirada. ¿Qué es lo que está mirando?»

¿Y eso qué quería decir? ¿Qué era lo que ella veía? Unas parejas felices asesinadas por un individuo enfermo y resentido. ¿Qué era lo que no veía? ¿En qué dirección habría tenido que mirar?

Aparte, estaba aquella cita.

«Tú eres mi dolor y mi crimen: mi diestra debe llevar inscrita tu muerte. Yo soy el responsable de tu destrucción. Y sin embargo, ¿cuál es mi culpa, a menos que jugar pueda llamarse una culpa, a menos que también amar pueda llamarse una culpa?»

La había buscado en vano en internet, que le había escupido el Código Penal y las obras completas de un tal Francisco Martínez de la Rosa. Los fragmentos propuestos sólo tenían un lejano parecido con el suyo.

Consultó el teléfono, sin poder reprimir un bostezo.

La una de la madrugada. El nerviosismo y el contenido de la carta la habían mantenido despierta, pero ahora el cansancio tomaba el relevo y la bajada de adrenalina le provocaba tal estado de extenuación que apenas podía mantener los ojos abiertos. De repente miró hacia la puerta, situada en la salita contigua, a unos ocho metros de su cama. Unos pasos en el pasillo… ligeros, discretos… ¿Eran imaginaciones suyas o alguien se había detenido delante de su habitación? En medio del silencio reinante clavó la vista en la puerta, segura de haber echado el cerrojo. El corazón le dio un vuelco cuando oyó que alguien trataba de girar una llave en la cerradura.

Ya había abierto el cajón de la mesita y apoyado la mano izquierda en su arma cuando se oyó una voz de mujer, pastosa por el alcohol:

—Que no es esta habitación, idiota…

Resoplidos, risas ahogadas, silencio… Luego la mujer volvió a hablar bajando la voz, aunque Lucía la entendió perfectamente:

—¿Quieres que lo hagamos aquí?

«Joder, sólo falta que se pongan a follar delante de mi puerta…»

Finalmente la pareja se alejó. Lucía oyó cómo hurgaban con la llave en la cerradura de la habitación de al lado. Entonces se levantó y se fue al cuarto de baño. En el neceser encontró un medicamento para la migraña y otro para la acidez. También cogió un somnífero y unos tapones para los oídos, con la esperanza de poder dormir un poco. Por desgracia, no tenía nada para combatir las pesadillas.

32

Domingo por la noche

Por los cascos sonaba un tema de My Chemical Romance. Gerard Way cantaba *I don't Love You* en un tono deprimente. En la tienda de campaña Ulysses Joyce paró la música. Era tarde y tenía sueño. Justo en ese momento oyó otro ruido.

Se quitó los voluminosos cascos blancos. Aguzó el oído. Nada. Ni el más mínimo sonido.

Iba ya a dejar los cascos sobre la barriga para reclinar la cabeza en la pequeña almohada colocada en el interior del saco de dormir y cerrar los ojos cuando oyó el sonido inconfundible de unos pasos que subían por las escaleras en dirección a la planta baja, delante del laboratorio de Criminología.

¿A las dos de la madrugada…?

A esa hora nunca había nadie allí abajo. La única excepción había sido Alejandro, que lo había acompañado durante las largas noches que habían dedicado a desarrollar el proyecto DIMAS.

Se irguió en la cama plegable que utilizaba cuando se quedaba trabajando hasta muy tarde y no le apetecía atravesar la desierta ciudad a pie. En esos casos sólo se quitaba los zapatos y dormía vestido. Su pulso se aceleró un poco. Un segundo después estaba sentado en el borde de la cama.

Salió de la tienda alumbrándose con el teléfono. Al cabo de un par de segundos había encendido los fluorescentes y abierto la puerta del laboratorio que daba al pasillo y a la escalera.

El sótano estaba a oscuras, pero había luz en la planta superior. Eso era totalmente irregular… «Calma, Ulysses, quizá sea… ¿Qué? ¿Un fantasma que sabe encender la luz? Nunca hay luz a esta hora y tú lo sabes…»

El joven estudiante subió las escaleras a la carrera.

Y llegó al espacio comprendido entre el gran patio bañado por la luz azulada de la luna, al otro lado de la pared de cristal, y el pasillo de las aulas. A través del cristal, la hierba rasa brillaba en el claro de luna y la gran secuoya proyectaba su afilada silueta hacia las estrellas.

Al verse vencido por el pánico, Ulysses se rió de sí mismo. ¿De qué tenía miedo, al fin y al cabo? Cuando estaba a punto de volver a bajar

por la escalera, oyó el ruido de nuevo.

«Mierda, ¿qué ha sido eso?»

El sonido provenía del fondo del pasillo que había tras él, de una de las aulas. Ulysses se dio la vuelta y enfiló el pasillo tenuemente iluminado. Sus pasos resultaban un tanto escandalosos en aquel absoluto silencio. Habría preferido que hubiera ruido, mucho ruido, pero en el edificio no quedaba nadie, aparte de él y de… En fin, de quien fuera que hubiese producido esos sonidos, naturalmente. Siguió avanzando por el pasillo, con la garganta cada vez más seca. La puerta de una de las aulas estaba entreabierta. El resquicio era de unos centímetros.

«Genial. ¿Y ahora qué hacemos?», pensó.

La aprensión era un ente vivo en la boca de su estómago. Empujó despacio la puerta…

Y se paró en seco, sintiendo un escalofrío en las cervicales: allí al fondo había alguien…

Sobre la tarima. Sentado a la mesa de los profesores, de cara a las hileras de asientos vacíos y aureolado por el débil resplandor de una lámpara que en ese momento constituía la única luz encendida en el aula.

Inclinado sobre unos papeles, quien fuera que estuviera allí levantó bruscamente la cabeza y miró hacia él, con una tenue sonrisa en los labios. Unos ojos grises tras los cristales de las gafas… Unos ojos… vibrantes.

—Buenas noches, Ulysses. ¿Aún no te has acostado?

Era el profesor Alfredo Güell.

—Eh… buenas noches, profesor… No, es que… estaba trabajando en el laboratorio.

—Somos dos aves nocturnas, ¿eh? —dijo con suavidad el profesor, con la cara deformada por una ligera mueca y sin despegar sus ojos grises de Ulysses.

El profesor se levantó, miró su bonito Omega Speedmaster y recogió sus papeles. Alfredo Güell enseñaba, entre otras materias, Evaluación Psicológica Legal en el quinto semestre, Psiquiatría Legal en el sexto y Delitos Sexuales en el octavo. Sus clases eran apasionantes, pero Ulysses consideraba que sobreactuaba demasiado y que sus ocurrencias no eran tan divertidas como las de Salomón. Rondaba los cincuenta años. Era alto, delgado y ancho de hombros. Algunas estudiantes lo encontraban guapo y otras, francamente horripilante. Esa noche llevaba vaqueros y un jersey negro de cuello alto.

—Es tarde, creo que voy a irme ya —dijo el profesor poniéndose su abrigo de lana de buena factura—. ¿Siempre rondas por los pasillos a horas tan intempestivas?

Ulysses se armó de valor.

—¿Ha sido usted el que… ha bajado al sótano?

—¿Cómo?

—Hay alguien que acaba de bajar…

La mirada gris volvió a vibrar detrás de las gafas. Los ojos estaban, sin embargo, desprovistos de luz, como vacíos. En ellos no había ni rabia, ni humor, ni simpatía, más bien… indiferencia.

—¿Por qué iba a bajar al sótano en plena noche, dime?

—Era sólo una pregunta, disculpe.

—¿Para… espiaros a ti y a tu grupo? ¿Es eso?

La voz vibraba también… como la cuerda grave de una guitarra.

—¿Es eso lo que piensas, mi joven Ulysses?

—No, por supuesto que no.

Güell empezó a subir los peldaños entre las hileras de asientos en dirección a él, sin dejar de escrutarlo, con el maletín de cuero claro bajo el brazo.

—¿Estás seguro?

—Buenas noches, profesor.

Ulysses se apresuró a salir y se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

Rebeca Gracián Sixto estudiaba Física Teórica en la Facultad de Ciencias de la USAL. Tenía dos pasiones: la Física Fundamental y la fiesta. Acababa precisamente de consagrarse durante unas horas a esta segunda disciplina cuando llegó a su exiguo cuarto hacia la una de la madrugada. No estaba tan borracha como para no poder caminar derecha, pero sí lo bastante achispada como para verse obligada a efectuar tres tentativas antes de introducir la llave en la cerradura.

Pensó en el famoso principio de incertidumbre de Heisenberg, según el cual es posible medir con suma precisión cada propiedad —velocidad o posición— de una partícula, a condición de renunciar al conocimiento de la otra propiedad. Soltó una risita pensando que ése era su problema actual: asociar la velocidad de desplazamiento de la llave con la posición de ésta con respecto a la cerradura.

Sus ganas de reír no duraron mucho.

Alguien acababa de empujarla con fuerza por la espalda en el momento preciso en que por fin consiguió abrir, de modo que la joven se precipitó hacia el interior. Por espacio de un segundo se acordó de la segunda ley de Newton: «El cambio de movimiento es directamente proporcional a la fuerza motriz impresa y se produce en línea recta a lo largo de la cual aquella fuerza se imprime.»

Si en ese instante seguía divirtiéndose con la situación, era porque aún creía que se trataba de una broma de uno de los estudiantes del edificio.

Pero el vértigo se apoderó de ella cuando oyó una voz extraña y aguda que le susurraba al oído: «No grites, no te resistas o te mato.» Se quedó paralizada, sin una sola molécula de energía. Sólo le quedaba el miedo, que no es ni una energía ni una fuerza, sino más bien, en aquel

caso, una privación de ambas.

Tragó saliva. Ahora sólo oía los latidos de su corazón. Unas manos la palpaban a través del jersey y los vaqueros, y podía sentir un aliento cálido que le acariciaba el pabellón de la oreja y la presencia de un cuerpo alto y alargado que se había pegado al suyo.

Petrificada de terror, Rebeca pensó en aquella otra teoría denominada «entrelazamiento cuántico», según la cual, cuando dos objetos cuánticos entran en contacto, sus estados cuánticos respectivos se entrelazan, y a partir de ahí sus destinos permanecerán también imbricados, sea cual sea la distancia que los separe en un futuro. Rebeca sospechó que eso mismo se iba a aplicar a su cuerpo después de lo que iba a ocurrir.

Porque aquello tenía un nombre: violación.

El individuo que estaba detrás de ella, que no presentaba la menor semejanza con un objeto cuántico, la arrojó de bruces a la cama. Rebeca gritó, pese a todo. Al diablo las amenazas. No quería morir, pero tampoco quería que la violaran. En ese mismo momento alguien aporreó la puerta y sonó una voz en el rellano.

—¡Rebeca! ¡Rebeca! ¿Qué está pasando?

El hombre la había soltado.

—¡Luis! —chilló la estudiante.

La puerta se abrió de golpe. Luis, su vecino de enfrente, un estudiante de Química de su misma edad, irrumpió en el cuarto.

—¡Ha intentado violarme! —gritó Rebeca, señalando la ventana abierta.

El estudiante de Química se precipitó hacia la ventana. Daba a un largo balcón de la planta baja, y vio a un tipo que saltaba del balcón al patio inferior. Sin pensárselo dos veces, el joven se lanzó tras él y corrió hacia la barandilla. El desconocido corría ya hacia la verja abierta, que daba a la calle Caldereros.

Luis titubeó. Había una altura considerable, de cuatro metros por lo menos. Al final se decidió y, tras franquear la barandilla, se arrojó al vacío. Aterrizó sin problemas en el asfalto del patio, flexionando las piernas, y se lanzó a perseguir al violador.

Sabía que en ese instante circulaba por sus venas un torrente de moléculas $C_9H_{13}NO_3$, es decir, de adrenalina. Eso comportaba un incremento de la presión arterial y del volumen de la sangre propulsada con cada latido de su corazón, además de una dilatación de los bronquios, que se traducía en un aumento de energía.

«No te me vas a escapar, cabrón», pensó Luis, que al margen de sus estudios de Química practicaba atletismo.

El fugitivo había torcido a la derecha al final de la callejuela a toda velocidad. «Ese tipo es un buen corredor», apreció Luis sin ceder un ápice de terreno, aunque tampoco lograba acortar distancias. Un poco más adelante su presa se desvió por la estrecha calle de Varillas, con sus grafitis de colores que representaban a David Bowie, Prince y también a

un astronauta guitarrista. Llegaron sin flaquear, uno detrás del otro, a la plaza del Mercado, en cuyo extremo noroccidental la silueta encapuchada subió a la carrera por unas escaleras que conducían a la plaza Mayor, antes de deslizarse bajo sus soportales y meterse por el pasaje que comunicaba con la calle Zamora.

«Mierda, ¿este tipo es un maratoniano o qué?»

Luis sabía que él disponía de una reserva de energía almacenada en el hígado y los músculos, el glucógeno, que estaba compuesto por una cadena de moléculas de glucosa. Ese glucógeno constituía el carburante de los músculos en situaciones de esfuerzo intenso y era la principal fuente de energía del sistema nervioso. Puesto que las reservas de glucógeno dependían del nivel de entrenamiento, la incógnita era si el individuo al que perseguía estaba más o menos entrenado que él.

Siguieron corriendo unos doscientos cincuenta metros más, y los dos atravesaron la plaza de los Bandos y pasaron por delante del monumental edificio del Banco de España. Poco después su presa abandonó bruscamente la calle torciendo a la derecha. Luis se adentró a su vez por el estrecho callejón y fue a parar a una plazoleta romboidal, frente a la asombrosa fachada de azulejos blancos y grises de la escuela de Bellas Artes de San Eloy. En la plaza había cinco farolas y un banco, y ni una sola alma. ¿Dónde demonios se había metido? La librería Letras Corsarias —que debía su nombre a una obra de Pier Paolo Pasolini, aunque él, en su condición de estudiante de Química y no de letras, lo ignorase— estaba cerrada a esa hora. Había otra salida en el otro extremo de la plaza. Luis se dirigió hacia ella y desembocó en el cruce de la calle Vázquez-Coronado.

Por allí tampoco había nadie a la vista. Ante él se abrían tres posibilidades: a la derecha, a la izquierda y en línea recta.

Recobró el aliento, apoyando las manos en las rodillas. El muy cabrito estaba en forma. Le había perdido la pista… Por un instante se preguntó qué habría hecho si hubiera logrado alcanzarlo. Hasta ese momento ni siquiera se lo había planteado. ¿Qué habría ocurrido si el fugitivo se hubiera detenido y hubiese sacado un cuchillo? ¿Se habría enfrentado a él o lo habría dejado huir? Mejor olvidarlo… Ya no valía la pena pensar en eso: el tipo se había esfumado.

Oculto bajo el soportal del número 22, con la espalda pegada a la puerta de hierro forjado, el fugitivo jadeaba, con los pulmones abrasados y la cara bañada en sudor.

«Dios santo, esta vez ha faltado poco…»

Menos mal que salía a correr dos veces por semana… En los próximos días iba a tener que extremar las precauciones. Tenía que dejar pasar un tiempo antes de volver a actuar.

Se palpó la muñeca derecha. Se la había torcido al aterrizar en el

patio, pero se había olvidado del dolor al ver que ese tipo iba a por él. Ahora, sin embargo, el dolor se manifestaba como una palpitación incandescente que le recorría el antebrazo de arriba abajo.

Esperó a que se hubieran alejado los pasos para salir de su escondite. El letrero luminoso de la farmacia de al lado marcaba tan sólo tres grados, pero él estaba empapado. Además, tenía flato.

Se puso en marcha muy despacio, en medio de la noche salmantina, como una sombra entre las sombras, sudoroso y solitario.

33

Lunes por la mañana

Lucía salía de la ducha con una toalla blanca cubriéndole los pechos cuando sonó su móvil. Se acercó a la mesita y miró la pantalla.

«Mierda, es Samuel…»

—Álvaro se ha vuelto a pelear —le anunció su ex en cuanto ella presionó el botón verde.

La noticia le cayó como un arañazo en la cara.

—Se peleó en el patio. Esta vez, por lo visto, fue él quien empezó. Álvaro dice que los otros le provocaron y se niega a hablar del asunto. Tengo que ir a ver al director de la escuela hoy mismo, pero ya he hablado con él por teléfono. Quiere que Álvaro vea a un psicólogo.

—¿Qué vas a hacer?

—Qué vamos a hacer, querrás decir. Te recuerdo que también es tu hijo…

—Lo del psicólogo no me parece mala idea. Conozco a uno que…

Samuel lanzó un suspiro.

—Ya me lo imagino. Álvaro no es un delincuente, Lucía. No necesita que hurguen en su cerebro, sólo necesita que lo escuchen…

—Eso ya lo sé, Samuel.

—El director también me ha preguntado otra cosa: si Álvaro veía a menudo a su madre. Yo le he respondido que no.

Sintió un ardor corrosivo en el estómago y una oleada de tristeza enorme que casi le quitó la respiración.

—Pásamelo —pidió en voz baja.

—No tenemos tiempo. Ahora lo estoy llevando a la escuela. Esta noche, si quieres… Ah, y para que lo sepas, Álvaro te reclama cada vez más…

En sus labios afloró una sonrisa al oír aquellas palabras.

—Cada vez que le aviso de que vas a venir el fin de semana y luego tengo que decirle que no vendrás, me obligas a hacerle daño, ¿lo entiendes? Al final ya no sé si la solución es que lo veas más o que lo veas menos…

Una oleada de culpa recorrió el pecho de Lucía.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a veces me da por pensar… y creo que él también

lo piensa sin querer en ciertos momentos… que casi sería mejor para todos si desaparecieras de nuestras vidas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Te das cuenta de lo bestia que acabas de ser?

—Ya me da igual lo que tú sientas, Lucía. Lo único que me preocupa es lo que siente nuestro hijo. Mi hijo. Porque si no hubiera estado presente en el parto, casi podría pensar que su madre es otra…

—¡Eres un hijo de puta, Samuel!

—No, sólo soy un padre.

Samuel colgó sin añadir nada más. Lucía estuvo a punto de estampar el teléfono contra la pared, pero se contuvo, pensando que era precisamente ese tipo de reacciones impulsivas las que le habían destrozado la vida. ¿Acababa haciendo daño, sin quererlo, a todas las personas con las que se relacionaba? Adrián, Sergio… Álvaro… Rafael…

Sin poder contener las lágrimas, recordó el día que nació su hijo. Sus piececillos, sus manitas, su boquita… Sus minúsculos dedos, delicados, infinitamente frágiles… Y esos ojos enormes que la miraban… A ella y a nadie más.

«Álvaro, mi niño, recuerdo perfectamente el día que naciste. Tú no te acuerdas, pero yo sí. Me acuerdo por los dos. Soy tu memoria tanto como la mía. Me acuerdo de todo, Álvaro, de cada instante, de cada momento…

»Siento mucho no ser una buena madre, o incluso no ser siquiera una madre. Tu padre tiene razón. Debería haberte dado prioridad sobre todas las cosas. Sobre mi carrera, sobre mi trabajo… Te prometo que, en cuanto termine esta investigación, estaré más presente. Voy a cambiar… Sí, Álvaro… Voy a cambiar por ti.»

¿De verdad lo creía? ¿De verdad creía que iba a hacerlo?

¿Cuántas veces se había hecho ya ese tipo de promesas?

Entró en la sala donde se servía el desayuno y comprobó que Salomón aún no había bajado. Se dirigió a una mesa sin apenas prestar atención a la chica que la había recibido en la entrada, y dejó el voluminoso expediente a su lado.

—¿Té, café? —preguntó un camarero.

—Café, sin leche ni azúcar, gracias.

Su pierna se agitó bajo la mesa. Tenía el alma en los pies, al borde de la implosión. Por un segundo estuvo tentada de irse al gimnasio, en caso de que hubiera uno, claro… Necesitaba machacarse en las máquinas… Pero justo entonces vibró una señal en su móvil. Lo consultó. Un mensaje de Adrián: «Llámame en cuanto puedas.»

Dejó la taza en la mesa con tanto ímpetu que derramó un poco de café en el mantel blanco, atrayendo las miradas de la gente. No había escrito «No he encontrado nada», ni «Quizá he encontrado algo»… No: el

mensaje era «Llámame en cuanto puedas».

De modo que lo llamó.

—¿Adrián?

—¡Hola! He estado investigando lo que me pediste. Ya ves que me he dado prisa.

Su excitación despertó su curiosidad de inmediato.

—¿Y?

—He averiguado de dónde salen esas escenas, Lucía. Es francamente increíble.

• • •

Al entrar en el comedor, Salomón Borges vio a la teniente Guerrero sentada a una mesa. Ella le hizo un gesto con la mano y a él se le aceleró un poco el pulso. Estaba hablando por teléfono —o más bien escuchando a alguien—, y por el entusiasmo que reflejaban sus bonitas facciones y el brillo de sus ojos era fácil deducir que había novedades.

Tras saludar a la joven de la entrada, Salomón se acercó a la mesa de Lucía y se sentó delante de ella.

—Despacio, Adrián… —estaba diciendo—. Explícame cómo lo has conseguido. Háblame como a un niño de seis años, o como a alguien que no sabe nada de arte.

Salomón tragó saliva. «Adrián ha encontrado el origen de los cuadros…»

—Lo que me dijiste ayer por teléfono me hizo pensar enseguida en las pinturas del Renacimiento o del Barroco. Al ver la postura de los cuerpos de las fotos que me enviaste, su actitud lánguida y las telas de color rojo y verde, quedé aún más convencido —explicó Adrián Sanz al otro lado de la línea—. También habría podido corresponder a otro periodo, claro, pero no sé… en la pintura de esa época hay cierta poesía en los cuerpos, una pasión por la anatomía y las poses dramáticas…

«¿Va a darnos una clase de historia de arte a las ocho de la mañana?», pensó Lucía, inclinada sobre la mesa, al igual que Salomón, para escuchar el teléfono que había colocado entre ambos. Había otros clientes desayunando en las mesas vecinas y no se atrevía a poner el altavoz.

—Adrián… —lo interrumpió.

—Sí, bueno… En fin, introduje imágenes de ambas escenas en Google e hice una búsqueda.

«¡Por Dios! ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Era evidente!», se dijo ella.

—Y el buscador me respondió que una de las fotos escenificaba la muerte de Jacinto, un tema proveniente de las *Metamorfosis* de Ovidio, y

me propuso otras imágenes parecidas. La primera era de un cuadro que se encuentra en Madrid, en el Thyssen, pero la posición de los cuerpos no encaja. Todavía no he encontrado una obra que se corresponda exactamente con las composiciones de las fotos, pero estoy convencido de que existe y de que las escenas recreadas en ambos crímenes están extraídas de las *Metamorfosis* de Ovidio. Fueron la principal fuente de inspiración de los pintores del Renacimiento y del Barroco, junto con la Biblia. También busqué si existía algún catálogo que reuniera obras pintadas a partir de las *Metamorfosis*, y encontré un libro que recopila unos doscientos cuadros pintados en Italia, España, Francia y los Países Bajos entre finales del siglo XVI y principios del XVIII; doscientos cuadros que bebieron de esa misma fuente: *Las «Metamorfosis» y el arte barroco*, de Arístides de Artiñano. Recibiré un ejemplar dentro de poco.

—Has hecho un trabajo excelente, Adrián —lo felicitó Lucía—. De todas formas, aún tenemos que averiguar por qué eligió esos cuadros…

—Eso ya es cosa vuestra, aunque no dejaré de pensar en ello, por supuesto.

Después de darle las gracias y colgar, Lucía se quedó mirando a Salomón. El profesor fruncía tanto el ceño que casi se le juntaban las cejas.

—Ese Adrián no es sólo un colega, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso? —contestó, entre sorprendida y molesta por aquella intromisión.

—Algo en tu forma de dirigirte a él… Perdona —añadió advirtiendo su irritación—, no es asunto mío. Concentrémonos en la información que nos ha dado. Es un descubrimiento muy importante, Lucía. Es posible que la cita final de la carta provenga también de las *Metamorfosis* de Ovidio. ¿Las has leído?

Lucía negó con la cabeza.

—Aparte de manuales de criminología, leo poca cosa.

Salomón esbozó una sonrisa y enseguida volvió a ponerse serio.

—En eso no nos parecemos. Tal como ha dicho… eh… Adrián… esas *Metamorfosis* fueron una de las principales fuentes de inspiración de los artistas del Renacimiento. Ovidio sacó el tema de sus historias de la mitología grecorromana. Hay que tener en cuenta que los dioses griegos y latinos eran igual de violentos, lujuriosos, envidiosos y perversos que nosotros. Eran un reflejo de los seres humanos. Por eso los relatos de las *Metamorfosis* están llenos de adulterios, crímenes, incestos, celos, venganzas y castigos crueles.

Removió el café con la cucharilla.

—En cuanto a Ovidio, el hecho más conocido de su vida es su exilio lejos de Roma, y aun así se trata de una de las cuestiones más misteriosas de la Antigüedad. Ovidio era un poeta adulado y famoso. En esa época, en Roma, los poetas gozaban de tanta popularidad como los actores de hoy en día. Sin embargo, en el año 8 de nuestra era fue

desterrado de manera fulminante por orden del emperador Augusto, y no a cualquier sitio, sino a los confines del mundo conocido, a Tomis, una aldea siniestra, oscura y glacial, donde la gente no hablaba latín y era mucho menos refinada que los romanos. Tomis se encontraba en lo que hoy en día es el este de Rumanía, en la costa del mar Negro. De la noche a la mañana Ovidio debe, pues, abandonar a su esposa, su familia y sus amigos, dejar atrás todos sus bienes y sus propiedades, su agradable vida romana y su carrera, y marcharse en un barco con destino a esos territorios lejanos en los límites del imperio. Nunca regresó a Roma. Murió en el exilio, solo, lejos de los suyos y de su casa, como un perro. Allí escribió unas cartas que se cuentan entre las más conmovedoras y desgarradoras de toda la literatura. Están reunidas en dos recopilaciones, las *Tristes* y las *Pónticas*, porque la remota región donde estaba desterrado se llamaba por aquel entonces Ponto Euxino.

Fijó la vista en el fondo de su taza. Lucía advirtió que estaba emocionado, como si, después de tantos siglos, siguiera conmoviéndole el terrible castigo infligido por el emperador Augusto al desdichado poeta.

—Esas cartas son gritos de dolor, de desesperación. Son también súplicas, porque en ellas suplica a sus antiguos amigos que lo ayuden a recuperar el favor de Augusto, para regresar a Roma o, al menos, para lograr que el emperador lo destierre a un lugar menos horrible. En Tomis los inviernos son largos y rigurosos, los ríos quedan helados, la nieve… que lo romanos apenas conocen… cubre los techos y las murallas. El comportamiento de sus gentes es violento y la guerra con las hordas bárbaras vecinas es incesante y llega incluso a las puertas de la ciudad. En resumidas cuentas, para Ovidio Tomis era un verdadero infierno.

Se la quedó mirando un momento.

—El exilio de Ovidio es uno de los acontecimientos más enigmáticos de la Antigüedad. ¿A qué se debió semejante castigo? Oficialmente fue para castigarlo por la inmoralidad del *Arte de amar*, pero este poema elegiaco había sido publicado siete años antes sin suscitar el menor problema. En realidad se cree que quizá no fue ésa su única falta, que debió de haber incurrido en otra mucho más grave a ojos del emperador para merecer tal castigo. No obstante, dicha falta se mantuvo en el más estricto secreto. El único rastro que se ha conservado es la alusión que el mismo Ovidio hace en sus cartas a esa segunda falta, más grave que la primera pero involuntaria, y que sería según él el verdadero motivo de su exilio. Lo que escribió fue más o menos esto: «Me castigan porque mis ojos vieron algo sin querer y mi único error es haber tenido ojos.» Sin duda tenía que ser algo relacionado con el emperador Augusto… El misterio que envuelve este asunto acumula desde hace dos mil años un sinfín de conjeturas entre los especialistas de la Antigüedad, incluidos los de la USAL…

Apuró el café y dejó la taza en la mesa.

—Es posible que el asesino haya sufrido a su vez alguna forma de exilio —aventuró—, que la lectura de Ovidio fuera un reflejo de su propio alejamiento. Eso se traduciría en que nuestro hombre quizá se había sentido, de algún modo, desterrado en Graus. Una zona aislada, lejos de las grandes ciudades, en el extremo norte de España y de Aragón…

Lucía miraba con atención a Salomón. La Antigüedad nunca la había apasionado, pero el criminólogo sabía exponer las cosas con mucho entusiasmo. Seguro que él y Adrián se habrían entendido de maravilla hablando de arte, libros viejos y civilizaciones antiguas.

—Deberías investigar a todas las personas que llegaron al pueblo o a la zona poco antes del doble asesinato de los túneles… —prosiguió.

Ella seguía mirándolo. Acababa de caer en algo, una imagen, un recuerdo que se había esfumado apenas había salido a la superficie.

—Aunque es posible que esas puestas en escena no remitan a la vida de Ovidio, sino sólo a las *Metamorfosis* —sugirió el académico—. El asesino nos habla en realidad de su propia transformación, del ser en que se ha convertido: un monstruo.

Iba a añadir algo, pero se calló de golpe. Lucía adivinó en su mirada que acababa de tener una idea.

—¿Tienes ahí el expediente del último doble asesinato, el de Benalmádena?

El profesor dio unos golpecitos a la gruesa carpeta de encima de la mesa.

—Leí las actuaciones del caso que introdujeron en DIMAS los agentes de la Guardia Civil que lo alimentan desde hace dos años —explicó—. Si no me falla la memoria, se hacía referencia al ocupante de la casa de al lado, al que durante mucho tiempo consideraron sospechoso. Era alguien que la había alquilado para pasar las vacaciones y que vivía allí en la época en que mataron a los ingleses. Nunca pudieron determinar quién era esa persona. Aunque durante mucho tiempo fue el sospechoso principal, no consiguieron localizarlo. Había dado, sin duda, una identidad falsa. ¿Puedes mirar si hay una copia del contrato de alquiler de la casa en ese expediente?

Lucía rebuscó un momento entre los papeles, hasta encontrar la copia del contrato de alquiler.

—Naso. El vecino desconocido escribió Naso en el contrato. Un nombre falso, evidentemente. No se encontró correspondencia con ese nombre.

Salomón asintió con firmeza.

—Publius Ovidius Naso, ése era el verdadero nombre de Ovidio. El asesino es, efectivamente, el individuo que alquiló la casa de al lado antes de desaparecer. Esta vez no cabe la menor duda, Lucía. Tu amigo tiene razón. Nuestro hombre se inspira en Ovidio y en las *Metamorfosis*.

Y está claro que quería que nos percatáramos de ello, porque ha dejado indicios por todas partes. Nos está manejando a su antojo desde el principio. Juega con nosotros como lo haría un prestidigitador con su público. Sabe quiénes somos… y lo que hacemos.

Se quedaron callados un momento. Un poco después Lucía se levantó y el criminólogo la imitó. Mientras se dirigían a la salida, ella lo agarró del brazo. Había recordado por fin esa imagen… más clara, más precisa.

—He visto ese libro en alguna parte… el de las *Metamorfosis* —dijo.

Salomón se volvió hacia ella.

—¿Dónde?

Lucía se concentró.

—En Graus… ¡En casa de César Bolcán!

—¿Estás segura?

—¡Segurísima! Mucho me temo que vamos a tener que desandar el camino. Sabemos que fue allí donde empezó todo… Quizá sea también allí donde termine…

34

Lunes por la tarde

Seis horas después llamaban al interfono de la calle Prior. Esta vez no se habían detenido para comer, habían hecho el viaje del tirón, cruzando la meseta y las llanuras aragonesas. Lucía había intentado en tres ocasiones comunicarse por teléfono con César Bolcán, pero no había tenido éxito. Siempre le salía el contestador.

El cielo estaba gris, nublado, las calles igual de sombrías que la vez anterior, cuando llamaron al timbre del interfono. Lucía pensó en aquella siniestra aldea llamada Tomis, situada en los confines del mar Negro. El lugar donde habían desterrado a Ovidio en el año 8. Ella necesitaba la ciudad, el bullicio, las multitudes y los coches para sentirse viva. Hasta las zonas industriales le parecían más alegres que la naturaleza en estado puro. No era una visión muy ecologista, desde luego.

Volvieron a llamar, pero no hubo respuesta. Una anciana menuda, con la cara surcada por un amasijo de arrugas, salió de la puerta del edificio de al lado.

—¿Buscan a César?

—Sí. ¿Sabe dónde está? —dijo Lucía.

—Se fue ayer a la finca, con Ángel.

—¿Qué finca? —preguntó Lucía enseñándole la placa.

—La que tienen allá arriba, en el monte —les explicó la anciana, haciendo un gesto vago hacia el norte y las montañas que debía de haber por ese lado, más allá de las casas—. Hay que coger la carretera de Benasque y luego desviarse en dirección a Panillo. Al cabo de unos kilómetros, a la derecha van a ver una pista de tierra que baja hacia Ejep. La finca está un poco más adelante. No tiene pérdida. Es la única casa en varios kilómetros a la redonda.

—Gracias —dijo Lucía.

Se quedó mirando a la anciana, que se alejaba con una bolsa de la compra bajo el brazo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Salomón.

—No sé… —contestó Lucía con expresión contrariada.

—¿Estás segura de haber visto las *Metamorfosis* en su casa?

Lucía no respondió de inmediato. Le entraron dudas. Su pulso se

había acelerado.

—Tenemos que saberlo a ciencia cierta —dijo finalmente.

—No nos queda otra que preguntárselo a él —propuso Salomón.

La imagen de Sergio pegado a la cruz, con la cara mirando al cielo, se coló en sus pensamientos y suspiró.

—Ahora vuelvo —dijo Lucía—. No te muevas.

Fue al coche, abrió el maletero y cogió una pequeña funda. Dentro guardaba unas herramientas que no utilizaba desde hacía años… Había creído que no volvería a usarlas nunca más. Pero, si esto último era cierto, ¿por qué las había dejado allí, en el fondo del maletero del coche, pese a que su uso era contrario a todos los reglamentos y podría acarrearle un cese fulminante? No lo sabía. La funda se la dio un ladrón al que detuvo años atrás: sin duda era un regalo envenenado. «No tendré oportunidad de usarlo allí adonde voy», le había dicho el delincuente con un guiño al entregarle el kit de ganzúas. Ella lo había utilizado una sola vez en toda su carrera, cuando sospechó que un violador múltiple había secuestrado a una adolescente desaparecida a dos calles de la suya. El juez le había denegado la orden de registro con el argumento de que no había indicios suficientes. Espoleada por la urgencia, convencida de que la pobre chiquilla estaba en esa casa y decidida a acabar con su sufrimiento, había esperado a que su ocupante se fuera a trabajar para colarse en el edificio. Recibió una llamada mientras registraba de arriba abajo el domicilio del sospechoso: acababan de encontrar el cadáver de la chica en un vertedero… a veinte kilómetros del lugar donde se encontraba ella. En ese instante se arrepintió de haberse colado en la casa, pero apenas unos segundos después vio unas braguitas de la talla 34 manchadas de sangre en la cama del hombre. Lucía se acordó de lo que había dicho la madre de la chica: tenía la regla el día de su desaparición. Llamó en el acto al equipo que se encontraba en el vertedero. «¿Lleva bragas?», preguntó. La respuesta le cayó como una losa: no, era la única prenda de vestir que faltaba.

—¿Eso es legal? —preguntó boquiabierto Salomón cuando la teniente se puso los guantes para introducir una ganzúa en la cerradura, después de haber echado un último vistazo a la callejuela desierta.

En apenas un minuto ya estaban dentro. En el vestíbulo reinaba un silencio absoluto, revestido de sombra y polvo. Lucía le tendió unos guantes a Salomón, que dudó antes de colocárselos. Luego subieron las escaleras y enfilaron el pasillo de la primera planta. No había el menor ruido en la casa. Las mismas estanterías cargadas de libros de encuadernaciones antiguas, las mismas cortinas pesadas, el mismo parquet que rechinaba bajo sus pasos, el mismo olor a cera, a tinta y a vejez.

—Ahí está —dijo de pronto Salomón.

Extrajo un libro de los estantes y, con la débil luz que entraba por las ventanas, se lo enseñó a Lucía:

EX P. OVIDII NASONIS
METAMORPHO
SEΩN LIBRIS XV
ELECTORVM
LIBRI TOTIDE
VLTIMO INTEGRO

Una edición antigua. En latín.

—No es ésa la que vi. Yo no sé nada de latín y seguro que no lo habría reconocido. Por lo visto, tiene varias ediciones… —añadió Lucía, recordando la que había visto en el sillón.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Salomón, algo indeciso.

—Lo registramos.

Le señaló los cajones que había debajo de los estantes de la biblioteca.

—¿Y si vuelve de la finca?

—Se nos va a caer el pelo.

Los primeros cajones no aportaron nada. Facturas, extractos bancarios, listas de la compra, pañuelos de papel, bolígrafos, pilas, bombillas LED, recetas, cajas de medicamentos…

En otro de los cajones Lucía descubrió una serie de fotos en blanco y negro que acercó a una de las lámparas.

Eran viejas fotografías de procesiones religiosas. Varios nazarenos cargando una imagen de la virgen; ancianas que gritaban, lloraban y se tiraban del pelo como si revivieran la pasión de Cristo; una joven con vestido de novia que caminaba descalza y cabizbaja por una callejuela sucia, llena de restos y desperdicios, con los brazos atados a una pesada cruz; un hombre semidesnudo que orinaba en la calle, con los calzoncillos bajados, cara de cachondeo y una botella de vino en la mano; unos enanos vestidos de torero, unos niños tendidos dentro de unos ataúdes…

Aquel ambiente de histeria y fervor religioso —próximo por otra parte al de las bacanales y las fiestas paganas— hizo que Lucía se estremeciera.

Había visto fotos parecidas. Era la España de los años sesenta y setenta, la España profunda, ancestral, la que permanecía oculta y lejos de los circuitos turísticos, la de Franco y la fe católica. El aliento de la vida y la pulsión de la muerte. El misticismo, lo sobrenatural y el masoquismo. El sentimiento de lo sagrado, de lo religioso, mezclado con las fuerzas vitales más turbias y obscenas. ¿Habría participado César Bolcán en esas procesiones de joven? ¿Podrían tener algún sentido aquellas fotos para la investigación? Aún no podía saberlo. ¿Era pura casualidad la presencia de varios volúmenes de las *Metamorfosis* en su casa? Su instinto le decía que no. Él era de la región, conocía a las víctimas… Sin duda estaba implicado de una forma u otra…

De pronto advirtió un detalle.

En todas las fotos aparecía al menos un niño… Con traje de

comunión; llevando una cruz y caminando al lado del cura; jugando con más niños; vestido con traje regional y bailando… Lucía se dio cuenta de que eran ellos los protagonistas de esas fotos, aunque no estuvieran nunca en el centro de la imagen.

Se las enseñó a Salomón.

—De los años sesenta y setenta… La vieja España católica, devota, mística y supersticiosa —comentó el profesor.

—¿Te has fijado en que siempre hay un niño en las fotos?

—Sí… ¿Y qué?

—¿Te acuerdas de lo que había escrito Miguel Ferran en su diario a propósito de la desaparición del niño?

—¿Te refieres a esa hipótesis de la existencia de una red de pedofilia? Lucía, son sólo fotos. Eso no demuestra nada…

La teniente se quedó pensativa.

—¿Tú coleccionarías ese tipo de fotos? Ahí hay algo extraño… Mira, no hay una sola imagen en la que no aparezca un niño.

—Sí —reconoció él, de golpe también pensativo—. En aquella época, no había internet. Lo único que podían consumir era eso, fotos de niños tomadas a escondidas… Debe de conservarlas de recuerdo.

—En tal caso, probablemente habrá otras —dijo ella.

• • •

Salieron de la casa al cabo de unos veinte minutos, sin haber encontrado nada más. Aun así Lucía se sentía cada vez más tensa y se detuvo en medio de la calle. Su instinto le gritaba que la solución estaba allí, muy cerca, y que el anciano guardiacivil tenía algo que ver con todo aquello.

—Vayamos a la finca. Quiero interrogar a Bolcán —resolvió Lucía.

Vio que Salomón parecía inquieto.

—¿Estás segura de que es una buena idea reunirse con él y con ese tal Ángel en un sitio tan aislado? ¿Alguien sabe que estamos aquí?

35

Lunes por la tarde

El cielo, atravesado por unos nubarrones sombríos que parecían polvo de grafito, tenía una tonalidad gris, fría y metálica. El paisaje era vasto y monocromo. Montes pelados, vegetación rasa, suelos escarpados y rocas con contornos suavizados por la nieve.

Siguiendo las indicaciones que les habían dado, encontraron la entrada de la pista forestal. Habían salido de Graus por el norte, por la A-139, una carretera bien asfaltada que trazaba una línea negra y recta en medio de toda aquella blancura, y la habían abandonado para tomar otra carretera llena de baches y grietas que subía por el monte. Después llegaron a la pista, un pedregal marcado por las roderas que descendía en suave pendiente hacia la amplia hondonada formada por las blancas colinas.

—Hay un monasterio budista a tres kilómetros de aquí —le dijo Salomón para relajar el ambiente, con la vista pegada al teléfono en medio del traqueteo—. Aquí pone que lo fundó en 1984 el lama Kalou Rinpoché, un maestro de meditación tibetano. Por lo visto estos parajes del Prepirineo le recordaban al Nepal.

Se dio cuenta de que Lucía apenas lo escuchaba. No se divisaba ni una sola casa en los alrededores, aparte de las dependencias de un caserío situado un poco más abajo. Era allí. Ésa era la finca de César y Ángel…

Lucía dejó la pista para adentrarse en el camino que conducía al caserío. El traqueteo del coche se intensificó.

Se detuvo delante de la vivienda. El vasto edificio, de fachada deslucida y postigos cerrados, parecía deshabitado. Hizo sonar el claxon. Nada. Nadie.

Puso en marcha el motor y dio media vuelta levantando una nube de guijarros. Condujo el Hyundai hasta la entrada del camino, situada a un centenar de metros, pero allí paró y abrió la puerta.

—Tú espérame aquí —le dijo a Salomón antes de bajar del vehículo.

Sacó el teléfono del bolsillo. Verificó la recepción de señal: una barra. Débil pero suficiente.

—Tú te quedas de guardia. Si viene alguien me llamas, ¿de acuerdo?

Salomón asintió en silencio, con cara de preocupación.

—¿Seguro que es una buena idea? Quizá deberíamos avisar a la

Guardia Civil.

—¿Para decirles qué? ¿Que hemos irrumpido de forma ilegal en la casa de un guardiacivil jubilado? ¿Que el propietario tenía en su vivienda un ejemplar de las *Metamorfosis* de Ovidio y unas fotos de procesiones religiosas donde salían niños?

Lucía le hizo un guiño y echó a andar hacia el caserío. Salomón miró a aquella mujer menuda que se alejaba hacia los edificios y sintió una profunda admiración por ella.

Lucía observaba la casa mientras bajaba por un camino bordeado de espinos cubiertos de nieve que le llegaban a la cintura. No había señales de vida. No parecía que allí hubiera nadie. Sin embargo, la vecina había dicho que los dos hombres se habían ido a la finca. ¿Dónde estaban? Caminaba a buen paso, con la mirada clavada en los edificios.

Toda aquella calma la ponía un poco nerviosa, aunque su inquietud tal vez se debía al lugar en sí, al cielo encapotado y al silencio del campo, apenas mitigado por el soplido aflautado del viento.

Se detuvo y se agachó a observar las huellas de los neumáticos. Su coche había dejado, al entrar y al salir, cuatro surcos idénticos en la fina capa de nieve. Pero también se distinguían las huellas de otro vehículo que había dejado cuatro surcos más anchos y casi paralelos.

Habían estado allí y se habían vuelto a ir…

Pasó frente a un pajar de madera ennegrecida por la intemperie. Los guijarros ocultos por la nieve crujían bajo sus pies.

Llegó a la casa. No había timbre ni nada parecido.

Se colocó otro par de guantes de látex y llamó con los nudillos. No hubo respuesta. Volvió a llamar, esta vez con el puño.

—¡Hola! ¡¿Hay alguien aquí?! —gritó.

No advirtió ningún movimiento, pero volvió a pensar en Sergio y decidió sacar las «herramientas» por segunda vez en apenas una hora.

Treinta segundos más tarde ya había entrado en la vivienda. Tras lanzar un último vistazo a su Hyundai, aparcado a un centenar de metros, en lo alto del camino, cerró la puerta.

Escuchó el silencio de la casa. Una mezcla de tensión, excitación y nerviosismo le aguzaba los sentidos, como siempre que entraba en un sitio desconocido sin saber si estaba en peligro. Miró a su alrededor. A pesar de la oscuridad, pudo distinguir un pequeño vestíbulo de unos cuatro metros cuadrados con dos anchos escalones a la derecha que daban a un rellano con una puerta a cada lado. A continuación había dos escalones más, que conducían a una amplia sala de estar. Junto a las escaleras vio la rampa metálica para la silla de ruedas.

Respiró hondo. En el vestíbulo de paredes blancas no había absolutamente nada, de modo que subió los dos escalones hasta el primer rellano.

Abrió la puerta de la derecha: un trastero minúsculo, lleno de cubos, escobas, fregonas y productos de limpieza. Luego abrió la de la izquierda: un pequeño lavabo.

Lucía siguió avanzando hasta entrar en un espacioso salón con vigas vistas. La estancia, de unos cien metros cuadrados como mínimo, tenía el tamaño de una sala de baile. A la derecha, cerca de las ventanas de postigos cerrados, había un rincón con sofás de cuero, una mesita y varios sillones. Al fondo, una biblioteca, que confirmaba la afición de César Bolcán por los libros, y una enorme chimenea de piedra natural. Varios veladores y muebles antiguos servían de apoyo a lámparas de pantalla. También había un piano negro. Los postigos cerrados dejaban pasar poca luz. Se acercó al radiador. Caliente… Alguien se había alojado allí hacía muy poco…

A la izquierda había una puerta. La abrió y, al otro lado, vio una corta rampa para la silla de ruedas y después un pasillo estrecho revestido con madera de pino que se adentraba en las profundidades de la casa. Si la disposición de los espacios coincidía con la que ella tenía en mente, ese corredor debía de pasar por detrás del lavabo y el vestíbulo.

Lucía encendió la luz y enfiló el pasillo. No notaba ningún olor concreto en la casa, sólo olía a cerrado. Se detuvo en una hilera de fotos colgadas en la pared izquierda a lo largo del corredor.

Se aproximó. Las fotos estaban enmarcadas; cristal y madera barata. En la primera, César Bolcán aparecía de pie junto a tres personas. Estaban cogidas del brazo y sonreían al objetivo con una energía y un entusiasmo contagiosos. En un pedazo de cartulina colocado en la parte inferior alguien había escrito a mano: «Navidad, 1983.» Según los cálculos de Lucía, Bolcán debía de tener unos cuarenta años en esa foto. Era alto, delgado, mucho más joven, pero su extraña cara bicolor, con la mancha de nacimiento negra, resultaba inconfundible. Pasó a la foto siguiente: «Agosto, 1991.» Bolcán en compañía de otros amigos, en la misma postura que antes: cogidos del brazo. Sin embargo, esta vez eran cinco. En la tercera, se leía: «Día de Todos los Santos, 1994.» Las personas iban cambiando de una foto a otra. Eran pocas las que salían en más de una. En todas aparecían las fechas registradas al pie de los cuadros.

«Navidad, 1993.»

«Junio, 1997.»

Observando esas imágenes la invadió una especie de malestar, una turbación que fue en aumento. En esas fotos había algo… algo que le daba mala espina. No había mujeres, sólo hombres… «No, es otra cosa…», se dijo Lucía. Se acercó más, casi pegando la nariz al cristal. Entonces lo entendió. «Sus miradas… Eran sus miradas…» Todos aquellos hombres tenían la misma mirada; sus pupilas mostraban un brillo intenso y maligno que le producía escalofríos. O bien estaban drogados, o bien… excitados. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cazadores?

¿Juerguistas? ¿No tenían esposas, novias o familia? ¿De dónde habían salido? ¿Qué hacían ahí? A lo largo de su vida Lucía se había topado muchas veces con la mirada de hombres que eran verdaderos depredadores, así que no tenía la menor duda de que aquellos individuos pertenecían a dicha categoría. No le habría gustado estar sola en una habitación con ellos.

Y hablando de habitaciones, todas las fotos habían sido tomadas en aquella gran sala, delante de la chimenea. ¿Qué había llevado a esos hombres a aquel rincón apartado del mundo? Contó una treintena de individuos y una decena de fotos, tomadas en un intervalo de casi dos décadas.

Lucía contuvo la respiración. ¿Qué era lo que pasaba allí? No sabía si era por culpa de aquellas fotos o del silencio, pero en la casa reinaba una atmósfera un poco macabra… Aunque, claro, también podían ser imaginaciones suyas.

Siguió adelante. En el pasillo, a la izquierda, había dos puertas más. Las abrió y encendió la luz. Dos pequeños dormitorios; las camas estaban deshechas. En el primero había ropa dejada con descuido en el respaldo de una silla. No cabía duda, aquellos dos hombres dormían en cuartos separados, pero no se separaban nunca. ¿Qué clase de relación tenían exactamente?

Saltaba a la vista dónde dormía cada uno: en la primera habitación, encima de la mesita, había una pila de libros, unas viejas gafas de lectura, un vaso y un tubo de Forxiga 10 miligramos, un medicamento contra la diabetes. En la segunda, un televisor Samsung con pantalla de 58 pulgadas, una PS4, unas voluminosas pesas y, en la mesita, material para liar un porro. Además, el cuarto de baño de la primera estaba adaptado para minusválidos.

Regresó a la gran sala, volviendo a pasar por delante de las fotos enmarcadas. Le dieron ganas de salir corriendo, pero estaba convencida de que aquella casa albergaba más secretos. Si había algo que encontrar, ése era el lugar adecuado.

No debía precipitarse. Se concentró, inmóvil, en medio del salón. Luego caminó hacia una de las mesitas. Encima había un montón de revistas. Al acercarse vio que se trataba de tebeos y cómics antiguos, de los años setenta y ochenta, impresos con papel de mala calidad, de ese que dejaba tinta en los dedos. *Mortadelo y Filemón*, *Tío Vivo*, *Spirou Ardilla*, *El Capitán Trueno*… Ella no había nacido siquiera cuando se vendían en los kioscos algunas de esas revistas, que cientos de miles de niños habían leído con avidez.

En aquel lugar sólo había material de lectura para jóvenes y niños.

Se acordó de las fotos de niños que había encontrado en los cajones de César Bolcán, en Graus, y fue como si le hubieran inyectado líquido refrigerante en las venas. Que ella supiera, Bolcán no tenía hijos ni nietos. ¿Qué pintaban entonces esos tebeos en su sala de estar? ¿Sería

un mero toque de nostalgia? ¿Un simple antojo de coleccionista? ¿O estaban allí por otro motivo?

Consultó el reloj. Llevaba veinticinco minutos en la casa…

De pronto un ruido la sobresaltó, haciendo que se le acelerara el corazón.

¡Era el puto móvil! Salomón la estaba llamando.

—Lucía, ¿va todo bien? ¿No hay nadie?

—No, la casa está vacía.

—¿Has encontrado alg…? —preguntó él.

—Unas fotos de hombres en las paredes y tebeos para niños… Eso es todo.

—El tiempo corre.

—Ya lo sé. Avísame si se acerca alguien.

—Lucí… deberías… van a vol…

No había buena señal y sus palabras se entrecortaban. Lucía colgó y se quedó mirando el salón, pensativa. Volvió a recorrer la sala, pasando ante la chimenea, la biblioteca y el rincón del sofá.

Entonces se le ocurrió algo. ¿Dónde estaría el acceso al sótano? Esas casas de campo siempre tenían un sótano…

Se orientó mentalmente. Volvió al pasillo. Al fondo había un gran armario de madera de roble, apoyado contra la pared, después de las puertas de los dormitorios. Se encaminó hacia allí y lo abrió. En un lado había estantes con sábanas, mantas y ropa, que olía a lavanda y a naftalina, y en el otro una barra con perchas. Pero no había ninguna prenda colgada.

Lucía pasó la mano por el panel de madera del fondo, por debajo de las perchas, en busca de un pasaje secreto en la pared, como en las películas. Fue una pérdida de tiempo. Era sólo un armario medio vacío. ¿Qué se había imaginado?

Cerró las puertas y, a punto de irse, reparó en un detalle. El armario no tenía patas, estaba colocado directamente encima del suelo. Habría apostado algo a que, como todos los armarios de antaño, aquél había tenido cuatro patas antes de que alguien se las serrara.

Volvió a abrir el armario, se asomó por la parte vertical, donde estaban las perchas, y apoyó la mano en el suelo del mueble. Apretó. Bingo. El panel se hundió unos milímetros. No estaba sujeto… Tras desplazar la mano hacia la izquierda y luego hacia la derecha sin dejar de apretar, vio que la plancha de contrachapado se deslizaba horizontalmente, dejando poco a poco al descubierto un sombrío pozo cuadrado.

Trató de apaciguar los latidos de su corazón, que parecía aporrear la caja torácica.

En la pared de la derecha había unas barras metálicas que despedían un tenue brillo en la penumbra. Venciendo la aprensión que le causaba aquel oscuro agujero, metió la mano izquierda y encontró a tientas un

interruptor. Al presionarlo, todo se iluminó.

El pozo tenía poca profundidad: menos de tres metros. Daba a una especie de sótano de tierra batida, rodeado de viejas paredes de piedra. En ese momento el teléfono volvió a vibrar. Otra vez Salomón. Su voz estaba cargada de inquietud:

—Lucía… pero ¿qué estás haci…? Hace más de cuarenta… estás… Van… Deberías…

—He encontrado algo.

—Lu… por el amor de…

—Necesito un poco más de tiempo.

—Te oigo ma… ¿Estás…?

Lucía colgó de nuevo y entró de espaldas en el hueco. Agarrada al marco del mueble, buscó a ciegas una de las barras metálicas para apoyar los pies. Intentó controlar los nervios, no pensar en lo que iba a encontrar abajo, no hacerse ninguna idea preconcebida, pese a intuir que lo que se ocultaba en el fondo de ese foso no iba a ser nada agradable.

Una barra… y luego otra.

Tocó el suelo de tierra batida. Miró el teléfono. Ya no había señal. Si ocurría algo arriba, no podría enterarse. Salomón podría neutralizar a César Bolcán, pero también estaba Ángel, el camello culturista dopado con anabolizantes…

El sitio donde se encontraba era sólo una especie de antecámara de dos metros por cuatro, pero había una puerta metálica al fondo con un pesado cerrojo. Eso la paralizó por un instante, pero luego dio dos pasos y corrió la balda. Al otro lado, a tientas, halló un interruptor cerca del marco. Lo accionó. No sabía lo que iba a encontrarse, pero en todo caso no esperaba que fuera eso…

Salomón miró el cielo nublado a través del parabrisas. De vez en cuando consultaba el reloj; cada vez estaba más impaciente.

Aguzó el oído. Captó un vago zumbido a lo lejos. Miró hacia atrás, hacia el lugar donde la pista llena de baches enlazaba con la carretera, a unos setecientos metros de donde estaba él. Bajó la ventanilla, dejando entrar el aire frío, y escuchó con más atención.

Un ruido de motor…

Vio aparecer un todoterreno a lo lejos, en una curva. El vehículo subió rápidamente por la carretera, con el motor rugiendo, proyectando un penacho de humo por el tubo de escape. Luego dejó la carretera principal para tomar la misma pista que ellos. Era un voluminoso Jeep Wrangler de color negro que se acercaba con dos hombres a bordo.

Lucía ahuyentó las imágenes que invadían su mente. Debía mantener la

calma y la concentración. No podía distraerse…

Aun así se le heló la sangre al comprender la horrible realidad de lo que estaba viendo.

Estaba en una vasta habitación de techo bajo, de unos ocho metros por cinco, con el suelo de tierra batida. Era un… sótano-dormitorio, de alegre colorido, porque sobre los muros de piedra se habían tendido velos traslúcidos de color amarillo, rosa, morado, añil, verde, fucsia… Había una docena de camas, camas de niño, y también alfombras suaves y gruesas de tonos delicados, mesitas de noche estilo Ikea pintadas de rosa, oro y azul, con lámparas con forma de globos blancos que dispensaban una luz suave, nacarada y lechosa. Sobre las colchas, de estampados variados, había muñecas, juguetes de plástico, peluches de todos los tamaños —osos, gatos, perros, pandas, tigres— y también tebeos. Cerró los ojos, los volvió a abrir y miró la habitación sin verla del todo, porque tenía la mente bloqueada. ¿Cuántos niños habrían dormido allí de forma simultánea? ¿Cuántos habrían pasado por ese sótano en el curso de los años? Repasó las fechas de las fotos: 1983, 1991, 1993, 1994, 1997… Dos décadas… Allí tenía la confirmación del temible presentimiento que la acechaba desde que había visto las fotos en casa de Bolcán. Ahora sabía por qué en las fotos enmarcadas sólo había hombres y qué había empujado a esos hombres a ir hasta ese lugar remoto.

Le temblaban las piernas y sentía un vacío en la cabeza, como si le hubieran cortado el suministro de oxígeno del cerebro. Embotada y a punto de marearse, respiró profundamente varias veces.

«Malditos hijos de puta…»

Se adentró en la estancia. Las camas estaban hechas. Las mesitas y las lámparas esféricas estaban cubiertas por una densa capa de polvo grisáceo. La capa era uniforme, sin rastros de dedos ni de roces. Al acercarse comprobó que también había muchas telarañas. Tratando de consolarse, se dijo que al menos ningún niño había estado allí recientemente… ¿Tal vez porque César Bolcán había tenido aquel accidente y había quedado incapacitado para bajar allí? ¿O encerraba a los niños en otra habitación?

Abandonó el sótano y subió por los peldaños metálicos hacia el armario. Mientras recorría el pasillo en dirección a la sala, se paró en seco delante de las fotos.

Poseída por una furia incontrolable que la ofuscó por completo, como si tuviera la cabeza sumergida en una nube de tinta, descargó un violento puñetazo contra una foto.

Las aristas de cristal le desgarraron el guante de látex y se le clavaron en los dedos, penetrando hasta el hueso. La foto enmarcada cayó al suelo. Con el puño ensangrentado, Lucía se precipitó hasta la gran sala, se acercó a la biblioteca y, rugiendo de rabia, arrojó los libros al suelo.

Salomón observaba el todoterreno que se acercaba. Los dos hombres que iban a bordo —a quienes no reconoció— pasaron por delante de él y siguieron avanzando por la pista de grava y tierra. Tal vez iban a Ejep, la aldea que había mencionado la vecina de Bolcán.

«Pero ¿qué demonios estás haciendo, Lucía? ¡Por el amor de Dios!»

Cogió el teléfono.

Un diario… Acababa de descubrirlo en el fondo de la biblioteca, oculto detrás de los libros que había tirado al suelo empujada por la rabia. Era un cuaderno voluminoso, con un cierre de latón dorado y un pequeño gancho con adornos que le confería una apariencia antigua.

Pero ése era el único detalle agradable del cuaderno, que le quemó los dedos en cuanto se puso a leer. Desde las primeras frases empezó a sentir náuseas:

25 de diciembre de 1983. Esta noche empiezo este diario. Esta Navidad quedará registrada como una de las más extraordinarias de toda mi vida. Creo que nunca había recibido un regalo más hermoso que esos dos niños. Fue Leandro, a quien conocí en el ejército, quien me los trajo. Son hermanos, un niño y una niña, y cuando Leandro aparcó delante de la finca, estaban durmiendo como ángeles, apoyados el uno sobre el otro, drogados e inánimes en el asiento de atrás del todoterreno. ¡Qué visión tan deliciosa! Después, cuando despertaron, estaban aterrorizados, y la cosa se complicó un poco. Tendremos que encontrar una manera de consolarlos, o al menos de calmarlos, de tranquilizarlos, de hacerles comprender que también puede resultar placentero para ellos… El médico nos ayudará. Él sabrá qué debemos darles…

Las líneas siguientes eran tan insoportables que Lucía estuvo a punto de arrojar aquella inmundicia al otro lado de la sala. Pero apaciguó su repugnancia y, con el cerebro ardiendo, respiró hondo antes de reanudar la lectura:

12 de agosto de 1991. Estoy orgulloso de lo que hemos conseguido, del camino recorrido. ¿Cuántas criaturas han sido sometidas a nuestros deseos, condenadas a las tinieblas, al sacrificio, desde que empezamos? ¿Cuántos sombríos rituales han visto estos muros, cuántos triunfos y cuántas víctimas? He contado veintitrés en apenas ocho años. Veintitrés… Aun así hay que encontrar la manera de acelerar la cadencia. Mi apetito, mis necesidades y las de mis compañeros han ido en aumento a medida que nuestra imaginación y nuestros placeres se iban desbocando y refinando. Los padecimientos de esas pobres criaturas me colman de una fuerza y de una potencia inauditas. Este sitio es nuestro Paraíso y su Infierno, el Alfa y el Omega, el Yin y el Yang, la dualidad absoluta… No hay nada en el mundo que supere lo que hacemos en esta casa, una victoria incontestable de las

tinieblas sobre la luz… Sí, somos luciferinos.

«Menuda verborrea de mierda», pensó Lucía. Una filosofía de pacotilla, incoherente y oscura, destinada a maquillar la infamia con palabras cultas. «¡Menuda panda de tarados!» Pasó las páginas con mano temblorosa, sintiendo que se le revolvía el estómago como si hubiera comido carne en mal estado. Si hubiera tenido a Bolcán delante de ella en ese instante, probablemente habría desenfundado el arma.

Día de Todos los Santos de 2003. Internet es un invento maravilloso. La gente como nosotros puede por fin encontrarse, reconocerse, descubrir que no está sola, que somos miles, en realidad. Somos legión. Es evidente que, en los años venideros, internet supondrá el triunfo, el advenimiento de todos los locos, degenerados, criminales y fanáticos que alberga el planeta. Quienes inventaron la red han abierto la mayor caja de Pandora de toda la historia de la humanidad, un huracán imparable de locura, de crímenes, de envilecimiento, de furor y de sangre, que lo destruirá todo a su paso. Y nosotros nos mantendremos en pie sobre los escombros del mundo antiguo, de la civilización, de la moral, para celebrar el triunfo del Mal, el gozoso Apocalipsis…

Ese Bolcán estaba loco, loco de atar. Pero no estaba solo… Además, aquellas páginas daban a entender que las desapariciones de niños en la zona no habían bastado para alimentar su abominación. Seguramente habían llevado a otros niños de distintas partes de España y quizá incluso del extranjero. Ese rincón remoto era el sitio ideal para mantenerlos secuestrados. Y para…

Esta vez no pudo contenerse.

Corrió hacia el baño y, doblada sobre sí misma, con el esófago ardiendo y sintiendo dolorosas contracciones en el estómago, vomitó chorros de bilis amarga.

Respiró profundamente, jadeante y con la frente empapada de sudor.

Luego se limpió la nariz y la boca con papel higiénico, tiró de la cadena y salió. Entonces advirtió que el corte que se había hecho en los dedos con el cristal de la foto estaba sangrando, y que la sangre goteaba en el suelo.

En la cocina, al otro lado de la gran sala, a la izquierda de la chimenea, se quitó el guante desgarrado, se lavó la mano en el grifo, se puso un nuevo guante y se guardó el otro en el bolsillo. Por fortuna, el desgarrón no se había producido en la punta de los dedos, de modo que no había dejado huellas dactilares.

De regreso en la sala volvió a coger el diario y lo abrió al azar:

La crueldad y sadismo de nuestros rituales supera lo imaginable. Lo que hacemos con la vida y la muerte nos conduce a extremos que el común de los mortales jamás podrá concebir ni conocer. Somos crueles, somos feroces,

somos letales, somos hermosos, somos omnipotentes. Podríamos decir que somos como Dios si no fuera porque nos mantenemos absolutamente alejados de él, si nuestros repugnantes actos no fueran como un escupitajo en su rostro humillado. Nuestros excesos engendran en este lugar una realidad desmesurada e inconcebible. Aquí, en este recinto sagrado que alberga nuestras fiestas paganas donde se mezclan el esperma, el sudor, las lágrimas y la sangre.

Cerró de golpe el diario, asqueada, mareada, ebria de odio y de rabia.

Volvió al pasillo, levantó el móvil y sacó una foto de cada una de las imágenes enmarcadas, resuelta a localizar a cada uno de aquellos seres infrahumanos y hacerles pagar por sus crímenes. El teléfono se puso a vibrar: Salomón, una vez más.

—Pero ¿qué haces?

Ahora se lo oía con más claridad. Quizá la señal era mejor en esa zona de la casa.

—Ay, Dios mío, Salomón, es horrible…

—¿Qué has encontrado?

—Ya te lo contaré cuando acabe.

—¡Lucía, tienes que salir de esa casa ahora mismo! ¡Hace casi una hora que estás ahí!

—No tardaré mucho.

—¡Por el amor de Dios, Lucía, sal de ahí! ¡Pueden volver en cualquier momento!

—Dame sólo cinco minutos…

Colgó por tercera vez. El profesor tenía razón. Estaba tensando demasiado la cuerda. Se estaba exponiendo al peligro y, a su vez, lo estaba poniendo en peligro a él. Además, todo lo que había encontrado quedaría invalidado ante un tribunal por la forma en que lo había obtenido.

Sin embargo, había dado en el clavo, y no estaba dispuesta a parar ahora.

Volvió a bajar al agujero, pese a la terrible repulsión que le inspiraba aquel lugar. Con el vello de los brazos erizado y procurando no temblar, ametralló el dormitorio con la cámara del teléfono.

Después volvió a correr el cerrojo y se apresuró a subir. En mitad de los peldaños metálicos se detuvo de golpe. Le había parecido oír un ruido. Aguzó el oído. Nada. Aquellas casas viejas crujían por todas partes.

Salió por la trampilla del armario. Cerró las puertas del mueble y se encaminó a la gran sala, donde volvió a colocar los libros en la biblioteca con sumo cuidado. Se iba a llevar el diario… Buscaría la manera de conseguir una orden judicial y volvería a colocarlo discretamente detrás de los libros durante el registro, cuando nadie la viera. Si lo dejaba allí, corría el riesgo de que lo destruyeran.

Enviaría de manera anónima al capitán Bustamante las fotos tomadas abajo, con la dirección del lugar donde habían sido tomadas y la palabra «pedófilos».

Volvió a consultar el reloj. «Es hora de salir de aquí, amiga mía…»

Sin embargo, todavía le quedaba algo por hacer. Volvió a la cocina, humedeció un trapo y, de rodillas, fregó metódicamente todas las gotas de sangre que había dejado. Aquella limpieza no sería suficiente si la científica inspeccionaba el suelo con Bluestar Forensic u otro revelador, pero no era probable que lo hicieran; al fin y al cabo, aquello no era el escenario de un crimen.

«¿En serio? ¿Y cómo llamas tú a todo esto?»

A continuación fue al pasillo para recoger los trozos de cristal del marco roto. Los arrojó en la taza del váter y tiró de la cadena. Tras efectuar una inspección general —«¡Date prisa!»—, se dirigió por fin a la entrada, bajó los escalones hasta llegar al vestíbulo y salió a la luz de aquel día frío y gris.

Respiró hondo, inhalando el aire helado, los copos de nieve que caían de nuevo…

Se quedó paralizada…

Delante de ella, en el granero, había una sombra.

Entornó los ojos. ¿Qué demonios…?

Distinguió, sobrecogida, a un hombre sentado en una silla de ruedas…

Su oscura silueta apenas se destacaba en medio de la penumbra, a menos de diez metros de Lucía. Casi estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico.

¿Dónde estaba Ángel?

36

Lunes por la tarde

Sin despegar la mirada del granero Lucía desenfundó la Beretta y la sostuvo con ambas manos, con los brazos tensos, en posición reglamentaria.

Con todos los sentidos alerta y concentrados en lo que ocurría a su alrededor, se preguntó una vez más dónde estaría Ángel.

Quizá habían estado allí desde el principio…

Eran más de las cuatro y la oscuridad se cernía sobre el paisaje. A su alrededor se uniformizaban los colores y disminuían los contrastes.

Aplastando con las botas la fina capa de nieve del patio y los guijarros que ésta recubría, Lucía se encaminó hacia el granero y la forma inmóvil que ocultaba.

César Bolcán parecía estar aguardándola. Seguía allí, sin moverse lo más mínimo, sentado en la silla de ruedas.

Lucía se dijo que debía de estar observándola al amparo de las sombras, como un animal en su madriguera. No distinguía su rostro ni sus manos. Era una vaga silueta negra. Una criatura medio hombre, medio máquina. Un centauro mecánico.

¿Estaría armado también? ¿Esperaría a que Ángel entrara en acción?

El frío se adhería como una máscara a sus mejillas, pero, al mismo tiempo, notaba un foco de calor en la nuca, acompañado de una leve palpitación en el pecho.

Se esforzó por respirar despacio, pese a tener toda la musculatura en tensión.

—¡Ponga las manos en alto, Bolcán! ¡Las manos en alto!

El hombre no reaccionó. Por todos los demonios, ¿a qué estaba jugando? ¿Y dónde se había metido su compinche?

—¡Levanta las manos, maldito hijo de puta!

Ninguna reacción. Dio un paso y luego otro. Algo no encajaba… La cabeza estaba demasiado lejos de la silla, como si César Bolcán se hubiera transformado en un gigante o como si su cuello se hubiera alargado como un chicle.

Nevaba copiosamente cuando Lucía llegó al umbral del granero. Entró en el sombrío edificio sin dejar de apuntar al guardiacivil retirado, que no se movió ni un milímetro.

Al principio no comprendía qué estaba viendo. Bolcán flotaba a varios centímetros de la silla, sin ningún apoyo bajo las nalgas ni las piernas, de modo que las pantorrillas tocaban el borde delantero del asiento. Parecía un faquir de cabaret realizando un número de levitación. Ya había visto a Sergio suspendido en el aire, pero ¿en qué consistía aquel nuevo milagro?

Al final vio una cuerda que iba desde su nuca hasta las vigas y el aparato que la sostenía, que consistía en dos conjuntos de poleas, uno con movilidad y otro que quedaba fijo, como los que se utilizaban antes en muchos graneros. La cuerda pasaba varias veces por cada una de las poleas, que tiraban de un gran gancho de acero al que estaba unida una segunda cuerda de la que colgaba César Bolcán. Con este tipo de aparejo, el que tiraba prácticamente no tenía que hacer ningún esfuerzo.

Lucía comprendió de inmediato cómo había procedido Bolcán. Primero se había pasado el nudo corredizo alrededor del cuello y luego había anudado la cuerda al gancho del aparejo, que había bajado a su altura. A continuación había tirado de la segunda cuerda, la que accionaba el mecanismo, hasta que, por efecto de la tracción, su cuerpo se había despegado de la silla. Entonces la había atado enseguida a un clavo recio y había esperado a que transcurrieran los segundos necesarios para perder definitivamente el conocimiento. César Bolcán se había ahorcado… Igual que Miguel Ferran. Y sin abandonar su silla de ruedas. Toda una proeza. Ese hijo de puta había preferido despedirse de este mundo para no tener que rendir cuentas de sus crímenes.

Lucía notó que la rabia se apoderaba de nuevo de ella. Le dieron ganas de dar una patada a la silla, pero era una prueba, una parte fundamental del escenario de la muerte.

Al salir del granero se topó con Salomón, que llegaba colorado y jadeante. Tras el primer sobresalto miró el arma que empuñaba Lucía.

—Dios santo, ¿qué es lo que pasa aquí? ¿Todo va bien?

Sin pronunciar palabra Lucía le indicó que la siguiera al interior del granero.

—¡Madre mía! —exclamó el profesor al ver la silla de ruedas y el cadáver de Bolcán.

Lucía le explicó lo que había encontrado en la casa. Salomón se quedó callado unos segundos.

—¿Crees que hizo desaparecer al hijo de la pareja de los túneles? —preguntó finalmente.

—¿Quién si no?

—Pero dijo que tenía la impresión de haber vivido toda la vida en esa silla. Hace mucho que está inválido. Habrá que comprobarlo… Suponiendo que hubiera matado a la pareja de los túneles, ¿cómo podría ser el asesino de las otras dos parejas en ese… estado?

—Podría haberlo ayudado Ángel.

Hablaban envueltos en las heladas sombras del granero mientras una

cascada de nubes etéreas salía de sus labios. Salomón miró con inquietud el viejo edificio.

—¿Y dónde se ha metido ése? ¿Tienes alguna idea?

—Ni la más mínima.

El criminólogo negó con la cabeza.

—En todo esto hay algo que no encaja… El hombre al que buscamos nos conoce, quiso involucrarnos en esta historia, nos manipula como marionetas desde el principio. ¿Estás segura de que no habías visto nunca a César Bolcán? —preguntó señalando el cadáver.

—Con semejante cara me acordaría. Estoy completamente segura, y lo mismo digo de Ángel. ¿Y tú?

—Igual.

La penetrante mirada azabache del profesor relucía en la penumbra.

—Está claro que el individuo que buscamos es inteligente, manipulador y extremadamente dotado para el ajedrez… —dijo pensando en voz alta—. También es evidente que Bolcán poseía todas esas características. Aun así, no veo por qué habría querido implicarnos en todo esto si no nos conocía. En este puzle hay piezas que no encajan…

Lucía lo miraba pensativa. El frío húmedo del granero le estaba calando los huesos.

—¿César Bolcán y otra persona? —propuso.

Se acordaba perfectamente de los individuos de las fotos.

—Es posible… —concedió Salomón.

Lucía sacó el teléfono.

—Hay que avisar al capitán Bustamante para que se ponga en contacto con el puesto de Barbastro. Les vamos a decir que hemos encontrado así a Bolcán y, por supuesto, yo no he entrado en la casa. También me he llevado esto… —Le mostró el cuaderno que guardaba en el bolsillo.

—¿Qué es?

—El diario de un pedófilo llamado César Bolcán, que se regocijaba en la perversión en compañía de otros desgraciados como él.

Se encaminó hacia la casa.

—Voy a ponerlo de nuevo en su sitio antes de que llegue la caballería, así lo encontrará la científica cuando registren la casa. También he de poner un poco de orden ahí dentro y volver a comprobar que no he dejado ningún rastro de sangre. Además, no estaría mal dejar abiertas la puerta del armario y la trampilla. Eso los ayudará a descubrir lo que hay que descubrir… No hay tiempo que perder.

—¿De qué armario estás hablando? ¿Sangre? —preguntó él con extrañeza.

—Ya te lo explicaré.

37

Lunes por la noche

Era de noche. Los proyectores iluminaban el granero como si fuera un escenario de teatro. César Bolcán seguía en esa peculiar postura, colgado de la cuerda a un palmo de la silla de ruedas.

Cuando encendieron los focos Lucía advirtió que justo en medio de su cara bicolor asomaba una lengua violácea, casi negra, como un pedazo de carne en mal estado. También se dio cuenta de que había vaciado los intestinos en el pantalón. Con sus ojos claros abiertos como platos, el guardiacivil retirado parecía observar a los agentes de la Policía Científica que se movían a su alrededor. Era un grupo muy numeroso; habían acudido desde Barbastro y Huesca.

Lucía volvió al patio. En la casa reinaba la misma actividad. Las ventanas y puertas abiertas inundaban de luz la nieve azulada mientras un sinfín de siluetas vestidas con monos blancos entraban y salían del edificio.

Unos minutos antes Lucía había llamado al capitán Peña a las dependencias de la UCO. Su jefe se había quedado estupefacto.

—Creía que te habías tomado unos días libres —dijo.

—Digamos que las circunstancias me han llevado a investigar en el Alto Aragón. Esos chicos de la USAL y su profesor han hecho una labor extraordinaria… —Le resumió los hallazgos de DIMAS y lo sucedido los días anteriores—. Gracias a ellos, ahora sabemos que el asesinato de Sergio está relacionado con los otros. No podía dejar pasar una pista como ésa.

—Habrías podido pasársela a Arias —repuso el capitán—. ¿Cuándo pensabas hablarnos del asunto?

—Es lo que estoy haciendo, ¿no?

Oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—¡Joder, Lucía, te recuerdo que somos un equipo! ¿No estás harta de trabajar sola?

—No estoy sola, me acompaña el profesor Borges.

—Que no forma parte de la unidad y que no tiene la formación necesaria. Que es sólo un académico aislado de la realidad. Y que no está habilitado, te recuerdo, para llevar a cabo una investigación —precisó Peña por teléfono.

—¡Y yo te recuerdo que sin el profesor Borges y sus alumnos estaríamos en el mismo sitio! ¡En el punto de partida! ¡Deberíamos hacer balance de lo que tenemos y ver adónde nos conduce, en lugar de discutir quién se ocupa de qué!

—Guerrero, no puedes llevar a cabo la investigación tú sola —dijo con rabia contenida su jefe—. De hecho, no deberías ni siquiera llevarla, teniendo en cuenta tu relación con la víctima…

—Lo único que hago es hablar con gente y hacer preguntas, nada más.

—¡Acabas de encontrar un cadáver, por el amor de Dios! ¿Qué le vamos a decir al juez? ¿Que pasabas por ahí por casualidad?

—Pues menos mal que lo hemos encontrado. Si no se lo habrían zampado las alimañas antes de que alguien viniera por aquí.

Una vez más Lucía se preguntó dónde demonios se había metido Ángel.

—Por cierto, Bolcán tenía un asistente domiciliario, un tipo llamado Ángel. Es un camello, de hachís, coca y anabolizantes, un impresentable. Ha desaparecido. Hay que localizarlo cuanto antes… La Guardia Civil de Graus debe de conocer su identidad.

—Está bien. Yo me encargo de eso —dijo Peña.

Lucía había pensado que también sería conveniente que alguien avisara a la unidad de delitos contra menores de la UCO. Pero prefería comentárselo al capitán Bustamante después de que hubieran registrado a conciencia aquella maldita casa, a ver si se animaba a ponerse en contacto él mismo con el departamento.

—¿Lucía? ¿Sigues ahí?

—Sí, jefe.

—De acuerdo, pues continuamos así. Tú con tu profe y yo con Arias y la unidad. Pero quiero que me tengas al corriente de todo lo que encontréis. Tendrás que enviarle un informe diario a Arias, y tu académico sólo está ahí en calidad de observador, ¿entendido?

—Entendido, jefe.

—¿Estás lista para lo de pasado mañana?

Lucía se puso tensa.

—¿A ti qué te parece?

Notó el zumbido de la sangre en las sienes. ¿Cómo podía estar lista para eso? Evocó el recuerdo de Francisco Manuel Meléndez disfrazado de mujer en los lavabos: la rubia de pintalabios llamativo enfundada en un vestido rojo que se había abalanzado sobre ella como una serpiente. Sabía que, encerrado en su celda, aguardaba con impaciencia la celebración del juicio.

Su abogado había prometido novedades. Iba a hacer todo lo posible para dejarla en evidencia y presentarla como una persona inestable, incontrolable y ávida de publicidad. Quería manchar su reputación y argumentar que había sido ella quien había agredido a su cliente, y no a la inversa.

Eso era lo que Lucía habría hecho de estar en su lugar. Era la única estrategia posible.

No, en realidad no estaba lista…

Curiosamente le dio por pensar que le hubiera gustado que su hermano estuviera allí…

Era un pensamiento extraño, pero de repente vio a Rafael sentado detrás de ella en la sala del juzgado, atento, ceñudo, con su cuerpo largo y delgado inclinado hacia delante en uno de los bancos, y murmurándole al oído: «No te preocupes, hermanita, todo saldrá bien.»

En ese momento se dio cuenta de que debía pensar en él para afrontar aquel juicio.

QUINTA PARTE
Metamorfosis

38

Martes por la mañana

Al día siguiente Salomón Borges desayunaba leyendo el periódico en la cocina de su piso, en la última planta del Dania Palace. La cocina daba a una gran terraza con una bella panorámica de los tejados y campanarios de Salamanca. Allí acostumbraba a tomar el café en primavera, verano y otoño. Ahora hacía demasiado frío.

Hizo girar la cucharilla en la taza. Normalmente mojaba en el café matutino unos *amaretti morbidi*, unas galletas italianas de almendra que encargaba en los Abruzzos sólo porque le encantaba esa palabra, «*morbidi*», que en italiano significa «blando», «tierno», pero que en español evoca algo patológico, malsano.

Estaba pasando las páginas del periódico cuando se topó con el artículo:

MAÑANA EMPIEZA EL JUICIO
CONTRA FRANCISCO MANUEL MELÉNDEZ,
EL ASESINO DEL MARTILLO

Mañana, miércoles 20 de noviembre, dará comienzo en la sala de lo penal de la Audiencia Provincial número 7 de Madrid, sita en la calle Santiago de Compostela, el juicio de primera instancia de Francisco Manuel Meléndez, más conocido como el Carnicero de la Autopista, F2M y el Asesino del Martillo.

Está prevista la asistencia en calidad de testigo de la teniente de la UCO Lucía Guerrero, que saltó a la fama a raíz de este caso. Fue ella, en efecto, quien procedió, en circunstancias especialmente violentas y aún no esclarecidas del todo, a la detención de F2M. A Francisco Meléndez le puede caer la pena máxima, es decir, la prisión permanente revisable, incorporada en la reforma del Código Penal de 2015 para los delitos más graves, con un mínimo de veinticinco años de reclusión. Sea cual sea el veredicto, no se podrá considerar definitivo, puesto que la defensa podrá recurrir al Tribunal Superior de Justicia de Madrid y, en su caso, al Tribunal Supremo. El abogado de la defensa, el señor Rubio, ha prometido revelaciones…

«En circunstancias especialmente violentas y aún no esclarecidas del todo…» Salomón reconoció en el acto un típico ejemplo de perfidia

periodística, una manera bastante insidiosa de poner en vilo a los lectores antes del juicio.

¿Qué revelaciones serían?, se preguntó. ¿Estaría preocupada Lucía? Sin lugar a dudas. Sólo una persona que nunca hubiera tenido que enfrentarse a la justicia podría sentirse tranquila ante la perspectiva de sentarse ante un tribunal. Cerró el periódico cuando oyó unos pasos en el corredor.

—Buenos días —dijo Lucía entrando en la cocina.

Habían pasado parte de la noche en la carretera, relevándose para conducir. Cuando llegaron a Salamanca hacia las tres de la madrugada, él le había ofrecido quedarse en su casa.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Salomón.

Lucía no contestó. En realidad casi no había pegado ojo, dividida entre la tensión generada por la inminencia del juicio y la tristeza impregnada de rabia y de asco que le inspiraba el recuerdo del dormitorio para niños de la finca de Bolcán. Eso por no mencionar que se moría de ganas de llamar a Álvaro. Se precipitó hacia la cafetera.

—Las tazas están arriba —le dijo él—. Hay un paquete de galletas al lado y el azúcar está en la mesa.

La miró mientras abría el armario, cogía una taza, se sentaba y ponía dos terrones de azúcar en el café. «Es dura, pero le gusta lo dulce», pensó Salomón.

—Bonita vista —comentó Lucía volviéndose hacia la terraza—. ¿Es sólo cosa mía o hace mucho frío?

—Diecinueve grados. No me gusta poner la calefacción muy alta. Ablanda el cerebro y es perjudicial para el planeta.

—Si tú lo dices… —Lucía se volvió hacia él—. Voy a confiar a los expertos la carta que me entregaron en el hotel —anunció—. Aunque es poco probable que nuestro hombre dejara algún rastro, vamos a revisarlo todo, la procedencia del papel, el tipo de impresora… Pero antes, ¿crees que se podría esclarecer lo de la cita incluida en la carta?

Salomón asintió.

—Vamos a visitar a una librera que conozco. Quizá ella sepa de dónde proviene.

—¿No tienes clase?

—Yo soy catedrático universitario, Lucía, no maestro —contestó él con una sonrisa.

La Galatea abría a las diez y media. Como todavía eran las 10.21 h, aguardaron en la calle Libreros, caminando para combatir el frío glacial. Exactamente a las 10.29 h se acercó con paso rápido hacia ellos una mujer delgada, de unos cincuenta y pico años.

—¿Salomón? ¿Tanta prisa tienes por comprarme libros esta mañana? —dijo mirándolo por encima de las gafas de media luna.

Abrió la tienda. Después de cruzar el estrecho vestíbulo, entraron en la librería propiamente dicha.

—¿Qué libro?

—Las *Metamorfosis* de Ovidio… ¿te suena de algo?

La librera lo fulminó con la mirada a través de las gafas levemente empañadas de vaho. Tenía una cara enjuta y alargada.

—¿Por quién me tomas? Creo que tengo dos ediciones.

Salomón cogió de las manos de Lucía la bolsa transparente que contenía la carta y se la tendió a la mujer.

—¿Qué es? —preguntó la librera.

—¿Crees que esto podría provenir de las *Metamorfosis*? Este fragmento… —agregó señalando el final del texto.

La mujer se inclinó, lo leyó y asintió de inmediato.

—Es posible. Dejadme buscar un momento…

De uno de los estantes de abajo sacó tres volúmenes en cuarto de pliego, en tafilete azul y con triple filete dorado en los lomos, y se puso a hojearlos. Tardaba tanto que a Lucía empezaron a hormiguearle las piernas.

—Mirad. Ahí lo tenéis. «Tú eres mi pena y mi delito; en tu tumba hay que escribir que moriste por mi mano; soy yo el autor de tu muerte. ¿Y, sin embargo, cuál es mi crimen? A no ser que se pueda decir que es un crimen jugar y que es otro crimen amar.» Está en *La muerte de Jacinto*.

—Adrián mencionó *La muerte de Jacinto* cuando hizo la búsqueda de imágenes en Google —recordó Lucía.

—No es exactamente la misma traducción —observó Salomón, comparando el texto del libro con el de la carta anónima—. Algunas palabras no coinciden.

—Es la que tengo.

—Has hablado de dos ediciones…

La librera fue a la estancia contigua y volvió con otro ejemplar enorme, de pliego doble y encuadernación en badana, que debía de pesar unos tres kilos. Se puso a manipularlo con torpeza.

—Lo siento —dijo después de localizar el pasaje correspondiente y compararlo con la cita escrita en la hoja—, esta traducción tampoco coincide.

Salomón se volvió hacia Lucía.

—O bien la persona que redactó la carta tradujo directamente la cita del latín o bien existen otras traducciones…

La librera los observaba por encima de las gafas de media luna con la agudeza de un halcón al acecho de una golondrina.

—¿De qué va exactamente esa carta? —preguntó.

—Lo siento, Paloma —se disculpó Salomón—. Se trata de un asunto extremadamente delicado. Lucía es de la UCO. La carta está relacionada con una investigación criminal…

—Entiendo —contestó la librera con una sonrisa irónica, echando un

vistazo al arma que llevaba Lucía en la cadera—. Así que juegas a hacer de Maigret o de Mike Hammer, de asesor de la Guardia Civil… Nunca dejarás de sorprenderme, Salomón.

—¡No lo sabes bien! —contestó él, ya de camino a la salida.

Una vez en la calle, se volvió hacia Lucía.

—Podemos mirar en la biblioteca de la Facultad de Derecho. Es posible que allí tengan otra edición. Ahora sabemos que la cita proviene de las *Metamorfosis*. Y César Bolcán tenía dos ejemplares en su casa.

—Si en aquel momento hubiéramos sabido dónde había que buscar, habríamos podido comprobar si las traducciones encajaban —dijo ella —. Voy a avisar al capitán Bustamante. Quiero asegurarme de que precintan la casa de Bolcán para que nadie toque sus libros.

Dejaron la calle Libreros y avanzaron por el dédalo de calles adoquinadas e impregnadas de humedad hasta la avenida de los Maristas, en dirección al edificio de la Facultad de Derecho.

Por el camino —plaza San Blas, calle Espejo y cruce del paseo de San Vicente con la avenida de los Maristas—, se encontraron con carteles pegados a las farolas o a las paredes. El texto, en mayúsculas, resultaba bastante llamativo:

HAY UN VIOLADOR SUELTO
QUE AGREDE A LAS ESTUDIANTES
(POR FAVOR, NO SALGÁIS SOLAS DE NOCHE.
ID SIEMPRE EN GRUPO)

—¿Qué será esto? —preguntó Salomón.

Lucía se acercó.

—Son hojas impresas en DIN A4. Igual es un bulo, o si no, puede que lo hayan colgado los estudiantes. Habrá que preguntar a la Guardia Civil. ¿Crees que podría tener algo que ver con nuestro caso? —dijo reanudando la marcha.

—No veo por qué. Este año ha habido en España dos mil «agresiones sexuales con penetración». Así es como se denominan oficialmente. Un diez por ciento más que el año pasado. Un aumento del diez por ciento es mucho, aunque también podría deberse a que ha habido más denuncias. No me extrañaría que hubiera varios depredadores frecuentando los pubs de Salamanca en busca de estudiantes vulnerables que hayan bebido demasiado. Pero nosotros buscamos a un asesino en serie, no a un violador.

Caminaban deprisa por la avenida, espoleados por el frío y la impaciencia.

La Biblioteca Francisco de Vitoria era un edificio contemporáneo adosado a la parte posterior de la Facultad de Derecho. Se podía acceder a la biblioteca pasando por la facultad, cosa que hicieron.

—Ahí dentro hay más de doscientos mil libros —dijo Salomón mientras subían la escalera que conducía a la recepción de la primera planta.

El profesor se acercó a las tres mujeres sentadas detrás del mostrador

y pidió hablar con la directora.

—¿De parte de quién? —preguntó una de ellas.

—Dígale sólo que soy Salomón.

La mujer se levantó sin apresurarse y se alejó por el pasillo de la derecha con la misma parsimonia. Al cabo de dos minutos apareció una mujer alta y morena, vestida con un traje de cuero negro ajustadísimo y unas botas que parecían salidas de la serie *Los vengadores*. Maquillada con sumo refinamiento, no se parecía en nada a la típica bibliotecaria.

—Mi querido Salomón —lo saludó.

Era unos quince centímetros más alta que Lucía y diez más que Salomón.

—¡Vanesa, cuánto tiempo! —exclamó Salomón, con un deje de emoción en la voz que sorprendió a Lucía.

La directora de la biblioteca era delgada y tenía un cuerpo extraordinariamente proporcionado, aunque a Lucía no le pasaron por alto las patas de gallo que enmarcaban sus ojos marrones ni las arrugas en torno a la boca. Ella, por su parte, miró a Lucía como quien contempla un hermoso jarrón chino en el escaparate de un anticuario.

—Te presento a Lucía Guerrero. Es de la UCO…

—¿De la UCO?

Vanesa alargó una mano sorprendentemente grande y fuerte y mantuvo la de Lucía en la suya más tiempo del necesario.

—¿A qué debemos la visita de una investigadora de la UCO?

—Estamos buscando una obra —respondió Lucía.

—¿Qué obra?

—Las *Metamorfosis* —respondió Salomón.

—¿Ovidio? ¿Qué relación tiene con una investigación de la UCO?

—Es una larga historia, la verdad…

—Si queréis que os ayude, vais a tener que explicarme algo más.

Salomón intercambió una mirada con Lucía, que se limitó a asentir.

—Recibimos un mensaje anónimo que incluye una cita de las *Metamorfosis*, pero no hemos encontrado todavía la edición en la que se basó el autor de la nota. Identificar la obra quizá nos ayudará a dar con él…

—Entiendo. Supongo que si la UCO está implicada en esto será porque el autor de ese mensaje no sólo se ha dedicado a escribiros. Voy a ver qué tenemos en nuestra base de datos…

—¿Podrías consultar también en TESEO? —pidió Salomón.

TESEO era la base de datos de las tesis doctorales.

—Claro, acompañadme.

Avanzaron por el pasillo contiguo a la recepción hasta una puerta situada a la derecha. El despacho de la directora estaba decorado con pósteres de películas: *El editor de libros* —basada en la vida de Max Perkins, el editor que descubrió a Hemingway, Fitzgerald y Thomas Wolfe—, *Vidas al límite* —que narra la tormentosa relación entre

Verlaine y Rimbaud—, *Capote*, *Shakespeare in Love*, *Tolkien*… Cuando la amazona se sentó frente a su escritorio abarrotado de papeles, el cuero de su traje crujió levemente. Enseguida se puso a teclear.

—Tenemos dos ejemplares de dos ediciones distintas —anunció, anotando las referencias en un Post-it antes de levantarse—. Venid conmigo.

Volvieron a pasar por delante de la recepción, acompañados por el taconeo imperioso de los zapatos de Vanesa, y desembocaron en un espacio enorme que recordaba al puente de un barco. Dos largas galerías paralelas se asomaban a la inmensa biblioteca. Con la hermosa luz otoñal que entraba por el techo de vidrio, Lucía tuvo la impresión de hallarse a bordo de un transatlántico, contemplando la cubierta inferior durante una travesía. A lo largo de la galería había varios cubículos, ocupados por estudiantes concentrados en sus tareas.

Vanesa se instaló en un cubículo vacío y, después de efectuar algunas indagaciones, sacó un libro de las estanterías y se lo pasó a Salomón. Antes de empezar a hojearlo, el profesor se cercioró de que no se trataba de una de las ediciones que ya habían visto en La Galatea.

—Tampoco es la que andamos buscando —concluyó, cerrándolo con un gesto de decepción.

—La otra está abajo, en el sótano. Acompañadme.

«A esta mujer le encanta dar órdenes», pensó Lucía. No le habría extrañado que en la intimidad recurriera al látigo y la mordaza. Pasaron una vez más por delante de la recepción, volvieron a la planta baja y, una vez allí, descendieron por una escalera que daba a una sala de techo bajo, alumbrada con hileras de fluorescentes. En aquella especie de almacén subterráneo silencioso, emplazado en las entrañas de la biblioteca, se sucedían un buen número de estanterías azules cargadas de miles de libros. No era, desde luego, el tipo de lugar donde a uno le gustaría encontrarse a partir de cierta hora.

—Las obras del almacén sólo pueden consultarlas bajo demanda expresa los investigadores y los estudiantes de tercer ciclo —precisó Vanesa.

A su izquierda había unos grandes armarios de metal de color gris montados sobre carriles, que se desplazaban con ayuda de unas manivelas negras. Vanesa echó un vistazo a la referencia que había anotado en el Post-it e hizo girar la manivela situada debajo de la etiqueta «2b». Al instante dos armarios se desplazaron, deslizándose sobre los carriles, y se abrió un estrecho espacio entre ambos. La bibliotecaria se introdujo por el hueco y cogió una obra entre las hileras de libros.

—Aquí la tienes —dijo tendiéndosela a Salomón, que también había entrado en el angosto espacio.

El profesor se puso a pasar las páginas, se detuvo y empezó a leer con atención, mirando alternativamente el texto y la carta anónima. Lucía

vio que las pobladas cejas de Salomón se fruncían a medida que avanzaba en la lectura y se le dispararon los nervios.

—Es esta traducción… —dictaminó el criminólogo—. Se trata de una edición bilingüe latín-español de 1969 —comentó con una sorprendente carga de emoción en la voz, mientras observaba la guarda y la cubierta de cartón—. Ediciones Alma Mater… Debe de hacer mucho que no se encuentra en las librerías ni en las mediatecas.

Lucía comprendió adónde quería ir a parar.

—¿Sería posible que el hombre que buscamos hubiera encontrado la cita precisamente en este ejemplar? ¿Que hubiera venido a esta biblioteca?

Se produjo un largo silencio mientras los tres sopesaban las implicaciones de una respuesta afirmativa a esa pregunta.

—No es una edición tan rara. Podría tenerla cualquiera de cierta edad, o algún librero de viejo u otra biblioteca… —matizó Vanesa.

—¿Dispones de los nombres de los que la han consultado recientemente?

—Sí, claro —confirmó la directora—. No creo que sean muchos.

Volvieron a su despacho. Lucía y Salomón aguardaron en silencio mientras la amazona vestida de cuero tecleaba frente al monitor. Esperaban que extrajera un nombre como el prestidigitador que saca un conejo del sombrero, que efectuara un número de magia que les brindara el nombre que andaban buscando…

Un nombre al que podrían poner cara, un nombre para proseguir sus pesquisas y un nombre que aportar a DIMAS. Lucía se dijo que aquella mujer, con su traje de cuero y su prestancia, era capaz de obrar aquel prodigio.

39

Martes por la mañana

La teniente Guerrero colgó el teléfono y miró a Salomón.

—No está en el INTERPOL.

El INTERPOL era el archivo de antecedentes policiales de la Guardia Civil, establecido de conformidad con la Ordenanza del Ministerio del Interior, INT/1202/2011 del 4 de mayo de 2011, que regulaba los archivos del ministerio donde se almacenaban datos personales. El criminólogo puso una mueca de contrariedad.

—Muy bien, vamos —resolvió Salomón, volviendo a ponerse en marcha por los pasillos de la Facultad de Derecho.

Por su manera de encoger los hombros Lucía dedujo que estaba tenso. La base de datos de la Biblioteca Francisco de Vitoria había dado su veredicto: en el curso de los tres años precedentes sólo una persona había consultado la traducción de las *Metamorfosis* guardada en el almacén. Un colega de Salomón, el profesor Alfredo Güell.

Salomón conocía bien a Güell.

Sabía, por ejemplo, que su colega aspiraba a ocupar su puesto. Y también que envidiaba el vínculo que lograba crear con sus alumnos durante las clases, lo que no le impedía criticar a sus espaldas el carácter poco académico de sus lecciones. Aunque eso no lo convertía en un asesino en serie, por supuesto.

—Es aquí —dijo con voz sombría el criminólogo, antes de empujar la puerta.

Güell estaba sentado a un pequeño escritorio, en la tarima del fondo del aula, corrigiendo exámenes. Al oír la puerta levantó la cabeza, sorprendido de ver a su colega.

—¿Salomón?

—Hola, Alfredo. Te presento a la teniente Lucía Guerrero de la UCO. Le gustaría hacerte unas preguntas.

—¿De la UCO? —dijo con asombro Güell, observándolos mientras bajaban por el centro de las gradas.

Lucía se sentó en la primera fila, a la derecha del pasillo central, justo delante del profesor, como si fuera una alumna que asistía a su clase. De esta forma lo obligaba a levantar la vista y controlaba ella la situación. Además, eso le daba una perspectiva perfecta para escudriñar sus gestos

y expresiones.

Salomón se instaló en la misma fila, pero dejando una docena de asientos entre ambos, al otro lado del pasillo. Lucía comprendió que lo hacía para que Alfredo Güell no los tuviera en su campo visual a ambos a la vez.

—Estamos investigando un caso criminal —explicó ella.

No dio más detalles, pero el profesor se abstuvo de formular pregunta alguna. Prefería esperar a ver qué querían de él, o al menos eso le pareció a ella. Echó un vistazo a su bonito Omega Speedmaster, como si quisiera darles a entender que tenía mucho trabajo. Llevaba una gruesa férula azul en torno a la muñeca y el pulgar.

—¿Es aficionado a los deportes de montaña? —le preguntó de pronto Lucía en un tono desenfadado.

Güell puso cara de extrañeza.

—Sí, ¿por qué lo dice?

—¿Conoce la zona de la Ribagorza?

—No, ¿dónde queda eso?

—En la provincia de Huesca, yendo hacia Benasque, en el Prepirineo.

—Ah, sí, hace años estuve por allí… La estación de Cerler está muy bien.

—¿Cuándo fue eso?

—No sabría decirle… Fue hace mucho tiempo…

—¿Más de veinte años?

En esta ocasión Güell puso cara de perplejidad.

—¿Qué? Ya le digo que no lo sé… Es posible…

—¿Era en verano o en invierno?

—En verano, me parece… Sí, en verano.

—Entonces, ¿por qué ha mencionado una estación de esquí?

—¿Cómo? No sé… Así, sin más.

—¿Qué hizo allí, si no fue a esquiar?

El profesor parecía cada vez más desconcertado por el giro que tomaba la conversación.

—Rafting, barranquismo, escalada… Pero no…

—¿Conoce el lago de Barasona, cerca de Graus?

—¿El…? No sé… puede… Había muchos lagos en la zona, según recuerdo… He olvidado los nombres.

—¿Se bañó en alguno?

—Ya le he dicho que hice barranquismo.

—¿Había túneles? ¿Recuerda si pasó por los túneles?

La mirada de Güell iba de Lucía a Salomón y viceversa, como si asistiera a un partido de tenis.

—¿Cómo? Pero ¿qué clase de juego se trae entre manos? ¿Ocurrió algo en esa zona? ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Conoce Benalmádena? —continuó Lucía, ignorando sus protestas.

El profesor exhaló un hondo suspiro.

—Sólo de nombre. Nunca he estado allí. Hay demasiado cemento y turistas para mi gusto…

—¿Y Segovia?

—¿Qué pasa con Segovia? ¡Claro que conozco Segovia! ¡Queda a menos de dos horas de carretera de aquí!

—Gabriel Schwartz, ¿le suena de algo ese nombre?

—¡No! ¿Debería sonarme?

Se volvió hacia Salomón con aire alarmado.

—¿Esto es un interrogatorio o qué? Salomón, ¿puedes explicarme qué pasa aquí?

—¿Consultaste las *Metamorfosis* en la biblioteca? —preguntó, sin responderle, el criminólogo.

Si la perplejidad de Alfredo Güell era fingida, su actuación era magistral, pensó Lucía.

—¿Las *Metamorfosis* de Ovidio? ¡Ni siquiera las he leído! Tengo otros centros de interés… ¿A qué vienen todas estas preguntas?

—Su nombre, sin embargo, aparece en el registro de la Biblioteca Francisco de Vitoria —señaló Lucía—. A primeros de año pidió que le sacaran el libro del almacén…

Güell puso cara de estupefacción.

—¿Cómo? ¡Eso sí que no!

Respiró hondo.

—¡No entiendo nada de lo que dicen! —Iba a añadir algo, pero se quedó callado y adoptó una actitud reflexiva—. Esperen… De vez en cuando algunos de mis alumnos de segundo ciclo necesitan sacar libros que sólo se prestan a los de tercer ciclo. En tales casos, a veces les presto mi tarjeta y así consultan la obra utilizando mi nombre. Quizá sea eso lo que pasó, aunque no veo por qué tendría necesidad uno de mis alumnos de trabajar con… con Ovidio, ni tampoco qué relación puede tener todo eso con un… ¿Estamos hablando de un asesinato?

—¿Y no se molesta en saber qué libros consultan sus alumnos en su nombre? —preguntó Lucía.

Güell le asestó una mirada con una potencia de varios megatones.

—¿Desde cuándo un libro tiene categoría de arma? Lo único que pueden hacer en mi nombre en una biblioteca es… leer. ¿Y desde cuándo se interesa la UCO por los préstamos de libros de las bibliotecas universitarias?

—Desde que éstos podrían ponernos sobre la pista de un asesino —contestó Lucía—. ¿Qué le ha pasado en la muñeca?

Advirtió claramente que el profesor dudaba antes de responder.

—Nada, me caí encima de la mano y me torcí la muñeca, eso es todo. Fue un accidente tonto.

Mentía. Todas esas historias sobre el lenguaje corporal eran bobadas en su mayoría. Por ejemplo, aquella afirmación según la cual el noventa y tres por ciento de la comunicación era no verbal, que carecía de toda

base científica, o la que decía que la gente se toca la cara o mira hacia otro lado cuando miente. Eso podía ser simplemente la expresión de un malestar emocional por parte de una persona impresionable. También estaba esa otra teoría según la cual los psicópatas lo miran a uno directamente a los ojos cuando mienten porque no sienten ninguna emoción. Todo eso eran puras sandeces. Todos esos trucos de los llamados «gurús de la comunicación» sólo funcionaban en las películas o en las novelas. Sí era cierto, en cambio, que el mentiroso daba menos detalles y tendía a repetirse. En realidad no era el lenguaje corporal lo que proporcionaba más información, sino lo que las personas decían y la manera en que lo decían.

«Se lesionó la muñeca, pero… ¿en qué circunstancias?»

Lucía grabó mentalmente la información. Su cerebro, acostumbrado a clasificar, a registrar y a seleccionar, funcionaba a pleno rendimiento.

—Gracias, doctor Güell —dijo levantándose.

—Gracias, Alfredo —dijo Borges.

—Salomón, ¿quieres explicarme qué significa todo esto? —reclamó con rabia contenida el catedrático cuando ya subían hacia la puerta.

El tono era agresivo, casi acusador.

—Más tarde, Alfredo, más tarde… ¿Qué impresión te ha dado? —le preguntó a Lucía en cuanto salieron del aula.

—Oculta algo, eso está claro. La cuestión es: ¿qué oculta exactamente?

40

Martes por la tarde

—¿Qué es este asunto de las violaciones? ¿Habéis visto los carteles?

Salomón observó, uno por uno, a los miembros de su grupo. Como solía ocurrir, fue Assa Diop quien respondió primero.

—Corre el rumor de que varias estudiantes de la universidad han sido agredidas sexualmente cuando volvían a casa por la noche. Por eso las chicas evitan ahora salir solas a esas horas. Hay incluso estudiantes que proponen organizar una especie de milicia para patrullar las calles de la ciudad.

—Anoche hubo una asamblea en el anfiteatro de la Facultad de Ciencias —añadió Alejandro Lorca.

—¿Vosotros asististeis?

—Fuimos con Assa y Cordelia, sí —confirmó el joven estudiante—. Fue lo nunca visto: había más de mil estudiantes, algunos incluso tuvieron que quedarse fuera.

—Los ánimos se calentaron enseguida —agregó la danesa—. Algunos llegaron a plantear llevar a cabo una investigación paralela y ajustarle las cuentas al violador, antes de denunciarlo de forma anónima a la policía o a la Guardia Civil.

—¿Y qué quiere decir eso de ajustarle las cuentas? —preguntó Lucía, con expresión severa.

—Pues… mandarlo al hospital, supongo —contestó un dubitativo Alejandro—. Aquí nadie tiene ganas de convertirse en un asesino…

Se quedaron en silencio unos segundos, antes de que Salomón volviera a tomar la palabra.

—Como me entere de que alguno de vosotros ha participado en esa milicia, quedará inmediatamente expulsado del grupo, ¿entendido? Mantener el orden es competencia de la policía.

—¿Y si la policía no hace nada? —replicó Verónica, con una vehemencia y una audacia que los sorprendió a todos.

—En primer lugar tendríamos que estar seguros de que todo esto es más que un rumor —objetó el criminólogo.

Escrutó a la estudiante sin disimular su asombro. No era habitual que Verónica reaccionara así.

—No es un rumor —afirmó ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Assa con irritación.

—Ese hombre agredió a una amiga mía —respondió ella con repentina palidez y voz temblorosa, clavando la vista en la punta de sus zapatos—. La habría acabado violando… si no hubiera intervenido otra persona…

Assa se fijó en la venda que llevaba en la frente.

—¿Estás segura de que tu amiga no te ha contado una trola para darse importancia? Hay un montón de cuentistas que…

—¡Estoy segura! ¡No es una cuentista! —replicó Verónica.

Todos se quedaron callados, mirándola en silencio.

—Perdona… Verónica —se disculpó Alejandro finalmente—. No era nuestra intención…

Antes de que terminara la frase, no obstante, su compañera ya había abandonado la sala.

—Vaya por Dios… —comentó Assa en voz baja.

—¿Qué es lo que ha pasado? —dijo Alejandro.

—No lo sé, pero pienso averiguarlo —afirmó el profesor con cara de preocupación.

—Dicen que uno de Química estuvo a punto de pillar al violador hace un par de noches —intervino Assa—. Por lo visto, escapó por los pelos.

—¿Quién dice eso?

—El rumor circula entre los estudiantes —respondió Haruki—. Viene de la Facultad de Ciencias. Al parecer, agredieron a una alumna de Física en su habitación, pero intervino otro estudiante que se lanzó a perseguir al tipo por la calle.

—Bueno, más vale seguir el consejo que dan esos carteles —concluyó Lucía, que había permanecido apoyada en el lavamanos del fondo, un poco apartada de ellos—. No salgáis solas de noche, chicas. Si no os sentís seguras, si tenéis la impresión de que alguien os sigue u os espía y tenéis miedo, llamadme, a la hora que sea.

Salomón asintió satisfecho. A continuación les expuso de manera sucinta lo que habían descubierto en Graus y Segovia. Cuando Lucía abordó lo ocurrido en la finca, vio que sus rostros se ensombrecían poco a poco. Algunos de ellos apenas podían contener la rabia.

—Quiero que todos reflexionéis sobre estos nuevos datos y toméis nota de todo lo que se os ocurra —dijo Salomón con firmeza—. Ya sé que tenéis una agenda apretada, pero, tal como están las cosas, eso ya da igual. Dormiréis menos de lo que ya dormís y, sobre todo, saldréis menos; lo siento mucho.

Todos asintieron. A esas alturas no era necesario motivarlos. La adrenalina corría por sus venas. En el cerco de luz de la mesa luminiscente los ojos de los miembros del equipo despedían un brillo especial, pero Lucía no podía discernir si predominaba la curiosidad, la excitación, la rabia o el miedo.

—Teniendo en cuenta lo que sabemos hasta ahora, ¿qué

características le atribuiríais? —preguntó el profesor.

—Es culto y lee mucho —comentó Alejandro.

—Bueno, eso es evidente, ¿no? —se mofó Ulysses.

—A veces es necesario expresar en voz alta lo evidente —lo corrigió Assa.

—Si se inspiró en esos cuadros, es posible que trabaje en un medio relacionado con el arte o la pintura —sugirió Cordelia—. Podría ser el conservador de un museo, el propietario de una galería…

—O un artista… —señaló Assa.

—De entrada podríamos revisar en internet las obras de arte que representen alguna escena de las *Metamorfosis* —propuso Haruki.

—Sí, buena idea —aprobó Lucía.

—Para ganar tiempo vamos a atribuirle un cometido a cada uno —dijo Salomón—. Assa y Alejandro, vosotros buscaréis en el texto a qué mitos pueden corresponder las puestas en escena. Haruki y Cordelia, vosotros haréis lo mismo con las pinturas que encontréis en internet… Ya sabemos que una de las puestas en escena guarda relación con *La muerte de Jacinto*, pero, en lo tocante a las otras, aún no sabemos nada. Ulysses, tú introducirás en DIMAS los nuevos datos que tenemos. Prográmalo para que detecte si existen otros crímenes inspirados en una pintura o en un texto en su base de datos…

El criminólogo sabía que, semana tras semana, varios funcionarios de la Guardia Civil y la policía seguían introduciendo nueva información en los archivos digitales de DIMAS. Era una colaboración imprescindible, pero necesitarían meses —y más medios— para poder completar la base de datos.

—¡Ya falta poco, chicos! —exclamó dando una palmada—, así que ahora toca apretar el acelerador.

—¡En marcha! ¡A partir de ahora menos alcohol, menos fiestas y más Ovidio! —añadió Alejandro.

Sonaron algunas risas tímidas. Luego Salomón le tendió a Lucía una llave y una tarjeta electrónica de color rojo sangre.

—Es la llave del laboratorio y el pase que te permitirá acceder al edificio —explicó—. Ya eres miembro oficioso de nuestro grupo.

Embargada por una extraña emoción, Lucía vio cómo la felicitaban con una breve salva de aplausos.

• • •

—Caminemos un poco —propuso Salomón cuando él y Lucía salieron del edificio—. Me gustaría enseñarte algo.

Eran las cinco de la tarde y la luz menguaba rápidamente. Hacía fresco cuando llegaron a las estrechas calles del centro. Mientras pasaban cerca de la Casa de las Conchas, Lucía se dio cuenta de que la llevaba a la misma zona en la que habían estado por la mañana: los

alrededores de la calle Libreros. Pasaron sin detenerse frente a La Galatea y, diez metros más adelante, entraron en el vestíbulo del edificio histórico de la universidad. Fueron directos al claustro, donde, ocho días atrás, Salomón Borges había recibido la noticia de que DIMAS había descubierto algo.

Lucía levantó la cabeza para contemplar la gran secuoya que se elevaba entre las fachadas. Si hubiera tenido algunas nociones de arquitectura, se habría percatado de que el estilo predominante era renacentista, con algunas reminiscencias de gótico y mudéjar. También habría admirado la magnífica bóveda ojival bajo la que acababa de pasar antes de entrar en el patio.

—Por aquí —dijo Salomón, torciendo por la galería de columnas que ceñía el claustro.

Se detuvo al pie de una gran escalera, donde le mostró el bajorrelieve profusamente labrado de la balaustrada de piedra.

—Esta escalera data del siglo XVI —le explicó—. Cuenta con tres tramos, cada uno con un bajorrelieve distinto. En ellos están representadas las tres etapas de la vida: la juventud, la madurez y la senectud. En el primero tenemos la juventud, evocada a través de una danza morisca y un ambiente festivo, con bufones, una cortesana y juglares. Es una alegoría de los peligros y las tentaciones a los que se enfrentan los jóvenes estudiantes y del desenfreno de las pasiones que se vive a esa edad.

Tras subir el primer tramo de escalera, señaló el segundo pretil, que formaba un ángulo recto con el primero.

—En el segundo bajorrelieve aparece la madurez, simbolizada con la oposición entre el Bien y el Mal. Aquí tenemos el Bien, encarnado por un caballero que cabalga a una mujer, metáfora del control sobre las pasiones, frente a una mujer que cabalga a un hombre, que simboliza el pecado.

Vio que Lucía torcía el gesto.

—Sí, ya sé que es… eh… un tanto sexista, como mínimo. Pero no vamos a destruir una obra maestra del siglo XVI por un pequeño bajorrelieve, ¿no? Sólo los bárbaros destruyen las obras de las civilizaciones precedentes en nombre de sus propios valores, porque ¿quién nos garantiza que nuestros valores actuales no serán puestos en entredicho en los siglos venideros?

Subió unos escalones más, hasta la tercera y última sección.

—El tercer bajorrelieve simboliza la victoria sobre el Mal y las pasiones, a través de ese caballero que clava una lanza a un toro.

Se volvió hacia ella. Situado un escalón más arriba, parecía flotar en medio de la creciente oscuridad. En ese instante lo vio tal como era: un viejo sabio que había librado demasiados combates y aspiraba al reposo, pero que era consciente de que aún le quedaba una guerra que capitanear, tal vez la más peligrosa de todas.

—Nuestros alumnos, los maravillosos y adorables miembros de mi grupo, representan el primer bajorrelieve. Tú, Lucía, el segundo, el de la madurez. Y yo… pues yo entro en la tercera categoría, claro, la de la vejez… por mucho que a veces tenga la impresión de no dominar mucho mis pasiones y aunque me sienta todavía como un adolescente…

Esbozó una sonrisa un tanto forzada.

—En todo caso, lo que nos interesa es él, nuestro sospechoso. El individuo que buscamos tiene casi cincuenta años o más, teniendo en cuenta la fecha del primer crimen. —Señaló los bajorrelieves y sus alegorías—. Nos ha conducido adonde él quería. Cada paso que hemos dado, lo ha decidido él. Nos manipula… He estado pensando en eso, precisamente. Es posible que César Bolcán hubiera sido su cómplice en el primer asesinato, pero ese siniestro lugar que descubrimos en la finca no tiene nada que ver con nuestro hombre. A él no le interesan los niños. Sus blancos son los adultos, tal como hemos visto: parejas jóvenes y felices, o que al menos dan una imagen de felicidad. Es esa felicidad lo que pretende destruir. Su carburante es el odio, la envidia y los celos.

Bajó un escalón y cuando lo tuvo a su altura, Lucía captó su aliento mentolado. Vio que temblaba, tal vez a causa del frío. También advirtió inquietud y nerviosismo en su mirada.

—Somos su pequeño teatro, Lucía, sus marionetas —agregó, sin poder ocultar la tensión en su voz—. Apostaría a que no está lejos… nada lejos…

—¿Güell? —sugirió ella.

—Tal vez… En ese caso, habría sido muy joven en el momento de los primeros asesinatos, pero ¿por qué no? —Volvió a señalar los bajorrelieves, con sus figuras grotescas que, poco a poco, difuminaba la oscuridad, y bajó la voz para añadir, con un tono de solemnidad que parecía brotar de las profundidades de las sombras—: Sea como sea, sin duda se trata de alguien que siente una gran fascinación por las imágenes, los símbolos y los textos clásicos. Como ya habrás observado, esta ciudad está llena de imágenes, de símbolos y de hombres parecidos al que acabo de describir. Estoy convencido de que está aquí, de que sigue cada paso que damos, de que es uno de los nuestros… Tenemos que recapitular, Lucía, para identificar a todas las personas con las que nos hemos cruzado.

Las sombras, que se habían vuelto aún más densas en los corredores del edificio, descendían como una pátina sobre las viejas piedras. Tal vez fuera a causa del estado de ánimo que la embargaba en ese momento, pero lo cierto era que Lucía tuvo la impresión de que, aquella tarde, el crepúsculo era más breve y las tinieblas más precoces.

—Volvamos —dijo Salomón observándola—. Soy un viejo profesor demasiado parlanchín y tú necesitas descansar.

41

Martes por la noche

Soldados que avanzaban a bayoneta calada, cañones, caballos, tiendas de campaña… Varios grupos se desplegaban en las colinas, listos para el combate.

—Aquí había 375 cazadores a caballo de la Guardia Imperial —explicó Salomón—, allí 48 mamelucos y 706 granaderos. Pasaron a la carga gritando: «¡Hagamos llorar a las damas de San Petersburgo!» Esa mañana, en Austerlitz había 65.000 hombres en el bando francés y 85.000 en la coalición austro-rusa.

Lucía observaba los soldaditos de plomo. Había como mínimo un centenar en la maqueta instalada en un rincón de la sala. Para ella era como ver un cementerio. Aquellas figurillas petrificadas en pleno movimiento le recordaban todas esas guerras de los siglos anteriores que podían resumirse en una sola: la guerra que eternamente perdía la humanidad contra la muerte.

—Ahí están los soldados de la infantería austriaca —prosiguió muy animado el profesor—, ahí, un artillero de la Guardia Imperial. Y ahí vemos, por supuesto, al emperador a caballo, con su escolta de veinte dragones, repeliendo un ataque de los cosacos.

Lucía sonrió, intuyendo que Salomón podía oír incluso los relinchos de los caballos, los gritos de los cosacos que atacaban en plena noche, los choques de la caballería y el chasquido de los estandartes. Él debió de notarlo, porque le hizo un guiño.

—Bueno, ya he hablado bastante de mis obsesiones. ¿Te apetece tomar algo?

Se acercó a las botellas del aparador. Lucía optó por un whisky sin hielo, y Salomón cogió una licorera de cristal tallado que contenía un coñac Grande Champagne gran reserva. Tras servírselo en una copa, se sentó en uno de los sillones orejeros. Lucía ya se había dejado caer en el otro.

—Antes, la mayoría de los asesinatos y crímenes violentos eran fáciles de entender —comentó el profesor—. Marido celoso, crimen canallesco o ataque de locura, los móviles eran siempre los mismos. Hoy en día las cosas son muy distintas. Violencia gratuita, ajustes de cuentas, crímenes sexuales, amenazas de muerte en las redes sociales… La violencia está

en todas partes, incluso en muchos de nuestros actos cotidianos, en nuestras palabras y en los programas con los que nos bombardean día tras día. La ciencia y la técnica han hecho enormes progresos al servicio de la investigación, pero las motivaciones se han vuelto más complejas, los actos violentos más frecuentes y los móviles más enigmáticos, y también se han multiplicado las trabas jurídicas a la hora de investigar. Por consiguiente, a pesar de los avances constantes de la tecnología cada vez se resuelven menos casos.

Se levantó para dirigirse a la biblioteca, de donde sacó una edición antigua de las *Confesiones*.

—San Agustín ya enseñaba que se puede hacer el mal de forma gratuita, y que el origen de dicho mal radica en la voluntad y el orgullo del hombre.

Guardó el libro y cogió otro: *The Illustrated Stratford Shakespeare*.

—«Ahora el invierno de nuestro descontento se transforma en verano con este sol de York»… *Ricardo III*. ¿Lo has leído? No, es verdad, no lees… —constató, sin el menor asomo de desprecio en la voz—. Es la historia de un rey deforme, jorobado y maquiavélico que asesina a su propio hermano, a sus sobrinos y a su mujer para apoderarse del trono. El hombre al que buscamos tiene también una deformidad, pero no física, sino psicológica. Es probable que lo deformara una infancia desdichada. ¿Cuántos padres disfuncionales habrán acabado engendrando verdaderos monstruos? Miles, sin duda…

—Resulta cómodo creer que de los monstruos nacen monstruos, ¿no? —objetó ella—. Sin embargo, hay monstruos que tuvieron una infancia feliz, que fueron criados por padres afectuosos.

Salomón sonrió mientras guardaba el grueso ejemplar para coger otro.

—*Las 120 jornadas de Sodoma*, del marqués Donatien Alphonse François de Sade, tal vez la obra que ha ido más lejos en la descripción de lo insoportable, de la crueldad: violaciones, torturas, incestos, asesinatos, pedofilia, coprofagia… En el marqués de Sade, que también era un trastornado, hay de todo… Por otro lado están *Los hermanos Karamázov* —añadió sacando otro libro—, la rebelión contra Dios ante el sufrimiento injustificable de los niños… ¿Tú crees en el mal, Lucía?

—Absolutamente.

—¿Por qué?

—Porque lo he conocido.

—¿Francisco Manuel Meléndez?

Vio que la teniente se tensaba un poco: el juicio estaba al caer.

—No sólo eso.

—La de cosas sobre el mal que nos enseña la literatura… —dijo pensativo el profesor—. Aunque apuesto a que eso no es nada comparado con lo que se aprende enfrentándose realmente al mal, ¿verdad?

Se la quedó mirando fijamente mientras hacía girar el coñac en la

copa de manera casi hipnótica. Después se levantó, escogió un vinilo y lo puso en el tocadiscos.

—*Elektra*, de Richard Strauss. *Elektra* es una ópera que narra el asesinato de Agamenón a manos de su mujer, Clitemnestra, y del amante de ésta, Egisto, así como el asesinato de la propia Clitemnestra a manos de su hijo, Orestes, que la mata como venganza por la muerte de su padre. El director de orquesta Daniel Barenboim la calificó como «la crueldad hecha música».

Del tocadiscos salieron las primeras notas, sombrías y dramáticas. La mente de Lucía se evadió, pensando en aquel libro del sótano de la Facultad de Derecho que tal vez había consultado el asesino, en los ojos de Alfredo Güell, que la escudriñaban escondidos detrás de sus gafas, en el violador que rondaba por las calles de Salamanca, en el cadáver de César Bolcán flotando por encima de su silla de ruedas, en los detalles sórdidos del informe de la autopsia que había leído en la colina del Alcázar de Segovia y en el dormitorio para niños del sótano de la finca de Bolcán.

También pensó en su hijo Álvaro…

—Tienes cara de estar agotada —comentó Salomón en un tono paternal—. Si fueras mi hija te mandaría ahora mismo a la cama con una infusión de tila y de flor de azahar y una bolsa de agua caliente en los pies.

Lucía sonrió, tomando un trago de whisky.

—Pero no soy tu hija… ¿Tú tienes hijos?

—No. Begoña, mi difunta esposa, no quiso tenerlos.

—¿Es ella?

Lucía señaló la foto enmarcada que había encima del aparador.

—Sí…

—¿Sería una indiscreción preguntarte por qué no quería tener hijos?

Salomón dudó un instante.

—Un día que estábamos de pícnic en un prado, cuando apenas nos conocíamos y empezábamos a tontear, me preguntó si quería tener hijos. Le contesté que no había pensado todavía en eso. Entonces me aclaró que, en caso de querer tenerlos, tendría que buscarme a otra, porque ella no quería. Decía que sería un regalo de mal gusto traerlos a un mundo tan feo.

Lucía volvió a echar un furtivo vistazo a la foto.

—La querías mucho, ¿verdad?

—Con toda mi alma… No querría caer en el sentimentalismo, pero en la mitología china hay un concepto denominado *tian sheng yi dui* que significa «pareja elegida por los cielos». En el mismo instante del nacimiento un dios señala las relaciones predestinadas, uniendo con un hilo rojo a los futuros esposos y esposas. Este concepto puede vincularse al mito platónico del andrógino original. Según ese mito la humanidad se componía en sus inicios de seres provistos de cuatro brazos, cuatro

piernas y dos caras, pero Zeus los habría cortado en dos porque temía su poder, y así los condenó a buscar su otra mitad. También tenemos el mito judío del *Bachert*, la persona que Dios te ha destinado, la otra mitad de ti mismo.

Miró el fondo de su copa.

—Yo siempre creí que Begoña estaba destinada a unirse a mí. Desde el primer instante en que la vi pensé que alguien o algo, llámese «Dios» o «el destino», pero en ningún caso el azar, la había puesto en mi camino para toda la eternidad, que era algo que estaba escrito. Ah, ya sé que los racionalistas, los especialistas en la química del cerebro y los escépticos se opondrían a esta convicción, pero eso se debe a que ellos no han vivido nunca algo así.

Acto seguido se puso a tararear, para sorpresa de Lucía.

—«*Why she had to go I don't know she wouldn't say, I said something wrong, now I long for yesterday*…» Era una mujer maravillosa… Se parecía a esa actriz de Ingmar Bergman, Bibi Andersson. ¿Has visto *Fresas salvajes* o *El séptimo sello*? —Lucía negó con la cabeza—. Tenía ese tipo de belleza natural, sin sofisticación. Era lista, pero no se las daba de intelectual, como esas que tanto abundan en la universidad. Era alumna mía. Desde la primera vez que salí a cenar con ella supe que era la mujer de mi vida…

Dejó la copa en la mesita del sofá.

—Bueno, si no te importa, voy a acostarme —se disculpó Salomón—. Tú también deberías dormir, Lucía. Buenas noches.

—Buenas noches, Salomón.

• • •

—Ángel Benavente —dijo Arias por teléfono—, en libertad condicional por tráfico de anabolizantes y delitos contra el orden público. La última señal emitida por su móvil se sitúa en Lérida. Quizá cogió un tren para Barcelona después de deshacerse del teléfono y el coche. Estamos indagando en las tiendas de telefonía móvil de Lérida y en las que están alrededor de la estación de Sants de Barcelona, y preguntando a los vendedores de móviles con tarjeta prepago. También buscamos su coche. Es un trabajo de hormiga.

Lucía estaba sentada en la cama, en uno de los dormitorios del piso de Salomón, tapada con el grueso edredón de plumas para protegerse del frío, los pies apoyados en una bolsa de agua caliente y una aromática infusión humeando en la mesita de noche… El profesor no había podido resistirse a la tentación de prodigarle esos mimos. Lucía había informado a Arias de sus últimos descubrimientos y de su conversación con Alfredo Güell.

—¿Quieres que lo pongamos en prisión preventiva? —le había preguntado su compañero.

—Por ahora no.

Tenía una señal de llamada.

—¿Es todo? —preguntó.

—Por el momento, sí.

—Me están llamando. Hasta luego, Arias. Y gracias. Seguimos en contacto.

Atendió la otra llamada. Era Adrián.

—Lucía, he descubierto de dónde saca vuestro asesino las puestas en escena —anunció con aire triunfal.

42

Martes por la noche

Lucía sintió una descarga eléctrica.

—He recibido el libro que encargué, donde aparecen inventariados más de doscientos cuadros pintados en Italia, España, Francia y los Países Bajos entre finales del siglo XVI y principios del XVII. Las tres escenas están ahí.

—¿En serio?

—Te envío las imágenes —dijo Adrián—. La primera, la de 1989, se corresponde con el cuadro de un pintor desconocido del siglo XVII titulado *Céfalo y Procris*.

Lucía abrió el WhatsApp.

Céfalo y Procris, autor desconocido, óleo sobre tela, siglo XVII © Museo de Bellas Artes de Tours.

¡Virgen santísima! Adrián tenía razón. La mujer estaba sentada de cara, con las piernas abiertas, y el hombre arrodillado entre sus muslos,

inclinado sobre ella, de espaldas, rodeándole el torso con un brazo mientras ella le ponía la mano en el hombro. Todo encajaba. En el escenario del crimen el hombre tenía un velo rojo en la parte inferior del cuerpo, y la mujer, una tela verde sobre las rodillas y los muslos…

—¡Es increíble! ¡Es exactamente igual! —exclamó Lucía.

—La segunda imagen se corresponde con la segunda escena, la de Segovia. Se trata de un cuadro de una escuela italiana del siglo XVII, *La muerte de Jacinto*…

La muerte de Jacinto, escuela italiana, óleo sobre tela, siglo XVII, Museo Thomas-Henry, Cherburgo © Bridgeman-Giraudon.

»Mira, fíjate bien, son las mismas posturas —subrayó Adrián—. El hombre está agachado y con las piernas dobladas, como si estuviera recostado en un árbol, y la mujer sentada entre sus rodillas, con la espalda apoyada en su torso y un brazo posado en su muslo izquierdo. El hombre tiene un velo rojo en los hombros, y la mujer, un velo verde sobre los muslos, con la salvedad de que, en el cuadro, no es una mujer. Aparte de este detalle, todo cuadra, hasta las sandalias que llevan puestas y que no se corresponden con su talla, el ramillete de flores blancas y… ¡la raqueta de tenis!

—Joder… —musitó Lucía.

—Y aún hay más. Ahí va la tercera, la del doble asesinato de Benalmádena. Ésta se inspira en la obra de un pintor francés de segunda categoría, Jean-François de Troy; el cuadro se titula *Píramo y Tisbe* y fue pintado entre 1708 y 1710. En este caso todo coincide también. El

hombre tendido boca arriba, con una camisa abierta en el pecho, el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo, la mano derecha encima del torso, sandalias en los pies, una gruesa cuerda en torno a las pantorrillas y una manta roja encima de la cadera y el vientre; la mujer tendida junto a él, de costado, desnuda hasta la cintura, con una daga clavada entre los pechos.

Píramo y Tis, Jean-François de Troy, óleo sobre tela, siglo XVIII © Colección privada, Reserved Rights, con quien la editorial no ha podido contactar, pero le reconoce su titularidad de los derechos de reproducción de la obra y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

—Dios mío… —susurró Lucía—. ¿Es posible que el asesino tuviera ese libro entre las manos?

—Es más que probable. Ten presente que en 1989 no existía internet.

—Gracias, Adrián —murmuró ella—. Todo esto nos será de gran ayuda. Has hecho un descubrimiento fantástico.

Se produjo un silencio. Lucía adivinó que su amigo estaba sonriendo.

—No hay de qué… Por cierto, no te olvides de lo que me dijiste, que esto se merece una cena…

—No me olvido.

En cuanto se despidió de Adrián llamó en voz alta a Salomón para que se reuniera con ella. Enseguida oyó el ruido de sus pasos y el golpecito de sus nudillos en la puerta del dormitorio.

—¿Puedo entrar? —preguntó el profesor.

—¡Sí, por supuesto!

—¿Qué ocurre? —dijo él, con expresión preocupada.

Lucía le mostró la pantalla de su teléfono. Salomón se ajustó las gafas, se inclinó sobre el aparato y miró las imágenes con los ojos abiertos como platos.

—Vaya… —dijo con voz temblorosa—. Parece que las cosas se van aclarando.

43

Martes por la noche

—Estás muy tensa, Assa —dijo Alejandro.

—Es el estrés, por ese maldito caso…

Estaba tumbada boca abajo en la cama, vestida solamente con unas bragas rosas que llevaban escrito el nombre de RIHANNA con grandes letras naranjas. Los dedos del joven se hundían en los esbeltos músculos de la chica, destensando y relajando deltoides, trapecios y dorsales con la destreza de un fisioterapeuta.

Assa empezó a ronronear. Alejandro pasó a centrarse en los músculos de las pantorrillas y en la parte posterior de las rodillas, y luego fue subiendo despacio hasta los muslos, los glúteos y los abductores.

Assa sintió una agradable oleada de calor cuando las manos de Alejandro se acercaron al triángulo de tejido rosa.

Dejó escapar una risita. Le gustaba que la acariciara así. Cuando él introdujo la punta de los dedos bajo la delgada tela, en el punto donde se concentraba el núcleo de calor, soltó un gemido, abrió un poco sus torneadas piernas y alzó el vientre de un modo totalmente impúdico.

Cuando él entró en contacto con los pliegues de sus labios mayores y comprobó lo húmeda que estaba, tuvo una erección instantánea. Se puso un preservativo que no le impidió percibir todo el calor que desprendía Assa cuando la penetró. Sintió el masaje que le procuraban los músculos internos de la joven. Ella soltó un gemido y Alejandro le rodeó los pezones erguidos con los dedos y arqueó la columna a la manera de un toro.

—Tampoco te había pedido un *happy ending* —soltó ella en broma.

Tenía ya la voz ronca… Unos segundos después él la inmovilizó sobre el colchón y se hundió lo más profundo que pudo en su interior. Ella se puso a jadear y a gemir, mientras correspondía con ardor a sus vaivenes. Sudor, saliva, fluidos y alientos. El perfil delicado de los omoplatos, la curva definida, compacta, de los muslos en contacto con su vientre, la depresión de su columna bajo la piel oscura.

Al cabo de veinte minutos, después de haber cambiado tres veces de posición, ella fue a tirar el preservativo a la basura y cogió dos cervezas Mahou de la nevera.

—¿Cómo te imaginas al individuo que estamos buscando? —preguntó

sentándose a horcajadas sobre él. Dio un trago de cerveza directamente de la botella.

—No sé… ¿Y tú, cómo te lo imaginas?

Assa se quedó pensativa.

—Me lo imagino más bien alto, atractivo, culto, inteligente, de unos cincuenta años…

Alejandro se puso a reír.

—¡Eso no es un perfil, es un fantasma!

Ella también se rió. Luego apoyó la botella helada en el torso de Alejandro y él se estremeció. Se le puso la carne de gallina.

—¡Eh, que está fría de verdad!

La apartó y la hizo rodar por la cama, derramando un poco de cerveza. Se levantó y anduvo hasta la puerta. Cuando se dio la vuelta a ella le sorprendió la intensidad de su mirada; por un instante tuvo la impresión de que no era él.

—¿Y si lo hubiéramos enfocado mal desde el principio? —planteó Alejandro, con una voz que no parecía la suya.

—¿A qué te refieres?

En su voz había un timbre diferente. Assa no pudo evitar estremecerse.

—Supongamos que quien cometió los últimos dobles asesinatos y el primero no fueran la misma persona.

—¿Cómo?

—Ya lo comentamos en el Camelot, ¿no te acuerdas? Un *copycat*… De algún modo se enteró de los detalles del primer doble asesinato, advirtió que el asesino reproducía las *Metamorfosis* de Ovidio y decidió imitarlo. Eso explicaría todos esos años de inactividad… ¿Quién sabe? Es posible que el primer asesino haya muerto y que ahora haya otro…

Vio que su hipótesis había captado toda la atención de Assa, que se sentó, erguida, en la cama.

—Continúa…

—En tal caso habría que cambiar de enfoque y volver a las hipótesis tradicionales: un hombre de entre veinticinco y treinta y cinco años más o menos.

Alejandro hablaba de forma atropellada, con las pupilas dilatadas. Cuando se acercó a la cama Assa percibió en sus ojos un brillo desconocido. No estaba segura de que ese Alejandro fuera de su agrado.

—Igual resulta… —murmuró él, con una voz cada vez más grave y gutural— que es uno de nosotros, alguien del grupo, como Ulysses o… yo mismo.

Esta vez la joven retrocedió unos centímetros, con el cuerpo en tensión.

—Deja ya ese juego de mierda… No me hace ninguna gracia.

—Puede que no sea un juego… —susurró él, apoyando una rodilla en la cama y reptando hacia ella sin dejar de mirarla fijamente, con los ojos

desorbitados.

—¡Como sigas acercándote, te doy un puñetazo en la cara, gilipollas! ¡O en las pelotas!

Alejandro se enderezó.

—¡Por el amor de Dios, Assa, estaba bromeando! —exclamó separando los brazos.

—Hay alguien detrás de la puerta…

—¿Cómo?

—He oído un ruido… Hay alguien detrás de…

—De la puerta, sí, ya te he oído.

Alejandro se volvió.

—Debe de ser Jordi —apuntó.

—No, Jordi ha vuelto hace un rato.

—No te muevas —susurró el joven.

Se acercó a la puerta sin hacer ruido y pegó la oreja para escuchar. Nada, aparte del pálpito en sus sienes. Luego la abrió de golpe.

En el rellano no había nadie. Aunque el hueco de la escalera estaba iluminado: alguien había encendido la luz hacía poco.

—No hay nadie —dijo de todos modos para tranquilizarla.

Entonces oyó que se cerraba la puerta de la calle.

44

Miércoles por la mañana

El tiempo amenazaba lluvia cuando Alejandro y Assa entraron al día siguiente en el edificio de la Facultad de Derecho. Tras enfilar el pasillo de la derecha, fueron dejando atrás las aulas hasta llegar a la escalera que conducía al sótano.

Al llegar a los últimos escalones descubrieron una larga frase escrita en rojo en la pared. El mismo rojo con el que se pintaban los vítores de la universidad. La frase rezaba lo siguiente: «Encuentro a Procris medio muerta y sus asperjadas ropas ensuciando la sangre, y sus regalos, triste de mí, de la herida sacando.»

—¡Mierda! —exclamó Assa.

—Ha venido aquí esta noche —susurró Alejandro.

La puerta del laboratorio de Criminología se abrió de pronto. Ulysses apareció en el umbral, despeinado, con cara de sueño y una taza humeante en la mano.

—Hola. Menuda cara tenéis, chicos…

Siguió la dirección de sus miradas y se le desorbitaron los ojos.

—¿Qué… qué es eso?

—¡Hay que avisar ahora mismo a Salomón! —señaló Alejandro.

—¡Maldita sea! —exclamó Ulysses—. Me parece que también ha entrado en el laboratorio. Alguien me ha robado el vaso y el cepillo de dientes…

45

Miércoles por la mañana

A Héctor Delgado, consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, le gustaba mirarse. Esbelto, apuesto y bien afeitado, se tomó su tiempo para ponerse la camisa blanca, anudarse la corbata azul Ermenegildo Zegna y enfundarse el traje gris de Hugo Boss sin dejar de deleitarse con su imagen en el espejo.

Héctor Delgado estaba muy satisfecho consigo mismo.

Había triunfado. Había llegado adonde quería llegar. Todo lo demás era secundario. Se le daba de maravilla camelarse a sus interlocutores con esa apariencia de vitalidad, poder y talento. Las pequeñas contrariedades de la vida no le hacían mella, le resbalaban como sobre las plumas de un cisne.

Salió del dormitorio y fue hacia la escalera. De la planta baja llegaban voces y gritos.

Se dijo que tenía una mujer espléndida y unos hijos muy guapos. Su única preocupación era la edad, aquella maldita flecha del tiempo que siempre volaba en la misma dirección. Para comprender eso no hacía falta ser Einstein ni Ludwig Boltzmann, bastaba con tener sentido común. Bastaba con ver las arrugas de su frente y sus patas de gallo. Se había planteado hacerse un *lifting*, pero tampoco quería parecer una máscara de cera ridícula e inexpresiva.

Con su aura de brillante consejero, metido en su papel de *pater familias* y de marido cariñoso y atento, entró en la cocina y dio un beso a sus cuatro hijas y a su hijo, sentados a la mesa, para acabar besando suavemente los deliciosos labios de Manuela.

—¡Papá! ¡Papá!

Sus hijas lo acogieron alborozadas, con consultas y preguntas. Delgado reinaba en su mundo con soltura y autoridad, suscitando risas ahogadas en su magnífica esposa.

Devoró el gofre con huevo y beicon, engulló una rebanada de *banana bread* y se bebió de golpe el café largo, fiel a la costumbre de tomar desayunos a la americana que había adquirido durante una estancia en Estados Unidos. Tras limpiarse los labios cogió su voluminoso maletín de cuero marrón.

—Hasta la noche, queridos míos.

Se sentó al volante de su Mercedes Clase E con una sonrisa de oreja a oreja.

Como cada vez que se iba a Segovia, se preguntó cómo reaccionaría su mujer si se enterara de su secreto. Seguramente pediría el divorcio. Sentiría asco. Era tal el abismo que separaba al Héctor que ella conocía del que en el fondo era, tan profunda la brecha entre la existencia que llevaba en el seno de su familia numerosa y su vida secreta, íntima y fantasmal, que la pobre Manuela se habría quedado probablemente de piedra y sobrecogida, llegando incluso a dudar de su propia salud mental, de haber podido ver con sus propios ojos lo que hacía su marido.

Antes de dejar Valladolid aparcó delante de la Junta de Castilla y León. El edificio, situado entre la colina del Mirador de Parquesol y el río, le recordaba una cárcel del Renacimiento, con sus torreones y patios cuadrados. Una vez en su despacho, cogió algunos papeles y le anunció a su secretaria que esa mañana tenía una reunión con el rector de la USAL.

—Según su agenda, la cita es por la tarde —precisó ella.

—Ha habido un cambio de última hora. Nos vemos por la tarde, Inés.

Tardó una hora y media en recorrer la distancia que separaba Valladolid de Segovia. Como siempre, cuando circulaba por la antigua vía romana hacia el acueducto, sintió una punzada en el corazón. La visión de aquel monumento le hacía pensar en su finitud: le recordaba que estaba envejeciendo. Aquellas piedras habían visto pasar a muchas generaciones de hombres como él y verían muchas más.

Aparcó el Mercedes gris en la plaza San Nicolás, al pie de la iglesia del mismo nombre. Eran las 10.18 h cuando entró en un edificio antiguo y subió a toda prisa las escaleras. No había ascensor ni timbre. Llamó con los nudillos y la puerta se abrió enseguida. Apareció un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, barrigudo y con calvicie avanzada, vestido con un batín de seda de color índigo con rayas doradas.

—Hola —dijo Héctor Delgado.

—Hola…

Se abrazaron con la voracidad de dos amantes que llevan mucho tiempo sin verse. El sexo del consejero se endureció al instante cuando el hombre se lo acarició por encima del traje.

En menos de cinco minutos estaban en la cama. Cuando penetró a su compañero, sintió un placer que jamás le había procurado la vagina de su esposa.

—¿Un café? —le propuso Rodrigo al cabo de diez minutos.

Siguió a Rodrigo hasta el balcón, que ofrecía una bonita panorámica de los campos circundantes. Era una hermosa mañana de otoño. Delgado contempló las colinas luminosas y las carreteras secundarias que serpenteaban por las pendientes.

Minutos después Rodrigo volvió con una jarra de cristal llena de café,

dos tazas y un periódico.

—Pronto hará cien días que estamos sin gobierno. Este país no se cansa de hacer el ridículo —dijo arrojando el periódico sobre la mesa redonda.

Rodrigo era teniente de alcalde del Ayuntamiento de Segovia. En realidad el marasmo político del que hablaba había empezado cuatro años atrás. Cuatro años de crisis constantes en los que España avanzaba sin brújula, con los presupuestos bloqueados. ¿La causa? Las luchas fratricidas, las guerras de egos, los vetos estratégicos, la fragmentación del Parlamento… El triunfo, en suma, de los egoísmos partidistas en detrimento del interés general.

—Estos políticos son incapaces de ver nada más allá de sus propios intereses —prosiguió Rodrigo—. Su cinismo es espantoso. El pueblo no les importa lo más mínimo.

La sonrisa de su amante dejó al descubierto el impecable esmalte de sus dientes.

—El pueblo, el pueblo… ¿Qué demonios os pasa a los de izquierdas? ¿Por qué pronunciáis esa palabra como si el populacho fuera sagrado, como si fuera depositario de toda la verdad, como si criticar al pueblo fuera una blasfemia? En cualquier caso, a mí me parece interesante el avance de Vox —añadió.

Pese a ser consciente de que se trataba de una mera provocación por parte de Héctor, Rodrigo no pudo evitar responderle.

—¿Cómo puedes ser tan reaccionario? —contestó, con fingido tono de indignación y repulsa.

—Facha, ésa es la palabra que tienes en la punta de la lengua, querido —lo corrigió, sonriendo, Héctor Delgado—. Venga, escúpela. Yo soy un facha de mierda y tú… tú eres un maldito comunista, cariño… Y yo estoy hasta las narices de tus sermones.

Rodrigo estalló en carcajadas.

—¡Todavía no entiendo cómo hemos podido acostarnos! Tú crees en Dios y tienes una bonita familia, yo en cambio… Parece un milagro, ¿no? ¡Un poco más y me hago creyente!

Se acercó la taza a los labios y tomó un sorbo. Delgado sonreía.

—Vamos a ver —prosiguió Rodrigo—, ¿qué ves en mí? Tú eres guapo y yo no. Tú eres de derechas y yo de izquierdas. Tú estás casado con una mujer guapísima y tienes unos niños preciosos y una vida ordenada, y yo soy un homosexual declarado.

—Ya hemos hablado mil veces de eso, querido. ¿Conoces las leyes de la atracción? Las cosas no son nunca tan simples…

—¿Quieres saber qué pienso? Que lo que te gusta de todo esto es la transgresión… Transgredir las leyes inflexibles de tu propio bando: trabajo, familia y patria. Eso es lo que te atrae, Héctor. Infringir, violar los mandamientos de tu jodida moral y de tu propia familia política, revolverte en el fango o en lo que tú consideras como tal. Eres un

hombre cargado de contradicciones, Héctor, y como todos los moralistas, eres un maldito hipócrita. Quieres el orden y la moral para los demás, y la transgresión te la reservas para ti. Todo esto, esta fascinación, esta mezcla de atracción y repulsión hacia lo que tú asocias con el mal, te viene probablemente de la infancia. Creo que serías incluso capaz de matar para experimentar la transgresión definitiva —apuntó Rodrigo, con su proverbial afición por la hipérbole.

—¿Has acabado? —replicó Delgado riendo—. ¡Muy bien! Debo marcharme, cariño. Esta tarde tengo que estar en Salamanca.

En el coche, antes de arrancar, echó un vistazo a su agenda. Tenía cita a las dos con el rector. Luego… El móvil empezó a sonar. Lo miró con desgana. Borges… ¿Qué querría ahora? Aceptó la llamada y escuchó las explicaciones del profesor.

Después de colgar se quedó un rato mirando la calle con la vista perdida.

Tuvo una visión que se remontaba a su más tierna infancia: un gato muerto, destripado, con la lengua colgando, su cadáver famélico yacía sobre un lecho de hojarasca.

Se le aceleró el pulso y notó que la frente se le perlaba de sudor. Hacía tanto tiempo de eso… Recordó la frase de su amante: «Creo que serías incluso capaz de matar para experimentar la transgresión definitiva.»

Héctor Delgado echó un último vistazo a las soleadas murallas y se marchó de Segovia.

46

Miércoles por la mañana

—Señoras y señores, puesto que ya están aquí todos los interesados, puede dar comienzo el juicio de primera instancia contra el señor Francisco Manuel Meléndez —dijo la presidenta de la Audiencia Provincial de Madrid, alisándose el vestido negro mientras contemplaba la sala por encima de las gafas.

Lucía la observó con detenimiento. La jueza Carmen Laporta tenía ante ella un ordenador portátil, una botella de agua mineral y una enorme pila de expedientes que sin duda no estaba allí para impresionar a los asistentes. La jueza llevaba demasiado maquillaje, como siempre, y se le veía el pelo grasiento. Tenía un aspecto severo, aunque Lucía sabía por experiencia que eso no significaba nada.

Lucía, que acababa de llegar de Salamanca, echó un vistazo a la mesa de la defensa. Comprobó con satisfacción que, aunque iba recién afeitado y llevaba traje, Meléndez tenía toda la pinta de ser culpable. Tenía unas leves cicatrices en los pómulos y la nariz medio torcida por los martillazos que ella misma le había propinado, todavía visibles después de tanto tiempo. Sin duda, la defensa utilizaría aquellas marcas para resaltar la violencia de la agresión. Como si hubiera notado su mirada, Francisco Manuel Meléndez se volvió hacia ella y le sonrió. Lucía sintió que la temperatura de la sala bajaba de golpe. Incluso a esa distancia podía percibir la luz que titilaba en los pequeños y oscuros ojos del Asesino del Martillo.

Se dio la vuelta y comprobó que había un público numeroso, en parte formado por periodistas, que la miraban con curiosidad. Reconoció a algunos de *El Mundo*, *El País*, *La Razón*, *La Vanguardia*, *ABC*, La 1, La 2, Antena 3 y Telecinco. En los últimos días el abogado de Meléndez había aparecido casi a diario en televisión y, con su elocuencia y sus toscos modales, que contrastaban con la elegancia de su atuendo, había aprovechado cada entrevista para sembrar las dudas en torno a la teniente Lucía Guerrero.

Como si la acusada fuera ella y no su cliente…

Mientras unos y otros iban tomando la palabra, Lucía desconectó unos segundos. Volvió a verse en los lavabos de la autopista, medio asfixiada, con la cabeza aprisionada en la bolsa de plástico y percibiendo, al

mismo tiempo, el perfume barato, intenso, mareante y repulsivo de Meléndez. Luego le vino otro *flash*, en el que se vio a sí misma propinándole unos violentos martillazos y notando con alborozo salvaje cómo se le quebraban los huesos de la cara. Él chillaba y forcejeaba, hasta que al final perdía el conocimiento.

Cuando volvió a centrar la atención en la sala, el abogado de Meléndez se acercaba al micro. Era un abogado muy conocido, de pelo entrecano y mirada fría y penetrante, famoso por el número de absoluciones que había logrado a lo largo de su carrera. Miraba fijamente a Lucía. Ella le sostuvo la mirada sin pestañear, esforzándose por mantener la sangre fría.

El rostro del abogado traslucía sus malvadas intenciones, como si dijera: «Te las voy a hacer pasar canutas, pequeña.» Cuando se volvió hacia los miembros del jurado su expresión se transformó.

—Señoras y señores del jurado —empezó con tono zalamero—, vamos a demostrar que la teniente Guerrero, aquí presente, atacó a mi cliente sin motivo. Que estaba a solas con él, sin testigos. Que fue ella quien lo siguió hasta el baño, y no al revés. Que esa noche ningún testigo vio a mi cliente en posesión de un martillo y que, en cambio, el joven de la caja registradora vio salir a la teniente Guerrero del baño con un martillo en la mano y… cubierta de sangre. Vamos a demostrar asimismo que la teniente es una persona sumamente inestable, violenta e incontrolable, que ya ha tenido en varias ocasiones problemas graves con sus superiores. Vamos a demostrar no sólo que esa noche no llamó para pedir refuerzos, sino que ninguno de sus colegas ni su superior jerárquico directo estaban al corriente de sus andanzas nocturnas.

Daba golpecitos con la uña del dedo índice en la mesa, como para subrayar cada una de sus afirmaciones.

—Vamos a demostrar, además, que mi cliente no tiene antecedentes policiales, que sus vecinos lo consideran una persona equilibrada y servicial, al contrario de lo que ocurre con la teniente Guerrero… a quien, dicho sea de paso, le fue retirada la custodia de su hijo… Por otro lado, no quiero dejar de señalar que disfrazarse de mujer no es un delito, y para concluir demostraremos que este caso no es más que un montaje orquestado por la Guardia Civil. En ese sentido, condenar a mi cliente supondría cometer un espantoso error judicial, aunque tengo la convicción de que los jurados aquí presentes querrán evitarlo en nombre del derecho y de la justicia.

Muy hábil la introducción de las palabras «justicia», «derecho» y «error judicial» en la última parte de su discurso. Siempre surtían efecto. Todo el mundo adoraba las palabras «justicia» y «derecho»: sin duda quedarían grabadas en la mente de los jurados. Además, el abogado había utilizado un tono tan razonable, tan sereno y tan impregnado de convicción que hasta Lucía habría podido dudar de sus propios recuerdos.

En realidad estaba furiosa. Ese abogado hijo de puta no había tenido el menor escrúpulo en usar a Álvaro. Sabía, sin embargo, que la había provocado a propósito y que ella no podía permitirse mostrar su rabia. Eso sólo daría más munición a la defensa.

—Teniente, todo el mundo afirma que usted siempre ha destacado en la UCO, que es uno de sus miembros más experimentados y más hábiles a la hora de obtener resultados. Todos sabemos el extraordinario nivel que tiene la UCO en ese sentido… —dijo el abogado cuando le tocó el turno de interrogarla a ella.

Miró a los miembros del jurado y luego a Lucía, que se estremeció cuando todos los presentes se fijaron en ella.

—En ese caso, ¿cómo se explica que una agente tan entrenada y aguerrida como usted se dejara sorprender con tanta facilidad? —prosiguió el abogado—. Por más que lo intento, no logro entenderlo.

—En aquel momento nadie sabía que Francisco Meléndez se disfrazaba de mujer, así que yo buscaba a un hombre —respondió Lucía con calma—. Al salir del váter vi a una mujer delante de los lavabos y no le presté atención.

—¿Que no le… prestó atención?

Se había abalanzado sobre esa frase como un perro sobre un hueso.

—Es decir, que está sola en plena noche en los lavabos de la autopista, con la intención de atraer a un asesino en serie que ataca a sus víctimas precisamente en esos lugares… ¿y no presta atención a lo que ocurre a su alrededor?

El abogado hablaba con un tono de incredulidad tan exagerado que Lucía no pudo evitar ponerse nerviosa. No obstante, eso era precisamente lo que él pretendía, hacerle perder los nervios… y al mismo tiempo, minar su credibilidad.

—Por supuesto que sí —replicó con el mayor aplomo posible—. Lo primero que hice al salir del váter fue mirar a mi alrededor, pero cuando vi a esa mujer, me relajé… —Dudó un instante—. También es verdad que estaba cansada, era tarde y había conducido durante horas…

«¡No, no hagas eso, no intentes excusarte! ¡No tienes nada que reprocharte!»

—Ya veo… Sin embargo, señoras y señores del jurado —objetó el letrado, golpeando la punta de sus cuidadas uñas contra un bolígrafo dorado, que seguramente era de oro auténtico—, convendrán conmigo en que Francisco Manuel Meléndez no tiene precisamente una apariencia femenina. Incluso con una peluca rubia y un vestido rojo, con un golpe de vista se habría dado cuenta de que no se trataba de una mujer, ¿me equivoco?

Lucía dudó un instante.

—No sé… No es muy alto —destacó.

Meléndez medía un metro sesenta y tres. El comentario suscitó risas en la sala. Un punto a su favor.

—Así que no lo sabe… A continuación… siempre según su declaración… él le pone una bolsa de plástico en la cabeza, intenta asfixiarla, la arroja al suelo medio inconsciente, y entonces, gracias a un milagroso vuelco de la situación, usted recupera la iniciativa hasta el punto de que acabarán por encontrarlo a él en el suelo, en uno de los retretes, esposado a un tubo y con la cara literalmente destrozada a martillazos. Ni el mismo Bruce Lee habría logrado tamaña proeza, teniente…

Hizo una pausa, esperando algunas carcajadas que no se produjeron.

—Con la diferencia de que Bruce Lee no utilizaba martillo —añadió—. Teniente, veo que no para de mover la pierna izquierda bajo la mesa… ¿Está nerviosa?

«¡Mierda!»

Lucía le lanzó una mirada asesina y enseguida advirtió que el letrado estaba satisfecho con su reacción.

Ella se volvió hacia los miembros del jurado, que seguían mirándola fijamente, y entrevió que el veneno que el abogado instilaba gota a gota en sus certezas comenzaba a surtir efecto, que empezaban a dudar.

«Mierda…»

—He estado fatal —se lamentó al salir de la sala.

Nunca se habría imaginado que se sentiría tan afectada y furiosa. Había visto con qué habilidad había sembrado la duda en el jurado el señor Rubio, el brillante letrado que concedía entrevistas a *Semana* y a *Vogue* y se paseaba por la ciudad del brazo de modelos de pasarela. Había visto el placer que reflejaba su mirada al verla enredarse en sus contradicciones. Algunos abogados —no todos— desarrollaban una auténtica animosidad hacia los policías, rayana en el puro odio.

—No digas eso, Lucía. Has hecho un buen papel —repuso Peña, que caminaba a su lado—. Meléndez no tiene ninguna posibilidad de salir absuelto. No olvides que los miembros del jurado leen los periódicos. Además, ese picapleitos no debería haber hablado de la custodia de tu hijo. Ha sido un error. Tratándose de un hombre conocido por sus conquistas femeninas y sus divorcios, con ese comentario se habrá puesto en contra a todas las mujeres del jurado.

—No estoy tan segura. He notado que el jurado y la jueza estaban muy receptivos con los argumentos de la defensa.

—Si no hubieras actuado por libre, saltándote las reglas, no nos encontraríamos en esta situación —señaló él mientras recorrían el pasillo.

—¡Si no hubiera actuado así, Meléndez todavía estaría matando! —replicó ella, furiosa—. ¿Qué pasará si lo sueltan?

—No van a soltarlo, Lucía, eso te lo aseguro. No hay la menor posibilidad de que eso ocurra. Todo el mundo sabe que es él.

A Lucía le habría gustado poder creerlo. Ya había visto otras veces cómo ciertos abogados y políticos enseñaban un muro rojo y convencían al jurado o a sus partidarios de que era amarillo.

47

Miércoles por la mañana

Lucía entró en el aula 001 (Francisco Tomás y Valiente) con la misma precipitación que una alumna que no hubiera oído el despertador. Salomón la miró un instante desde la tarima.

—Hemos acabado por hoy —anunció a los asistentes—. En la próxima clase trataremos la cuestión de la economía del narcotráfico y veremos cómo, en los años ochenta, *Freeway* Rick Ross, un chaval analfabeto de Los Ángeles, logró inundar Estados Unidos de crack reventando los precios y vendiendo la droga a la gente más miserable, y cómo de esta forma se disparó el consumo de droga en los barrios pobres de las ciudades estadounidenses antes de dispararse en nuestro país.

Lucía bajó las gradas en sentido contrario a los estudiantes que abandonaban la sala.

—¿Cómo ha ido el juicio? —le preguntó él cerrando el maletín.

—Mal, pero no me importa. Creo que ese tipo ha cometido un error…

Salomón levantó la cabeza.

—¿Meléndez?

—No, el individuo que buscamos…

—¿Qué error?

—Es por algo que ha dicho el abogado de Meléndez…

Se encaminaron a la salida.

—Al iniciar su defensa del caso, me ha soltado: «¿Cómo se explica que una agente tan entrenada y aguerrida como usted se dejara sorprender con tanta facilidad?» Eso me ha hecho pensar en Sergio. Él también era un agente entrenado, experimentado y precavido. Él tampoco tendría que haberse dejado sorprender tan fácilmente. Según la autopsia, su cráneo tenía la marca de lo que los especialistas denominan, en su jerga, «anestesia previa de Brouardel»: un golpe muy violento descargado en la parte posterior del cráneo para aturdir a la víctima. Sabemos que en el piso de Gabriel Schwartz había dos personas, y que seguramente también había dos personas en la colina. Schwartz sirvió de señuelo, de distracción. Atrajo la atención de Sergio mientras el verdadero asesino se acercaba por un ángulo muerto, y también ayudó a ese hijo de puta a subir a Sergio a la cruz.

Una vez fuera del aula echaron a andar por el pasillo en dirección a la

escalera que llevaba al sótano.

—Pero el error no está ahí —prosiguió Lucía—, sino en el hecho de haber utilizado a Gabriel. Quizá lo hizo porque no tenía a nadie más a mano, o porque era la persona más manipulable que conocía, pero, sin darse cuenta, entre sus múltiples identidades Schwartz nos dejó una pista…

Salomón se paró en seco en medio del pasillo.

—¿Ah, sí? ¿Qué pista?

—Sabemos que buscamos a un hombre culto e inteligente, una persona que sabe borrar sus huellas, que no deja ningún rastro… Tú mismo dijiste que la primera vez fue como si se hubiera evaporado… pero en realidad sí dejó una huella… en la mente de Gabriel Schwartz.

Salomón la miraba fijamente, sin prestar la menor atención al torrente de estudiantes que pasaba a su alrededor.

—Estoy casi segura de que se disfrazó, de que cambió de apariencia para abordar a Gabriel. Lo más probable es que Gabriel nunca llegara a conocer su identidad. Sin embargo, durante el interrogatorio dijo algo. Dijo que había sido un verdadero Lunes de Aguas para referirse a lo mucho que había llovido ese día. En su momento no le presté atención, aunque la expresión me pareció un tanto extraña. Ha sido hoy, al salir del tribunal, cuando he vuelto a recordarla. He estado pensando en lo que había dicho el abogado de Meléndez en la sala, en Sergio, en el interrogatorio de Schwartz… Y mi jefe, Peña, que se crió en la provincia de Salamanca, me ha explicado que Lunes de Aguas es el nombre de una fiesta que sólo se celebra en Salamanca y sus alrededores.

El criminólogo asintió, con el ceño fruncido.

—Así es. Es una tradición que se remonta al siglo XVI. El rey Felipe II, que era muy piadoso, ordenaba expulsar a las prostitutas de la ciudad de Salamanca durante la Semana Santa. Las desterraba al otro lado del río. El lunes siguiente, concluida la Semana Santa, el padre Putas… así lo llamaban… era el encargado de volverlas a traer a la ciudad, pero ellas debían atravesar el río en barca. No podían pasar por el puente romano, porque vivían en pecado… De ahí viene la expresión «Lunes de Aguas». Ya veo adónde quieres ir a parar. Crees que Gabriel, que vivía en Madrid y no en Salamanca, sólo podía conocer esta expresión por haberla oído en boca de la persona que buscamos, y que se limitó a repetirla. Eso confirma mi teoría de que ese hombre es de aquí y no del Alto Aragón, aunque todo hubiera comenzado allí.

—Exacto.

—Acompáñame —dijo de repente Salomón, con aire conspirador.

Lucía lo siguió hasta el sótano. La luz grisácea de la mañana, que entraba por el gran muro de cristal del patio, iluminaba la larga frase pintada en rojo en la pared.

—Hemos descubierto esto hace unas horas. No hemos tocado nada —le explicó Salomón.

Lucía ya estaba sacando el teléfono.

—Es el mismo tono de rojo que se utiliza para pintar los vítores —continuó él—, los emblemas de los doctores de la facultad. Por lo visto tienes razón: a nuestro asesino le gustan las tradiciones.

Lucía llamó a uno de sus contactos del SECRIM, el Servicio de Criminalística de la Guardia Civil.

—Envía un equipo al sótano de la Facultad de Derecho de la USAL. Un equipo reducido. Se trata sólo de tomar muestras de una pintada.

Guardó el móvil en el bolsillo y releyó la frase: «Encuentro a Procris medio muerta y sus asperjadas ropas ensuciando la sangre, y sus regalos, triste de mí, de la herida sacando.»

—También he llamado a Vanesa a la biblioteca —le explicó Salomón —. No ha podido localizar el libro de arte del que te habló tu amigo, el que detalla los cuadros. Al buscarlo ha descubierto que tuvieron un ejemplar hace unos años, un ejemplar que, por lo visto, fue robado…

—¿Robado? —repitió Lucía.

Se quedó ensimismada un momento, con expresión de asombro.

—Las *Metamorfosis* —dijo por fin, con la vista clavada en la frase de la pared—. Una vez más… Nos estamos aproximando. El asesino está muy cerca de nosotros.

48

Miércoles por la mañana

Héctor Delgado, el consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, miraba fijamente, con cara inexpresiva, a Salomón Borges, que en ese momento estaba pensando que Delgado se parecía más a un director ejecutivo de una multinacional que a un consejero de Educación.

—¿Me has dicho que había novedades en lo concerniente a DIMAS?

—En efecto —confirmó Salomón.

Héctor Delgado juntó los dedos por debajo de la barbilla, imitando probablemente un gesto que había visto en televisión.

—Te escucho.

Salomón respiró hondo. Le resumió lo que habían descubierto a lo largo de los diez días anteriores, sin entrar en los detalles de la investigación que no estaba autorizado a divulgar. Observó con satisfacción que, a pesar de su fachada presuntuosa, al cabrón de Héctor le costaba bastante disimular su estupefacción.

—¿Y habéis descubierto todo esto gracias a DIMAS?

—Digamos que DIMAS fue el primer motor, para expresarlo en términos aristotélicos —confirmó Salomón.

—¿Y dices que una oficial de la UCO se ha incorporado a vuestro equipo? —preguntó, cada vez más atónito, Héctor Delgado.

—Sí, la teniente Guerrero. Eso demuestra, por si hacía falta, el tremendo interés que podría tener este programa para el SECRIM y la Guardia Civil, y de qué manera podría utilizarlo la policía en colaboración con nuestros equipos universitarios.

—Impresionante —reconoció Delgado—. Pero aún no habéis encontrado al culpable de esos asesinatos…

—Héctor, hace apenas unos días que le seguimos la pista… Danos un poco de tiempo… Lo vamos a encontrar, créeme.

—¿De verdad? —preguntó el consejero, con un destello en la mirada.

—Sí. La teniente Guerrero es un auténtico sabueso, una persona muy sagaz. Es una suerte tenerla con nosotros.

—¿Ah, sí? —dijo Héctor.

Salomón advirtió claramente que el consejero entornaba sus ojos grises, que quedaron reducidos a dos fisuras tras las gafas. Parecía preocupado.

—Héctor, tenemos una prueba concluyente de que DIMAS funciona. Debemos pasar a una fase más… industrial. Debemos ser capaces de establecer nuevos protocolos, de desarrollar funcionalidades, de montar una base de datos más importante a escala nacional. Para eso necesitamos refuerzos, especialistas en informática, personas que se encarguen de introducir los datos, analistas… Y, por tanto, necesitamos un aumento del presupuesto…

Salomón se inclinó sobre su escritorio. A su espalda había diplomas enmarcados y obras de criminología.

—¿No crees que es hora de que evolucionen las cosas, Héctor? Tú y yo fuimos juntos a la escuela y albergamos los mismos sueños de cambiar la universidad cuando éramos estudiantes, ¿te acuerdas? Ya sé que todo eso queda muy lejos, pero de todas formas… ¿No estás decepcionado con lo poco que ha conseguido nuestra generación? Cuando entramos en la universidad sufrimos las consecuencias del conservadurismo y en cierta forma hemos acabado reproduciéndolo. Hay mucho conservadurismo en esta universidad. Tú podrías hacer que eso cambie…

Héctor Delgado toqueteó su bolígrafo Cartier y luego se levantó, con expresión severa.

—Siempre fuiste un soñador, Salomón.

49

Miércoles por la tarde

Lucía y Salomón llegaron a la Audiencia Provincial de Madrid pasadas las seis de la tarde, después de haber estado circulando por encima de la velocidad permitida.

El juicio había seguido su curso a lo largo del día, y seguramente iba a prolongarse varios días más, pero ella quería ver cómo estaba el ambiente, y Salomón había insistido en acompañarla.

—Un juicio como éste resulta muy interesante para un criminólogo.

Ella había sonreído. Salomón no quería dejarla sola en aquel trance, o al menos eso le parecía. En todo caso, el profesor tenía derecho a asistir al juicio, igual que cualquier ciudadano del país, no en vano era un derecho constitucional.

Lucía aparcó en un lugar reservado, después de mover de sitio una barrera, y luego se dirigieron a toda prisa hacia el edificio de veintisiete plantas mientras el cielo se ensombrecía a la misma velocidad.

—¡Teniente Guerrero! ¡Teniente Guerrero!

Lucía y el profesor vieron a un gran número de periodistas apostados delante del edificio. En cuanto se acercaron a la entrada, se les echaron encima con cámaras y micros. Bajando la cabeza y encogiendo el cuello como tortugas, ambos se adentraron en el vestíbulo sin pronunciar una sola palabra. Tuvieron que pasar dos veces por el pórtico de seguridad, por culpa de unas llaves en el bolsillo de los vaqueros de Lucía. Luego salieron disparados hacia la sala de vistas. Al llegar encontraron a Peña, que no había querido perderse ni un minuto del juicio y estaba allí desde primera hora.

—¿Cómo va? —le preguntó Lucía.

—Se ha hablado mucho del martillo —murmuró Peña inclinándose hacia ella—. Como era de esperar, ese chisme manchado de sangre y metido en una bolsa de plástico ha causado un efecto tremendo en el jurado. Y por más que el picapleitos haya insistido en que nadie vio a su cliente blandir un martillo, como la prensa lleva semanas llamándolo el Asesino del Martillo, todo el mundo lo ha interiorizado. Ningún miembro del jurado se tragará que eras tú quien lo llevaba encima. Eso juega a nuestro favor…

Lucía observó a la jueza y al abogado de la defensa. La presidenta

tenía el mismo aspecto severo e impenetrable que mostraba por la mañana. El abogado parecía preocupado.

«Genial…», pensó Lucía.

Se dio cuenta de que le zumbaban los oídos. Peña se inclinaba de nuevo hacia ella.

—Mira la cara que pone ese picapleitos —musitó.

Lucía cerró los ojos y desconectó. Sus pensamientos la transportaron a una playa de la República Dominicana. Podía oír el susurro de las palmeras, el murmullo de las olas y sentir en la piel la caricia del sol.

—Se ha acabado por hoy —le informó Peña apretándole el brazo.

Al volver a abrir los ojos Lucía se sentía ya más serena. Caminaban por el pasillo cuando los alcanzó el abogado defensor.

—No se crea que va a salir bien parada de este juicio, teniente —le soltó—. Actuó al margen de todas las normas. Y tanto usted como yo sabemos que nadie puede permitirse ese tipo de comportamiento. Si los cuerpos de seguridad del Estado no respetan las normas, entonces no hay ley que valga. Es usted una vergüenza para su cuerpo, teniente Guerrero, y tengo la inamovible intención de demostrarlo…

—Señor abogado —intervino Peña—, la verdad es que me parecía usted más sutil y convincente dirigiéndose a la prensa. Me está decepcionando, con lo que admiraba yo su elocuencia.

El mediático abogado lo fulminó con la mirada antes de alejarse.

Alejandro Lorca salió de la Facultad de Derecho hacia las diez de la noche. Por encima del edificio una luna hechicera le guiñaba el ojo. Estaba deseando reunirse con Assa, abrazarla, besarla, tocarla… Nunca había sentido algo así por una chica: aquella impaciencia, aquel anhelo, aquella necesidad de fundirse con ella.

Tuvo ganas de llamarla. Buscó el teléfono y se paró en seco. Mierda, ¿dónde estaba? Buscó en los bolsillos de los vaqueros y luego en la cazadora.

«No es posible, maldita sea. ¿Dónde habré dejado el móvil?»

Como todos los de su generación, sin él se sentía como si le hubieran amputado una parte del cuerpo, como si le hubieran cortado el cordón umbilical que lo unía a la comunidad, como si lo hubieran expulsado del mundo.

En su despacho del sótano… sin duda lo había olvidado allí. Recordaba haberlo sacado del bolsillo para hacer una llamada.

«Ojalá sea eso…» Tenía metida toda su vida en aquel dichoso teléfono.

Dio media vuelta y se encaminó al edificio, cuya fachada sin luces despedía un siniestro brillo bajo la luna. Tras subir las escaleras pasó su tarjeta de identificación por el lector óptico.

A esa hora los pasillos estaban desiertos. Cruzó el vestíbulo vacío,

siguió por la derecha, torció a la izquierda y enfiló el pasillo hasta la escalera. Dejó atrás las máquinas expendedoras de bebidas y tentempiés. Advirtió que abajo todavía había luz, detrás del tabique acristalado del despacho contiguo al suyo. El resto de la planta estaba a oscuras.

Aprovechó esa luz para dirigirse a su despacho sin encender los fluorescentes. Entró sin hacer ruido y oyó unas voces amortiguadas en el otro despacho. No quería cruzarse con nadie. Sólo deseaba recuperar su móvil y reunirse con Assa.

Estaba allí, en efecto: el color negro del aparato contrastaba con la superficie blanca de la mesa. Alejandro respiró con alivio. Luego se concentró en las voces que sonaban al lado:

—Esa tía me tiene acojonado. Es una metomentodo de cuidado… No me gusta nada el giro que han tomado las cosas. ¿Y si descubre la verdad?

Hubo una pausa. Alejandro estuvo tentado de asomarse a la sala contigua a través del cristal. Pero no le hacía falta, había reconocido la voz. Siguió atento a lo que decían.

—No hay ningún peligro —afirmó otra voz—. Ya tenemos a un culpable que encaja a la perfección, no lo olvides… Venga, no pongas esa cara. Este asunto hará que DIMAS salte a la fama. Ése era el objetivo, ¿no?

—Sí, pero… aun así, no podemos estar completamente seguros… ¿Y si ella averigua lo que está pasando? ¡Estoy acojonado, de verdad!

—Es posible, amigo mío, que no te falten motivos para estar acojonado, como dices tú —señaló la segunda voz.

Alejandro Lorca respiró profundamente y notó una corriente de aire frío en la nuca. ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Y si nos deshiciéramos de ella?

—¿Deshacernos de un miembro de la UCO? ¿Hablas en serio? ¿Tú te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¿Y si no tuviéramos otra opción?

—No, es imposible… Lo que hay que hacer es manipular a DIMAS para que la ponga sobre una falsa pista, darle un hueso que roer… Ya te he dicho que tenemos a un culpable perfecto…

Alejandro se quedó petrificado, no podía creer lo que estaba oyendo. No, no podía ser… Eso era imposible… Aquello se parecía demasiado a una novela policiaca barata.

Siguió inmóvil, sin saber qué hacer. «En primer lugar, largarme de aquí, e ir a contárselo a Assa… Ella sabrá qué hacer… Mierda, mierda…», pensó.

Tenía la garganta seca y había empezado a sudar, síntomas claros de que estaba aterrorizado. Lo único que deseaba en aquellos momentos era esfumarse. Si no se equivocaba, si estaba oyendo lo que creía estar oyendo, él también corría peligro estando allí, en ese sótano, escuchando una conversación que nunca debería haber escuchado…

«Mierda, joder… Lárgate ya… pero sobre todo no hagas ruido…»

Procuró no pensar en las implicaciones de lo que acababa de oír porque corría el riesgo de entrar en pánico. Mejor no pensar en ello ahora. Ahora lo primordial era salir de allí de inmediato, sin llamar la atención…

Fue despacio hacia la puerta… Ya casi había llegado cuando su manga rozó uno de los dos escritorios y se enganchó a una grapadora. El objeto metálico cayó al suelo con gran estrépito.

«¡Mierda! ¡Mira que eres imbécil!»

Su corazón dio un triple salto mortal. Se paró y aguzó el oído, sintiendo el latido de la sangre en las sienes. Tenía la impresión de estar empapado en sudor de pies a cabeza.

En el despacho contiguo la conversación se había interrumpido.

Tragó saliva.

«La he cagado…»

Estaba seguro de que lo habían oído. Abrió la puerta y, al salir al pasillo, se topó con una cara familiar que lo miraba de arriba abajo.

—Alejandro, ¿qué haces aquí, chaval?

• • •

—¿Y tú qué le has dicho? —le preguntó Assa con ojos desorbitados.

Lo miraba igual que cuando veían juntos en la tele un *slasher* o un *torture porn*, ese subgénero del cine de terror cuyos protagonistas, a menudo jóvenes estereotipados, acaban bajo las garras de unos tipos sádicos que los someten a toda clase de torturas. Alejandro le había descubierto títulos como *Holocausto caníbal*, *La última casa a la izquierda*, *Hostel 1* y *Hostel 2*, *Dulce venganza* y la serie completa de *Saw*. Dudando entre ponerse a reír o ir a vomitar, ella lo había tachado de enfermo. En ese momento, sin embargo, él tampoco tenía ningunas ganas de reír… ni de ver esas asquerosas películas.

—Pues le he dicho la verdad, que me había olvidado el teléfono —respondió.

—¡Qué horror! ¡Es terrible! —gimió Assa.

—Sí, todo esto no pinta nada bien…

—¿Estás seguro de haber oído exactamente eso? —preguntó ella, todavía sin dar crédito—. A ver, no puedes demostrarlo… Y además, te ha dejado marchar sin más, ¿no? ¿Crees que… que lo habría hecho si creyera que los has oído…? En fin, si creyera que has oído lo que crees haber oído…

—¡Assa, estoy completamente seguro de lo que he oído!

—¡De acuerdo, de acuerdo! En ese caso tenemos que hablar con Lucía…

—¡Sí! ¡Tenemos que llamarla ahora mismo!

—¿En serio? ¡Si son casi las doce de la noche, Alejandro!

—Assa, ¿no te das cuenta? ¡Esto es gravísimo!

—Vale, vale.

La expresión de terror que había en los ojos de Alejandro acabó de convencerla.

—¿Dónde he puesto mi teléfono? —preguntó ella.

Entonces sonaron tres golpes en la puerta. Tres golpes imperiosos e impacientes, tres golpes como los que se oyen en esas películas que tanto les gustaban.

—¿Quién es? —contestó ella, con un temblor en la voz.

50

Jueves por la mañana

Haruki Tanizaki, con su largo flequillo de pelo negro y sus enormes gafas de *nerd*, subía por las angostas escaleras de peldaños irregulares. El rollizo japonés tenía sueño. Había pasado la noche en vela consultando libros en internet: estudiaba la historia de la criminalidad en su país. Desde los *kabuki-mono* del siglo XVI, a los modernos yakuzas y los *bosozoku*, las «tribus del trueno», unas pandillas de moteros que en los años setenta causaban estragos en Tokio y en todo Japón con sus peleas… Sin olvidar a la legendaria K-Ko the Razor, que en la misma época dirigía una banda de cincuenta *sukeban*, adolescentes vestidas con uniforme de colegio y armadas con cadenas y cuchillas, como en la película *Kill Bill*.

Japón no había esperado a Occidente para inventar las pandillas de chicas, pensó Haruki mientras llegaba, sonrojado y jadeante, al último tramo de la escalera.

Salomón le había pedido que preparara una charla sobre el tema para una de sus clases, y él se había zambullido a hacerlo con todo su entusiasmo.

En la época actual, la mayoría de yakuzas pertenecían a cuatro clanes principales, el Yamaguchi-gumi, el Sumiyoshi-kai, el Inagawa-kai y el Aizukotetsu-kai. Con excepción del segundo, que era una especie de confederación de bandas más pequeñas, todos tenían una estructura piramidal con un superior, el *oyabun*, en la cúspide.

Haruki tenía previsto ilustrar la presentación con fotos de tatuajes de yakuzas y también con imágenes de moteros, con sus estandartes, bandanas, vestimentas multicolores y gafas de sol. Estaba seguro de que los asistentes quedarían encantados y sorprendidos por el número y la variedad de bandas que había en Japón, un país con fama de seguro y civilizado, y también por la singularidad de las prácticas, estigmas y símbolos de una sociedad que podía tildarse de esquizofrénica, dividida entre unas tradiciones que hundían sus raíces en un pasado muy remoto y un vanguardismo extremo.

El joven Haruki no tenía ningún reparo en hablar en público. Lo que de verdad lo ponía terriblemente nervioso eran las conversaciones íntimas, sobre todo cuando su interlocutor era una chica.

Al llegar al último rellano de la escalera, directamente bajo el tejado, llamó a la puerta del piso de Assa…

Que se abrió sola.

Haruki miró la puerta de al lado, la de la habitación de un estudiante que se llamaba Jordi.

—¡¿Assa?! ¿Alejandro? —gritó.

Al asomar la cabeza vio que había algo en la cama, aunque no podía verlo bien. Unos pies… Negó con la cabeza, sonriendo, y entró alegremente.

—¡Venga, levantaos! —exclamó, con una risita.

Quería mucho a Alejandro y a Assa. Eran muy buenos amigos, sobre todo de Assa. Ella sabía lo que era tener un color de piel diferente en ese país, tener que adaptarse a una cultura distinta o aguantar ciertas bromas que podían resultar ofensivas.

Assa no toleraba que se burlaran de ella, y menos aún que insultaran sus orígenes. Era capaz de poner en su sitio al más pintado y de callarle la boca a cualquier *kusoyarô* o gilipollas que se le pusiera delante, lo que hacía cada dos por tres. Ella…

Avanzó un poco más… no mucho, porque el cuarto era muy pequeño… y se detuvo de pronto.

Kuso! Se le erizó el vello de todo el cuerpo y el corazón empezó a latirle a mil por hora.

«¡Mierda!»

Lo que veía… no podía ser real. Las abominaciones como ésa sólo existían en las series y las películas coreanas o japonesas que tanto le gustaban.

O en las novelas de Natsuo Kirino, no en la vida real…

Era una escena monstruosa, demencial. Parecía como… si estuvieran haciendo el amor. Estaban desnudos, Alejandro acostado encima de Assa. Haruki veía sus muslos blancos y musculosos entre los muslos oscuros de la joven. Era absurdo, pero aquella visión lo turbó más que la sangre derramada. Estaba claro que se habían desangrado. A su alrededor había un charco escarlata que saturaba las sábanas… y la pared de la pequeña buhardilla tenía tantas salpicaduras como si alguien hubiera arrojado un cubo de pintura en la cama… Y… «Oh, no, no, nooo»… Haruki vio la herida roja que Alejandro tenía en la cabeza, en la parte posterior del cráneo, por la que asomaba la blancura del hueso y algo grisáceo que quizá era… que sin duda era… tal como dedujo sin poder contener las náuseas, masa cerebral…

«¡Oh, Dios mío!»

Se precipitó hacia el baño y vomitó a chorro, con el estómago comprimido por convulsiones tan fuertes que hasta se le cayeron las gafas en la taza. Tras haber vomitado todo el desayuno, hundió la mano para recuperarlas y las limpió con una gran cantidad de papel higiénico, conteniendo todavía las arcadas.

Luego se limpió la boca y volvió al cuarto, con las mejillas bañadas en lágrimas, gimiendo horrorizado y dejando escapar sollozos histéricos.

Los dos cuerpos estaban rígidos e inmóviles, y el joven japonés comprendió que debían de llevar horas así. De haberse atrevido a tocarlos —cosa que no haría por nada del mundo—, habría sentido en los dedos la fría rigidez del mármol.

Estaba conmocionado, se sentía confuso y sólo podía pensar en una cosa: «¡No, ellos no! Ellos no… ¡Cualquiera menos ellos! ¿Quién ha osado cometer un acto de crueldad como éste?», se repetía sin cesar.

En ese momento la rabia que sentía superaba al horror. Su cerebro salió del aturdimiento para ponerse a funcionar a toda pastilla. ¿A quién debía llamar? ¿Al servicio de emergencias? ¿A la policía? Trató de recordar los números de España, que tenía escritos en un calendario en su cuarto.

¿El 112 o el 061? ¿El 091? ¿El 062?

Recordó, en su azoramiento, que debía marcar primero el 112, y que allí le preguntarían si necesitaba a los bomberos, la policía o una ambulancia.

Llamó.

Mientras el teléfono sonaba reparó en un cable blanco, posiblemente de un cargador, que rodeaba la cama y también la cintura de sus dos amigos. No le pareció que hubiera servido para atarlos. ¿Qué sentido tenía aquel detalle?

Oyó una voz que le dijo algo que no entendió. Se puso a hablar de todas formas, con precipitación, histérico. La voz le pidió que lo repitiera despacio.

Entonces comprendió lo que le pedían, y explicó lo que había ocurrido.

51

Jueves por la mañana

Eran las diez en punto.

La calle estaba llena de guardiaciviles y vehículos. Dos horas antes habían despertado a los vecinos con el estruendo de las sirenas y las luces giratorias. Incluso los camareros de los cafés de la zona se habían desentendido de la clientela para acercarse a ver el espectáculo.

Bajo la leve llovizna que barnizaba de humedad los adoquines, los guardias uniformados se daban ínfulas de grandeza ante los mirones apostados en las vallas mientras los agentes realmente esenciales se adentraban discretamente en el viejo edificio de cuatro plantas.

Salomón y Lucía se encontraban en el reducido pasillo, frente a la entrada del cuarto, en el epicentro del torbellino. La teniente, que acababa de llegar de Madrid, había tenido que intervenir para que sus colegas dejaran subir al criminólogo.

Aun así sólo les habían permitido subir después de que la Policía Científica examinara con lupa el rellano, la escalera y el vestíbulo, y marcase con cintas de plástico el camino que debían seguir. Lucía, no obstante, estaba convencida de que, antes de su llegada, eran ya demasiadas las personas que habían pisado las posibles huellas o indicios del escenario del crimen.

Salomón observaba el cuarto desde el umbral, como si se hallara delante de las puertas del infierno. Lucía advirtió que tenía los ojos enrojecidos.

—Vamos —lo animó en voz baja, apoyando una mano en su brazo—. No sirve de nada que nos quedemos aquí. Dejémoslos trabajar.

Salomón se limitó a asentir en silencio. Los técnicos del SECRIM, vestidos con monos integrales, guantes y gafas protectoras, estaban desplegados por el cuarto y la escalera, listos para reparar hasta en el más mínimo detalle con sus linternas y ojos avezados. Las muestras tomadas irían a parar al laboratorio central, compuesto por varios departamentos: Química, Medio Ambiente, Biología, Ingeniería, Grafología, Balística y Trazas Instrumentales.

—Te juro que voy a pillar a ese hijo de puta, Salomón —gruñó ella mientras bajaban.

El profesor seguía sin decir nada. Parecía destrozado. Al salir del

edificio Lucía se acercó a Peña y a Arias, que se encontraban al otro lado de la calle, muy cerca de los vehículos de la Guardia Civil. El capitán Peña fumaba con nerviosismo. No se había afeitado y los pelos de su barba resaltaban en sus mejillas como púas de erizo.

—Encárgate de informar a la familia del joven —dijo Lucía a Arias, rehusando el café que le ofrecía el sargento—, y llama también a la policía francesa para que avisen a la de esa pobre chica.

—¿Cómo se las ha arreglado para apuñalarlos a los dos? —preguntó Peña.

—Igual que las otras veces. Ya tiene experiencia y, en mi opinión, juega con la ventaja del factor sorpresa. Probablemente ha apuñalado al chico en cuanto ha abierto la puerta, luego se ha abalanzado sobre la chica y, a continuación, los ha… rematado. La chica lo ha visto venir, tiene marcas de haberse defendido en las manos. Alejandro, en cambio, no llegó siquiera a defenderse.

—Pero debe de haber gritado…

—Es un edificio de pisos de alquiler, todos ocupados por estudiantes. Seguramente había ruido o música en los pisos de abajo, y el único vecino de planta de las víctimas, un chico que se llama Jordi, había salido.

El capitán Peña inclinó la cabeza.

—Tienes que ver algo —dijo.

Se metió en el interior del Toyota que había detrás y le tendió un periódico.

—¿Qué es?

—Léelo.

El periódico estaba abierto. Lucía empezó a leer en esa página:

EL GRUPO DE CRIMINOLOGÍA DE LA USAL
TRAS LA PISTA DE UN ASESINO EN SERIE
¿Tiene algo que ver con el violador de estudiantes?

—¡Joder! —exclamó.

Siguió leyendo el artículo:

En el seno de la Facultad de Derecho de la USAL existe un grupo de Criminología muy discreto dirigido por el doctor Salomón Borges, eminente y reconocido especialista en la materia. A iniciativa y bajo los auspicios del catedrático, el grupo ha desarrollado un programa denominado DIMAS, con el revolucionario propósito de establecer la relación entre casos cuyas coincidencias habían pasado inadvertidas en la fase de investigación policial. De este modo, DIMAS ha rescatado recientemente del olvido tres casos no resueltos: tres parejas asesinadas en un intervalo de treinta años. Además de la colaboración de sus alumnos, el doctor Borges cuenta con la ayuda de la talentosa teniente de la UCO Lucía Guerrero, famosa por haber detenido a Francisco

Manuel Meléndez, el Asesino del Martillo, cuyo juicio se celebra en este preciso momento en la Audiencia Provincial de Madrid. Esta información suscita un interrogante: ¿la persona cuya pista sigue el grupo es la misma que ha cometido las violaciones que se han dado últimamente en Salamanca? ¿O bien se trata de dos…?

Lucía interrumpió la lectura. El artículo estaba firmado por Candace Boix, la ambiciosa periodista que había querido saber, en la última conferencia de prensa, cómo había podido sustraerse un sospechoso a la vigilancia de la UCO y poner fin a sus días.

—¡Joder! —volvió a exclamar con indignación—. Alguien se ha ido de la lengua.

Se volvió hacia Salomón.

—¿Crees que ha podido ser… uno de tus alumnos? —preguntó, dubitativa.

Con la mirada extraviada, el criminólogo tardó unos segundos en reaccionar.

—No sé nada, Lucía —contestó, negando con la cabeza—. Y, francamente, en este preciso momento me importa muy poco. Acabamos de perder a dos jóvenes magníficos, con todo un futuro por delante. Y yo he perdido a dos de mis alumnos más queridos. Así que, aunque acabemos por… descubrir a ese mal nacido, ya será demasiado tarde…

Se quedó callado, con los ojos anegados de lágrimas.

—Lo siento —se disculpó ella, un tanto turbada.

Por encima del hombro del profesor distinguió a Ulysses, Cordelia y Verónica en medio de los curiosos, al otro lado del cordón policial. Parecían aturdidos, conmocionados. Haruki, por su parte, estaba sentado, pálido como la cera, en la parte posterior de una ambulancia, con una manta térmica en los hombros y muy encorvado, como si lo aplastase un peso invisible.

—Tus alumnos están ahí —le dijo a Salomón.

El criminólogo se volvió y fue hacia ellos. Levantó la cinta para pasar por debajo y rodeó en un abrazo a los tres estudiantes. Lucía vio que sus cuerpos se estremecían por los sollozos. Verónica lloraba a rienda suelta. Cordelia trataba de mantener la compostura, sin poder contener las lágrimas. Ulysses, pálido y descompuesto, con aire ausente, la miró de reojo antes de apoyar la barbilla en el hombro de Salomón.

El capitán Peña suspiró y arrojó el cigarrillo al suelo.

—¿Qué piensas de todo esto, Lucía? De lo que acaba de pasar.

Pese al tono de voz neutro, ella captó su conmoción.

—Le está entrando pánico —respondió—. Se siente atrapado, acorralado. Ha actuado precipitadamente, con prisa. Esta vez la puesta en escena ha sido mínima. Habrá que ver si también se corresponde con un cuadro inspirado en las *Metamorfosis*…

Sacó el teléfono y llamó a Adrián. Como le salió el contestador, le

envió las fotos que había tomado arriba.

—¿Por qué ellos? ¿Por qué iba a tomarla de repente con unos estudiantes del grupo? —preguntó Peña.

—Eran también una pareja feliz, igual que los otros —aventuró Lucía.

—Sí… —confirmó con tristeza Salomón, que acababa de volver a su lado.

—En cualquier caso, entre este doble asesinato y el artículo de esa periodista, ahora la prensa va a entrar a saco —masculló el capitán con aire sombrío.

Una ambulancia emitió un breve pero estridente aviso antes de abrirse paso entre los curiosos.

—Estamos cerca —insistió Lucía—. Debemos revisar las actividades y los itinerarios de Assa y Alejandro. Tenemos que averiguar qué hicieron ayer. Lo primero que deberíamos hacer es localizar todas las cámaras de seguridad por las que pudieron haber pasado y ver las grabaciones.

Los observaba de lejos, desde los ventanales del bar. Salomón y esa teniente de la UCO estaban más allá del cordón de seguridad, cerca de los coches de la Guardia Civil. Los otros dos sin duda eran compañeros de la poli. El tipo alto y mal afeitado, con bigote, tenía pinta de ser su jefe. Se notaba por cómo hablaba a los demás, supervisando las operaciones.

También había, un poco más allá, tres estudiantes del grupo de Salomón que se consolaban mutuamente. Verónica lloraba sin parar. Cordelia se frotaba los párpados con más discreción. Ulysses, en cambio, no había soltado ni una sola lágrima.

A Salomón le habría sorprendido que él conociera sus nombres, pero en realidad se interesaba por DIMAS y por su equipo mucho más de lo que dejaba entrever. Apuró el café y dejó la taza en la mesa.

Aquella mañana llevaba un traje Paul Smith con camisa Turnbull & Asser y una delgada corbata de seda Salvatore Ferragamo. Echó un vistazo al reloj. Las 8.16 h. Era hora de regresar a Valladolid. El consejero de Educación, Héctor Delgado, había pasado la noche en Salamanca.

Pagó la cuenta. Observaba a la mujer morena y bajita, vestida con cazadora y vaqueros negros. La encontró guapa. Incluso desde aquella distancia alcanzaba a adivinar su carácter: obstinada, terca, intrépida y temperamental.

Esa guardiacivil, esa tal Lucía Guerrero, no se imaginaba lo cerca que tenía al diablo.

52

Jueves por la mañana

En el exiguo cuarto de apenas tres metros cuadrados había cinco personas: Lucía, Peña, Arias, Salomón y el empleado de la universidad encargado del control de las cámaras. El hombre, sentado delante de ellos, tenía un poco de caspa en el uniforme y una mata de pelo que pocas veces tocaba un peine. Además, sudaba como un pollo.

Por el brillo de la transpiración entre el vello negro de su nuca de toro, Lucía supuso que estaba estresado. Eso de que la UCO apareciera por allí solicitando el visionado de sus imágenes no era algo que ocurriera todos los días.

—Pablo, ¿no? —dijo ella.

Eran poco más de las once de la mañana.

—Sí…

—Muy bien, Pablo, para empezar, querríamos las imágenes de las dos cámaras de seguridad, las de la entrada este y las de la entrada norte, a partir de las cinco de la tarde de ayer… Veo que tiene usted dos pantallas. ¿Puede pasar las imágenes en paralelo y a cámara rápida?

—Creo que sí —respondió Pablo tragando saliva.

—Estupendo.

El orondo empleado tecleó un par de órdenes y empezaron a ver figuras que entraban y salían del edificio por las dos vías de acceso. Al ser más de las cinco, salían más que entraban.

—Allí —dijo Lucía cuando Assa y Haruki aparecieron en la pantalla, saliendo de la facultad por el lado de la avenida de los Maristas—. Detenga la imagen y retroceda un minuto.

El hombre se irguió en su asiento y obedeció. Lucía anotó la hora: las 19.03 h. Sí, aquellos estudiantes hacían un montón de horas extra… Llegaban temprano y se quedaban hasta mucho después de haber terminado las clases.

«Les encanta lo que hacen…», se dijo Lucía con un nudo en la garganta, reprimiendo un suspiro mientras veía a Assa riendo con Haruki. Pasaría mucho tiempo antes de que aquel joven estudiante japonés volviera a sonreír. Lo más probable era que regresara de forma prematura a su país, marcado a fuego para el resto de su vida, que padeciera pesadillas recurrentes y se despertara en plena noche bañado

en sudor, con un susurro en la mente semejante a un revuelo de hojarasca en un palacio en ruinas… y que perdiera la confianza en la bondad del mundo para siempre.

La mirada de Lucía iba y venía entre las imágenes a cámara rápida y el contador digital que desfilaba en una esquina de la pantalla. A medida que pasaban los minutos y luego las horas, el flujo de personas que salían del edificio fue disminuyendo. Ya no entraba nadie.

—¡Alto ahí! —ordenó bruscamente Arias—. Vuelva atrás.

Alejandro acababa de salir por la puerta norte.

—Ponga la pantalla de la derecha a velocidad normal —le indicó Lucía—. Lo está haciendo muy bien, Pablo… Siga así.

Los gruesos dedos del guardia de seguridad dejaban rastros de sudor en el teclado. En la pantalla Alejandro franqueó las puertas por segunda vez.

—Continúe —lo animó Lucía—. A velocidad normal.

El guardia obedeció. Lucía estaba pendiente de la puerta, esperando ver salir a alguien detrás del estudiante.

—¡Ahí está otra vez! ¡Vuelve a entrar en el edificio! —exclamó Arias.

Lucía se inclinó un poco más hacia la pantalla. Efectivamente, Alejandro acababa de entrar en el edificio, unos dos minutos después de haber salido.

—Acelere, pero esté preparado para volver a pasar a velocidad normal —dijo ella.

El contador marcó cinco minutos, diez, un cuarto de hora… Alejandro volvió a aparecer de repente. Parecía nervioso, con prisa. Justo antes de bajar las escaleras, el guapo estudiante se volvió para mirar atrás.

—¡Deténgase ahí! —ordenó Lucía.

Con un sobresalto, Pablo aplastó una tecla con su grueso índice. La cara del estudiante quedó fija en la pantalla, inmovilizada en una actitud que no dejaba margen de duda: en sus ojos se adivinaba inquietud.

«Tal vez incluso miedo…»

—He comprobado el listado de llamadas —dijo Lucía—. Alejandro llamó a Assa un minuto después de esta imagen; es decir, un minuto después de haber salido por segunda vez de la Facultad de Derecho como alma que lleva el diablo.

—¿Y qué conclusiones sacas de eso? —preguntó Peña.

—Mi hipótesis es que Alejandro vuelve al interior porque ha olvidado algo: allí o bien ocurre algo que lo asusta o bien sorprende a alguien. Llama a Assa en cuanto sale para contárselo, y después se reúne con ella, supongo. La cuestión es de qué hablaron y, sobre todo, qué vio u oyó Alejandro que lo dejó tan alterado.

—¿Quieres decir que podrían haberlos matado a causa de lo que

Alejandro vio u oyó esa noche en la facultad? —preguntó, entre perplejo y escéptico, el capitán.

—Es posible… Si Alejandro vio algo que los puso en peligro, debemos averiguar como sea quién se encontraba en el edificio a esas horas. Continúe, Pablo. A cámara rápida, gracias.

—Como usted diga —respondió el guardia, con la mirada fija en la pantalla.

El hombre parecía haberse liberado del estrés. Era consciente de que estaba participando en una investigación de suma importancia. ¡Una investigación sobre un doble asesinato, ni más ni menos! Y él estaba ahí, en el meollo, en medio de una actuación policial. Ya se imaginaba a sus amigos en el bar, escuchándolo boquiabiertos al contarles lo que acababa de hacer.

—Y, Pablo… —añadió a su espalda la voz de la mujer, más fría que la ducha de la mañana antes de que el agua caliente suba por las cañerías —, ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido?

Los hombros de Pablo descendieron de forma imperceptible.

—Sí… teniente. Por supuesto…

Estaba decidido, con todo, a no seguir aquella última instrucción, aunque aquella bonita agente lo acojonara un poco.

Lucía, por su parte, seguía el desfile de minutos con suma atención.

23.15 h.

23.16 h.

23.17 h.

23.18 h.

23.19 h.

De pronto apareció otra silueta. Un individuo alto y delgado, con gafas y abrigo oscuro, que mostraba una expresión altiva y preocupada a la vez.

Era Alfredo Güell.

53

Jueves por la mañana

—Mierda —dijo Lucía.

—¡Joder! ¿Quién es ése? —exclamó Arias.

—Un profesor —respondió Salomón.

—Nuestro amigo Alfredo… que niega haber cogido en préstamo las *Metamorfosis* de la biblioteca y que todavía lleva la férula en la muñeca —observó Lucía.

Recordó que le había parecido sospechoso que hubiera aludido a un accidente al preguntarle qué le había ocurrido en la muñeca. Había detectado falsedad en su voz.

—Según la Guardia Civil de Salamanca, el violador se escapó por los pelos de sus perseguidores la última vez —dijo Lucía sacando el teléfono.

—¿Y qué?

—Que es posible que se lesionara al huir…

Cuando atendieron a su llamada, hizo varias preguntas rápidas y esperó las respuestas. En el exiguo cuartito de los monitores todos guardaban silencio con la mirada clavada en ella.

Sus ojos despedían un destello triunfal cuando colgó.

—Según la declaración del joven estudiante que lo estuvo persiguiendo por las calles de Salamanca, el violador saltó de una terraza situada a casi cuatro metros sobre el nivel de la calle. El joven dudó antes de saltar tras él. No es del todo imposible que, al aterrizar en el suelo, el fugitivo se hiciera daño… en la muñeca, por ejemplo. ¿A alguien se le ha ocurrido indagar en los hospitales y clínicas de la zona?

Sentado al volante del Mercedes, el consejero de Educación, Héctor Delgado, se enfundó unos bonitos guantes Bottega Veneta de piel de cordero y flor de ternera color caramelo. Luego abrió la guantera y sacó el sobre, en el que había escrito con bolígrafo: «Guardia Civil de Salamanca, a la atención de la teniente Guerrero.»

Miró a su alrededor. La acera estaba desierta. No se veía a nadie en las proximidades del buzón. A unos veinte metros de allí había un cruce, con un gimnasio, una óptica, una parafarmacia, un supermercado Dia,

un bar con terraza y dos pasos de peatones perpendiculares. Sin embargo, como todo quedaba bastante lejos, no se preocupó. Por otra parte, era noviembre, lloviznaba, y los transeúntes no se demoraban en la calle.

Perfecto. Una vez fuera del Mercedes, atravesó sin prisa la amplia acera en dirección al buzón. La mano le temblaba un poco cuando tiró el sobre por la ranura, tras lo cual echó un rápido vistazo a su alrededor. Pese a lo que pudiera pensar Salomón, no era un ignorante en temas criminales. En realidad le apasionaba el crimen. Cuando dejó caer el sobre pensó en el famoso Asesino del Zodiaco, que a finales de los años sesenta aterrorizó a la población de la bahía de San Francisco. Se burlaba de las autoridades enviando a la prensa misivas anónimas en las que ridiculizaba a las fuerzas del orden y además las retaba a que lo pillaran. Hasta la fecha todavía no se había descubierto su identidad, como tampoco se había descubierto la del verdugo de Elizabeth Short, apodada la Dalia Negra, a quien habían encontrado muerta una mañana de enero de 1947 en las calles de Los Ángeles, desnuda, mutilada y cortada en dos a la altura de la cadera. Su asesino también había desafiado a la policía enviándole mensajes. Aunque también pudo haberlos enviado alguien que se hacía pasar por él… Nunca se supo.

El aire era húmedo y frío. Sin embargo, sintió una oleada de calor que le subió por el cuello en cuanto el sobre fue engullido por el buzón. La suerte estaba echada. Ya no había forma de dar marcha atrás.

Subió al coche. Un poco más allá, en la esquina, una vieja un poco encorvada lo observaba, apoyada en su bastón. Cualquiera habría dicho que la muy bruja sabía lo que él estaba tramando, que le leía el pensamiento.

«No seas paranoico…»

Puso en marcha el motor y se fue.

—Hemos preguntado en todas partes —anunció Arias a su vuelta, tres horas después—. En el Hospital Universitario, en el Virgen de la Vega, en los consultorios e incluso en dos clínicas de fisioterapia y en una de cirugía estética. Nadie trató ninguna rotura ni luxación de muñeca la noche del 17 al 18 de noviembre ni los días siguientes.

Faltaba poco para las dos de la tarde. Se encontraban en el cuartel de Salamanca, en una habitación que se había puesto a su disposición y que, en condiciones normales, debía de servir de trastero, porque estaba abarrotada de cajas de cartón apiladas en estanterías metálicas, lámparas sin bombillas y ordenadores desechados. Con todo, había una mesa, cuatro sillas —una de ellas medio rota— y una cafetera que funcionaba perfectamente.

—¿Qué pruebas hay de que Güell sea el violador? —objetó Salomón —. Es posible que su lesión no tenga nada que ver. E incluso si fuera así,

¿qué relación tendría con nuestro caso? ¿No estamos perdiendo el tiempo?

—Tú eres el especialista —contestó ella—. Sin embargo, según lo que he leído, la clave de la personalidad de esos asesinos radica en las características psicosexuales de sus crímenes. Son incapaces de mantener relaciones sexuales libremente consentidas, y sus asesinatos obedecen a fantasías, incluso cuando no hay violación, ¿me equivoco?

—No. Ya hemos tocado ese tema. De todas maneras, estamos hablando de alguien que mata desde hace décadas, no de un novato… ¿Por qué iba a conformarse con violar a sus víctimas cuando también las puede matar? El hombre que agredió a las estudiantes «sólo» infligió tocamientos a algunas de ellas. Eso no encaja con el perfil…

Peña los escuchaba, de pie y apoyado en una esquina de la mesa.

—¿No es posible que, al margen de los asesinatos, sintiera deseos de violar a mujeres? —preguntó.

—Todo es posible en la cabeza de esa gente —concedió el criminólogo encogiéndose de hombros—. Tienen unas fantasías tan sofisticadas…

—¿Unas fantasías tan sofisticadas? —repitió Lucía, arrugando la nariz como si hubiera captado un mal olor.

—No es un juicio de valor, Lucía. Es sólo un hecho, aunque resulte muy desagradable.

El teléfono de Lucía sonó. Era Adrián.

—*Marte y Venus sorprendidos por los dioses* —le anunció Adrián sin más preámbulos—. Está, efectivamente, en las *Metamorfosis*. Vulcano se entera de que su esposa, Venus, lo engaña con Marte, y teje una red casi invisible. En cuanto los adúlteros se vuelven a acostar, la red los atrapa… Acto seguido Vulcano abre las puertas y expone a los dos amantes en tan vergonzosa situación a los otros dioses… De la misma manera vuestro asesino sorprendió a esos dos jóvenes, los mató, colocó el cable alrededor de los dos cuerpos y después dejó la puerta entreabierta para exponerlos a la vista de todos… Esta vez ha reducido al mínimo la puesta en escena. Por Dios, Lucía, ¿quién es ese tipo? ¿Y quiénes son sus víctimas? Parecen tan jóvenes…

—Gracias, Adrián —dijo ella sin responder.

Colgó. Mientras Adrián hablaba se le había ocurrido una idea que no tenía nada que ver con lo que él le estaba contando, sino con sus pesquisas anteriores, relacionadas con la férula de Alfredo Güell.

—¿Y las farmacias? —preguntó de repente.

—¿Qué pasa con las farmacias? —dijo Peña.

—Seguro que había una farmacia de guardia la noche del 17 al 18 de noviembre.

Arias ya estaba consultando el móvil.

—Tenemos más de veinte farmacias sólo en el centro —informó el sargento al cabo de quince segundos.

Durante el cuarto de hora siguiente se turnaron para efectuar unas

veinte llamadas.

—La farmacia Filiberto, de la plaza del Mercado —anunció Arias colgando—. Está abierta las veinticuatro horas del día. La farmacéutica recuerda que hace unos días acudió un hombre en plena noche con un esguince en la muñeca.

Lucía se había puesto ya de pie y cogía la cazadora, que había dejado en el respaldo de la silla.

—¡Vamos!

Atravesaron las puertas automáticas a las tres de la tarde. Lucía reparó enseguida en la cámara colocada cerca del techo, en una esquina, a la izquierda del mostrador, que filmaba a la vez la entrada, las estanterías y la caja registradora.

Se presentó y enseñó su identificación a la dependienta, que se frotó la barbilla antes de ir a buscar a la jefa. La dueña de la farmacia, una mujer huesuda, de cabello reseco y nariz larga y puntiaguda, declaró que estaba encantada de ayudar a la Guardia Civil, pero que el mes anterior habían entrado a robar y todavía estaba esperando que encontraran a los culpables.

—Me encargaré personalmente del asunto —mintió Lucía, adoptando una falsa actitud comprensiva.

A continuación le pidió que le hablara de su dispositivo de vigilancia.

—¿Tienen un sospechoso del robo? —preguntó, esperanzada, la farmacéutica.

—Se trata de otro delito.

La mujer puso cara de decepción.

—Tengo una cámara en la tienda y otra en el almacén, conectadas por wifia una videocámara —explicó—. La conexión es independiente de la caja digital. Las cámaras están también equipadas con leds infrarrojos para la visión nocturna, aunque, como estamos abiertos las veinticuatro horas del día, siempre hay iluminación. Se activan en cuanto detectan un movimiento. También se pueden visionar las imágenes en directo desde el Smartphone o desde un pc.

«Lo cual es muy práctico para vigilar a los empleados», pensó Lucía.

—¿Cuál es la capacidad de almacenamiento del disco duro? —preguntó Arias.

—De diez a quince días, en función de la afluencia de clientes…

Lucía hizo el cálculo: la fuga del violador se había producido cuatro noches atrás.

—Querría ver las imágenes del 17 al 18 de noviembre, a partir de media noche —solicitó.

La mujer los condujo a la trastienda, separada de la farmacia por una cortina, cuyos muros cubiertos de cajones contenían cajas de medicamentos en cantidad industrial. «La de toneladas de medicamentos

que puede meterse en el cuerpo una población como la española», pensó Lucía. El sistema de almacenamiento de imágenes se encontraba en una mesita del fondo: una caja con forma rectangular parecida a cualquiera de las cajas digitales ofrecidas por los proveedores de acceso a internet. Tal como había hecho con anterioridad el guardia de seguridad, la farmacéutica se sentó en el único asiento disponible, abrió el ordenador portátil y se puso a teclear. Al cabo de un instante aparecieron las imágenes. Eran en color, pero de baja resolución y sin sonido.

—Acelere, por favor.

La mujer hizo avanzar las imágenes. Lucía soltó una maldición para sus adentros: a esa hora la farmacia estaba vacía; el servicio de guardia nocturno se llevaba a cabo a través de una ventanilla que daba a la calle y que estaba en la zona del escaparate, es decir, lejos de la cámara.

—¿No tiene cámara en el exterior? —preguntó.

—No. ¡Mire, ahí está! —indicó la farmacéutica.

Un individuo de elevada estatura, con una sudadera con capucha azul marino y franjas blancas, acababa de aparecer detrás del escaparate, frente a la ventanilla, sosteniéndose la muñeca. Estaba demasiado lejos… En el vídeo se vio cómo la farmacéutica se acercaba a la escotilla cuadrada.

—A velocidad normal, por favor… Mierda, desde este ángulo no se ve nada —refunfuñó Arias.

—Espere. Me acuerdo de él. Un señor muy educado. Por cómo iba vestido supuse que acababa de hacer deporte a pesar de lo tarde que era…

Lucía guardó silencio. En el vídeo la farmacéutica atravesaba el establecimiento para ir a la trastienda. Luego volvía a la ventanilla con una caja en la mano y se la daba al hombre por la ventanilla.

—Le aconsejé que fuera a urgencias —comentó la farmacéutica.

En la pantalla sus labios se movían. El hombre asentía al otro lado de la ventanilla, hablando a su vez, pero su cara quedaba ensombrecida por la capucha. Finalmente se remangó la manga de la sudadera para dejar al descubierto la muñeca.

«Bájate la capucha. Bájatela…», le suplicó mentalmente Lucía. El hombre, sin embargo, siguió con la cabeza tapada mientras se colocaba la férula en el pulgar.

—¿Recuerda qué aspecto tenía? —preguntó Lucía disimulando su frustración.

—Era bastante atractivo, alto, con gafas, de unos cuarenta y pico años. Muy agradable y educado.

«Era él…» Güell, no le cabía duda.

Y era exactamente la misma férula. No obstante, si no disponían de otras imágenes, ningún juez autorizaría su detención basándose sólo en ese vídeo. Güell volvió a bajarse la manga después de colocarse la férula.

«No es posible, mierda…» A Lucía le entraron ganas de darle un puñetazo a algo.

—¡Un momento! ¡Vuelva atrás! —gritó, provocando un sobresalto general.

La farmacéutica obedeció, con el ceño fruncido.

—A velocidad normal —precisó Lucía—. ¡Ahí! ¡Pare!

La mujer detuvo el vídeo en una imagen algo trémula, justo cuando el hombre se remangaba para ponerse la férula. Lucía se inclinó. El reloj…

No era de los más caros, pero era un buen reloj. No era muy original, pero tampoco era muy corriente. Un Omega Speedmaster, el mismo reloj que llevaba en la muñeca Alfredo Güell el día que lo vio. ¿Cuántos hombres debía de haber en Salamanca que tuvieran la misma estatura, que se hubieran lesionado la muñeca la noche del 17 al 18 de noviembre y que tuvieran un Omega Speedmaster?

Demasiadas coincidencias: el reloj, la férula, la fecha, la estatura y la corpulencia. Con eso bastaría… Además, la farmacéutica lo identificaría en caso de que hubiera una rueda de reconocimiento.

54

Jueves por la tarde

Lucía lo miró. Eran las 17.28 h. Cincuenta minutos antes varios agentes habían irrumpido en el aula donde Alfredo Güell daba clase y lo habían detenido ante la estupefacción de sus alumnos. Enseguida se había formado un guirigay. Algunos protestaban por los malos modos de la Guardia Civil. Una joven, en cambio, gritaba: «¡¿Es que no lo entendéis?! ¡Es el violador! ¡Otro maldito macho blanco!»

Le habían preguntado si quería solicitar la presencia de un abogado o de un médico y le habían informado de sus derechos. Él no había despegado los labios. Ahora, mientras registraban su piso de la calle Concejo, Alfredo Güell los miraba desdeñosamente, con la arrogancia de un Laurence Olivier en *Marathon Man* y la astucia de un Robert Mitchum en *El cabo del miedo*. Lucía no era una gran lectora, pero le encantaban las viejas películas policiacas.

—¿Quiere un café? —le ofreció ella, soplando en el suyo, mientras observaba el trajín que había a su alrededor.

No obtuvo respuesta.

—Profesor Güell, ¿dónde se hizo esto? —le preguntó, señalando la férula azul de la muñeca—. La otra vez me explicó que se había caído. ¿Sabe qué creo? Creo que la noche del 17 al 18 aterrizó mal al saltar de un balcón huyendo del estudiante que lo perseguía. Que se torció la muñeca y luego fue a la farmacia Filiberto. Porque fue a esa farmacia aquella noche, ¿no?

Ninguna respuesta. Güell se mantenía tieso, mirándola sin sonreír. Sin embargo, en su semblante había un atisbo de sonrisa, perceptible en su mirada sarcástica y altiva.

Daba igual. Lucía estaba curtida en ese tipo de confrontaciones. A lo largo de su ya dilatada carrera, se había topado con todo un extenso repertorio de actitudes. El mutismo era un clásico. De una manera u otra acabaría por entrar en su mente. Era una experta en esa clase de juegos.

—Aquí veo que enseña Evaluación Psicológica Legal, Psiquiatría Legal y… Delitos Sexuales —dijo Lucía, tras una pausa efectista, consultando los papeles que tenía en la mano—. Parece interesante… Sobre todo lo de los delitos sexuales, ¿no? Y lo de la psiquiatría legal también… ¿Cree que un profesor que agrede sexualmente y viola a sus alumnas después

de las clases podría ser objeto de un estudio psiquiátrico? En el sentido legal, me refiero…

Ninguna reacción. Peña, que estaba sentado junto a ella, tomó el relevo.

—Casi todas las estudiantes que fueron agredidas o violadas en las semanas anteriores asistían a sus clases, profesor… ¿O debo decir «doctor»? Y antes, ¿dónde encontraba a sus víctimas? Porque uno no se convierte en violador a los cincuenta años, Alfredo. Se empieza mucho antes. No es un *hobby* que se descubra en edad tardía.

Lucía observó al profesor para ver cómo reaccionaba al ser llamado por su nombre de pila, pero constató que el dardo no había dado en la diana. Daba igual. Tenían munición de reserva.

—¿Y si ese… profesor… o ese doctor… o ese individuo mata también a parejas porque no puede soportar su felicidad, porque su mujer lo dejó por otro y se ha quedado solo? Es su caso, ¿verdad? ¿Cree que eso también constituiría un objeto de estudio para la psiquiatría legal? —prosiguió Peña.

Lucía detectó un ínfimo temblor en las pupilas del profesor. La arrogancia seguía presente, pero habían logrado abrir una grieta en la fachada. Eran como olas golpeando un acantilado: lo erosionan poco a poco, pero el océano siempre acaba ganando. Lucía echó un vistazo a los agentes, que escrutaban cada centímetro cuadrado del domicilio en presencia del secretario judicial.

Una nueva pregunta. Otro embate del oleaje… Sin embargo, entre el océano y ellos había una diferencia considerable: el océano tenía todo el tiempo del mundo, mientras que ellos estaban severamente circunscritos a los límites de la ley, y Güell lo sabía.

—Al parecer hay muchas estudiantes que fantasean con usted, ¿no es cierto? —preguntó ella—. ¿Se pone caliente con ellas? ¿Se acuesta con ellas? ¿O para excitarse necesita que el acto sea no consentido, Alfredo?

Ninguna respuesta.

—¿Sabe quién es Ulysses Joyce? —continuó Peña—. Descubrió que alguien había estado hurgando en los papeles del grupo de Criminología y le dijo al profesor Borges que se encontró con usted en el edificio de la facultad la noche en que oyó un ruido en el sótano… Cree que fue usted el que estuvo allí… ¿Fue usted, Alfredo? Y si fue usted, ¿qué andaba buscando en las carpetas del grupo del profesor Borges?

Ninguna respuesta.

—Pidió prestado el libro de las *Metamorfosis* en la biblioteca de la Facultad de Derecho, pero se negó a admitirlo; ¿por qué? Como su nombre consta en el registro, se inventó esa historia absurda de que prestaba su tarjeta a sus alumnos… Resulta más bien decepcionante, si quiere que le diga la verdad… Estaba convencido de que era usted más sutil…

Ninguna respuesta.

—¿Sabe lo que creo yo? —intervino Lucía—. Creo que quien ha hecho esto tiene un ego desbordante. Es un hombre con un altísimo nivel intelectual. Es temible, astuto, hábil y prudente. Ocupa una posición elevada en la sociedad: un profesor de universidad, por ejemplo. Está perfectamente integrado. Como ocurre con todos los grandes pervertidos, no experimenta sentimientos de culpabilidad ni remordimientos ante el sufrimiento ajeno. Más bien al contrario, disfruta tanto provocándolo que cada asesinato refuerza su sentimiento de omnipotencia, su deseo de volver a empezar…

Como si quisiera subrayar las palabras de Lucía, un trueno hizo temblar los cristales y, casi enseguida, una lluvia oblicua azotó la hilera de ventanas de arco de medio punto que daban a la calle Concejo.

—Es un manipulador nato —continuó—. Ha alcanzado un alto grado de sofisticación y de madurez, y es capaz de aprovechar la fascinación que ejerce en su entorno… entre sus alumnos, por ejemplo… para detectar sus fisuras y sus debilidades, porque es un auténtico depredador, ya sea por naturaleza o por el ambiente en el que se crió. Y como depredador que es, se dedica a la caza. Matar en pleno día y hacer una puesta en escena con los cadáveres no es nada sencillo, pero él tiene facilidad para eso. También es un esteta, un erudito. Quiere impregnar de belleza sus asesinatos, darles un sentido… A propósito, ¿por qué las *Metamorfosis*, Alfredo?

Peña comprendió adónde quería ir a parar. Estaba halagando el inmenso ego de Güell, que observaba con aire indiferente el registro de su domicilio, con la esperanza de que su vanidad intelectual lo llevara a reaccionar. Había pocas posibilidades de que la estrategia diera fruto en ese estadio. Todavía era demasiado pronto, y Lucía lo sabía. Aun así, de esta forma, alternando los cumplidos y los ataques, lo desestabilizaban, lo preparaban para el asalto final.

—A fin de cuentas, la moral no es más que una serie de convenciones sociales, ¿verdad, doctor? —prosiguió ella en la misma línea—. Unas convenciones para proteger a los débiles de los fuertes. ¿Qué opina usted de eso? La naturaleza, por su parte, es más auténtica, más cruel, y no reserva un lugar para los débiles.

—¿No es ése un concepto nietzscheano, doctor? —sugirió Peña, esperando que, espoleado por su orgullo universitario, Güell abriera la boca para poner en su sitio a aquellos dos desgraciados que se las daban de filósofos.

Él persistía en su silencio, sin embargo.

—Respire, doctor —le aconsejó Lucía—. Relájese. Lo noto estresado. ¿Está estresado?

Peña pensó que en realidad no parecía tan estresado. En todo caso, todas aquellas observaciones que no venían a cuento debían de estar irritándolo, por más que no lo demostrara. Fuera, las ráfagas de viento se sucedían, barriendo las calles con sus maullidos de gato.

—Creo que eso de vivir solo le ha dañado el cerebro —declaró Lucía, pasando de repente a un lenguaje ofensivo, después de haber estado halagándolo—. Creo que es impotente con las mujeres, que no consigue satisfacerlas… Todas esas jovencitas de la facultad lo excitan y lo traen loco, pero ellas no tienen ningunas ganas de acostarse con…

—¡Hemos encontrado la cola! —gritó de pronto alguien en el otro extremo del piso.

Arias…

Se precipitaron hacia allí. Se trataba de un exiguo despacho situado al fondo, sin ventana, abarrotado de papeles y libros colocados de cualquier manera por las estanterías y los muebles, que olía a polvo y a cerrado. Los agentes habían apartado de la pared un armario bajo. Lucía se acercó a mirar.

Seis tubos de cola extrafuerte escondidos en un hueco de la pared.

Dios santo… Lucía se quedó un momento con la mirada perdida. Después se irguió y atravesó el piso para ir al encuentro de Güell, quien debió de intuir que algo había cambiado, porque frunció un poco el ceño al verla llegar.

—Hemos encontrado la cola —anunció ella triunfalmente, pendiente de su reacción—. Apostaría algo a que el análisis confirmará que se trata de la misma cola que se utilizó para pegar a mi compañero a la cruz… y también a las parejas de Segovia y Benalmádena.

Lucía experimentó una brusca excitación. Allí, delante de ellos, Güell estuvo a punto de decir algo. Al final, sin embargo, no despegó los labios, y de nuevo se hizo el silencio.

No se esforzaron en romperlo. La fruta estaba madura… lista para caer… A veces había que saber perder el tiempo para acabar ganándolo.

En la calle volvió a sonar un trueno. Los chaparrones pasaban a toda velocidad sobre la ciudad, intercalados con periodos de calma.

—Debería… —empezó a decir Lucía.

Pero se calló de golpe. Güell acababa de levantar la mano para interrumpirla.

—¿Lo oyen? —dijo el profesor, sonriendo—. Truenos… en noviembre… Son más frecuentes de lo que la gente cree. A diferencia de las tormentas de verano, las tormentas de otoño y de invierno son conflictos entre masas de aire muy frío a cierta altura y de aire más templado en las capas bajas.

Lucía se preguntó adónde quería ir a parar mientras Güell los miraba con aires de suficiencia.

—Ya está —dijo Alfredo Güell, sin desprenderse de su arrogante sonrisa—, no se cansen más, yo soy el hombre que andaban buscando. Yo soy el Asesino de las Metamorfosis.

55

Jueves por la noche

Cuando volvieron al cuartel, Salomón les salió al paso con aspecto desaliñado y un faldón de la camisa fuera del pantalón.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Ha confesado —respondió Lucía—. Y han encontrado la cola en su casa.

El criminólogo los miró con auténtico asombro antes de exhalar un hondo suspiro.

—¡Por Dios! —Se pasó una mano por la cara—. ¡Es increíble! El rector y el decano de la universidad acaban de llamarme precisamente ahora. ¡Quieren dar una rueda de prensa mañana por la tarde! Yo les he dicho que no tenía ánimos para eso —añadió bajando la voz—. Me parece que van a encargarse ellos mismos…

—¿Una rueda de prensa sobre qué? —preguntó Lucía tensándose.

—Pues… sobre el éxito de DIMAS… —respondió, incómodo, Salomón, mientras en la calle sonaba un trueno—. Por lo visto las noticias se propagan deprisa y han cambiado las tornas. Ahora resulta que DIMAS es una formidable herramienta publicitaria para la universidad… «Una demostración de cómo esta universidad conjuga el saber tradicional con la tecnología más moderna y descubre con sus proyectos de investigación aplicaciones concretas en todos los ámbitos.» No son mis palabras, sino las que acaba de pronunciar el rector.

Lucía le lanzó una mirada circunspecta.

—¿Y no hay manera de impedirlo?

—Lucía, hace años que lucho por este programa informático —contestó Salomón con los ojos desorbitados—, que me topo con el conservadurismo y las reticencias de esta universidad. Y no soy el único. Alejandro y Assa también participaron en este proyecto, no lo olvides. Igual que el resto del grupo. Alguien tiene que hablar de esto.

—¿Y dónde van a dar esa rueda de prensa?

—En el teatro Liceo —respondió él.

—¿En un… teatro?

—La universidad ofrece muchas ruedas de prensa allí —justificó el criminólogo—, además de representar obras, conciertos y películas… Es un sitio muy bonito.

—En todo caso, nosotros no vamos a participar —decretó, furioso, el capitán Peña—. ¡Aún no hemos terminado la investigación! Y usted no mencione ningún nombre, ¿entendido? ¡Que quede bien claro que no vamos a dar munición a los futuros abogados de Güell! Ya sabía yo que era una mala idea meter en la investigación a alguien de fuera —añadió mirando de reojo a Lucía.

—Yo también creo que esta rueda de prensa es prematura —alegó ella frunciendo el ceño.

—No hablarán de Alfredo —sugirió Salomón—. Sólo tendrán que decir que se ha detenido a un sospecho y exponer de qué manera estableció DIMAS la relación entre varios casos. De todas formas, esa información ya se ha filtrado a la prensa… Y es también una manera de reconocer vuestro trabajo…

Lucía adivinó que Salomón trataba de disimular su entusiasmo para no contrariarlos aún más. Él, su proyecto y su grupo —o lo que quedaba de éste— tendrían sus quince minutos de gloria. El público iba a descubrir muy pronto la existencia de DIMAS y del grupo de Criminología de la USAL. ¿Y por qué no, después de todo, si eso ayudaba a Salomón a sobrellevar el duelo por sus estudiantes?

—Está bien, profesor —dijo por fin Peña, encaminándose a la máquina de bebidas—. Supongo que, de todas maneras, la universidad prescindirá de nuestro visto bueno… Aun así, voy a informar a mis superiores. Y ni Lucía ni ningún miembro de la UCO participará en su pequeño acto de promoción; ¿estamos de acuerdo?

Introdujo una moneda en la ranura.

Un trueno aún más potente hizo temblar las paredes y se quedaron a oscuras hasta que se activó el generador de emergencia y volvió la luz. Se trataba, con todo, de esa luz mortecina, anaranjada y un tanto siniestra de las lamparillas piloto distribuidas en las paredes. La lluvia seguía azotando los cristales y el viento corría por las calles. Reinaba la tempestad, aquel atardecer de noviembre.

Lucía iba a añadir algo cuando le sonó el móvil en el bolsillo.

—De acuerdo, gracias —dijo antes de colgar.

Peña la interrogó con la mirada.

—Era Arias. Hay novedades.

Alfredo Güell se había vuelto a encerrar en su mutismo. Cuando entraron los miró con absoluta indiferencia. Lucía pensó que la habitación, con el aura anaranjada de la lamparilla piloto, recordaba una antigua mazmorra iluminada con velas.

Cogió una silla y se sentó mientras Peña permanecía de pie cerca de la puerta. Con aquella luz mortecina las gafas de Güell captaban sus dos siluetas como un objetivo gran angular. Lucía dejó transcurrir un minuto en silencio, oyendo el murmullo de la lluvia.

—Eres un violador —declaró por fin—, pero no eres el Asesino de las Metamorfosis, como lo llamas tú.

El rostro de Güell se estremeció ligeramente.

Por fin había logrado obtener una verdadera reacción, horadar la coraza. Sostuvo su mirada de sorpresa sin pestañear, antes de rematar el clavo:

—No fuiste tú quien mató a esas parejas, ni quien asesinó a mi compañero…

En el exterior los «conflictos entre masas de aire» se prolongaban con gran profusión de relámpagos sobre la ciudad.

—Has alardeado de algo que no hiciste.

—Sí, fui yo —afirmó Güell, con irritación.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no aparecen tus huellas dactilares en los tubos de cola que encontramos en tu casa?

El profesor la miró con perplejidad, y Lucía comprendió que había acertado.

—Porque las borré —respondió tras pensarlo un momento.

Lucía se inclinó hacia él, con una sonrisa cruel en los labios.

—¿Para qué ibas a borrar tus huellas y conservar la cola en tu casa, dime? ¿Por qué, en lugar de deshacerte de ella, la ibas a esconder detrás de un mueble? No tiene sentido. Fue otra persona la que borró todas las huellas después de colocar la cola en tu casa sin tú saberlo. Y no eran las tuyas, sino las suyas, las que quería borrar.

—Eso es una idiotez —afirmó él, con el mismo aire de suficiencia—. ¿Por qué iba a acusarme a mí mismo? Ha sido en mi casa donde han encontrado la cola. Y usted misma lo ha dicho, fui yo quien pidió las *Metamorfosis* en la biblioteca. Soy un violador y un asesino. Maté a esas parejas inspirándome en el libro porque, tal como ha dicho usted, no soporto la felicidad de los demás desde que me dejó mi mujer.

—¿En el libro o en los cuadros? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—¿Te inspiraste en el libro o en los cuadros?

De nuevo la duda se reflejó en las pupilas del profesor.

—Eres un auténtico cerdo, pero no eres el asesino que estamos buscando —reiteró ella—. Igual te acordaste del Violador del Ascensor, al que condenaron a noventa y seis años de cárcel en la Audiencia de Madrid el mes pasado, y pensaste que, como él, no saldrías de la cárcel hasta que fueras muy muy viejo. Tienes un ego desmesurado que se manifiesta en un ansia de publicidad y de gloria, y padeces un trastorno narcisista tan grave que incluso prefieres acusarte de crímenes que no has cometido. Puestos a ir a la cárcel durante un montón de años, más vale ser el Asesino de las Metamorfosis que un violador de estudiantes. Queda mucho mejor, ¿verdad, Alfredo?

Güell la miró desdeñosamente bajo la luz mortecina. Era evidente que en ese instante sentía impulsos homicidas. Después volvió a parapetarse

en su sonrisa.

—Mantengo mi confesión —declaró—. Las pruebas en mi contra son abrumadoras. Cuando repita mi confesión ante el juez, me condenarán también por esto. Tanto si le gusta como si no, teniente, yo soy el Asesino de las Metamorfosis…

—Eso ya lo veremos —replicó ella levantándose.

Abandonó la habitación detrás de Peña.

—Entonces, según tú, no es él, ¿no es eso? —le preguntó Salomón en el pasillo.

—No, no es él. Y yo sé quién es.

56

Jueves por la noche

—No lo hemos encontrado —dijo Arias por teléfono—. No ha ido a clase esta tarde, ni tampoco está en la tienda de campaña. Nadie lo ha visto… y es imposible geolocalizarlo. Ha debido de tirar el móvil.

—Seguid buscándolo —indicó Lucía, antes de colgar.

—¿A quién buscáis? —preguntó Salomón, sin disimular su curiosidad.

—A uno de tus alumnos, uno del grupo.

El criminólogo se quedó boquiabierto. Lucía percibió en su mirada que estaba completamente desconcertado.

—¿Alguien de mi grupo? ¿Y cuándo empezaste a tener sospechas?

—Casi desde el principio. Enseguida pensé que podía ser alguien del grupo, que lo de DIMAS era quizá demasiado bonito para ser verdad… ¿Has oído hablar del caso Theranos?

Salomón asintió. Theranos era una empresa norteamericana especializada en biotecnología y valorada en miles de millones de dólares, cuyos responsables aseguraban haber desarrollado un método revolucionario para los análisis de sangre. Según ellos, se precisaban tan sólo unas gotas de sangre extraídas de la punta del dedo para lograr la detección precoz de cientos de enfermedades. Su fundadora, Elizabeth Holmes, se había convertido en la millonaria más joven de Silicon Valley y soñaba con parecerse a Steve Jobs. Imitaba incluso su forma de vestir. Holmes encadenaba conferencias y entrevistas para la prensa, que había caído rendida a los pies de aquella carismática joven, igual que los fondos de inversión, que se peleaban por financiarla. Hasta que un periodista escéptico, John Carreyrou, dos veces premio Pulitzer, desconfiando de todo aquel bombo, se puso a investigar y descubrió el engaño: el análisis de sangre revolucionario no existía, la máquina, bautizada con el nombre de Edison, no había funcionado nunca, y Theranos utilizaba para sus supuestas demostraciones los análisis de sangre clásicos de la competencia. El escándalo había tenido tanta repercusión en Estados Unidos que Hollywood ya estaba preparando una película inspirada en la joven estafadora, probablemente protagonizada por Jennifer Lawrence.

—¿Quieres decir que DIMAS no llegó a establecer ninguna relación entre esos casos? ¿Es eso? —dedujo Salomón, entre escandalizado y

escéptico.

—Quiero decir que seguramente lo ayudaron un poco…

—¿Con qué propósito?

—Conseguir que se hable del programa informático, claro está. Tu grupo desea tanto como tú que DIMAS salte a la fama. Tus alumnos también quieren estar en el centro de los focos, Salomón.

—Todo el mundo quiere estar en el centro de los focos hoy en día —comentó él, con voz casi inaudible.

—Incluso tú —le recordó ella suavemente—. Reconoce que esa rueda de prensa te hace ilusión. Si yo estuviera en tu lugar, la daría yo misma. Sigo convencida de que la Guardia Civil necesita un programa como DIMAS y, como dijiste, sería una buena manera de homenajear el trabajo de Assa y Alejandro.

Salomón se quedó mirándola, perplejo.

—No puede haber sido alguien del grupo —objetó—. Lo sabes perfectamente.

—¿Ah, no? ¿Por qué? Sé lo que estás pensando. Que el primer doble asesinato se produjo hace treinta años. Que los miembros de tu grupo son demasiado jóvenes, que en aquella época ni siquiera habían nacido. Acuérdate de lo que encontramos en Graus, en esa maldita finca. Es posible que César Bolcán fuera el autor del primer doble asesinato, que fuera él quien hubiera secuestrado al hijo de la pareja para… en fin, para lo que ya sabes… y que la persona a la que buscamos hoy en día sea un imitador mucho más joven que llegó a enterarse de la existencia de esos asesinatos.

—Pero ¿qué te lleva a afirmar que es un miembro de mi grupo?

Estaban en uno de los despachos del cuartel. El corte de electricidad aún persistía y con la débil luz naranja la escena parecía un velatorio.

—Una comparación de huellas —respondió Lucía.

—¿Cómo?

—Cuando empecé a tener sospechas, aproveché una de las reuniones en el laboratorio para… coger del fregadero el vaso y el cepillo de dientes de uno de tus alumnos. Después envié a Arias a la biblioteca para que buscara el ejemplar de las *Metamorfosis* que supuestamente había pedido prestado Alfredo Güell; le dije que tomara muestras de las huellas de los empleados para poder descartarlas, y que buscara otras en el libro en cuestión. Bingo. En el libro no estaban las huellas de Güell, lo que demuestra que al principio nos dijo la verdad: nunca lo había consultado. En cambio, la persona que lo había pedido prestado en la biblioteca en nombre de Güell no podía ponerse guantes para devolverlo, porque eso habría llamado la atención de los empleados, que podrían haber recordado el detalle. Así que no tuvo más remedio que dejar sus propias huellas en la tapa del libro… que coincidían con las que encontré en el vaso y el cepillo de dientes de… Ulysses Joyce.

—¿Ulysses? —musitó Salomón, estupefacto.

»¿Usted estaba al corriente? —preguntó volviéndose hacia Peña.

El jefe del grupo de Homicidios, Secuestros y Extorsiones de la UCO asintió con la cabeza, atusándose el bigote.

—Lo siento mucho, profesor —se disculpó—, pero no podíamos explicarle todo esto en esa fase de la investigación.

—¿Y Güell?

—Está claro que Ulysses no pudo actuar solo —dijo Lucía—, pero cada vez tengo más dudas de que Güell sea un asesino. Fue Ulysses quien los mató…

Se bajó del borde de la mesa donde se había sentado.

—Nos pusimos en contacto con la policía de Somerset y Avon, de la que depende Bath. En Inglaterra, los niños tienen responsabilidad penal a partir de los diez años y pueden, por lo tanto, tener antecedentes penales. Según la información que nos proporcionaron, Ulysses Joyce fue detenido varias veces por entrar a robar en las casas de sus vecinos y por haber intentado incendiar su escuela en diversas ocasiones, entre los diez y los quince años. A partir de esa edad, se calmó.

—Ya sea porque decidió parar —prosiguió con tristeza Salomón, negando con la cabeza— o… porque se volvió demasiado astuto para que lo descubrieran. ¡Madre mía!

Los miró suspirando.

—En resumidas cuentas, tiene el perfil ideal…

57

Jueves por la noche

—Todo el mundo está agotado —dijo Peña—. Seguiremos mañana con todo esto. El teniente coronel de la comandancia y yo nos quedaremos al frente por esta noche. Id a descansar. Quiero que estéis en forma para mañana por la mañana…

—¿Vamos a cenar? —le propuso Salomón a Lucía.

Lo hizo con tal aire de perro apaleado que ella ni siquiera se planteó rechazar la invitación.

Aunque había vuelto la luz, la tormenta seguía sobrevolando la ciudad, vertiendo sobre ella descargas eléctricas que recortaban las siluetas de las dos catedrales y los campanarios. La lluvia estuvo repiqueteando en el techo del coche durante todo el trayecto hasta el casco antiguo, en cuyas calles adoquinadas entró cabeceando.

Eligieron un pequeño restaurante cerca de la plaza Mayor, un sitio acogedor, decorado con fotos en blanco y negro, piezas de cerámica y jamones colgados de una viga en la zona de la barra. El profesor pidió cerdo con setas y Lucía chipirones rellenos con arroz negro. Absorto en sus pensamientos, Salomón apenas tocó el plato.

—Y pensar que lo he tenido a mi lado casi todos los días, sin sospechar nada… —dijo por fin, triturando con nerviosismo una miga de pan—. Es cierto que es un chico un poco raro y solitario, pero de ahí a ser un sociópata… Yo, el «gran criminólogo», me he dejado embaucar por un muchacho.

—A veces tenemos las cosas justo delante, y precisamente por eso no las vemos.

—«La carta robada» —susurró él, con una sonrisa lastimera.

—¿Cómo?

—Nada. Es un relato de Edgar Allan Poe, el precursor de los enigmas policiales… ¿De veras crees que DIMAS no detectó por sí solo esas coincidencias y que fue Ulysses el que lo manipuló todo? Eso querría decir que el programa es un completo fracaso…

—Yo no soy una especialista y no puedo rebatir esa afirmación ni responder a esa pregunta.

La lluvia resbalaba como un reguero de lágrimas por la ventana. Lucía percibió el reflejo pálido de su rostro en la oscuridad del cristal.

—¿Y qué voy a decir mañana en la conferencia de prensa? —planteó el profesor con inquietud.

—Lo mismo que ibas a decir antes, que DIMAS ha sido un elemento clave en el desarrollo de esta investigación, que necesitáis más financiación y más medios. Nos hace falta un programa como ése, Salomón, así que, por una vez, yo no tendría escrúpulos en maquillar un poco la realidad. Al fin y al cabo, Ulysses quería garantizar el éxito de DIMAS recurriendo a los *copycats*, pero DIMAS estableció la relación entre los dobles asesinatos.

—¿Cómo crees que Ulysses descubrió que le estabais siguiendo la pista? —preguntó Salomón.

—No lo sé. Sea como sea, ¿no te parece raro que eligiera como víctimas a sus «amigos»?

—Era una pareja feliz —señaló el profesor—. Además, como los tenía que ver día tras día y el espectáculo le resultaba insoportable, al final no pudo aguantarlo más… ¿Crees que se ha ido de Salamanca?

Con el rabillo del ojo Lucía captó un movimiento al otro lado del cristal, en la calle, y miró hacia allí de inmediato. Era sólo un transeúnte que caminaba encorvado bajo la persistente lluvia, con prisas por regresar a casa o disfrutar del cálido ambiente de su bar predilecto.

—No lo sé. En todo caso, no estaré tranquila hasta que lo hayamos detenido —contestó ella.

Llovía a cántaros y las tejas vomitaban regueros sobre el pavimento crepitante de la calle Zamora cuando entraron corriendo en el Dania Palace. Del coche a la puerta del edificio apenas habían recorrido una veintena de metros bajo el diluvio, pero los dos estaban empapados. Salomón llamó al ascensor y se sacudió como un perro mojado, proyectando una nube de gotas a su alrededor. Lucía vio una silueta encapuchada pasando a toda prisa al otro lado del cristal de la puerta de la calle, en medio de la luz centelleante de los relámpagos, y se dio cuenta de lo nerviosa que estaba.

La estrechez del ascensor le produjo casi claustrofobia. Al llegar a su planta Salomón abrió la doble puerta del piso y le cedió el paso. Lucía se cercioró de que cerraba con llave y corría los cerrojos. El edificio crujía como un anciano bajo las embestidas de la tormenta.

—Si estuvieras en su lugar, si fueras él, ¿huirías como un ladrón o rematarías la jugada con un golpe de efecto final? —planteó Lucía.

Salomón apenas se tomó un instante para pensar la respuesta.

—Es demasiado orgulloso y está demasiado seguro de sí mismo. Volverá a tomar la iniciativa, a recuperar el control. Quedarse escondido equivaldría a reconocer su derrota. Va a elegir un final efectista…

Lucía se quedó mirándolo fijamente. Sus abrigos empezaron a gotear sobre el parquet cuando se los quitaron en el estrecho pasillo tapizado

de libros.

—¿Y a quién elegirías tú para ese final impactante?

Salomón le devolvió la mirada con expresión sombría.

—A ti y a mí…

Lucía asintió, taciturna.

—Es lo mismo que pienso yo… ¿Y qué mejor momento y lugar que aquí, mientras dormimos?

—¿Qué propones?

—Supongo que no tienes ninguna arma…

—No. ¿Para qué la iba a tener?

—Muy bien, vamos a montar guardia por turnos —decidió ella—. Tú vas a vigilar durante las primeras dos horas. Prepárate un café. Instálate en la sala. Y si oyes el menor ruido sospechoso, grita. Tengo el sueño ligero.

—De acuerdo… Pero… ¿y si me duermo?

Lucía metió la mano en su bolsillo y sacó una cajita.

—Toma una pastilla de esto. Pero sólo una.

—¿Qué es?

—Modafinil, un medicamento para evitar la somnolencia durante las horas de trabajo, muy potente. Permite estar despierto durante varias horas. Lo utilizan las unidades de intervención. No tendrás problemas de corazón, ¿no?

—Mmm, no. Según mi médico, tengo el corazón de un chaval —respondió Salomón cogiendo la caja—. Pero ¿no es un poco exagerado?

—Salomón, no nos conviene dormirnos mientras Ulysses ronda por las calles tratando de encontrar la manera de venir a por nosotros.

—Muy bien, entendido. Ve a acostarte y yo montaré guardia.

—Primero me daré una ducha. Pondré la alarma del teléfono a las tres. Hasta luego.

El agua caliente la reconfortó y la relajó. Se abría camino entre sus cabellos y proseguía, resbalando por su piel, a lo largo del cuerpo, sobre los hombros, la nuca, la espalda… Sobre la imagen de Rafael con los brazos en cruz. Después se secó con la toalla, se recogió el pelo y entró en el cuarto. Encendió la lámpara de la mesita de noche y, envuelta en el albornoz que le había prestado Salomón, se acostó en la cama y marcó un número. En la última planta del edificio se oía el gemido del viento que ululaba entre las tejas.

—¿Lucía? —contestó la voz de su ex marido en el teléfono.

—Hola. ¿Puedes pasarme a Álvaro?

Un silencio.

—¿Has visto la hora que es?

—Por favor, Samuel, sólo serán cinco minutos. Se volverá a dormir de todas formas. Ya sabes que por la noche no le cuesta dormirse.

—No, Lucía, lo siento. Es demasiado tarde. Llama mañana.

Lucía intentó contener el torrente de rabia.

—Samuel, por favor… De verdad necesito hablar con él. Antes no he podido. He tenido un día… difícil.

—Todos tenemos días difíciles, Lucía. ¿Crees que eres la única que tiene momentos malos?

—Samuel —rogó, entre airada y abatida—. Te prometo que la próxima vez llamaré a una hora decente… Por favor…

—Lo siento, Lucía. Llama mañana. No voy a despertar a nuestro hijo sólo porque te sientas triste. Buenas noches.

—¡Joder! ¿Es esa fulana la que te ha vuelto así de gilipollas? Vete a tomar por culo, ¿me oyes? ¡Vete a tomar por culo!

En el auricular hubo un lapso de silencio, y finalmente Samuel colgó. Apoyada en las almohadas, en la cabecera de la cama, tardó varios minutos en dominar la rabia, como si fuera una colada de lava que se enfría lentamente. Luego esperó a que la rindiera el sueño, pero no consiguió dormir. Los pensamientos bailaban en su cabeza, incontrolables.

Pensó en su pequeño Álvaro y después en Ulysses.

¿Dónde demonios se habría metido?

¿Estaría rondando por las calles en una noche como aquélla en busca de su «golpe de efecto», de acuerdo con la hipótesis que ella misma había formulado?

¿Qué debía de estar haciendo en ese momento?

Quizá estuviera abajo…

Espiando sus ventanas, buscando la forma de entrar y atacarlos.

Estaba tan seguro de sí mismo, de su superioridad intelectual…

Ignoraba cuándo o cómo pasaría a la acción, pero sabía que iba a hacerlo.

Oh, sí, de eso no le cabía duda.

Ulysses Joyce no había dicho su última palabra.

Se despertó poco después de las dos de la madrugada.

Echó un vistazo al radiodespertador de la mesita. Los números rojos habían desaparecido. El aparato estaba apagado.

Alargó la mano hacia la lámpara. Nada, oscuridad total. Sondeó las densas tinieblas del cuarto en dirección a la ventana y le pareció distinguir un asomo de luz entre las gruesas cortinas.

Se levantó, rodeó la cama a tientas y corrió las cortinas.

En el exterior, efectivamente, había luz…

Abajo en la calle, las farolas estaban encendidas, a pesar del aguacero. Y la burbuja luminosa de la ciudad flotaba por encima de los tejados y rebotaba en las nubes cargadas de lluvia.

«Mierda…»

Un nuevo relámpago estalló en la oscuridad, alumbrando la habitación. ¿Qué la había despertado? ¿Un rayo? ¿O bien había oído un

ruido?

—¿Salomón?

No obtuvo respuesta. Su corazón dudaba entre ponerse al trote o al galope. Cogió el teléfono y activó la linterna. Luego sacó el arma de la mesita e hizo deslizar una bala en la recámara.

Sintió el reconfortante peso de la Beretta en su mano izquierda, la forma plena y rugosa de la culata, el contacto del índice estirado a lo largo del cañón, por encima del gatillo, en posición de seguridad.

—¿Salomón? —repitió, más fuerte esta vez.

Le respondió tan sólo el silencio del piso. Aguzó el oído, pero el viento y la lluvia que seguían aullando en el exterior suponían un obstáculo, apenas podía oír nada más. Dejó un instante el móvil para abrir la puerta de la habitación. Unos segundos después irrumpió en el pasillo blandiendo el arma y el teléfono ante ella, con el brazo derecho sujetando el móvil en modo linterna por encima del brazo izquierdo, con el que asía la pistola.

Las hileras de libros de las estanterías del pasillo reflejaban el haz luminoso del móvil, pero la luz del teléfono no llegaba hasta la gran sala, sumida en la más absoluta oscuridad.

¿Qué diablos estaba pasando?

Lucía pestañeó con nerviosismo y siguió avanzando, despacio, tratando de anticipar dónde podía ocultarse un intruso en la estancia en tinieblas. Vio a Salomón hundido en la butaca.

«¡Dios santo!» Se acercó al criminólogo y encaró el haz del móvil hacia él.

—¡Salomón!

El profesor se estremeció, parpadeó y abrió los ojos. ¡El muy imbécil se había dormido! A pesar de la pastilla… En cuanto la vio se irguió con expresión alerta.

—¿Lucía? ¿Qué ocurre?

—¡Chitón!

Volvió a escrutar el salón, girando sobre sí misma.

—La luz está cortada. En la calle no. Sólo aquí… Creo que hay alguien con nosotros.

Salomón se levantó, completamente despierto ya, y se ajustó el batín como si tuviera frío.

—¿Qué quieres decir con eso de «hay alguien con nosotros»? ¿Te refieres a Ulysses?

Lucía captó el terror en su voz. Como ella, escudriñaba la oscuridad, pero con patente miedo. Por su parte, Lucía descartó mentalmente el pasillo y la habitación donde había dormido.

Quedaba el resto de la casa.

En aquel piso tan grande no faltaban lugares donde esconderse.

—¿A quién si no? —contestó en un susurro.

58

Jueves por la noche

Lucía entraba en las habitaciones dormidas con todos los sentidos en ebullición. El haz luminoso del teléfono las devolvía a la vida, redistribuyendo las sombras de los muebles, que parecían escabullirse a su paso.

Los únicos sonidos que perturbaban el silencio eran el ruido ahogado de sus pisadas y el fragor de la tormenta que azotaba la ciudad. Se había vestido a toda prisa con unos vaqueros y un jersey grueso de lana, y avanzaba cual soldado por el campo de batalla, con actitud fría y cerebral y el útil bagaje de los reflejos adquiridos, el entrenamiento, el instinto de supervivencia y la experiencia.

Por muy denigrada que estuviera la teoría de los tres cerebros, Lucía tenía la impresión de que era su cerebro arcaico el que había asumido el mando. Su mente operaba a la manera de un escáner, sintetizando fracciones de información provenientes de diferentes entradas sensoriales.

Dio un paso más.

La puerta de la cocina…

Se plantó ante el umbral, con el arma por delante. En ese momento cayó un rayo y Lucía distinguió el contorno de una figura a pocos metros de ella, un segundo antes de que se proyectara una lengua de fuego. El tiempo parecía haberse ralentizado. Notó una presión aguda en los tímpanos, como consecuencia de la detonación, y luego aparecieron los silbidos. La bala le rasgó el jersey de lana y le rozó el brazo justo cuando ella se lanzaba a un lado.

Pegada a la pared, a la derecha de la puerta, con la respiración alterada, se palpó el brazo.

Un agujero en el jersey y algo húmedo debajo… pero no era ni muy profundo ni muy doloroso. Parecía sólo un rasguño. Un segundo después se apartó del umbral y aterrizó de un salto en la cocina, con las piernas flexionadas, casi agachada y empuñando el arma.

Vio que la doble puerta acristalada que comunicaba con la terraza estaba abierta. Golpeaba contra la pared, al vaivén de las ráfagas de viento. La lluvia entraba en la cocina.

Ya no tenía el teléfono, que se le había caído, al sorprenderle el fulgor

del disparo. Sin su luz corrió a ciegas en dirección a la espaciosa terraza, rodeando la mesa donde Salomón solía desayunar. Llegó justo a tiempo para ver la silueta de Ulysses saltando por encima de la balaustrada.

Lucía cruzó la terraza bajo una lluvia torrencial y se asomó a la balaustrada.

El joven estudiante galopaba sobre los tejados vecinos.

—¡Ulysses, detente! —gritó ella.

Se dio cuenta de que tenía la voz ronca a causa de la adrenalina. El cielo nocturno de Salamanca era un muestrario de naranjas, amarillos, verdes y azules tornasolados por la lluvia. El gran resplandor de la ciudad guiaba a Ulysses en su huida desesperada por los tejados. ¿Adónde esperaba llegar así? Lucía se metió el arma en la cintura de los vaqueros, se subió a la balaustrada y saltó sin pensarlo un segundo.

Cayó sobre un tejado resbaladizo e inclinado y no pudo evitar deslizarse hacia el borde. Con el corazón en la garganta, distinguió el hueco vertiginoso de un patio interior rodeado de ventanas oscuras. Cerca de su cara, el agua caía a borbotones por una canaleta que la engullía con avidez hacia la calle. Había como mínimo quince metros entre ella y el suelo, calculó con el estómago encogido por el vértigo.

Se levantó y subió la resbaladiza pendiente casi a gatas. Cada vez que la iluminaba un relámpago, el tejado mojado resplandecía como un espejo. Temblando, consiguió ponerse de pie en el caballete. Ulysses estaba trepando por una pared de dos metros de altura que lo llevaría a otra terraza. Se precipitó tras él y se lanzó al suelo cuando el joven se volvió y disparó contra ella.

Ni siquiera oyó el silbido de la bala. En realidad Ulysses no apuntaba. Más bien pretendía asustarla y entorpecer su avance.

Se abrió camino como él a través del dédalo de tejados y tomó impulso para agarrarse a lo alto del muro y auparse para pasar a la otra terraza. Cuando aterrizó, vio que Ulysses corría bordeando una gran vidriera iluminada y desaparecía por la esquina de un edificio.

Sacó el arma de la cintura. Estaba completamente empapada. La lluvia le corría por la nunca y la espalda, bajo el jersey calado. Parpadeó, con las pestañas perladas de agua, y se enjugó la cara varias veces. La lluvia era un obstáculo. Pero también lo era para Ulysses, pensó Lucía. Su cerebro trataba febrilmente de proyectar un desenlace. ¿Cómo iba a acabar aquello? ¿Con un duelo, como en las películas del Oeste? Era una situación absurda.

Entonces cayó de bruces.

Iba corriendo, a punto de llegar a la esquina de la pared tras la que había desaparecido su presa, cuando se le enganchó el pie en un respiradero, tropezó y salió disparada hacia delante.

Una detonación…

Oyó el silbido: la bala le había pasado muy cerca esta vez. La caída la había salvado, al menos por ahora. Se apoyó en una rodilla sintiendo un

intenso dolor en el tobillo. Era un esguince, seguro. Y entonces lo vio…

A unos cinco pasos, de pie en el extremo de la terraza, de espaldas al vacío.

La apuntaba con el arma.

Y en ese instante comprendió que todo se había acabado. Que no había nada que hacer. Había perdido la Beretta al caer. Qué muerte tan ridícula… Ulysses la miraba, pero ella no le veía los ojos porque la sombra de la capucha le tapaba la cara. Sólo distinguía su silueta inmóvil y oscura a través de la lluvia… y un vago reflejo en el cañón de la pistola. ¿A qué esperaba?

«¡Dispara y acabemos de una vez!»

Escuchó su respiración. Estaba temblando. Una parte de su mente aguardaba el disparo fatal y la otra funcionaba a mil por hora. Se puso a contar.

Uno.

Pensó en Álvaro. No volvería a ver a su hijo. Crecería sin ella.

Dos.

También pensó en Rafael. Nadie lloraría su muerte. ¿Nadie? Tal vez Peña y Arias la llorarían un poco y evocarían sus hazañas, quizá la convertirían en una leyenda. Tal vez también su hermana y su madre, pese a todo. Y Adrián. Y Álvaro, por supuesto. Los truenos seguían retumbando en el cielo nocturno. Respiró hondo.

Tres.

¿A qué esperaba, por el amor de Dios? Jadeaba. La lluvia le entraba en la garganta. Tosió y se enjugó la cara.

¿Le divertía retrasar el desenlace? ¿Verla indefensa a sus pies? Eso era precisamente lo que hacían los individuos de su calaña, ¿no? Se deleitaban con el miedo de sus víctimas. Disfrutaban sintiéndose omnipotentes, prorrogando lo inevitable…

De pronto, algo se encendió en su interior.

Sintió una oleada de rabia, de voluntad feroz y desesperación subiendo como una flecha desde sus entrañas: el puro instinto de supervivencia que resurgía como un animal herido, el cerebro que pasaba a piloto automático, todos los músculos repentinamente tensos sin que se hubiera movido lo más mínimo.

Rodó sobre sí misma tan deprisa como pudo. Dos veces.

Oyó las detonaciones. Por fin se había decidido a disparar… Pero era demasiado tarde. Lucía se precipitó hacia delante y, en tres zancadas, se le abalanzó con los brazos extendidos mientras Ulysses encaraba de nuevo el arma hacia ella.

Esta vez la bala le dio en el hombro.

Él salió volando, literalmente.

Contra el cielo anaranjado de Salamanca lo vio emprender el vuelo, con un estilo casi perfecto. Igual que Rafael… Un vuelo que terminó seis plantas más abajo con un golpe sordo en la acera.

Lucía se acercó al borde sujetándose el hombro, donde había empezado a sentir una intensa quemazón. Pero era buena señal, significaba que estaba viva.

Vio la silueta tendida abajo. No había ni un transeúnte que pudiera dar testimonio de la caída, del cuerpo inerte, del ángulo antinatural del brazo derecho y la pierna izquierda, o del otro ángulo, igual de estrambótico, de la cabeza respecto al tronco… Nadie que pudiera ser testigo de la sangre que brotaba lentamente de su cuerpo y formaba un charco cada vez más grande mezclándose con el agua de lluvia.

Ulysses Joyce había muerto como había vivido: solo.

Lucía movió con precaución el brazo del hombro herido. Sentía un dolor lancinante, pero soportable. Por eso dedujo que la bala no había roto ningún hueso ni provocado ningún desgarro profundo en los músculos.

Oyó que Salomón la llamaba, presa del pánico. Gritaba tan fuerte que su voz sonaba aflautada, extremadamente tensa, como a punto de romper sus cuerdas vocales.

Volvió por donde había llegado. Al verla aparecer, a Salomón se le iluminó la cara. La ayudó a subir y la envolvió en un abrazo. La estrechó con fuerza. Lucía empezó a temblar y tuvo un escalofrío, aunque no sabía si era de alivio, de pena o por el miedo que había pasado.

La lluvia se abatía sin piedad sobre sus cabezas. Una lluvia que limpiaba la sangre, los pecados, la fatiga.

—Está muerto —susurró ella.

—Estás herida…

—Es superficial.

No añadieron nada más. Lucía no habría sabido decir cuánto tiempo permanecieron así, pegados el uno al otro, empapados y temblorosos. Los truenos que sonaban en la noche eran como un eco de los latidos de su corazón.

59

Viernes por la noche

Salomón Borges hablaba frente a las puertas del teatro con dos hombres entrados en años, vestidos con traje y corbata y abrigos de invierno, probablemente figuras eminentes de la universidad.

Eran casi las siete de la tarde. Lucía se abrió paso entre la multitud, apresurándose hacia la entrada. Había profesores, estudiantes, curiosos, funcionarios… Algunos iban de gala, con abrigos de piel auténtica o de imitación, e incluso se veían pajaritas. Cualquiera habría dicho que había función, aunque, bien mirado, de eso se trataba.

La plaza del Liceo estaba abarrotada. Lucía pensó en lo rápido que circulaban las noticias en Salamanca y en que no todos conseguirían entrar.

La televisión también estaba presente. Había dos cadenas de informativos, con equipos móviles y reducidos dotados de material ligero, como correspondía a los nuevos tiempos.

Lucía había tenido una sola sensación durante todo el día: la de que esa noche estaría donde debía estar y haría lo que debía hacer. Se había maquillado un poco más que de costumbre y comprado una chaqueta demasiado ligera en el Zara de la esquina. Unas horas antes los jefazos habían hablado con Peña, que luego había hablado con ella: sus superiores no sólo querían que se celebrara la rueda de prensa, sino que deseaban que la UCO participara en ella.

—Esta vez no te vas a librar —le había dicho Peña—. La orden viene de arriba, de muy arriba…

—¿De tan arriba?

Sentado en la segunda fila, Héctor Delgado miró a su alrededor. Reconoció a muchas personas y saludó a algunas. Iba acompañado de su guapísima esposa, Manuela, que estaba sublime con su túnica Alberta Ferretti y su abrigo Max Mara con capucha forrada de piel de zorro. Habían dejado a los niños con la canguro porque no era una velada adecuada para ellos. Aunque no estaba escrito en ninguna parte que los menores de doce años no estuvieran autorizados a asistir a aquella rueda de prensa, todo el mundo sabía que iban a oírse cosas poco convenientes

para esas edades. Ése era sin duda el motivo de que hubiera tanta gente. Habían acudido atraídos por el escándalo, por el estremecimiento que provoca el olor a sangre.

El consejero de Educación de la Junta de Castilla y León tenía la garganta un poco seca. Él era uno de los pocos asistentes que sabían que la rueda de prensa no se iba a desarrollar según lo previsto.

Levantó la vista para observar los magníficos palcos que enmarcaban la sala del teatro del Liceo. Y pensar que aquel espléndido teatro, construido en el siglo XIX, había permanecido cerrado durante años, hasta 2002, cuando, con ocasión del nombramiento de Salamanca como capital cultural de Europa, fue reconstruido y reformado para devolverle su aspecto original… Cuando se apagaron las luces, se centró en el escenario. Realmente, parecía que fueran a representar una obra.

Delgado contuvo la respiración al ver a las cuatro personas que subían en fila al estrado y se sentaban a la larga mesa blanca llena de micros: Salomón Borges, el rector de la universidad, el decano y, finalmente, Lucía Guerrero, la teniente de la UCO.

Su viejo «amigo» el criminólogo no se atrevía a sonreír, teniendo en cuenta los dramáticos hechos que habían suscitado aquel acto, pero el consejero estaba seguro de que saboreaba el momento. Eran sus quince minutos de gloria, ¿quién no sueña con tenerlos algún día?

Lucía paseó la mirada por la sala. El patio de butacas estaba lleno a rebosar. No estaba acostumbrada a estar bajo los focos, y menos aún delante de varios centenares de espectadores. Cogió la botella de agua mineral para disimular su incomodidad. Distinguió a Cordelia, Verónica y Haruki en la primera fila, con cara de zombis. Advirtió que había muchos estudiantes, y también —a juzgar por su manera de vestir— un buen número de personalidades. También estaba la periodista rubia, Candace Boix. Sonreía, sentada en la segunda fila con sus compañeros de la prensa madrileña.

El rector tomó la palabra:

—Buenas noches, damas y caballeros, no perdamos el tiempo en preámbulos. Soy Valerio Molina, rector de la Universidad de Salamanca, y enseguida voy a ceder la palabra al profesor Salomón Borges, catedrático de la Facultad de Derecho de la USAL, que nos hablará del programa DIMAS, desarrollado por el grupo de Criminología que dirige él mismo. Dicho programa permitió neutralizar la noche pasada nada menos que a un asesino en serie, que fue detenido en nuestra ciudad. Es un programa que nos llena de esperanza respecto al futuro de las fuerzas de seguridad de este país. Profesor Borges, cuando quiera…

Salomón carraspeó antes de inclinarse hacia el micro.

—Damas y caballeros, buenas noches… Veo que hay una gran afluencia de público y también de periodistas… lo que sin duda no se

debe únicamente al carácter académico de esta rueda de prensa… Luego cederé la palabra a la teniente de la UCO, Lucía Guerrero. Sin embargo, antes querría hablarles un poco, tal como ha apuntado el rector, sobre la proeza técnica y científica que hemos logrado en la universidad con la ayuda de nuestros estudiantes. Una proeza que ha contribuido en parte, y sólo en parte, a resolver esta complicada investigación…

Hizo una pausa para paladear el silencio que, después del bullicio, reinaba ahora en la sala de teatro.

—Antes que nada, sin embargo, querría dedicar unas palabras —prosiguió, con un nudo en la garganta— a dos de las víctimas de este asesino, dos estudiantes de nuestro grupo de Criminología que trabajaban en este proyecto, dos jóvenes magníficos que tenían todo el futuro por delante hasta que este individuo decidió que sus vidas eran menos valiosas que la satisfacción de sus monstruosas pulsiones. Querría que rindiéramos homenaje a los doctorandos Assa Diop y Alejandro Lorca. No os olvidaremos nunca…

Se quedó callado unos segundos mirando a los presentes. El silencio se rompió con los aplausos del público. Lucía vio que Cordelia, Verónica y Haruki se miraban la punta de los zapatos, cabizbajos. Poco después Salomón puso fin a los aplausos.

—Querría también dar las gracias —declaró, con lágrimas de emoción — al rector Molina y al decano Luque, así como al consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, Héctor Delgado, que está con nosotros esta noche, por haber hecho posible que nuestra universidad desarrollara un programa informático tan especial. Un programa que, sin lugar a dudas, será una herramienta indispensable en los años venideros para las investigaciones criminales de las fuerzas del orden de este país. Tal como ha adelantado el señor rector, este programa se llama DIMAS. Dimas es ese personaje de la Biblia que…

Lucía desconectó un momento. Sabía más o menos lo que el profesor iba a decir. También sabía, aun sin estar familiarizada con los usos y costumbres universitarios, que daría algunos rodeos antes de centrarse en los hechos. A ella sólo le interesaba esa parte, los hechos, los verdaderos y los falsos…

—No voy a detenerme ahora a hablarles de inteligencia artificial y de algoritmos —seguía diciendo Salomón—. Quizá les resulte extraño, teniendo en cuenta que yo he dirigido este programa, pero lo cierto es que no entiendo gran cosa al respecto, por más que mis alumnos hayan tratado de explicarme en múltiples ocasiones cómo funciona.

En la sala se oyeron algunas carcajadas, sobre todo por parte de los estudiantes.

—Todos sabemos, sin embargo, que la inteligencia artificial está revolucionando nuestro día a día y cambiando nuestras vidas en un sinfín de aspectos. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con las investigaciones policiales? Digamos tan sólo que DIMAS es un programa

revolucionario, único en su especie, capaz de detectar coincidencias entre casos que habrían pasado inadvertidas y capaz, por tanto, de poner a la policía o a la Guardia Civil sobre la pista de peligrosos criminales reincidentes, ya sean violadores, maltratadores o asesinos.

Miró a los asistentes.

—Esto es lo que ha hecho DIMAS…

Abarcó con un gesto al público, que permanecía en vilo, pendiente de sus palabras.

—Durante dos años, voluntarios de la policía y de la Guardia Civil fueron alimentando a DIMAS con cientos de expedientes, y el programa detectó tres casos alejados en el tiempo y en el espacio que tenían elementos en común en los que no había reparado nadie, o bien porque esos elementos eran demasiado tenues y quedaban ahogados bajo el peso de los sumarios, o bien porque esas investigaciones se produjeron en diferentes partes del país sin que hubiera comunicación entre los equipos que las llevaban a cabo.

Salomón pasó a explicar detalladamente de qué elementos se trataba: las puestas en escena, las parejas jóvenes y aparentemente felices, las posturas, la cola, los colores rojo y verde…

—Todos estos elementos —prosiguió— nos permitieron deducir que para escenificar sus asesinatos el homicida se inspiraba en la obra maestra de Ovidio, las *Metamorfosis*, ese largo poema de casi doce mil versos, escrito en el primer año de nuestra era. O, para ser más precisos, el asesino imitaba algunas pinturas del Renacimiento y del Barroco inspiradas a su vez en el poema. Los tres cuadros en los que se basó el asesino para sus tres dobles asesinatos son: *Píramo y Tisbe*, de Jean-François de Troy, *Céfalo y Procris*, de un artista anónimo, y *La muerte de Jacinto*, de la escuela italiana, siglo XVII.

Mostró tres reproducciones en formato DIN A4, pese a ser evidente que más allá de la tercera fila al público le costaría distinguir las imágenes. «Si sigues así, van a perder el interés. Vuelve a los hechos, que no estás defendiendo una tesis doctoral», pensó Lucía.

—Por otra parte, en la biblioteca de nuestra Facultad de Derecho había un ejemplar de las *Metamorfosis*. Varios indicios nos llevaron a concluir que era precisamente de ese ejemplar de donde había extraído el asesino los mensajes anónimos que nos envió a continuación. Ése fue sin duda su mayor error, porque así pudimos seguirle el rastro. Ahora cedo la palabra a la teniente Lucía Guerrero, de la UCO. Ella y su equipo han resuelto con gran acierto este caso y han conseguido neutralizar al asesino.

Lucía respiró hondo y bebió un trago de agua mineral. Eso era lo que habían acordado, que ella tomaría la palabra al final. El tema central de la rueda de prensa era DIMAS, pero la gente también había acudido por la investigación criminal, así que, a pesar de que detestaba hablar en público, esa noche no se iba a librar. No tenía elección.

Empezó a hablar sin más preámbulos.

—Tal como les ha dicho el profesor Borges, sin el programa DIMAS nunca habríamos llegado a establecer una relación entre esos tres dobles asesinatos, el más antiguo de los cuales se remonta a 1989. Anoche falleció un joven. Se llamaba Ulysses Joyce. Era estudiante y miembro del grupo de Criminología del profesor Borges. Ironías del destino, este joven había participado en el desarrollo del programa que permitió desenmascararlo. No es un hecho tan sorprendente. A menudo los asesinos en serie ayudan a la policía a descubrirlos, porque están ansiosos de gloria, quieren ser famosos, quieren que se hable de ellos. En algunos casos se sienten tan superiores respecto a la policía, tienen un complejo de superioridad tan acusado, que creen que no los capturarán nunca, que siempre lograrán escapar, incluso cuando son ellos mismos quienes aportan algunas pistas…

Levantó la cabeza. El silencio era tal que se habría oído el vuelo de una mosca. Todo el mundo tenía la sensación de que la perorata de Salomón había sido sólo el aperitivo y que ahora estaban ante el plato principal.

—Ulysses Joyce encaja perfectamente en el perfil que acabo de describir: un joven solitario, dotado de una gran inteligencia, con un ego gigantesco y hambriento de gloria y celebridad. Además, ejercía una actividad relacionada con sus asesinatos, puesto que estudiaba Criminología. Esto es algo que también ocurre a menudo. Tenemos motivos fundados para pensar que Joyce es el individuo que buscábamos. Todos los indicios apuntan hacia él, todos. No obstante, yo estoy convencida de que Ulysses Joyce era sólo un señuelo destinado a despistarnos, que hay otra persona escondida detrás de él…

Una ola de estupor recorrió los asistentes. Lucía vio la perplejidad que se extendía por la sala como una marea negra. Acababa de contradecir las afirmaciones del orador que la había precedido.

En la primera fila Cordelia Blixen, Verónica Gaite y Haruki Tanizaki se irguieron en sus asientos, y Héctor Delgado hizo lo mismo en la segunda. Lucía captó también la expresión de desconcierto de la periodista rubia.

—En primer lugar, porque no había nacido cuando se produjeron los primeros asesinatos y yo no creo en la teoría del *copycat*, del imitador, que sería lo único que podría explicar que hubiera cometido los siguientes. Pero también debido a esto…

Agitó un sobre en el que figuraba su nombre escrito con bolígrafo.

—Es una carta que enviaron a mi atención a la Guardia Civil de Salamanca y que he recibido esta mañana. Los ejemplos de asesinos en serie que envían mensajes anónimos a la prensa o a la policía para retarlos a que los detengan son innumerables. Los más conocidos son los del Asesino del Zodiaco, los de Unabomber y los del Hijo de Sam en Estados Unidos. En ellos sacan de quicio a los policías, los provocan, los

ridiculizan, o bien exponen sus razones… Esta carta, sin embargo, es diferente. No pretende burlarse de nosotros. Quien la escribió quería ayudarnos, destapar la verdad… Fue alguien que estoy convencida de que está presente ahora mismo en esta sala.

El murmullo se amplió hasta convertirse casi en un estruendo. El rector y el decano la miraban con asombro, y Lucía vio que Cordelia, Verónica y Haruki fruncían el ceño. Todos la escuchaban absortos.

—La persona que escribió esta carta conoce muy bien al individuo que cree que es el asesino. Lo conoce desde la infancia. Fueron juntos a la escuela, al instituto y, más tarde, a la universidad… Describe un cuadro patológico y un contexto familiar que los especialistas de los asesinos en serie mencionan a menudo: crueldad hacia los animales y hacia los otros niños, rechazo a la autoridad, familia desestructurada, padre violento y maltratador, relación fusional de amor/odio con una madre a la vez idealizada y odiada… Según esta carta, a los diez años el asesino clavó la punta de un compás en la frente de uno de sus compañeros de clase porque se había burlado de su baja estatura. El autor de la carta escribe también que desaparecieron los gatos callejeros del barrio, hasta que la familia de su amigo se fue a vivir a otra parte. Añade que todo el vecindario sabía que era víctima, ya desde muy pequeño, de golpes y maltratos diarios por parte de su padre. Tras recibir esta carta decidimos informarnos, y hemos averiguado que el hombre al que se alude en ella estuvo en tratamiento psiquiátrico por los hechos mencionados, pero que abandonó dicho tratamiento poco antes de su mayoría de edad, puesto que los hechos no volvieron a reproducirse…

Dejó el sobre en la mesa en medio de un silencio sepulcral.

—El hombre del que hablamos logró, sin embargo, alcanzar una posición elevada en el escalafón social. Hizo una brillante carrera, obtuvo el título de catedrático y sus clases son muy apreciadas por los alumnos de esta universidad. No obstante, su inmenso ego no se conformaba con ser conocido en el reducido mundo universitario. Quiso entrar en la historia de la criminología y en los anales del crimen… En resumidas cuentas, pasar a la posteridad.

Lucía miró de reojo el *walkie-talkie* que reposaba a su lado, junto a la botella de agua mineral.

—Ese hombre —continuó— elaboró, pues, un plan maquiavélico para conseguir esa gloria con la que tanto soñaba. Decidió trucar los resultados de sus propios experimentos, igual que algunos científicos ávidos de reconocimiento que acaban por descarriarse a causa de su sed de notoriedad, cometiendo él mismo unos crímenes extraordinarios y extravagantes para que su grupo de investigación los resolviera a continuación con su ayuda y la del programa que inventaron. Para ello necesitaba un cómplice capaz de hacer lo que él mismo era incapaz de hacer: trabajar con ordenadores y algoritmos. Encontró a la persona indicada en Ulysses Joyce, estudiante de informática muy dotado,

vanidoso y solitario, pero también frágil, desequilibrado y manipulable, cuyos escrúpulos morales eran inversamente proporcionales al tamaño de su ego. ¿Quién sabe? Tal vez nuestro hombre pasó veladas enteras espiando a los estudiantes en los bares de Salamanca, escuchando sus conversaciones, alternando con ellos, hasta el día en que encontró la rara perla que buscaba y que iba a permitirle poner en marcha su plan, y la integró a su equipo…

—¡Teniente! ¡Déjese de circunloquios y de acusaciones! —la interrumpió el decano, exasperado—. Díganos a qué miembro de esta respetable universidad está acusando.

—Ahora mismo, descuide, señor decano. Este hombre había cometido ya un doble asesinato hace treinta años sin que lo descubrieran. Por aquel entonces se inspiró ya, tal como se ha dicho, en las *Metamorfosis* de Ovidio. Al principio creí que era porque admiraba al poeta, porque nuestro hombre es un gran aficionado a la literatura y tiene miles de libros en su casa. Después comprendí algo. No era al poeta exiliado a quien admiraba… Lo que admiraba era el poder del emperador, que tenía derecho de vida y de muerte sobre sus súbditos, que podía destrozar la existencia de las personas, tal como hizo con la de Ovidio. En cualquier caso, y resumiendo, una vez que hubo encontrado a su cómplice perfecto, pasó a ejecutar su plan. Ulysses Joyce, en presencia de su compañero Alejandro Lorca, que ignoraba por completo sus intenciones maquiavélicas, fingió haber descubierto los puntos comunes entre todos esos asesinatos que había revelado DIMAS, y llamó a su profesor para anunciarle la buena nueva… Sin embargo, para asegurarse de que el asunto adquiriera proporciones aún más extraordinarias, le faltaba un ingrediente, como por ejemplo una investigadora que había salido en las portadas de todos los periódicos por otro caso casi igual de llamativo…

Lucía hizo una breve pausa y lanzó una ojeada a su derecha. El rostro del hombre que se sentaba a su lado permanecía inmutable, pero por su mejilla izquierda resbalaba una gota de sudor. El rumor de la sala iba en aumento. Adelantó la cabeza hacia el micro y elevó la voz para cubrir los murmullos.

—Y para ello decidió asesinar a uno de mis compañeros pegándolo a una cruz, y luego fingió que había encontrado la información relativa a ese último asesinato en el periódico y que lo había relacionado con los otros asesinatos identificados por DIMAS gracias al detalle de la cola que se mencionaba en el artículo. Empecé a sospechar cuando yo misma recibí una carta anónima en un hotel de Segovia donde me alojaba con el hombre del que hablamos. Primero creí que el asesino nos había seguido hasta allí, pero luego pensé que había una explicación más evidente.

A su lado, Salomón Borges se levantó tranquilamente de la silla. Lucía no hizo nada para retenerlo, porque todas las salidas estaban vigiladas.

—El autor de la segunda carta, la que he recibido esta mañana, la que escribió ese hombre que lo conoce tan bien, comenta asimismo que perdió de vista a su amigo durante varios años, hacia finales de los ochenta, un periodo que se corresponde con el del primer doble asesinato. De acuerdo con las indagaciones que he llevado a cabo, nuestro hombre estaba en esa época dando clases en Zaragoza, de donde era originaria su esposa. Es probable que aprovechara su estancia allí para ir de vacaciones al Alto Aragón. Todavía ignoramos cuál fue el móvil de ese primer doble asesinato, como también ignoramos la razón por la que dejó de matar… suponiendo que realmente dejara de hacerlo… durante veintiséis años. En cualquier caso, esperamos que nos aclare estas cuestiones en el interrogatorio.

Miró al lado y vio cómo Salomón se alejaba sin prisa y desaparecía entre bastidores. Cogió el *walkie-talkie* con la mano derecha, pues tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, y dijo: «Preparaos, va hacia vosotros.»

—Hoy en día nuestro hombre es criminólogo aquí mismo, en la Universidad de Salamanca. Estaba sentado a mi lado hasta hace unos instantes. Efectivamente, se trata del profesor Salomón Borges…

Del público brotó una unánime exclamación de sorpresa.

—¡Ya basta, teniente! ¡No es éste el lugar adecuado para…! —exclamó el decano.

—La noche pasada —prosiguió ella sin inmutarse—, Ulysses Joyce, su cómplice, me disparó e intentó matarme. Supongo que el profesor Salomón Borges lo había convencido para que lo hiciera, porque me había convertido en una amenaza para ellos. Los hechos, sin embargo, no se desarrollaron tal como habían previsto. Cuando el joven Joyce me apuntó con la pistola, no disparó enseguida y pude desarmarlo. En su momento pensé que era porque se deleitaba con la espera. Ahora creo que fue porque iba a matar a alguien por primera vez. Por eso vaciló antes de disparar, y eso fue lo que me salvó la vida. En el fondo, a Salomón Borges ya le iba bien la muerte de Ulysses. Habíamos dado con un culpable y ya no había nadie que pudiera delatarlo. —Volvió a agitar el sobre que había llegado esa misma mañana a la comandancia de la Guardia Civil—. Nadie… excepto el autor de esta carta.

—¡Fui yo quien la escribió! —anunció con tono solemne el consejero de Educación, levantándose en medio de la estupefacción general—. ¡Porque estoy convencido, damas y caballeros, de que la teniente tiene razón!

—¡Señor consejero! —intervino el decano con voz atronadora—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Pueden explicarme a qué se debe este circo?

—Lo entendí todo cuando murieron asesinados esos dos estudiantes. ¡Eso confirmó mis sospechas! —continuó Delgado, ignorando por completo la interrupción del decano.

—¡Teniente! ¡Teniente! ¡El sujeto ha escapado! —gritó alguien por el *walkie-talkie*.

Lucía se dirigió hacia la zona de bastidores, a pesar de que el cabestrillo le impedía correr.

60

Viernes por la noche

—No lo he visto llegar —dijo el guardiacivil, con la cara ensangrentada —. Ha salido entre bastidores y me ha golpeado la cabeza con todas sus fuerzas con ese chisme, sin darme tiempo a reaccionar.

Señalaba una falsa espada de madera pintada que había en el suelo y que se habría utilizado en alguna representación.

—¡Joder! ¡Os había dicho que estuvierais atentos! —exclamó Lucía.

Lanzó una mirada rápida a su alrededor. En el laberinto de bastidores que tenía delante, abarrotado de elementos de decoración, cortinas y muebles de todo tipo, había un montón de rincones oscuros donde esconderse.

—¡Acordonad la zona! —ordenó.

—Ya está acordonada. De todas formas, hay agentes por todas partes, teniente. En todas las calles y salidas. No irá muy lejos.

—Ya hablaremos más tarde de vuestra negligencia…

El agente de la cara ensangrentada palideció, y Lucía negó con la cabeza mientras empujaba con la mano sana la barra metálica de la puerta de emergencia. Salió a un pasillo de paredes de ajado estuco amarillento y suelo de linóleo por el que continuó a toda prisa. Al llegar a otro corredor en perpendicular se enfrentó a una disyuntiva.

¿A la derecha o a la izquierda? A la izquierda había una doble puerta vidriera. Se dijo que, como el profesor no conocía el lugar, seguramente había optado por esa puerta, en vez de seguir por la derecha y arriesgarse a desembocar en un callejón sin salida.

Franqueó la puerta.

Miró a su alrededor. Otro escenario de teatro: un gran patio interior, con paredes de ladrillo y gran cantidad de ventanas cuadradas, alumbrado por cuatro farolas. Había media docena de bancos dispuestos en rectángulo. Todo era simétrico, geométrico, depurado, artificial, de una sobriedad angustiosa. Una cárcel, o tal vez una residencia de estudiantes.

Buscó a Salomón con la mirada, pero no había nadie.

Iba a precipitarse hacia la izquierda cuando el profesor apareció caminando hacia ella por el otro lado del patio. Sin duda se había topado con una puerta cerrada y se había visto obligado a retroceder. O

bien había visto a los agentes en la calle. Salomón se paró en seco cuando la vio. Lucía lo apuntó con el arma, ligeramente desequilibrada por el brazo en cabestrillo.

—¡No te muevas!

Él levantó las manos.

—¿Qué vas a hacer si no obedezco? ¿Dispararme?

—¡No te muevas, cabrón!

—¿Cabrón? —repitió con una mueca—. ¿Qué ha pasado con nuestra amistad, Lucía? Tu amistad es muy importante para mí. Te aprecio mucho… aunque creas que te he… manipulado un poco.

—¡Se acabó, Salomón! Ya tienes lo que querías. Vas a ser famoso, pero en la cárcel.

El profesor negó con la cabeza.

—No tienes ninguna prueba. Todo eso son meras hipótesis que un buen abogado desmontará con facilidad. ¡Ningún jurado va a tragarse una historia tan rocambolesca!

—Tal vez sea cierto y no tengamos demasiadas pruebas… Pero al darte a la fuga te has señalado a ti mismo como culpable… Ése era precisamente el objetivo de mi intervención.

Levantó la vista un momento. Había cada vez más gente en las ventanas. Gente joven. No se había equivocado. Era una residencia de estudiantes. Decenas de jóvenes se habían asomado al patio para observar a esa mujer que apuntaba a un hombre con una pistola. Haciendo las veces de público… para la representación final.

«Acto tercero, última escena», pensó Lucía.

—Se acabó, Salomón, has perdido la partida. Esta noche es como la batalla de Waterloo… ¿Qué hiciste con el niño? ¡Quiero saberlo!

Levantó un poco más el cañón del arma.

—¿Lo mataste con tus propias manos? ¿O César Bolcán era tu cómplice y actuasteis juntos? ¡Contesta!

Salomón dudó y negó con la cabeza, sin poder evitar una repentina expresión de desconcierto.

—¡Eso nunca! Lo del niño fue un accidente… No lo había visto. Estaba escondido detrás de los asientos de los padres. Yo estaba… estaba acabando de definir la puesta en escena cuando paró un coche. Se bajó un guardiacivil que me apuntó con el arma. ¡Ese hombre era César Bolcán! Aquella mañana se iba al trabajo, como siempre, por la carretera de los túneles… La camioneta parada le llamó la atención, por deformación profesional, supongo… Fue un golpe de mala suerte que al final acabó beneficiándome… porque fue él quien, al mirar en el interior del vehículo, descubrió la presencia del niño. A partir de ahí cambió completamente de actitud. Me hizo muchas preguntas y me obligó a enseñarle mi carnet de identidad. Quería saber quién era y por qué había hecho eso, pero no teníamos mucho tiempo. En cualquier momento podía pasar alguien y detenerse allí, aunque no se vieran los

cuerpos desde la carretera. Al cabo de unos minutos me dijo que me fuera. «¿Y el niño?», le pregunté. «Yo me ocupo de él», respondió. ¡Me marché sin hacer más preguntas! Y no volví a oír hablar del pequeño hasta…

Bolcán debía de haber escondido al niño en algún sitio, dedujo Lucía, y luego se había ido al trabajo. Entretanto, un automovilista encontró los cadáveres y llamó a la Guardia Civil, lo que llevó a Bolcán al escenario del crimen con su compañero, Miguel Ferran… Una vez allí César Bolcán fingió que los veía por primera vez.

Lucía oyó unos pasos precipitados a su espalda. Otros miembros de la Guardia Civil la rodearon, apuntando con sus armas a Salomón.

—¡De rodillas! —gritó uno de ellos.

Salomón obedeció, bajo las miradas de las decenas de estudiantes asomados a las ventanas. «Habrán sido su público hasta el final», pensó Lucía.

—Todo empezó en el museo —dijo Salomón.

—¿En el museo?

Ella lo miró, estupefacta. El profesor, con sus menudas manos blancas entrelazadas sobre la mesa de la sala de interrogatorios, se aclaró la garganta.

—Sí… Héctor decía la verdad en su carta con respecto a mi madre… Yo la quería más que a nada en el mundo, la veneraba y la odiaba. Era una mujer muy guapa. También era una mujer de moral relajada. Cuando tenía unos diez años me llevaba todos los domingos al Prado y me dejaba solo delante del mismo cuadro, recomendándome que me portara bien y que no me moviera de ahí…

Sonrió y en su cara se reflejó una tristeza infinita, casi infantil.

—En el Prado hay varias pinturas inspiradas en las *Metamorfosis*. El cuadro ante el que me dejaba mi madre, en la sala 79, era un gran lienzo de Rubens de dos metros por tres, *Mercurio y Argos*, en el que el dios está blandiendo la espada sobre el cuello de Argos. Júpiter era el amante de la doncella Ío, y para protegerla de los celos de su esposa, la transformó en una ternera blanca. Pero Juno, la esposa de Júpiter, había ordenado al pastor Argos que vigilara a la ternera, así que Júpiter envió a su hijo Mercurio para que matara a Argos. No hay otra pintura en el mundo que conozca con tanto lujo de detalles.

Salomón había pedido que lo dejaran solo con Lucía, y Peña había aceptado a condición de que se filmara el interrogatorio.

—Pero un día… yo debía de tener entonces diez años… me harté de quedarme allí sentado, en medio de esa sala, y me fui a buscar a mi madre. Era un domingo, temprano, como de costumbre, y el museo estaba casi desierto… Acabé encontrándola en un rincón, entre dos vigilantes. Yo era sólo un niño y no comprendí del todo lo que estaba

pasando; sin embargo, al ver que mi madre los besaba y que ellos le ponían las manos en los muslos y por debajo de la falda, sentí que aquello no estaba bien, que era extraño y asqueroso, y me puse enfermo. La llamé y ella me miró. Nunca le había visto una mirada así; parecía otra persona. Estaba… en otro mundo. Se desprendió de las manos de esos hombres, que se habían echado a reír, y me llevó a toda prisa hacia la salida amenazándome con un sinfín de cosas si le contaba a papá lo que había visto.

A Lucía le hubiera gustado creer que el niño de entonces no era todavía el monstruo en el que se transformaría más adelante, pero tenía serias dudas. En la vida de una persona siempre se podía encontrar algo para justificar sus actos, para perdonarla, se dijo. En su opinión, sin embargo, era la responsabilidad lo que definía nuestros actos, y no el perdón. Si todo era perdonable, entonces nadie era responsable de nada.

—Muy bien, tenías esa rabia dentro de ti, esa frustración, esas ganas de castigar a alguien por lo que habías visto, por la… traición de tu madre… Pero ¿en qué momento comenzó a germinar la idea de ese doble asesinato?

Salomón clavó la mirada en los ojos de Lucía.

—Eso es algo que enseño a mis alumnos. Se necesitan años para que una fantasía de esa clase alcance ese grado de sofisticación, y por lo general comienza a desarrollarse muy temprano. En mi caso, fue madurando lentamente a partir de los diez años, creo…

—¿Los de los túneles fueron tus primeros asesinatos?

—Mmm… sí, pero no mis primeras malas acciones…

Lucía enarcó una ceja.

—Había habido algunos robos —precisó Salomón—. Y un niño al que hostigaba siempre que tenía ocasión, además de incitar a mis amigos para que también lo acosaran. El niño se pasaba el día llorando.

Lucía se estremeció.

—¿Y después?

—Tú misma lo has dicho, empecé a dar clases en Zaragoza. Siempre me gustó la montaña, la naturaleza. Los fines de semana me iba a Benasque, en el Pirineo, no lejos de la frontera francesa. El lago estaba junto a la carretera que va de Benasque a Zaragoza. Yo veía ese lago, esa bonita orilla con hierba iluminada por el sol, a esos bañistas, los patines, el esquí acuático… Un día me paré. Sólo quería nadar y disfrutar del sol. A mi lado había una pareja. Parecían muy felices. Empecé a interesarme por ellos, a seguirlos en mi tiempo libre y, poco a poco, mis antiguas fantasías fueron tomando forma y sentí que debía ponerlas en práctica, que había llegado el momento… ¿Qué nos mueve a convertirnos en un asesino en serie, eh?

—¿Y luego estuviste veintiséis años sin reincidir? ¿De verdad? —preguntó ella con escepticismo.

—Luego apareció Begoña.

—Tu esposa…

—Que murió por culpa de un maldito cáncer en enero de 2015…

De repente pareció muy vulnerable.

—Tal como te dije, desde la primera vez que salimos a cenar supe que era la mujer de mi vida… Pero también que ella sería capaz de acallar mis demonios… Tenía una luz y una fortaleza de espíritu capaces de contenerlos.

Sostuvo la mirada de Lucía.

—Por supuesto, durante ese periodo, de vez en cuando mis demonios me atrapaban y volvían a aflorar… pero nunca llegué al asesinato…

Lucía se estremeció, evitando preguntarle de qué manera lo «atrapaban» sus demonios. Lo haría más tarde. Ahora quería avanzar.

—Hasta que Begoña se… fue no tuve realmente conciencia de hasta qué punto había sido durante todos aquellos años mi brújula, mi puntal, mi hermana, además de mi amante…

—Enero de 2015 —precisó Lucía—. Dos meses después, en marzo, mataste a la pareja de Segovia…

—Sí. Maté su felicidad —confirmó Salomón, con un fulgor de rabia en la mirada—. Igual que en el caso de la pareja del lago, di con ellos casualmente, paseando por la ciudad. Siempre me ha gustado Segovia. Me puse a seguirlos por las calles, a espiarlos. Averigüé dónde vivían. Parecían tan felices… Yo acababa de perder al amor de mi vida y no podía tolerar tanta felicidad.

—Y ya habías matado a otras personas, mucho tiempo atrás. Sabías qué sensación producía…

Salomón reaccionó con una mirada acerada, fulminante, carente de toda luz.

—Sí. Pero la primera vez fue sólo un… experimento, la materialización de una antigua fantasía.

—¿Y después?

—Después volví a espiar a menudo por las noches a esa pareja. Como ya sabes, Segovia está a sólo una hora y media por carretera desde Salamanca. Me enteré de sus costumbres, de sus pequeños secretos; como, por ejemplo, que el hombre visitaba una vez por semana a una joven panadera de veinte años… Uno cree conocer a las personas, pero, en el fondo, no sabe nada de ellas hasta que se pone a hurgar en todos sus secretillos, ¿verdad? Y, claro, igual que la primera vez, me inspiré en las *Metamorfosis*.

—Después de eso vino lo de la Costa del Sol, en Benalmádena.

Salomón asintió.

—Así es. Fui allí de vacaciones en el verano de 2018. Primero estuve observando a la pareja desde la playa. También ellos parecían tremendamente felices. Reían, se divertían y se toqueteaban, mostrando con desvergüenza su idílica relación ante el populacho que abarrotaba la playa. Yo estaba solo en medio de la muchedumbre de bañistas y

empecé a detestarlos. Luego descubrí que la casa contigua a la suya se alquilaba. Era una mansión lujosa que no había encontrado comprador. Entonces se me ocurrió la idea de instalarme allí con una identidad falsa, con el nombre de Naso… como Ovidio. Era gracioso, ¿no? El resto ya lo conoces… El retrato robot que hicieron de mí no se me parecía en nada. Claro que yo me había afeitado la barba y no me quitaba nunca la gorra ni las gafas de sol… En cuanto a DIMAS, el proyecto ya estaba en marcha el año pasado, desde luego, pero no lográbamos obtener resultados. Entonces se me ocurrió utilizar mis propios asesinatos para darle un… en fin, un hueso que roer a DIMAS. Y los resultados superaron mis propias expectativas.

—¿Y Ulysses?

El rostro de Salomón se iluminó.

—Ulysses fue un empujón del destino. Cuando me enteré de que esos dos alumnos habían pirateado el ordenador de uno de sus profesores en la Facultad de Ciencias, me entraron ganas de conocerlos. En cuanto les hablé de DIMAS reaccionaron con entusiasmo. Además, desde el instante en que vi a Ulysses supe que tenía delante a un sociópata… Y gracias a Ulysses, logré lo que quería —añadió sonriendo—. Entré en vuestras cabezas y dejé una huella que no se borrará jamás. Yo estaré presente en tus pesadillas, Lucía, para siempre.

—¿Por qué decidiste matar a Alejandro y a Assa? —le preguntó ella, conteniéndose para no replicar a eso como merecía.

—Alejandro oyó una conversación que mantuvimos Ulysses y yo en la facultad. No podía correr el riesgo de que Assa o él te lo contaran.

—¿Y cómo supo Ulysses que íbamos a por él? Ni siquiera tú estabas enterado.

Salomón emitió un gruñido.

—Ulysses no sabía nada. Simplemente entró en pánico. Cada vez tenía más miedo de que acabaras descubriéndonos… Supongo que la muerte de Alejandro y la sensación de que se iba estrechando el cerco lo impulsaron a huir… Aun así, después me envió varios mensajes desde un número desconocido en los que me pedía que lo llamara, cosa que hice. El chico estaba desorientado, no sabía qué hacer. Aproveché que tú dormías para convencerlo de que viniera a mi casa, donde le entregué el arma que conservaba desde mi primer doble asesinato. De todas formas, el cuchillo, cuando uno lo sabe usar, es mucho más discreto y divertido que un arma de fuego…

—Volvamos al niño, volvamos al pequeño Óscar —dijo Lucía, con severidad.

Vio que Salomón se ponía rígido.

—Antes, en el patio, no has acabado la frase. Sabes lo que le ocurrió, ¿verdad?

Salomón no pudo evitar sonreír. Una sonrisa apreciativa, provocadora.

—En cuanto te vi supe que me ibas a dar mucha guerra —bromeó—.

Sí, es verdad. No mentía cuando dije que no he dejado de pensar en ese niño durante todos estos años.

—¿Y entonces?

—Entonces me volví a poner en contacto con César Bolcán…

—¿Cuándo?

—Hace cuatro años, después de los asesinatos de Segovia. Volví allí y me presenté en su casa.

—Así que César te reconoció el otro día…

—Sí… pero, evidentemente, no podía decir nada delante de ti…

—Y hace cuatro años le preguntaste qué había hecho con el niño —prosiguió Lucía, casi sin aliento.

Se podía cortar el aire. Salomón asintió despacio.

—Sí… El pequeño Óscar, el niño al que nunca volvieron a encontrar… Yo sé qué fue de él. Se convirtió en… Ángel.

—¿Ángel es Óscar? —preguntó Lucía, asombrada.

Salomón asintió con firmeza.

—¿En serio? ¿Cómo pudo criarlo Bolcán sin que nadie se enterara durante todo ese tiempo?

—Seguramente has oído hablar del caso de Natascha Kampusch… Esa austriaca que fue secuestrada a los diez años y permaneció encerrada en un sótano hasta los dieciocho. O de Jaycee Lee Dugard, la niña que estaba esperando el autobús escolar y a la que una pareja tuvo secuestrada durante dieciocho años, después de llevársela en su coche. Con el tiempo las víctimas iban adquiriendo un poco más de libertad, de autonomía. Con Ángel, o con Óscar, pasó lo mismo, pero él nunca intentó fugarse… Pasó los primeros años de cautividad en el dormitorio subterráneo de aquella finca, sin testigos, alejado de todo. Después, poco a poco, Bolcán lo autorizó a subir a la planta baja y a salir a jugar al exterior, y un buen día lo presentó oficialmente como su asistente domiciliario. Según parece, Bolcán hacía verdaderos sacrificios para que a Ángel no le faltara de nada, y Ángel, curiosamente, no manifestaba ningún deseo de separarse de su antiguo secuestrador. Quizá Bolcán lo tenía dominado gracias a la droga.

En aquel momento Lucía negó con la cabeza con incredulidad.

—¿Y Ángel no intentó nunca denunciarlo? ¿Acaso eran amantes?

Borges se encogió de hombros.

—Desconozco qué clase de relación tenían exactamente. Sólo sé que entre ellos se formó un vínculo muy extraño. Ángel estaba muy unido a Bolcán.

—Y hablando de vínculos —intervino Lucía—, ¿tú tuviste algo que ver con su suicidio?

Salomón se quedó dudando.

—Digamos que, aparte de Ulysses, César era la única persona que podía conducirte hasta mí… No se me ocurrió pensar en Héctor… Mientras estuviera en libertad, César no iba a denunciarme, desde luego,

porque en ese caso se habría delatado a sí mismo. Sin embargo, empecé a temer que lo detuvieras, o que sus crímenes acabaran descubriéndose. Tenía la certeza de que si caía me arrastraría con él.

—¿Y cómo te las arreglaste, si estuvimos juntos todo el tiempo? Ángel desapareció después de la muerte de Bolcán. ¿Te ayudó él?

—Sí. ¿Te acuerdas de la noche que pasamos en Graus? Tú misma me viste hablar con esos jóvenes en la plaza. Ellos me revelaron el sitio donde traficaba Ángel y fui a verlo allí. Le ofrecí dinero para que me escuchara y le dije que tenía algo muy importante que explicarle. Al principio se mostró un poco desconfiado, pero el dinero tiene un efecto mágico en ese joven, así que, en cuanto vio los billetes, accedió a acompañarme. Le dije que sabía quién era, que estaba al corriente de todo lo que había vivido y también del tipo de cosas que ocurrían en la finca. Después de lo que me había contado Bolcán cuatro años atrás, estaba casi seguro de que Ángel había pasado de ser víctima a convertirse en verdugo y cómplice de César, y suponía que ahora tenía las mismas pulsiones que el hombre que lo había secuestrado. No me equivocaba. Le metí miedo. Le dije que iba a acabar en la cárcel junto con César y que la única manera que tenía de evitarlo era deshaciéndose de Bolcán y desapareciendo. Le di una gran suma de dinero. Lo repito, a Ángel le gusta mucho el dinero. Entonces me dijo que sabía lo que debía hacer…

—O sea, que fue Ángel el que ahorcó a César en el granero… ¿Y no se preguntó por qué te interesaba a ti que muriera Bolcán?

—Por supuesto que sí. Debió de pensar que era uno de los numerosos individuos que habían pasado por la finca a lo largo de los años, alguien que quería borrar su rastro… Pero, a diferencia de Bolcán, Ángel desconoce mi identidad y no sabe lo que ocurrió en los túneles en el pasado.

—A no ser que Bolcán se lo contara… —sugirió Lucía con malicia.

Salomón negó con la cabeza.

—No, no, Ángel no sabe nada. Me habría dado cuenta. No olvides que soy un experto en calar a las personas, Lucía.

—¿Y Miguel Ferran? ¿El guardiacivil que se ahorcó?

—Supongo que fue César quien lo mató… aunque nunca me lo dijo claramente. Y luego, después de la visita que le hice hace cuatro años, lo perdí de vista…

Lucía respiró hondo.

—Entonces también fuiste tú quien mató a mi compañero con la ayuda de Schwartz… ¿Cómo reclutaste a Schwartz?

Viendo la sonrisa que le iluminó la cara, Lucía comprendió el alcance de la locura de aquel hombre.

—En internet hay montones de foros y sitios donde se puede contactar con personas como él, por poco que uno sepa buscar. Primero estuvimos chateando, antes de vernos. Como ya sabes, Gabriel tenía algunos

problemas mentales. Gracias a las drogas que encontrasteis en su sangre, lo convertí en mi… criatura.

—¿Por qué elegiste a mi compañero? —preguntó Lucía con una voz que traslucía una ira tan cortante como el filo de una navaja—. ¿Por qué él? ¿Por qué Sergio?

—Porque era tu compañero… Cuando decidí incluirte en el juego, también te estuve observando y siguiendo, antes de pasar al ataque… Igual que con todos los demás. Es mi procedimiento habitual.

Con las mejillas ruborizadas, incapaz de controlar el movimiento de la pierna por debajo de la mesa, Lucía se inclinó hacia él.

—Al contrario de lo que escribiste en esa carta que me dejaste en el hotel, tú y yo no tenemos nada en común, Salomón —afirmó con un gruñido—. Por más que busque, no veo nada…

—Ah, sí, por supuesto que sí —replicó el profesor sonriendo.

Adelantó el torso, mirándola con expresión ávida y una fijeza inquietante, como haría un varano con un huevo de cocodrilo o un bebé con el pecho de su madre.

—Deberías buscar un poco más a fondo, Lucía. Tú y yo somos parecidos, demasiado lúcidos para hacernos ilusiones respecto al resto de la humanidad, demasiado intransigentes para perdonar, demasiado inflexibles para hacer concesiones y, además, envidiamos la felicidad de los demás…

—Son las doce y doce de la noche, el interrogatorio ha terminado —zanjó Lucía levantándose y haciendo una señal a la cámara.

Epílogo

Es una mañana de otoño —una mañana glacial, pero con un cielo claro y luminoso—, cuando los días se van acortando y nos llevan a pensar que la vida se parece a eso, a una sucesión cada vez más rápida de años, con una primavera maravillosa, un verano radiante, luego el otoño y, al final, el invierno.

Acaba de aparcar el coche delante de una de las casas adosadas de ladrillo de la calle Cascanueces. Si no fuera por el sol y los pinos piñoneros, creería que se encuentra en un exclusivo barrio inglés. Es una bonita calle de clase alta, al este de Madrid, en el oasis residencial de Conde de Orgaz, donde están las embajadas, casas de famosos y un Liceo francés.

Lucía sabe que ella nunca habría podido ofrecerle a Álvaro una vida como aquélla. Sólo teme que la mujer de su ex marido lo convierta en un señorito acostumbrado a conseguirlo todo sin esfuerzo, en el embrión de un adulto arrogante y desdeñoso.

La puerta se abre. Álvaro aparece en lo alto de las escaleras, bajo ese sol matinal, entre su padre y Alicia. Ésta, alta y rubia, no se parece en nada a Lucía, que es bajita y morena.

Lucía aprieta con tanta fuerza el volante que tiene los nudillos blancos. Respira hondo y se baja del Hyundai con una sonrisa más falsa que una copia de *La Gioconda*. Alicia carga con la pequeña maleta roja de su hijo. Le revuelve el pelo y le murmura algo, y Álvaro se precipita hacia su madre como si hubiera estado esperando esa señal. Lucía lo abraza con todas sus fuerzas y lo deja en la acera para coger la maleta que le tiende la mujer.

—Le he puesto las cartas de Pokémon… Siempre las lleva encima. También las botas de montaña y la crema para las picaduras.

Lucía lo sabe. Ella ha puesto lo mismo en su equipaje, pero no dice nada. Álvaro es alérgico a las picaduras de todos los insectos, de abeja, avispa o araña, y Lucía tiene intención de llevarlo lejos de la ciudad… Y de ese barrio.

—Y no te olvides, nada de frutos secos… —añade Alicia.

Esta vez Lucía le lanza una mirada asesina. Esto ya es demasiado.

—Ya era alérgico antes de que aparecieras tú, Alicia —replica.

La mujer alta y rubia se sonroja… y Lucía saborea aquella minúscula y mezquina victoria.

—¿Estás segura de que es una buena idea lo de pasar el fin de semana en el campo? —le pregunta Samuel.

Lucía abre la puerta de atrás sin responder, espera a que su hijo haya subido y se pone al volante.

—Os lo traigo el lunes —dice.

Los dos intercambian una mirada que a Lucía no le pasa desapercibida, pero le da igual. Va a tener a su hijo durante tres días. Arranca despacio y la casa se va alejando en el retrovisor. En el asiento de atrás Álvaro ya parlotea muy excitado, con las cartas de Pokémon encima de las rodillas. A su lado, un Rafael que sólo existe en la imaginación de Lucía y siempre tendrá dieciséis años habla y bromea con su sobrino. Delante, la teniente de la UCO Lucía Guerrero sonríe, con los ojos algo empañados, mientras la luz dorada de otoño baila en el parabrisas a través del follaje.

• • •

Suena el teléfono. Número desconocido. Duda y salta el contestador. El sol le lanza guiños entre las últimas hojas de los árboles. Conde de Orgaz es uno de los oasis más verdes de Madrid. Sonriendo, Lucía se dispone a decirle algo a Álvaro cuando el teléfono vuelve a sonar. El mismo número.

Coge el móvil en el asiento de al lado.

—¿Diga?

—¿Es usted Lucía?

Sus manos vuelven a tensarse sobre el volante. Aunque no reconoce la voz, el tono no presagia nada bueno.

—Sí…

—Me llamo José y trabajo en urgencias. Hemos encontrado su número en la cocina de la señora Guerrero… Ha llamado a urgencias porque no se encontraba bien. Estaba en coma cuando hemos llegado. La estamos llevando al hospital.

Agradecimientos

Uno de los aspectos más apasionantes de este oficio es la gente que conozco durante la fase de preparación de cada novela. Como siempre, no habría podido escribir este libro sin la ayuda y la orientación de varias personas residentes en Madrid, Salamanca, París y Graus. Cada una de ellas ha contribuido a su manera a hacer que esta narración no se aparte demasiado de los hechos y lugares reales, pese a que sin duda contiene errores que sólo cabe atribuirme a mí. Al fin y al cabo, si quisiéramos desprendernos totalmente de los límites de lo real, tanto daría escribir ciencia ficción.

Dejo aquí constancia de mi más sincero agradecimiento a Eduardo A. Fabián Caparrós, profesor titular de Derecho Penal en la Universidad de Salamanca, que también da clases de Criminología, y a su simpático grupo de doctorandos y doctores: Berta Álvarez Arranz, Cristina Fernández González, Javier Sánchez Bernal, María Quintas Pérez y Selena Tierno Barrios. Gracias a ellos pude comprender (un poco) el funcionamiento de la USAL, y también situar la tienda de campaña de Ulysses en ese increíble sótano (donde de verdad hay retratos de Charles Manson y Ted Bundy). A pesar de todo, la forma en que Salomón Borges enseña Criminología en esta novela no se parece en nada a la de la USAL, por más que esté inspirada en algunas obras serias. Asimismo, el grupo de Eduardo A. Fabián Caparrós no se dedica a seguir la pista de asesinos en serie… ¡y DIMAS tampoco existe!

Querría dar las gracias a Eduardo Hernández Pérez, el «guardián de los libros», erudito bibliotecario de la fabulosa biblioteca histórica de la universidad, que nos dispensó una amabilísima acogida y nos abrió las puertas de ese sanctasanctórum inaccesible al público donde se conservan miles de incunables y manuscritos, así como sesenta mil libros publicados entre el siglo XVI y el XIX. Por desgracia, este marco extraordinario no encontró al final un lugar idóneo en esta narración, a diferencia de la moderna Biblioteca Francisco de Vitoria de la Facultad de Derecho de Salamanca, donde pudimos acceder a las zonas más reservadas gracias a la complicidad de su directora, Mariate Soria Alonso (que no tiene el menor parecido con el personaje de Vanesa).

Paso a dar las gracias a Cruz Morcillo, periodista, escritora y cronista especializada en sucesos e información policial, por la valiosa ayuda que

me prestó a través de su obra *Departamento de homicidios, una memoria de la España negra* (Libros del K.O., 2021) y las respuestas que dio a mis preguntas; a José Jiménez Córdoba, de Graus, que tiene las llaves de la impresionante basílica de la Virgen de la Peña y que me permitió subir hasta el tejado —donde padecí el mismo vértigo que Lucía—, así como a su esposa María Amparo Mur Armisen y a la Asociación de Amigos de la Peña. Puesto que estamos en Graus, transmito mi cálido agradecimiento a Pedro Colomina Lafalla, a María Gloria Lomillos Sopena, a Javier Lomillos Sopena y a Renate Rozeboom por su acogida, y a sus hijos (por explicarme lo del botellón), así como a la Guardia Civil del Alto Aragón, cuyos miembros han preferido no salir citados, pero que no fueron avaros ni con su tiempo ni con la información que me facilitaron. También quiero que llegue hasta Lérida, no lejos de allí, mi agradecimiento para Rafa Melero, inspector adjunto del cuerpo de Mossos d'Esquadra y autor de novela negra, que me dio también información muy útil, al igual que José Manuel Carboneras Martínez, guardiacivil de la comandancia de Almansa, asignado a la investigación de crímenes.

Por los detalles del informe de autopsia que Lucía consulta en esta novela, estoy en deuda con Gastón Intelisano, criminalista, radiólogo, auxiliar forense y funcionario de la Policía Judicial de la provincia de Buenos Aires. Por su lado, Begoña, de la librería La Galatea de Salamanca, me vendió una bellísima edición del *Quijote*, con 356 grabados de Gustave Doré, aunque pospuse para más adelante la adquisición de la famosa edición de Ibarra (cuatro volúmenes en cuarto de pliego de 1780); ella otorgó su nombre de pila, sin saberlo, a uno de los personajes.

Finalmente, y como siempre, doy las gracias a la gente de mi editorial: Bernard Fixot, Édith Leblond, Renaud Leblond, Stéphanie Le Foll, Anissa Naama, Catherine de Larouzière, Bruno Barbette, David Strepenne, Roxana Zaharia, Marine Papillon, Marie Salle y los demás, y, *last but not least*, a Sarah Hirsch y Ève Sorin, que trabajan para convertir mis libros en obras casi perfectas. Aparte, debo mis valiosos contactos españoles al don de gentes y a la red de relaciones de Lucía… perdón, de Laura, que quizá tenga, quién sabe, algunos puntos en común con mi nuevo personaje…

Referencias bibliográficas

John Douglas y Mark Olshaker, *Mindhunter: cazador de mentes*, Crítica, Barcelona, 2018.

Cristina García Rodero, *España oculta*, Lunwerg, Barcelona, 1989.

Vicente Garrido Genovés y Patricia López Lucio, *El rastro del asesino: el perfil psicológico de los criminales en la investigación policial*, Ariel, Barcelona, 2006.

Ian Hacking, *Rewriting the Soul*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1995.

Daniel Keyes, *The Minds of Billy Milligan*, Bantam, Nueva York, 2003.

Cruz Morcillo, *Departamento de homicidios. Una memoria de la España negra*, Libros del K.O., Madrid, 2021. Patrick Morvan, *Criminologie*, LexisNexis, París, 2019.

Ovidio, *Metamorfosis*, Alma Mater, Barcelona, 1969.

Ovidio, *Tristes - Pónticas*, Gredos, Madrid, 1992.

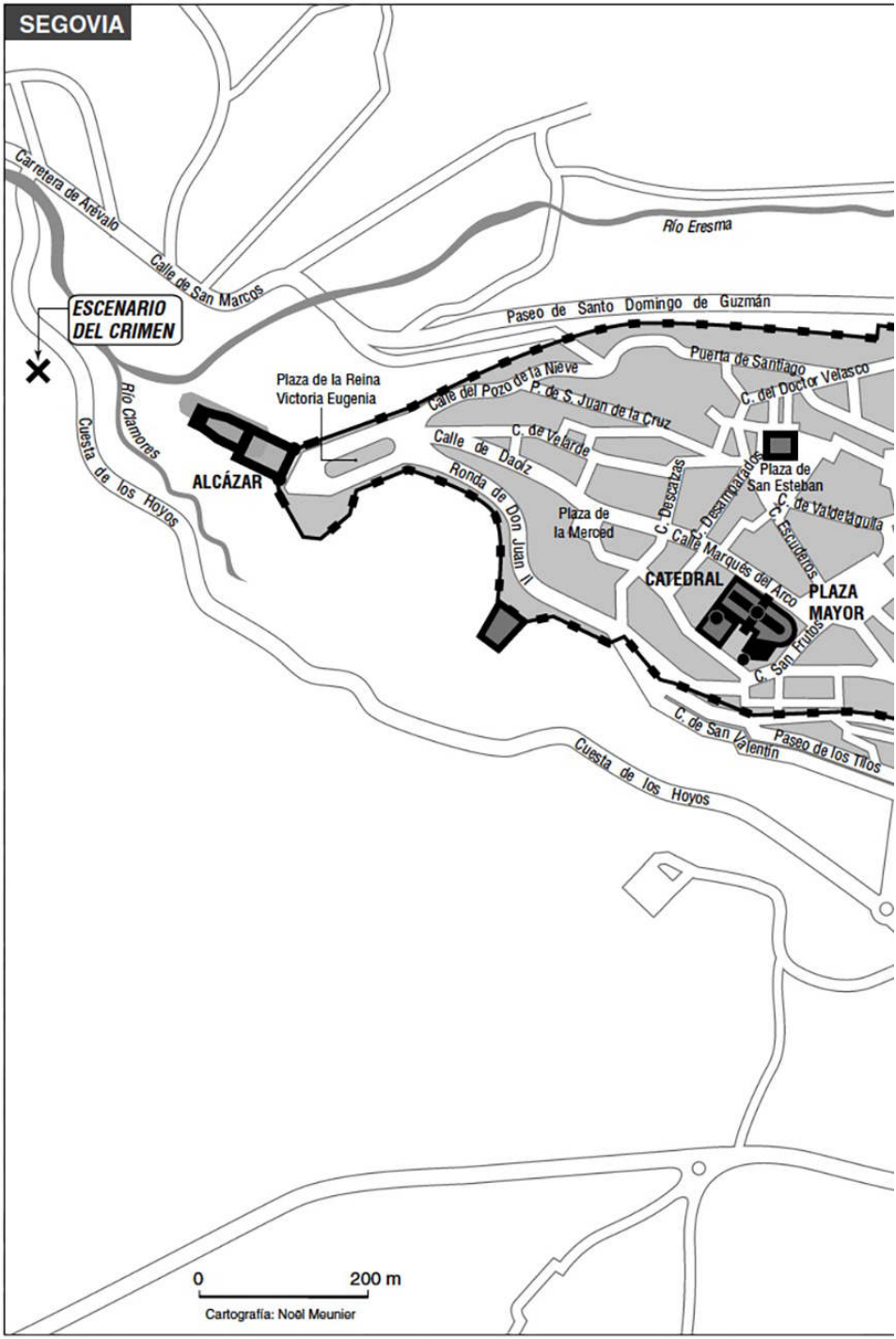
José Antonio Sánchez (dir.), *Medicina legal y forense I y II*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2018.

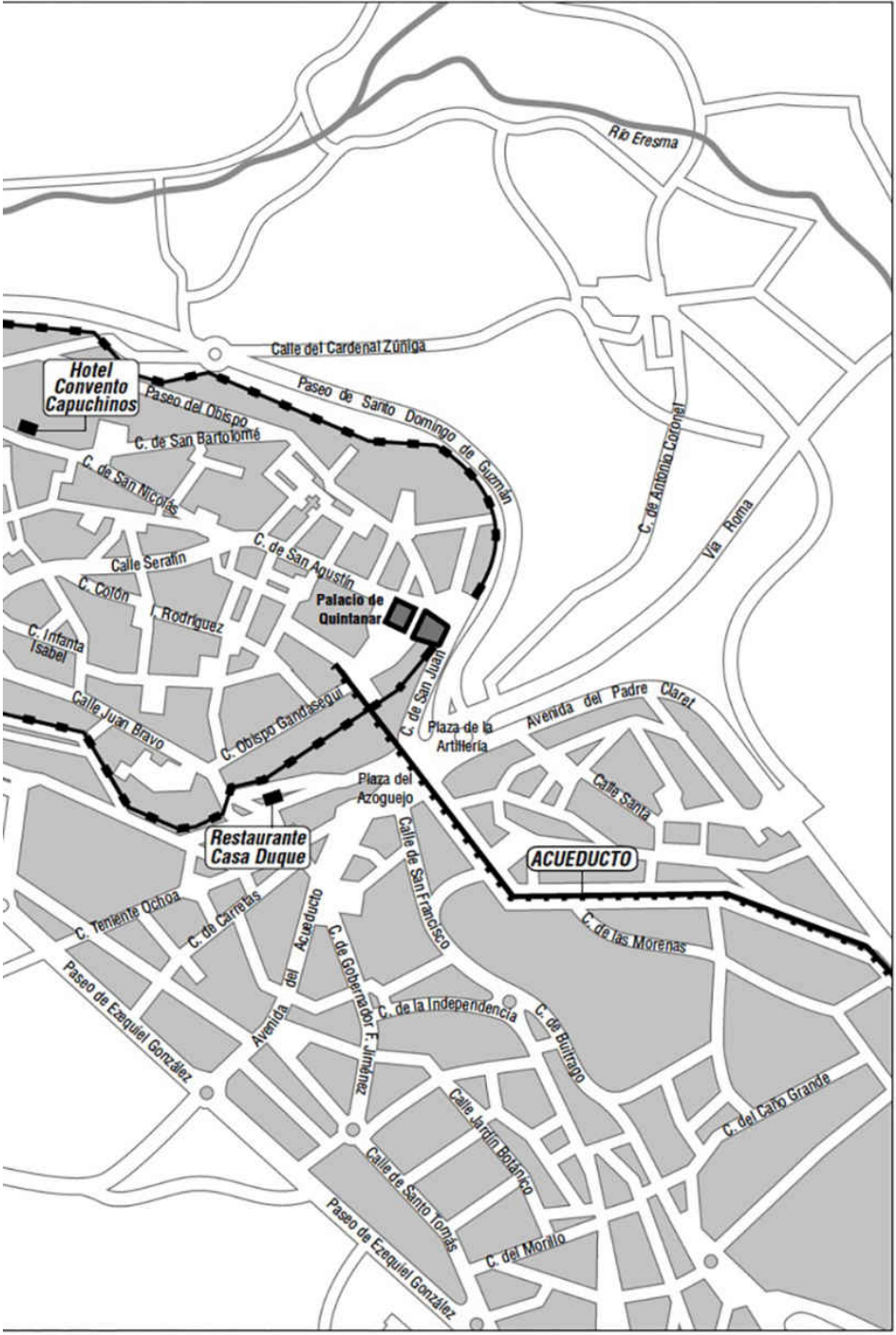
Andrés Sotoca Plaza, José Luis González Álvarez y Lucía Halty Barrutieta, *Perfiles criminales. Principios, técnicas y aplicaciones*, Síntesis, Madrid, 2019.

«Les Metamorphoses» d'Ovide illustrées par la peinture baroque, París, Diane de Selliers, 2003.

Salamanca artística y monumental, Edilera, Zamora, 2015.

A mis lectores españoles, y también a mis lectores alemanes, americanos, árabes, australianos, austriacos, belgas, búlgaros, canadienses, checos, coreanos, daneses, eslovacos, griegos, holandeses, húngaros, indonesios, ingleses, israelíes, italianos, japoneses, latinoamericanos, letones, noruegos, polacos, quebequeses, rumanos, rusos, serbios, sudafricanos, suizos, taiwaneses, turcos, ucranianos, vietnamitas, y, sobre todo, a mis lectores franceses, cada vez más numerosos: gracias.


SEGOVIA
Carretera de Arévalo
Calle de San Marcos
Río Eresma
ESCENARIO DEL CRIMEN
Paseo de Santo Domingo de Guzmán
Puerta de Santiago
Plaza de la Reina Victoria Eugenia
Calle del Pozo de la Nieve
P. de S. Juan de la Cruz
C. del Doctor Velasco
C. de Velarde
Calle de Daoiz
Río Clamores
Cuesta de los Hoyos
ALCÁZAR
Ronda de Don Juan II
Plaza de la Merced
C. Descalzas
C. Desamparados
Plaza de San Esteban
C. de Valdelaguila
C. Escuderos
Calle Marqués del Arco
CATEDRAL
PLAZA MAYOR
C. San Frutos
C. de San Valentín
Paseo de los Tilos
Cuesta de los Hoyos
0
200 m
Cartografía: Noël Mounier


Río Eresma
Calle del Cardenal Zúñiga
Hotel Convento Capuchinos
Paseo del Obispo
Paseo de Santo Domingo de Guzmán
C. de San Bartolomé
C. de San Nicolás
C. de Antonio Coronel
Vía Roma
C. de San Agustín
Calle Serafín
C. Colón
I. Rodríguez
Palacio de Quintanar
C. Infanta Isabel
C. de San Juan
Calle Juan Bravo
C. Obispo Gandasegui
Plaza de la Artillería
Avenida del Padre Claret
Plaza del Azoguejo
Calle Santa
Restaurante Casa Duque
Calle de San Francisco
ACUEDUCTO
C. Teniente Ochoa
C. de Carretas
Avenida del Acueducto
C. de Gobernador F. Jiménez
C. de las Morenas
Paseo de Ezequiel González
C. de la Independencia
C. de Buitrago
Calle Jardín Botánico
C. del Caño Grande
Calle de Santo Tomás
Paseo de Ezequiel González
C. del Morillo